Días de infancia

Máximo Gorki



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capitulo I

En la penumbra de la estrecha habitación, en el suelo, junto a la ventana, yace mi padre, más largo que nunca y envuelto en un lienzo blanco; los dedos de ambos pies se abren de un modo raro y están engarabitados los de sus manos bondadosas, que descansan pacíficamente sobre el pecho; sus ojos, siempre tan joviales, están tapados por los discos negros de sendas monedas de cobre; su apacible semblante está sombrío, y me dan miedo sus dientes, que asoman como una amenaza.

Mi madre, sólo a medias vestida, con refajo rojo, está arrodillada en el suelo y, con un peine negro, que me solía servir a mi para aserrar cáscaras de melón, peina el cabello blando y largo de mi padre, desde la frente hacia la nuca; entre tanto, no para de hablar entrecortado, con voz hueca y ronca; tiene hinchados los ojos grises, que parecen enteramente derretirse cuando las lágrimas fluyen de ellos en gruesas gotas.

A mí me tiene de la mano mi abuela, una señora regordeta, de cabeza muy grande, en que llaman la atención unos ojos enormes y la nariz de ridícula forma; viste completamente de negro y parece como blandecida; a mí me interesa extraordinariamente aquello. También la abuela llora de un modo peculiar y bonachón, como para hacer compañía a mi madre; al llorar tiembla de pies a cabeza y tira de mi y me empuja hacia mi padre; yo me resisto y me escondo detrás de ella, porque tengo mucho miedo y como una desazón misteriosa.

No había visto nunca llorar a personas mayores, ni comprendía las palabras que repetía cien veces la abuela:

-Despídete de tu padre, que no lo volverás a ver. Se ha muerto, hijo mío, de repente y en la plenitud de la vida.

Yo había estado muy enfermo y me habla levantado hacía poco. Recuerdo muy bien que durante mi enfermedad mi padre había dado mucho que hacer por mi causa; pero siempre había estado optimista. Luego desapareció súbitamente y, en vez de él, apareció la abuela, aquella extraña señora.

-¿De dónde has venido? -le pregunté.

-De allá arriba, de Nijni.

-¿Has venido andando?

-Por el agua no se puede venir andando. He venido embarcada, naturalmente. Ahora estate quietecito.

Yo no sabía cómo entender sus palabras. Arriba en nuestra casa, vivía un persa barbudo, y abajo, en el sótano. un viejo calmuco amarillo que comerciaba en pieles de oveja; para ir de casa del uno a la del otro había que bajar la escalera desde arriba o rodarla, si se le iban a uno los pies: pero ¿qué era aquello de "arriba" y "por el agua"?

Resueltamente, en lo que decía mi abuela habla algo raro.

-¿Por qué me he de estar quieto? -le pregunté yo.

-Porque aquí no se puede hacer ruido -me contestó, bondadosa.

De su ser trascendía un no sé qué amable, simpático. atrayente. Desde los primeros días hice amistad con ella, y ahora habría querido que dejara conmigo aquella habitación lo más pronto posible. La conducta de mi madre me oprimía, y sus llantos y sus gemidos despertaban en mi una sensación nueva e inquietante. La veía así, por primera vez: porque, de ordinario, era siempre muy severa, hablaba poco, y era tan grande, tan aseada y tan tiesa como un caballo; tenia el cuerpo recio y unos brazos tan fuertes que daban miedo. ¡Y ahora me ofrecía un aspecto tan desagradable! ... Estaba hinchadísima y desgreñada y todo en ella era desorden. El pelo, de ordinario muy bien

peinado, que rodeaba su cabeza como una corona grande y lustrosa, le caía en parte sobre la cara y en parte sobre los hombros desnudos, y una mitad, trenzada aún, oscilaba sobre el dormido semblante de mi padre.

Permanecí un rato más en la habitación sin que mi madre me mirara una sola vez: seguía peinando a mi padre y llorando y gimiendo sin interrupción.

Unos hombres negros. conducidos por un policía, se asoman a la puerta.

-¡Despachad pronto! -exclamó ásperamente el policía, ya en el aposento.

La ventana tiene delante un paño oscuro que flamea como una vela. Yo había ido una vez con mi padre en una embarcación que tenía una vela como aquel paño. Súbitamente rugió un trueno; mi padre rompió a reír, me apretó contra sus rodillas y exclamó:

-No tengas miedo, que no te hará nada.

De pronto, mi madre se endereza pesadamente, pero vuelve a desplomarse en seguida y queda de boca, barriendo el suelo con la cabellera,., se cierran sus ojos, su pálido rostro toma un tinte azul, asoman los dientes en una mueca, como los de mi padre, y, con voz espantosa exclama.

-¡Cierren la Tuerta! ... ¡Llévate a Alexei!

La abuela me empuja a un lado, se abalanza hacia la puerta y grita a los hombres:

-No tengáis miedo, hijos míos ... No la toquéis, por amor de Dios, y salid. No es el cólera . . . Son los dolores .. . Tened compasión, buenas gentes.

Me escondí en el rincón más oscuro, detrás de un arcón, y vi desde allí cómo mi madre, suspirando y rechinando los dientes, se revolcaba en el suelo, en tanto que la abuela, afanándose solícitamente a su alrededor, decía, llena de bondad y de ánimo:

-¡En el nombre del Padre y del Hijo!... Tómalo con calma, Bárbara Variuscha ... Santa Madre de Dios, abogada nuestra .. .

Yo estaba muerto de miedo; veía a aquella gente asistiendo en el suelo a mi madre, muy cerca de mi padre; tropezaban con él, gemían o gritaban, y mi padre permanencia inmóvil y parecía reírse. Largo rato duró aquel ir y venir por el suelo; mi madre seguía con sus intentos de levantarse para volver a caer; la abuela salió de la alcoba disparada, como una bala grande, blanda y negra, y luego sonó súbitamente en la oscuridad el grito de un niño pequeño.

-¡Alabado sea el Señor! -exclamó la abuela-. ¡Es un niño!

Y encendió una vela.

Yo me debí de quedar dormido en mi rincón, porque no recuerdo nada más de los sucesos de aquel día.

Otro cuadro de recuerdos que tengo grabado en la memoria es el de un día lluvioso y un lugar yermo, en el camposanto; estoy en un altozano resbaladizo, y miro el hoyo a que han bajado el ataúd de mi padre; en el fondo del hoyo hay mucha agua.

Junto a la fosa, a mi lado, se hallan la abuela, el policía, que está empapado y dos hombres con palas, que refunfuñan. Una lluvia caliente, fina como menudas perlas de vidrio, se cierne sobre nosotros.

-Llenad ya el hoyo -dice el policía; y se aleja.

La abuela lloraba y se tapaba la cara con un pico del pañuelo de la cabeza. Los dos hombres se inclinaron y, presurosos, se pusieron a echar tierra en el hoyo. El agua subía glogloteando.

-Vámonos -dijo la abuela, agarrándome del hombro; pero yo me desasí de ella, porque quería quedarme todavía.

-Pero ¡qué muchacho éste, Dios mío! -exclamó ella en un tono, que no se sabía si se quejaba de mí o de su Dios.

Largo rato permaneció allí, cabizbaja, en silencio; la fosa estaba ya llena hasta el

borde, y ella seguía sin moverse.

Los dos hombres dieron unos recios golpes en la tierra con las palas; se levantó un aire fuerte y aventó la lluvia. La abuela me tomó de la mano y me llevó a la iglesia, que estaba algo apartada, entre las oscuras cruces, muy apiñadas, de las sepulturas.

-Y tú, ¿por qué no lloras? -me preguntó, cuando hubimos salido del cementerio-. Deberías llorar un poquito.

-No tengo gana -respondí

-Bueno, si no tienes gana, déjalo -me dijo en voz baja.

De niño, lloraba yo muy rara vez, y sólo cuando me sentía enfermo, nunca cuando experimentaba dolor; mi padre se reía siempre de mi llanto, pero mi madre me gritaba:

-¡Cuidado como me llores!

Luego nos fuimos en un coche, pasando entre casas de rojo oscuro, por una calle ancha y muy sucia.

Unos días más tarde, mi abuela, mi madre y yo nos deslizábamos por una faja de agua muy ancha en la pequeña cámara de un vapor; mi hermano Máximo, el recién nacido, acababa de morir, y, envuelto en un sudario blanco y tajado con una cinta roja, yacía sobre una mesa, en el rincón.

Yo me había encaramado sobre los bultos y baúles, y miraba por la saliente y redonda portilla, que parecía enteramente un ojo gigantesco de caballo.

Detrás de aquel cristal húmedo pasaba sin cesar el agua, turbia y espumosa. De cuando en cuando, lamiendo el vidrio, batía contra la portilla.

Involuntariamente, salto al suelo.

-No tengas miedo -me dice la abuela, que me levanta fácilmente con sus suaves manos y me vuelve a colocar sobre los bultos.

Cubre el agua una niebla gris y húmeda; a lo lejos, se columbra la oscura orilla que vuelve a desaparecer entre niebla y agua. Todo, alrededor, tiembla y se mueve, y sólo mi madre permanece quieta e inmóvil, apoyada en la pared de la cámara, con fas manos en la nuca. Su cara está oscura, como sí fuera de hierro, y sus ojos permanecen cerrados; se encierra en un mutismo pertinaz, y es otra mujer completamente nueva; hasta el vestido que lleva me es desconocido.

La abuela no para de decirle:

-Pero come algo, Varia, aunque sólo sea un bocado. Ella calla y sigue sin moverse.

Conmigo la abuela sólo habla en cuchicheos. Con mi madre habla más fuerte, pero con cierta precaución y temor, y, además, muy poco. Me parece que tiene miedo a mi madre. Yo comprendo muy bien que se lo tenga y esto me acerca más a la abuela.

-¡Saratov! -exclama mi madre súbitamente y como irritada-. ¿Dónde está el marinero?

¡Qué palabras tan extrañas son las que pronuncia: Saratov, marinero...!

Entró en el camarote un hombre de cabello cano y ancho de hombros, con traje azul. Traía una caja pequeña que la abuela le cogió; dentro de ella puso a mi hermanito muerto, cerró la tapa y, sobre los brazos extendidos, la llevó hacia la puerta. Estaba tan gruesa, que hubo de ponerse de lado para poder atravesar, con toda clase de contorsiones cómicas, la estrecha puerta de la cámara.

-¡Ay, mamá! -exclamó mi madre, dirigiéndose a ella y quitándole de las manos el diminuto ataúd.

Luego, desaparecieron las dos; pero yo me quedé en la cámara, mirando al hombre del traje azul.

-Pequeño, tu hermanito se ha ido -me dijo el hombre, inclinándose sobre mí.

-¿Quién eres?

-Un marinero.

-¿Y quién es Saratov?

-Saratov es una ciudad. Mira por la portilla. Allí la tienes.

Miré hacia afuera y divisé tierra firme, negra, desgarrada, humeante de neblina, como una rebanada grande que acabarán de cortar de una hogaza de pan recién sacado dei horno.

-¿Y dónde ha ido mi abuela?

-Va a enterrar a su nieto.

-Lo enterrará en tierra, ¿verdad?

-¡Claro, claro! En tierra.

Sonó encima de nosotros un aullido recio. Yo ya sabía que era el vapor, y no me asusté. El marinero me dejó a toda prisa en el suelo y salió corriendo.

-Tengo que irme -me dijo antes de salir.

También yo quise salir del camarote, y me asomé a la puerta. El pasillo, estrecho y envuelto en penumbra, estaba desierto. No lejos de la puerta relucían los adornos de latón en los peldaños de la escalera que subía a cubierta. Miré hacia arriba, y vi gente con bultos y maletas en la mano. Era evidente que dejaban el vapor, como yo tendría también que dejarlo.

Cuando llegué a cubierta al mismo tiempo que los otros y me acerqué al puentecillo que conducía del vapor a la orilla, todos me gritaron a una:

-¿Qué chiquillo es éste? ¿De qué familia eres?

-No lo sé.

Largo rato me zarandearon de un lado a otro, sacudiéndome y dándome codazos. Finalmente apareció el marinero del pelo gris, que me cogió de la mano, y dijo:

-Este es el niño de Astracán, que venía en el camarote.

Rápidamente me llevó otra vez abajo, me puso sobre los bultos y me dijo, amenazándome con un dedo:

-Te quedas aquí, ¡y pobre de ti si te mueves!

El ruido sobre mí cabeza era cada vez más recio, y el vapor no temblaba ni cabeceaba ya en el agua. Ante la portilla se alzaba una pared húmeda. Dentro del camarote estaba oscuro y el aire era sofocante: los bultos parecían como hinchados y me oprimían, y todo me resultaba incomodísimo en el estrecho recinto. ¿Irían a dejarme allí para siempre, solo en el vapor desierto?

Corrí hacía la puerta, que no se abrió, pues el pomo de latón no se podía mover. Tomé una botella llena de leche, y, con toda mí tuerza, golpeé el pomo. La botella se hizo pedazos y el líquido se derramó sobre mis piernas y se me metió en las botas.

Amargado por mí fracaso, me recosté en los paquetes, empecé a llorar balo y me quedé dormido en medio de mi aflicción.

Cuando desperté, el vapor segura cabeceando y temblando, y la portilla del camarote relucí como el sol. A mí lado estaba sentada la abuela, que se peinaba, arrugando la frente y sin dejar de mascullar algo. Tenía el pelo muy largo y espeso, negro, con reflejos azules; caíale sobre los hombros, el pecho y las rodillas, y le llegaba hasta el suelo. Con una mano lo levantaba, lo sostenía como sí lo sopesara, y. con un peine de madera arreglaba, no sin trabajo, las gruesas trenzas, sus labios se contraían, sus oscuros ojos relucían de enojo y su cara parecía muy pequeña y ridícula en aquella negra oleada de pelo.

Aquel día me pareció muy mala; pero cuando le pregunté cómo era que tenía el pelo tan largo, me dijo en el mismo tono cálido y suave dei día anterior:

-Dios, para castigarme, ha dejado que me crezca tanto. En castigo de mis pecados, tengo que sufrir la tortura de peinarme. Cuando era joven, blasonaba de mis largas

trenzas, y hoy las maldigo. Pero duérmete, niño, que todavía es temprano. Acaba de salir el sol.

-No puedo dormir más.

-Bueno, corno quieras -me dijo, bondadosa, anudando el pelo en una trenza, y, mirando hacia el sofá donde yacía mi madre boca arriba, exclamó-: Dime una cosa, ¿cómo ha sido que has roto la botella de leche? Pero habla bajito.

Dijo estas palabras cantando de un modo peculiar, y se me quedaron fácilmente grabadas en la memoria. Eran como flores, tan agradables, tan claras, tan jugosas... Cuando sonreía, se ensanchaban sus pupilas, oscuras como cerezas, e irradiaba de ellas un fulgor inefable y agradabilísimo; los blancos y fuertes dientes asomaban, brillantes, y, a pesar de las muchas arrugas que surcaban la morena piel de sus mejillas, todo su rostro parecía juvenil y animado. Sólo lo desfiguraba la blanda nariz de punta rojiza y de ventanillas muy anchas. Mi abuela tomaba rapé de una tabaquera negra con adornos de plata, y de cuando en cuando sorbía un polvito. Todo su aspecto tenía algo sombrío; pero de su interior, por los ojos, irradiaba una serenidad inextinguible, fervorosa y alegre. Era cargada de espaldas, casi jorobada, y a pesar de todo estaba muy entera; pero se movía con suavidad y con soltura, como una gata grande, y además, era tan suave como este amable animal. Antes de su llegada, yo había dormido, por decirlo así, en la sombra; pero su aparición me despertó, me trajo a la luz, ligó cuanto me rodeaba con un hilo irrompible, y lo trenzó en una telaraña polícroma; desde el primer momento, me fue cara para toda la vida, y se me adentró en el corazón como nadie en el mundo; era para mí tan íntima, tan comprensible como ninguna otra persona. Su altruista amor al mundo me hizo rico, me dio fuerzas y reciedumbre para la lucha por la vida.

Hace cuarenta años, los vapores iban aún muy despacio; nuestro viaje hasta Nijni Novgorod duró mucho tiempo, y todavía recuerdo mucho aquellos días, que me enseñaron a disfrutar de la belleza.

El tiempo se había despejado; desde por la mañana hasta por la noche permanecía yo con mi abuela sobre cubierta, bajo el cielo transparente, entre las dos orillas del Volga, doradas por el otoño y como recamadas de seda de colores. Sin prisa, batiendo perezosa y ruidosamente con las paletas de las ruedas las olas del azul grisáceo, el vapor, pintado de rojo vivo, con la chalupa al extremo del largo cable de remolque, remonta la corriente. La chalupa gris parece materialmente una cucaracha gigantesca. Imperceptiblemente, navega el sol por encima del Volga; de hora en hora, todo cambia en el paisaje, todo es nuevo; las verdes montañas son como abultadas bolsas en el suntuoso vestido de la tierra; en las orillas se extienden ciudades y aldeas que, de lejos, parecen hechas de alajú; en el agua flotan las doradas hojas del otoño.

-¡Mira que hermosura! -dice la abuela a cada paso; va de una borda a otra, y está radiante toda su cara, cuyos ojos, muy abiertos, parecen como si quisieran aprisionar los magníficos cuadros del paisaje.

No pocas veces, me olvida del todo, embebida en la admirable vista que ofrecen las márgenes: cruzadas las manos sobre el pecho, sigue risueña y callada en la borda del buque, y en sus ojos tiemblan lágrimas. Yo le tiro del oscuro vestido estampado de flores.

-¿Qué hay? -pregunta, recobrándose-. Estoy materialmente dormida, como si soñara.

-¿Y por qué lloras?

-De alegría, hijo mío, y de vejez -me dice sonriendo-. Porque yo ya soy vieja,

¿sabes? Ya llevo sesenta añitos a la espalda.

Y después de tomar un polvito, empieza a contarme toda clase de historias fantásticas de bandoleros generosos, de ermitaños piadosos, de toda suerte de animales y de malignos poderes del infierno. Narra misteriosamente, en voz baja, inclinándose sobre mi cara y clavando en las mías sus grandes pupilas, como si quisiera infundir en mi corazón una fuerza vivificante. Habla como si cantara, y cuanto más avanza, más melodiosas me suenan sus palabras. Me produce el oírlas un placer indescriptible. Escuchando su conversación, me quedo como embelesado, y le suplico:

-Sigue contando.

-¿Más aún? pues escucha. Erase una vez un duende, escondido en la chimenea del hogar, que se había clavado un alfiler en la pata y andaba cojeando de un lado a otro y gimiendo: "¡Ah, ratoncitos míos; me duele tanto! ¡No puedo soportarlo, ratoncitos míos!".

Al decir esto, levantó el pie, se lo sujetó con las dos manos, lo movió de un lado a otro y contrajo la cara como si ella misma sintiera el dolor.

En torno se hallaban unos marineros, hombres barbudos, de caras bondadosas, escuchando, riendo, aplaudiendo y suplicando:

-Vamos abuelita; cuenta algo más.

Y luego nos invitaron:

-Venid esta noche a cenar con nosotros.

A la hora de cenar agasajan a la abuela con aguardiente y a mí con melón; esto último se hace muy en secreto, porque en el buque hay un hombre que prohibe comer fruta y se la quita a la gente y la tira al agua. Va vestido como un policía y está siempre borracho; todos se recatan de él cuando pueden.

Mi madre sube muy pocas veces a cubierta, y se mantiene alejada de nosotros. Casi siempre está callada. Como al través de una niebla o de una nube transparente, veo su figura, alta y esbelta; la cara oscura, de férrea dureza, y la gruesa corona de su espeso cabello trenzado. 'lodo en ella es fuerte, y duro; hasta los ojos, grises, que siempre miran de frente, y que son tan grandes como los de la abuela, miran de un modo severo y poco amistoso, como desde lejos.

-La gente se ríe de usted, mamá -dijo una vez a la abuela.

-Que Dios los ampare -respondió la anciana, muy satisfecha. Que se rían, sí eso les hace bien.

Aún me acuerdo de la alegría infantil que sintió cuando nos acercábamos a Nijni Novgorod. Tiró de mí para llevarme a la borda del buque y exclamó:

-¡Mira; pero mira qué bonito! ¡Allá está, amigos míos, mi simpático Nijni! ¡Qué magnífica es esa hermosa ciudad de Dios! ¡Mirad las iglesias, que parecen mecerse en el aire!

Y, casi entre lágrimas, suplicó a mi madre:

-¡Mira una vez siquiera, Variuscha; ¡Ven, mira! ¿Es que te has olvidado de tu ciudad natal? ¡Alégrate conmigo!

Una sonrisa breve vagó por el sombrío semblante de mi madre.

El vapor se detuvo delante de la hermosa ciudad, en medio de la corriente del río, que estaba cubierto de embarcaciones. Centenares de afilados mástiles subían al cielo como espinas de un erizo monstruoso. Se acercó un bote grande con muchos pasajeros; se aferró con ¡os bicheros a la escala del buque, y cuantos en él llegaban subieron a bordo. Delante de todos iba un anciano, pequeño y enjuto, de luenga levita negra; corta barba, corrida, roja y con brillo de oro; ojos verdes y nariz de halcón.

-¡Papá! -exclamó mí madre, con su voz profunda; y corrió hacía él, que le abrazó la

cabeza, le acarició las mejillas con sus manos pequeñas y rojas, y exclamó con voz chillona:

-¡Ah! ¡Ah, tontísima mía! ¡Ya estás aquí!... Ahora, mira... ¡Ah! Me parecéis...

Mi abuela, que daba vueltas como un peón, besaba y abrazaba a todos al mismo tiempo; a mí me empujó por en medio de toda la gente y dijo presurosa:

-¡Ea, ven pronto! Aquel es el tío Mijailo; aquel otro, el tío Jacobo. Esta es tía Natalia, y aquellos de allí son sus primos, que se llaman los dos Sacha, y tu primita Catalina. Ahí tienes a toda nuestra familia.

El abuelo se volvió entonces a ella.

-¿Cómo va, madre, estás buena?

Se besaron tres veces.

Luego, el abuelo me sacó del grupo que me rodeaba, me puso la mano en la cabeza y me preguntó:

Y tú, ¿quién eres?

-Soy el chico de Astracán del camarote.

-¿Qué dice este? -preguntó el abuelo, volviéndose a mi madre, y, sin esperar su respuesta, me apartó de s¡ y dijo:

-Ha sacado los pómulos salientes de su padre... ¡Vamos al bote!

Nos dirigimos a la orilla y todos juntos subimos la ancha rampa, empedrada de grandes guijarros, que se extiende entre las dos altas secciones del talud, cubiertas de raquítica hierba.

Los viejos iban delante de nosotros. El abuelo era mucho más pequeño que su mujer y andaba a pasos cortos y vivos a¡ lado de ella, que, como si se cerniera en el aire, lo miraba desde arriba. Detrás de ellos iban, en silencio, mis dos tíos: Mijailo, moreno y de pelo lacio, tan delgado como el abuelo, y Jacobo, el de cabello claro y crespo; un par de mujeres gordas, con vestidos chillones, y media docena de chiquillos, todos ellos de más edad que yo y muy pacíficos, seguían a los hombres. Yo iba con mi abuela y la tía Natalia. Esta era de figura pequeña, pálida, de ojos azules y de cuerpo grueso; tenía que pararse con frecuencia. Respirando con esfuerzo, balbucía:

-¡Ay, no puedo más!

-¿Por qué la habéis traído? -refunfuñó enfadada la abuela-. ¡Qué gente tan poco juiciosa!

A mí no me agradaban ni los mayores ni los niños; me sentía extraño entre ellos, y hasta la abuela me pareció de pronto hallarse más lejos de mí.

Especialmente me desagradaba mí abuelo; en seguida barrunté en él a un enemigo, y le dediqué toda mi atención, aparejada con una curiosidad temerosa. Llegamos al extremo de la rampa. Allí en todo lo alto, apoyado en el lado derecho del talud, como primer edificio de la calle, se alzaba una casa de una sola planta, revocada de color de rosa sucio, con tejado blanco y ventanas que sobresalían como ojos saltones. Desde la calle me pareció grande, pero por dentro, en sus pequeños y oscuros aposentos era estrecha. Por doquiera corrían, como en un vapor que quiere atracar, gentes atrafagadas; niños que se atropellaban por la casa y el patio, como en un enjambre de gorriones rateros, y un olor cáustico y para mí desconocido llenaba todas las habitaciones.

Salí al patio, y tampoco me agradó ni poco ni mucho: por todas partes había colgados unos trapos grandes y húmedos, se veían cubas de un líquido espeso de diversos colores, en que estaban sumergidos grandes pedazos de tela. En un rincón había un anejo bajo y medio derruido, con un horno grande, en el que ardía leña con viva llama, mientras en una caldera gigantesca una cosa hervía y burbujeaba, y un

hombre, a quien no se veía, exclamaba, con voz recia, una palabras raras:

-Palo de sándalo... Fucsina... Vitriolo ...

Capítulo II

Empezó entonces para mí una vida singular, recia y movida, por la que pasé con aterradora celeridad. Persiste en mis recuerdos como un cuento sombrío, relatado por un genio bueno, si, pero al propio tiempo espantosamente sincero. Ahora, cuando me pongo a evocar el pasado, quisiera a veces dudar de que todo ocurriera de la manera que ocurrió; quisiera contradecir o negar muchas cosas, pues me parece harto llena de barbarie la sombría existencia de esta "raza incomprensiva" de que tengo que hablar.

Pero la verdad es superior a toda sensibilidad morbosa, y, al fin y al cabo, no hablo de mi persona, sino más bien de aquel circulo estrecho, sin horizontes, lleno de impresiones torturadoras de toda especie, en que vivía yo entonces y en que hasta hace poco ha vegetado el sencillo pueblo ruso.

La casa de mi abuelo estaba impregnada de una atmósfera tibia y opresora, de la hostilidad mutua de todos contra todos. Los mayores estaban contagiados de ella, y hasta los mismos niños tomaban parte viva en las disputas. Más tarde colegí, por relatos de mi abuela, que el retorno de mi madre a la casa paterna había sobrevenido en una época en que sus hermanos pedían al padre con todo ahínco la partición de bienes. El inesperado regreso de mi madre no hizo más que robustecer su deseo de repartirse la hacienda paterna. Temían que mi madre pidiera el pago de su dote aplazada, que mi abuelo había retenido hasta entonces porque su hija se había casado centra su voluntad. Mis dos tíos opinaban que la dote de mi madre debía repartirse de derecho entre ellos. Además, existían ya entre ambos, hacia mucho tiempo, violentas discrepancias sobre cuál de los dos se haría cargo de la tintorería de la ciudad y cuál tendría que montar otra nueva en el arrabal de Kunavin, al otro lado del río Oka.

A poco de nuestra llegada, estando comiendo en la cocina, estalló la disputa. Mis dos tíos se pusieron súbitamente en pie, se inclinaron sobre la mesa y se encararon furiosos con mi abuelo, rechinando de rabia los dientes y sacudiéndose como perros; pero mi abuelo, muy encendido, dio un golpe con la cuchara en la mesa y exclamó, con su estridente voz de gallo.

-¡Os echo de casa! ¡Iréis a pedir limosna!

Mi abuela contrajo dolorosamente el rostro, y dijo:

-Dáselo todo, padre. Así vivirás más tranquilo. ¡Dáselo, en nombre de Dios!

-¡Cállate la boca, madre! ¿Te atreves a ponerte de parte de ellos? -chilló mi abuelo, cuyos ojos echaron chispas; era verdaderamente asombroso que un hombre tan pequeño pudiera chillar tan fuerte.

Mi madre se levantó de la mesa, se acercó a la ventana con paso mesurado y volvió a todos la espalda.

De pronto, mi tío Mijailo dio un revés con toda su fuerza en la cara de su hermano Jacobo. Este profirió un grito, se agarró al agresor, y ambos rodaron por el suelo chillando, estertorando y llenándose de insultos.

Rompieron los niños en recio llanto, y la pobre tía Natalia empezó a llorar desesperada. Mi madre la cogió con ambos brazos y se la llevó de la habitación. Yevgueniya, la niñera, una mujercita vieja, alegre y picada de viruelas, sacó a los niños de la cocina. Cayeron sillas al suelo y reinó un terrible caos. Uno de los

oficiales de la tintorería, un mozo ancho de espaldas al que habían puesto por apodo "Gitanillo", se sentó a horcajadas en la espalda del tío Mijailo, en tanto que Grigorii Ivánovich, el capataz, un sujeto calvo, de barba larga y cerrada y gafas oscuras, ataba con toda tranquilidad las manos de mi tío con un pañuelo.

El maniatado Mijailo estiró el cuello, barrió con la escasa barba negra el pavimento y profirió un ronquido raro; pero el abuelo seguía corriendo en torno de la mesa y exclamando en tono lastimero:

-¿Y estos son hermanos? ¿De la misma carne y de la misma sangre? ¡Ah, mal rayo! ...

Desde el comienzo de la reyerta, yo, asustadísimo me había subido al hogar, y desde allí contemplaba lleno de miedo y de aflicción cómo la abuela lavaba en una jofaina de cobre la sangre que manaba de la aporreada cara de mi tío Jacobo. Mi tío lloraba y pataleaba, pero la abuela le dijo con voz apagada:

-¡Qué condenados mozos estos! ¿Cuándo acabaréis de tener juicio? ¡Estos muchachos son demasiado salvajes!

El abuelo se levantó la desgarrada camisa, que se le quería caer de los hombros, y exclamó:

-¡SI, esas bestias has echado tú al mundo, bruja!

Cuando salió tío Jacobo, la abuela se escurrió hasta un rincón del cuarto y prorrumpió en desgarradores lamentos.

-¡Oh, santa Madre de Dios, Madre misericordiosa, haz que mis hijos entren en razón!

El abuelo estaba de pie, un poco apartado de ella, mirando la mesa, en que todo estaba derribado y vertido, y dijo en voz baja:

-Ten cuidado, madre, de que no le hagan nada a Bárbara... ¡Son capaces de matarla!

-¡Por amor de Dios! ¿Qué estás diciendo? Pero quítate

la camisa, te la zurciré.

Y al coger entre ambas manos la cabeza del viejo, la besó en la frente. El escondió la cara en los hombros de la abue

la, a los que alcanzaba justamente su pequeña estatura y, dijo:

-Ya no me queda más remedio que repartirles los bienes, madre.

-Sí; hazlo, padre; no hay otra solución.

Largo rato estuvieron hablando, a! principio en completa armonía; pero luego, mi abuelo empezó a rascar el suelo con los pies, como un gallo antes de la pelea, amenazó a la abuela con el índice y dijo con perversa voz y en fuerte cuchicheo:

-A ti ya te conozco ... ¡Tú estás de parte de los dos! Tu Miska es un verdadero jesuita, y tu Yaska, un masón. Lo que quieren es beberse y derrochar lo que yo tengo.

Desde mi refugio hice un movimiento torpe y tiré una plancha, que cayó sobre un saliente y rebotó de él en al cubo de la basura. El abuelo saltó al escalón, me bajó del hogar y me miró a la cara como si me viese por primera vez.

-¿Quién te ha subido ahí arriba? ¿Tu madre?

-He subido yo solo.

-¡No mientas!

-No; de veras... ¡Tenía tanto miedo!...

Me dio un golpecito en la frente y me apartó de sí.

-¡Es su padre clavado! ¡Hala, largo de aquí! Me alegré de poder salir de la cocina.

No se me escapaba que mi abuelo me observaba atentamente con sus perspicaces y penetrantes ojos verdes, y le tenía miedo. Recuerdo que procuraba sustraerme siempre a la mirada de aquellos ojos abrasadores. Tenía a mi abuelo por un hombre malo, que

hablaba con todos en un tono burlón y molesto, y a todos los pinchaba y excitaba.

-¡Ah, mal rayo! -solía exclamar a menudo, despectivamente; y la manera de pronunciar estas palabras me daba siempre escalofríos.

Al anochecer solía ir a la cocina, con mis dos tíos y los obreros del taller, para tornar el té. Mientras estaban allí, cansados del trabajo, con las manos teñidas de azul por el sándalo, y quemadas por el vitriolo, sujeto el pelo por cintas estrechas, se parecían enteramente a los ennegrecidos ¡conos del rincón de la cocina. En aquella hora peligrosa solía el abuelo sentarse frente a mí y charlar conmigo, a la verdad mucho más largo que con los demás nietos, lo que visiblemente provocaba la envidia de éstos. Era de cuerpo muy bien proporcionado, y todo estaba en él marcadisimo, como hecho a torno. Su chaleco de brillo mate, de raso bordado de flores, estaba viejo y raído; su camisa de algodón era una pura arruga, y sus pantalones tenían grandes remiendos en las rodillas, a pesar de lo cual producía una impresión de mayor aseo y compostura que sus dos hijos, que llevaban chaquetillas, camisetas y corbatas de seda.

Algunos días después de nuestra llegada, mandó el abuelo que me enseñaran a rezar. Todos los demás nietos eran mayores que yo, y ya sabían leer; tenían de maestro al sacristán de la iglesia de la Ascensión, cuyas doradas cúpulas se veían desde las ventanas de la casa. A mí me enseñaba a rezar la tímida y retraída tía Natalia, una mujer de cara de niña y de pupilas tan transparentes, que yo me figuraba que ,e podía ver a través de ellas.

Gustaba de mirarla largamente a los ojos, sin desviar los míos ni pestañear; ella los contraía, movía a un lado y a otro la cabeza y me decía en voz baja, casi cuchicheando:

-Ahora, repite: "Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado... "

Y cuando yo le preguntaba luego: "¿Qué es eso de santificado?", miraba con temor en torno del aposento y me decía:

-No te burles y repite sin replicar: "Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado… ¿A ver?

Yo no acertaba a comprender por qué no se podía preguntar. Aquella palabra "santificado" tenía para mí un sentido misterioso, y trataba de retorcerla de todas las maneras posibles: "Sanfiticado", "fansiticado"...

Mi buena tía, la de la cara de amarillez de cirio, que parecía estarse derritiendo, no se cansaba de corregirme siempre con su apagada voz, que parecía tener una raja, como una campana:

-No; así, no. "Santificado"...

Lo que yo tenía que aprender no era tan sencillo; lejos de eso, parecíame bastante complicado. Esto me daba coraje, y el coraje me imposibilitaba retener la oración.

Un día me preguntó el abuelo:

-Vamos a ver, Alioscha, ¿qué has hecho hoy? ¿Habrás jugado, verdad? Lo veo por el chichón que tienes en la fi-ente. No es difícil hacerse chichones. ya el Padrenuestro?

-Tiene muy mala memoria -dijo ni tía en voz baja.

El abuelo se rió. satisfecho, y enarcó las rojas cejas.

-Entonces, habrá que darle una mano de azotes -dijo, y siguió preguntándome-: ¿Te pegaba mucho tu padre?

Yo no entendí su pregunta. y me callé.

-Máximo no le pegó nunca -dijo mi madre-, y a mí también me lo había prohibido.

-¿Por qué?

-Decía que con golpes no se consigue nada.

-En todo era un majadero, ese tal Máximo... ¡Señor, perdóname que hable así de un

muerto! -se interrumpió mi abuelo con aspereza y mala intención.

Sus palabras me hirieron, y él lo observó muy bien.

-¿Por qué haces eso con los labios? ¡Espera y verás! -me dijo. Luego se pasó la mano por el rojizo y plateado pelo y prosiguió-: El sábado voy a zurrar a Saska, y entonces, verás.

Los otros se rieron, pero yo me eché a un lado y medité sus palabras.

En el taller había oído ya la palabra "zurra", pero el abuelo parecía haberla empleado en otro sentido; seguramente no significaba nada bueno en sus labios, y lo más probable era que valiera tanto como apalear o pegar. Yo ya había visto pega¡ a los caballos, los perros y los gatos, y en Astracán los policías pegaban también a los persas. Pero no habia visto nunca que se pegara de ese modo a los niños, y cuando mis dos tíos daban a menudo a sus hijos una morrada o un pescozón, ellos se quedaban tan indiferentes, y, a lo sumo, se frotaban con la mano el sitio del golpe. Yo solía preguntarles: "¿Os duele?", y ellos me respondían siempre, muy valerosos: "¡Nada, ni pizca!"

Si a Saska iban a pegarle, seria probablemente por el incidente del dedal, que había ocurrido poco antes. Por la noche, en el intervalo entre el té y la cena, solían mis tíos y el capataz coser los objetos teñidos que antes del tinte se hablan descosido, y ponerles etiquetas. Un día, se le ocurrió al tío Mijailo, para gastar una broma a Grigorii, el capataz, que estaba medio ciego, mandar a Saska, un sobrino suyo de nueve años, que calentara su dedal en la llama de una vela. Saska cogió el dedal con las despabiladeras, lo puso a la llama hasta que estuvo al rojo, lo dejó en la mesa de Grigorii, y se escondió detrás del hogar. En esto, llegó casualmente el abuelo para ayudar a coser, y metió el dedo en el dedal al rojo. Se armó un alboroto de todos los diablos, que hasta a mí me hizo acudir a la cocina; y vi cómo el abuelo, agarrándose una oreja con los dedos abrasados, daba unos saltos enormemente cómicos y no dejaba de chillar:

-¿Quién ha sido, hatajo de herejes?

El tío Mijailo, doblado sobre la mesa, hacía bailar el dedal con los dedos como una peonza y soplaba para enfriarlo. El capataz cosía lo más de prisa que podía, y en su enorme calva bailaban las sombras. El tío Jacobo, que también había acudido, al oír el alboroto, se reía para su capote, escondido en el rincón del hogar, y la abuela desmenuzaba en el rallo una patata cruda.

-¡Ha sido Saska, el de Jacobo! -exclamó súbitamente el tío Mijailo.

-¡No mientas! -exclamó Jacobo, saliendo de detrás del hogar y encarándose con su hermano.

En el rincón se oyó la voz llorosa de su hijo:

-Fue él quien me dijo que lo hiciera, papá.

Mis dos tíos empezaron a cubrirse de improperios. El abuelo, que se había tranquilizado de pronto, se aplicó la patata rallada a los abrasados dedos, me cogió de la mano y se alejó en silencio.

Largo y tendido se habló del suceso de aquella noche, y todos designaron al tío Mijailo como culpable. Yo pregunté al abuelo si también "zurraría" al tío Mijailo.

-La verdad es que debiera hacerlo -refunfuñó él, mirándome atentamente de soslayo.

El tío Mijailo, que habla oído mis palabras, dio con furia un puñetazo en la mesa, y gritó a mi madre:

-¡Bárbara, si tu crío no se calla, le voy a romper la crisma!

-¡Atrévete a tocar al chico! -dijo mi madre, en un tono que hizo callar a su hermano.

Sabía cortar la palabra á la gente de un modo admirable, con sus observaciones breves y enérgicas. Yo tenía la impresión de que todos la temían, y hasta el abuelo hablaba con ella, no como con los demás, sino mucho más bajo. Esto me gustaba, y de ello alardeaba orgulloso ante mis primos.

-¡Es que m¡ madre es la más fuerte!

No se atrevían a contradecirme. Pero lo que ocurrió el sábado siguiente trastornó por completo mis relaciones con mi madre.

Antes del sábado había yo echado sobre mi una culpa.

Habla observado siempre con gran interés la habilidad con que los obreros de la tintorería sabían cambiar el color de las telas: tomaban un retazo amarillo, lo sumergían en un líquido negro y lo sacaban de azul muy oscuro, "azul de añil", como ellos decían o bien lavaban un pedazo gris en agua de un rojo leonado y se volvía de color rojo oscuro, que ellos llamaban "burdeos". La cosa parecía muy sencilla, y, sin embargo, no me cabía en la cabeza.

Yo ardía en deseos de teñir por mí mismo alguna cosa, y comuniqué el propósito a mi primo Saska, el hijo de Jacobo. Saska era un niño de propensión seria, que buscaba con ahínco el aplauso de las personas mayores y era amable, cortés y servicial con todo el mundo. Los mayores le elogiaban por su obediencia y listeza, pero el abuelo no tenía muchos encomios para él, y le !jamaba "maulero". Era flaco y morenucho, tenía ojos saltones de cangrejo, hablaba bajo y tan de prisa, que se comía la mitad de las palabras, y andaba siempre mirando alrededor misteriosamente y como quien busca, cual si quisiera echar a correr hacia alguna parte para esconderse. Sus pupilas pardas no se movían, pero cuando estaba excitado le temblaba todo el ojo.

A mí no me gustaba este Saska, y queda mucho más al otro, al hijo de Mijailo, que era un muchacho calladito e insignificante. Tenía los ojos tristes, pero se reía de corazón y tenía la dulzura de su dulce madre, mi tía Natalia. Sus dientes eran feísimos, le sobresalían de la boca y en la quijada superior, le crecían en dos hileras. Esto le daba mucho que hacer; andaba siempre con los dedos metidos en la boca y no dejaba de tirarse de los dientes y hurgárselos, tratando de sacarse los de la fila posterior, y con toda paciencia dejaba que le tocara la mandíbula todo el que quería. No recuerdo de él ninguna otra cosa interesante. En la casa del abuelo, que hormigueaba de gente de arriba a abajo, llevaba una vida solitaria y se pasaba grandes ratos en los rincones oscuros, o por la noche junto a la ventana. A mí me gustaba sentarme a su lado sin hablar horas enteras, muy arrimado, contemplando cómo en el rojo cielo nocturno los negros enjambres de grajos revoloteaban en torno de las cúpulas doradas, de forma de cebollas, de ¡a iglesia de la Ascensión, remontaban el vuelo, descendían muy bajo y súbitamente, cubriendo de arabescos negros el cielo que se apagaba, volaban hacia otra parte, sin dejar nada detrás de sí en el espacio vacío. Era una vista que producía en el ánimo una tranquila ausencia de deseos, un agradable sentimiento de perezoso descanso, y que, por decirlo así, le enmudecía a uno.

El otro Saska, el hijo de Jacobo, sabía hablar de todo mucho y muy comedidamente, como cualquier persona mayor. Cuando se enteró de que yo quería probarme como tintorero, me aconsejó que cogiera del aparador el mantel blanco de los días de fiesta y lo tiñera de azul.

-Las cosas blancas se tiñen mucho mejor, créeme -me dijo, muy en serio.

Yo saqué el grueso mantel y corrí con él al patio; pero apenas había sumergido una punta en la tina del añil, cuando el "Gitanillo" se abalanzó sobre mí, me arrebató el mantel, empezó a retorcerlo con sus anchas manazas, y dirigiéndose a mi primo, que desde la casa lo estaba viendo todo, exclamó:

-¡Llama en seguida a la abuela!

Librodot

Y volviéndose a mí, mientras movía la cabeza, con su negra melena, en una forma que no presagiaba nada bueno, me dijo:

-¡Ya verás, bribón, ya verás lo caro que te cuesta! Acudió la abuela a toda prisa, profiriendo lamentos, y rompió en llanto, mientras me decía:

-¡Ah, granuja, pillete! ¡No te dará un torzón, diablejo! Pero al oficial le advirtió:

-No digas nada de esto al abuelo, Vania. Yo veré cómo

lo arreglo, es posible que todavía se quite, lavándolo bien. Venia, el "Gitanillo", que se estaba secando las manos en

una toalla de mil colores, dijo, preocupado:

-Yo no diré nada, pero ese chico, ese Saska ... ¡Si ése no se va de la lengua!...

-Yo le daré dos copeques -dijo la abuela, llevándome hacia casa.

E¡ sábado, antes del oficio divino de la tarde, alguien me llevó a la cocina, donde todo estaba oscuro y en silencio. Recuerdo que la puerta del zaguán y las de las habitaciones estaban cerradas, y que afuera, en la oscuridad otoñal, caía la lluvia. En el ancho banco, ante el negro agujero del hogar, estaba sentado el "Gitanillo", al parecer nervioso y de mal humor. El abuelo se hallaba en el rincón, junto a un cubo lleno de agua, del cual sacaba una vara tras otra, las media y azotaba con ellas el aire haciéndolas silbar. La abuela permanecía entre las sombras, tomaba un polvo de cuando en cuando y gruñía:

-¡Cómo se alegra ... ese enemigo malo!

Saska, el hijo de Jacobo, estaba sentado en una silla en medio de la cocina, se restregaba los ojos con los puños y lloraba con voz completamente cambiada, como un mendigo viejo:

-¡Perdóneme usted, por amor de Dios!

Detrás de la silla estaban como dos figuras de madera, hombro con hombro, los dos hijos del tío Mijailo, hermano y hermana.

-En cuanto te haya vapuleado, te perdonaré -dijo el abuelo, pasándose por el puño la larga y húmeda vara-. ¡Ea, bájate los pantalones!

Dijo esto con toda calma: ni el sonido de su voz, ni el crujido de la silla en que se movía el muchacho, ni la carraspera y el arrastrar de píes de mi abuela, pudieron aliviar la misteriosa impresión de silencio sepulcral que reinaba en la penumbra de !a cocina, de bajo y ahumado techo.

Saska se levantó, se desabrochó los calzones, se los bajó hasta las rodillas, y sujetando la prenda con las manos y bajando la cabeza, se acercó al banco a tropezones. Me produjo una impresión rarísima, verle avanzar de aquel modo, y también a mí me entró temblor de piernas.

La cosa empeoró cuando Saska se tendió humildemente en el banco boca abajo y Vania, con una toalla larga que llevaba sobre los hombros y el cuello, lo sujetó al asiento, y luego, con las negras manos, le sostuvo las piernas por los tobillos.

-Acércate más, Lexei -exclamó mi abuelo, dirigiéndose a mí-. ¿No me oyes? Mira lo que es una paliza ... ¡A la una!...

Sin dar muy fuerte, dirigió un golpe con la vara al cuerpo desnudo. Saska lanzó un grito.

-No te quejes todavía -dijo mi abuelo-, que éste no te ha hecho daño. Pero esto otro s¡ te va a hacer.

Y le dio un varazo tan fuerte, que en su piel se encendió al punto un ardiente verdugón rojo, y el chico empezó a gemir con desesperación.

-No te hace gracia, ¿verdad? -preguntó el abuelo, llevando el compás con la mano que empuñaba la vara y haciéndola silbar-. ¿No te hace gracia? Esto es por lo de! dedal, para que te enteres.

Cuando le veía alzar la mano, parecíame que todo el interior del pecho se me subía a la garganta: cuando la bajaba, en mi cuerpo se hundía todo.

Saska gemía y chillaba con una voz aguda, estridente y desagradable:

-¡No lo haré más! ¡Fui yo quien dijo lo del mantel! ¡Fui yo quien lo dijo!

-El acusón no está libre de pena -dijo mí abuelo tranquilamente, como si leyera en el salterio-. El acusón merece también el látigo. Toma, esto es por el mantel.

La abuela se precipitó hacia mi, me cogió de la mano y exclamó:

-¡A Lexei, no dejo que le pegues! No te lo permito, salvaje!

Y empezó a dar puntapiés en la puerta, gritando: ' Bárbara, Bárbara!"

El abuelo se precipitó hacia ella, la tiró al suelo, me arrancó de sus manos y me condujo al banco. Yo me defendía con todas mis fuerzas, tirándole de la roja barba y mordiéndole los dedos. Aún me parece oír sus furiosas palabras.

-¡Átalo fuerte! ¡Lo voy a matar!

Veo luego la cara pálida de mi madre y sus ojos muy

abiertos. Corrió al banco y exclamó con voz bronca: -¡Papá, no le haga usted nada!... ¡Suéltele usted! Paro sus gritos y ruegos fueron inútiles.

El abuelo estuvo pegándome hasta que perdí el sentido. Luego pasé algunos días enfermo; estaba tendido boca abajo en una cama grande y caliente, en un aposento de una sola ventana, con una capillita ante la cual ardía continuamente una lámpara de vidrio rojo.

Los días que pasé allí tuvieron, sin duda, gran importancia en mi vida. En aquellos días debí de madurar mucho por dentro y experimentar una oleada de nuevas sensaciones especiales. De entonces data cierta atención inquieta con que empecé a contemplar a las personas, y una insólita y sutil sensibilidad contra toda clase de injurias y dolores que me fuesen inferidos a mí o a otros, como si entonces me hubieran arrancado la piel del corazón.

Me causó, sobre todo, profunda impresión una disputa entablada entre mi madre y mi abuela. Aún recuerdo la ancha y sombría figura de mi abuela, cuando llevó a mi madre al rincón, entre los ¡conos, y le dijo como silbando:

-¿Por qué no lo arrancaste de sus manos?

-Estaba demasiado asustada.

-¡Una mujer tan fuerte como tú! ¿No te da vergüenza, Bárbara? Yo soy una vieja y no tengo miedo.

-Déjeme usted en paz, mamá, que estoy nerviosa hasta más no poder.

-Es que tú no quieres al chico; no tienes compasión del pobre huérfano.

-¡También yo he sido huérfana toda mi vida! -exclamó mi madre, con atormentada expresión.

Luego estuvieron las dos llorando largo rato sobre el arca de¡ rincón, y mi madre dijo:

-Si no fuera por Alexei, me escaparía... ¡lejos, muy lejos de aquí! ¡Yo no puedo vivir en este infierno, no puedo, mamá! No soy bastante fuerte para soportarlo.

-¡Pobre corazoncito mío, sangre de mi sangre! -cuchicheó la abuela.

Yo observé muy bien que mi madre había dicho que no era fuerte; ¡de manera, que temía al abuelo lo mismo que los demás! ¡Y yo era la causa de que permaneciera en una casa en que no podía vivir! Todo aquello era muy triste. Pero pronto desapareció de la casa, pues se fue no sé dónde de visitas.

Súbitamente, corno si hubiera caído del cielo, apareció mi abuelo en la habitación, se sentó en la cama, me tentó ¡a cabeza con una mano fría como el hielo, y dijo:

-Buenos días, señorito. ¡Vaya, responde y no seas cabezudo! ¿Respondes o no?

De buena gana le habría dado un golpe con el pie, y si no lo hice fue porque el menor movimiento me causaba aún violentos dolores. El rojo de su pelo me parecía aún más encendido que otras veces; su cabeza se movía inquieta de un lado a otro, y sus ojos verdiclaros parecían buscar en la pared. Sacó del bolsillo una cabra de alajú, dos bollitos en forma de media luna, una manzana y un racimo de pasas azules, y lo puso todo sobre la almohada, al lado de mi nariz.

-Mira lo que te he traído.

Se inclinó sobre m¡ y me besó en la frente. Luego empezó a hablar, acariciando mi cabeza con su mano pequeña y dura, toda teñida de color amarillo, que resaltaba sobre todo en sus uñas, encorvadas como las de un ave de rapiña.

-El otro día te di demasiado fuerte, hijo mío. Pero es que me mordiste y me arañaste, y eso me hizo montar en cólera. Pero no importa que hayas llevado de más; ya te lo descontaremos otra vez. Ten en cuenta, hijito, que quien te pega es quien bien te quiere; de modo, que no lo tomes como ofensa, sino como lección. De un extraño no lo toleres jamás, pero entre parientes eso no quiere decir nada. ¿Crees, acaso, que a mí no me han pegado nunca? Te aseguro, hijo mío, que me han pegado tanto que no puedes ni soñarlo. Tanto, tanto, que hasta el mismo Dios lloraba de verlo. Y ya ves adonde he llegado. Yo era un pobrecito huérfano, hijo de una mendiga, y sin embargo, me he abierto camino y hoy soy maestro principal de un gremio y tengo tantos más cuantos oficiales a mis órdenes.

Arrimó al mío su cuerpo flaco y bien formado. y empezó a hablarme de los días de su niñez. Sus palabras eran graves y enjundiosas, pero él las ensartaba con facundia y ligereza.

Sus ojos verdes llameaban con vivos reflejos, el dorado cabello se le espeluznaba grotescamente en la cabeza, y la voz, de ordinario alta y estridente, sonaba, apagada de intento, junto a mi cara:

-Tú llegaste embarcado en un vapor que te trajo hasta aquí: pero en mi tiempo era aún menester sirgar corriente arriba los buques del Volga, y yo con otros tenía que tirar de ellos con toda mi alma. El buque flotaba en el agua y yo anda que anda por la orilla, descalzo, pisando piedras, tirando desde la mañana hasta la noche; el sol me tostaba la espalda y el cráneo me hervía como una olla, y tira que tira, con el cuerpo encorvado y sintiendo que me crujían los huesos, con los ojos nublados, que no me dejaban ver e¡ camino, y mi alma lloraba y se anegaba en llanto ... ¡Ay, Aliocha! ¡Qué recuerdos aquéllos! Andar y andar, hasta que se cae uno del cinturón de sirgar y da de bruces en tierray al fin y al cabo, se alegra uno, pues cuando las fuerzas están del todo agotadas, por lo menos tiene uno descanso, tal vez para siempre. As¡ vivíamos, hijo mío; bien lo sabe Nuestro Señor y Salvador Jesucristo el Misericordioso.

Tres veces recorrí así nuestro padre el Volga, desde Simbirsk hasta Rybinsk, desde Saratov hasta aquí y desde Astracán hasta Makariyev, a la feria; y te aseguro que son miles de verstas. Al cuarto año fui ya de capataz, porque demostré al amo del buque que tenía algo dentro de la cabeza.

Mientras así hablaba iba formándose visiblemente ante mis ojos como una nube, y el hombrecillo pequeñín y enjuto se transformaba en un verdadero gigante de cuento, en un hombre que sirgaba él solo corriente arriba el enorme y grisáceo buque de carga.

A veces se levantaba del borde de la cama y me enseñaba, manoteando, cómo se ponían el cinturón de sirgar, los burlacos, los criados de las barcas, o cómo achicaban el agua; cantaba con voz de bajo cualquier canción, se volvía a subir de un salto al borde de la cama con ímpetu juvenil y proseguía, con asombrosa energía y vitalidad:

-¡Habías de habernos visto, hijo mío, cuando en verano descansábamos por la noche en cualquier ladera verde, junto a Schiguly o en otra parte!... Rodeando la hoguera del campamento, nos tendíamos y preparábamos nuestros puches de avena, hasta que de pronto cualquier pobre burlaco lleno de nostalgia rompía a cantar su canción de amor, y toda la cuadrilla le hacia coro: se nos ponía carne de gallina y hasta el Volga parecía de pronto correr más de prisa, como si quisiera encabritarse como un corcel hacia las nubes. Toda la aflicción se desvanecía azotada por el viento, y tan absortos estábamos todos con el canto, que a veces hasta dejábamos que se saliesen los puches de la caldera. Entonces de buena gana habríamos dado en el cráneo al cocinero con su propio cucharón; canta lo que quieras. pero no olvides cuál es tu oficio.

A cada momento asomaba alguien por la puerta y llamaba a mi abuelo; pero yo ¡e rogaba que no se fuese, y entonces el viejo sonreía, decía al que llegaba: "Espera", y seguía contando.

De un tirón estuvo hablando hasta la noche, y cuando se despidió cordialmente de mi y se fue, yo me quedé pensando que el abuelo no era tan malo ni tan terrible. No me podía acabar de persuadir de que fuera el mismo que me haba pegado de aquel modo tan cruel y, por otro lado, no podía borrar de m¡ recuerdo aquellos golpes que habían sido un hecho.

La visita de mi abuelo abrió la puerta de mi cuarto a todos los demás, y desde la mañana hasta la noche siempre habla alguien sentado junto a mi lecho, procurando distraerme; lo cual, según mis recuerdos, no siempre era divertido ni agradable. La que con más frecuencia se presentaba era mi abuela, que además dormía en mi misma cama. Pero la impresión más fuerte que tuve en aquellos días fue la de la visita de "Gitanillo", el oficial. El mozo, cuadrado y ancho de hombros, con su gigantesca cabeza rizosa, entró al oscurecer en mi cuarto, vestido de fiesta, con camisa de seda de brillo dorado, bombachos de pana y unas crujientes

botas altas con caña de pliegues. Brillaba su pelo, relucían los vivos ojos bizcos, cobijados por las gruesas cejas, y los blancos dientes bajo el negro bigote y en la lustrosa camisa de seda jugaba, en leves reflejos, la luz roja de la lámpara eterna.

-Tú, mira esto -dijo, levantándose una manga y enseñándome el brazo desnudo, cubierto de ronchas rojas hasta el codo. Mira qué hinchado está. Y estaba mucho peor, porque ahora el bulto ha bajado. Cuando vi que tu abuelo montaba en cólera, pensé que te iba a matar y metí el brazo en medio para que la vara se rompiera y tuviera que coger otra. Entonces tu abuela o tu madre te habrían podido ¡levar a toda prisa, pero la vara no se rompió, porque como estaba muy mojada era muy flexible. Sin embargo, te libré de una buena mano de golpes; mira cuántos. Si, pequeño, yo sé muchas martingalas.

Se rió muy cordialmente, se miró otra vez el hinchado brazo y me dijo:

-Me dabas tanta pena, que sentía materialmente un nudo en la garganta. Era un dolor ver como te pegaban.

Resolló como un caballo, meneó la cabeza y refunfuñó entre dientes unas frases irrespetuosas para mi abuelo; con sus maneras ingenuas e infantiles conquistó en seguida mi corazón.

Yo le dije que le quería mucho y él me respondió, con una sencillez y una convicción que no se me borran de la memoria:

-También yo te quiero mucho, hijo mío; por eso me he cargado con todo este dolor. ¿Es que te figuras que lo habría hecho por otro cualquiera? ¡Ni por asomo!

Luego, mirando con frecuencia a la puerta, me dijo en voz baja:

-Cuando te vuelvan a pegar, no debes resistirte ni estirar el cuerpo, ¿comprendes?

Si pones el cuerpo tieso te duele mucho más; debes estar flojo y lacio, como si fueras de gachas. Y tampoco debes contener el aliento, sino respirar con todos tus pulmones y gritar todo lo que puedas. Fijate en esto, que es muy importante.

-¿Es que me volverán a pegar? -pregunté yo.

-¡Pues claro! -dijo el "Gitanillo" con toda ingenuidad-. ¡Claro que te volverán a pegar! ¡Y te pegarán muy a menudo!

-¿Por qué?

-Ya encontrará tu abuelo pretextos.

Y mirando otra vez, receloso, a la puerta, prosiguió sus instrucciones:

-Cuando te pegue de arriba a abajo y la vara caiga plana, debes quedarte quieto y flojo, como te decía; pero si te pega de lado y si tira de la vara hacia si, para levantarte el pellejo, entonces tienes que mover el cuerpo hacia él, siempre siguiendo la dirección de la vara, ¿comprendes? Así se aliviará la cosa.

Y mirando ladinamente con los negros ojos bizcos, me dijo:

-Yo sé de esas cosas más que el mismo jefe de Policía. Con mi pellejo, hijo mío, podrían hacerse guantes de manopla.

Miré su animado semblante y pensé en los héroes de los cuentos que me habían contado mi abuela; en el zarevich Iván y en Ivanuska la Tonta.

Capitulo III

Cuando me levanté, no tardé en percatarme de que el "Gitanillo" ocupaba en la casa una posición muy especial: el abuelo no le chillaba tanto ni tan fuerte como a sus hijos, y cuando no estaba delante decía de él, sonriendo y moviendo la cabeza con satisfacción:

-Bien sabe Dios que este Vania tiene manos de oro. Recordad lo que os digo: todavía ha de llegar a ser un gran hombre.

Mis dos tíos se mostraban también corteses y afables con el "Gitanillo", sin gastarle nunca "bromas" como las que tan indicadas les parecían con Grigorii, el capataz. A éste, casi todas las noches le jugaban una mala pasada: le calentaban los ojos de las tijeras o le hincaban en el asiento un clavo de punta, o le ponían delante dos pedazos de tela de colores distintos, y como era medio ciego, se divertían a hurtadillas cuando las cosía y el abuelo le armaba una bronca.

Un día, cuando el pobre viejo estaba echando su siesta después de comer en la cocina, en el escalón del hogar, le embadurnaron la cara con fucsina y el hombre anduvo así pintado mucho rato, con un semblante al propio tiempo pavoroso y grotesco. Sobre la cerrada barba gris resaltaban los oscuros cristales de las gafas, como dos manchas redondas. y la larga nariz pintada de rojo colgaba debajo de ellos, enteramente como una lengua. El ingenio de mis tíos era inagotable en estas ocurrencias, pero el capataz siempre toleraba sus bromas en silencio, o a lo sumo, refunfuñando en voz baja; y como medida de precaución, cada vez que tenía que tocar la plancha, las despabiladeras, el dedal o cualquier otro objeto metálico, se untaba los dedos con saliva. Esto llegó a ser su costumbre constante y hasta en la mesa procedía así con el tenedor y el cuchillo, sin darse por aludido al oír a los niños reírse. Pero cuando sus enemigos conseguían alguna que otra vez producirle un dolor, en su ancha

cara se dibujaba una oleada de arrugas, que se corrían de un modo raro por su frente, levantaban sus cejas e iban a perderse en el pelado cráneo.

Ya no recuerdo cómo tomaba mi abuelo estas singulares diversiones de sus hijos; pero la abuela los amenazaba siempre con el puño y exclamaba:

-¿No os da vergüenza, bribones?

Mis dos tíos hablaban del "Gitanillo", cuando no estaba presente, en forma que no tenía nada de amistosa; censuraban su trabajo y lo tildaban de vago y de ladrón. Yo preguntaba a la abuela por qué hacían esto, y ella satisfacía gustosa mi curiosidad:

-Mira, hijo mío, los dos quisieran llevarse a Vania cuando trabajen por su cuenta; por eso cada cual procura ponerle a mal con el otro. Esto es una astucia, una bribonada de ellos. Pero, además, tienen miedo de que Vania no se vaya con ninguno, sino que se quede con tu abuelo y que éste abra con su ayuda otra tintorería, lo cual seria muy perjudicial para ellos. ¿Has comprendido?

Sonrió discretamente y continuó:

-Por eso procura cada cual ganarle de mano al otro, y el abuelo los oye cuando se reprochan algo mutuamente y los azuza de intento, diciendo: "Voy a librar a Iván del servicio militar y yo mismo utilizaré sus servicios". Entonces los dos se ponen muy furiosos, porque les duele el dinero y no es nada barato librar a un hombre del servicio militar.

Yo volvía a vivir muy agradablemente junto a mi abuela, como antes en el vapor, y todas las noches antes de irnos a dormir me contaba cuentos o algún suceso raro de la realidad, que parecía también cosa de cuento. Si alguna vez hablaba de las cosas familiares, del reparto de los bienes o del propósito del abuelo de comprar una casa nueva para él, parecía como si estuviese hablando siempre de algo que no le importaba, de los asuntos de cualquier vecino, que sólo tocaba de pasada y sonriendo.

Por ella supe que "Gitanillo" era un expósito, al que habían encontrado en el banco que había delante de casa, en una noche lluviosa de principios de primavera.

-Allí estaba envuelto en un delantal -me refería, con acento misterioso y reflexivo-, ya completamente frío y yerto y sin llorar apenas.

-¿Por qué dejan así a los niños pequeños?

-¿Qué va a hacer la madre cuando no tiene leche para criar a su hijo? Cuando se entera, por casualidad, de que en tal o cual parte se ha muerto un niño pequeño, lleva el suyo.

Permaneció un rato callada y luego prosiguió, suspirando y con la vista clavada en el techo:

-Eso es también culpa de la pobreza, Alioska; y tanta pobreza hay, que no se acierta a decir. Además, la gente piensa que las chicas solteras no deben tener hijos, porque es una vergüenza. Tu abuelo quiso al principio llevar al niño a la Policía, pero yo le convencí de que lo conserváramos, pues Dios nos lo mandaba en lugar del que se había llevado. Yo he traído al mundo dieciocho hijos. Si todos vivieran, habitarían una calle entera de dieciocho casas. Cuando me casé, tenía catorce años, y a los quince tuve el primer hijo. Pero Dios Nuestro Señor debía de querer mucho a mis niños, porque se los fue llevando uno tras otro y los convirtió en angelitos. Mi corazón se afligía sobre manera y, sin embargo, estaba contenta.

Cuando estaba sentada al borde de la cama, en camisa, completamente envuelta en el negro cabello destrenzado, se parecía enteramente a la osa que poco antes un labrador del bosque de Sérgach había traído a nuestro patio. Santiguándose el pecho limpio y blanco como la nieve, sonreía levemente y proseguía moviéndose a un lado y otro:

-A los mejores se los llevó Dios al Cielo y me dejó los peores. Me alegré mucho de

haber encontrado a Vania, porque siempre me han gustado mucho los pequeños. Lo dejamos, pues, en casa y lo bautizamos, y el chico creció y se hizo un real mozo. Al principio, yo le llamaba el abejorro, porque a veces zumbaba de un modo raro, enteramente como un abejorro; se arrastraba por todos los cuartos y zumbaba, zumbaba. Pero tú, quiérele mucho, Alioska, porque es un alma buena y sencilla.

Yo lo quería de veras y a veces le admiraba tanto, que me quedaba petrificado de asombro.

Los sábados, cuando el abuelo después de castigar a los niños que habían hecho alguna barrabasada durante la semana, se iba al oficio de la tarde, empezaba en la cocina una vida de indescriptible alegría: "Gitanillo" cogía detrás del hogar unas cuantas cucarachas negras y enormes, hacia rápidamente con hilos una especie de arneses, recortaba un trineo de papel y pronto por la mesa amarilla y muy limpia empezaba a correr una cuadriga de corceles, que Venia dirigía con una varilla delgada, exclamando alegremente:

-¡Hala! ¡Ahora van a recoger al obispo!

Luego, pegaba al dorso de la quinta cucaracha un pedacito de papel, la hacia correr detrás del trineo y decía:

-Se les ha olvidado la cebadera. Ahora, el fraile la tiene que llevar detrás de ellos. ¡Hala, tú!

Tomaba el sexto bicho, le ataba las patas y lo soltaba; la cucaracha, dando siempre con la cabeza contra la mesa, se arrastraba lentamente, y Vania batía palmas y exclamaba:

-¡El sacristán sale de la taberna para ir a misa!

Nos presentaba ratones que, a una orden suya, se sentaban sobre las patas traseras y andaban, arrastrando de un modo cómico las largas colas y mirando astutamente con las negras cuentas de cristal de sus brillantes ojillos. Con sus ratones tenía Vania gran cuidado; los llevaba en el seno de la camisa, les dejaba tomar azúcar de su boca, les daba besos y decía, en tono de gran convencimiento:

-El ratón es un animal muy listo y cariñoso y el espíritu de la casa; yo le quiero mucho. Al que da de comer a los ratones, le protege el espíritu.

Hacía toda clase de juegos de manos con naipes y monedas, chillaba más fuerte que todos los chicos juntos y en todo se portaba como una verdadera criatura. Una vez, los chicos se pusieron a jugar con él a los naipes, y "Gitanillo" perdió dos veces seguidas. Esto le puso muy triste; contrajo, ofendido, la boca, dejó el juego y luego se lamentó conmigo, arrugando la nariz.

-Sé que se han puesto de acuerdo contra mi. Se han hecho señas y se han dado cartas por debajo de la mesa. ¿Es eso jugar? Yo sé hacer trampas mejor que ellos.

Tenía entonces, diecinueve años. Me acuerdo de él, con especial viveza, al recordar las tardes de los domingos, en que la casa estaba muy alegre. Cuando el abuelo y el tío Mijailo habían salido para hacer cualquier visita, mi tío Jacobo, el del pelo crespo y desgreñado, se presentaba en la cocina con la guitarra, y la abuela mandaba traer té y una merienda abundante. También ponían aguardiente sobre la mesa, en una gran botella verde, cuyo fondo estaba adornado ingeniosamente con flores rojas de cristal fundido. "Gitanillo", con su traje dominguero, danzaba como una peonza alrededor de la mesa; el capataz, avanzando los hombros, se calaba lentamente en la nariz ¡as grandes gafas oscuras y recorría la habitación, y la menuda y rechoncha niñera Yevgueniya, la de la cara cacarañosa, los ojos ladinos y la voz de trompeta, se colaba también en la cocina. A veces, se presentaba, además, el melenudo sacristán de la iglesia de la Ascensión, con algunos conocidos de mala catadura, que tenían aspecto de lucios y renacuajos.

Todos comían y bebían de lo lindo, sin dejar de suspirar hondo. A los niños se les atendía bien, y a todos les daban un vasito de licor dulce. Poco a poco, el humor de todo el mundo se iba poniendo alegre y a tono.

El tío Jacobo estaba completamente absorto en su guitarra, cuyas cuerdas templaba cuidadosamente. Cuando terminaba, decía siempre:

-¡Ea, ahora empiezo yo!

Echaba atrás el rizoso pelo, se encorvaba sobre la guitarra y adelantaba el cuello como un ganso; su cara redonda e indiferente adoptaba una expresión soñadora; sus ojos, que miraban vivamente a todos lados, parecían ahogarse en una niebla grasa, y la mano que tañía bajito las cuerdas, les arrancaba unas notas deliciosas que excitaban a dar saltos involuntarios.

Su modo de tocar imponía un silencio lleno de emoción, como arroyuelo bullicioso que descendiese de cualquier parte de la lejanía, saltando a través de setos y paredes, ponla en tensión el alma y despertaba en ella una sensación enigmática de inquietud y melancolía. Un hondo sentimiento de compasión hacia todos y hacia uno mismo, asaltaba a todos al oír aquellas melodías; los mayores parecían vueltos a la infancia y todos permanecíamos inmóviles, sumidos en absorto silencio.

El que escuchaba con más atención era Saska, el hijo de tío Mijailo, que se estiraba todo él hacia el tío Jacobo, mirando con la boca abierta la guitarra y cayéndosele la baba. A veces, se distraía hasta tal punto, que se deslizaba de la silla al suelo y apoyándose en las manos se quedaba sentado en él, sin apartar del instrumento los ojos, que casi se le salían de las órbitas.

Todos estaban como hechizados; sólo el samovar cantaba bajito, pero sin estorbar los lamentos de la guitarra. Los dos cristales de la ventanuca miraban a la oscuridad de la noche de otoño, y de cuando en cuando alguien daba unos golpecitos en ellos. Sobre la mesa titilaban las llamas amarillas de las dos velas de sebo, como agudas puntas de lanza.

El tío Jacobo va sumiéndose cada vez más en un estado de éxtasis; apretando los dientes, parece estar dormido, y sólo sus manos tienen existencia propia; los curvos dedos de la derecha tiemblan, formando un todo movible, sobre la oscura caja de resonancia de la guitarra, y parecen enteramente un pájaro aleteante; los engarfiados dedos de la izquierda se deslizan con increíble rapidez sobre el mástil del instrumento.

Cuando había bebido, el tío Jacobo cantaba siempre entre dientes, con desagradable voz de pito, una canción interminable:

Si Jacobo fuera un perro
ladraría, ladraría
por desahogar su aflicción.
¡Qué pena la mía,
la penita de mí corazón!

Viendo pasar a una monja
una corneja decía:
"Somos de igual condición."
¡Qué pena la mía,

Librodot

la penita de mi corazón!

Al oír cantar al grillo
la cucaracha decía.
"¡Que se calle ese ladrón!"
¡Qué pena la mía,
la penita de mi corazón!

Colgó su camisa un pobre
y otro que no la tenia,
se la arrancó de un tirón.
¡Qué pena la mía,
la penita de mi corazón!

Yo no podía soportar estos cantares; y cuando mi tío cantaba aquello de los dos pobres, experimentaba una tristeza tan singular, que me corrían las lágrimas por las mejillas.

"Gitanillo" escuchaba la guitarra con la misma atención que todos los demás; tenía los dedos hundidos en los negros rizos de la cabeza, su mirada se clavaba en un rincón y su nariz sorbía con fuerza el aire. A veces decía, de pronto, con acento de honda melancolía:

-¡Ah, si yo tuviera tan buena voz! ¡Lo que yo cantarla, Dios mío!

-No te pongas triste, Yascha -decía, suspirando, la abuela al tío Jacobo-. Más vale que toques algo alegre, para que baile Vania.

El tío Jacobo no siempre accedía de plano a la petición de mi abuela; pero, a veces, poniendo la mano plana sobre las cuerdas, interrumpía un momento la tocata, cerraba los dedos, hacía un ademán como si tirara con fuerza al suelo algo invisible y exclamaba con tono insolente:

-¡Ah, sí! ¡Fuera pesares! ¡Andando, Vania!

"Gitanillo" se pasaba la mano por el pelo, se arreglaba la camisa de seda amarilla y cuidadosamente, como si pisara sobre clavos de punta, se situaba en el centro de la cocina; sus morenas mejillas se teñían de rojo y, con sonrisa de confusión, decía:

-¡Vamos, vivo, Jacobo Vasílich!

La guitarra tocaba con ritmo acelerado, los facones de Vania chocaban breve y ásperamente, en la mesa, en el aparador temblaba la vajilla y en medio de la cocina daba vueltas "Gitanillo", como un incendio viviente; se precipitaba de pronto hacia adelante, moviendo los brazos como alas a la manera de un buitre, daba gritos, se ponía en cuclillas y lo barría todo como una golondrina dorada, luminosa con el titilante brillo de la seda, que parecía lucir e irradiar como metal fundido.

"Gitanillo" bailaba sin cansarse, olvidándose por completo de sí mismo; si se hubiera abierto la puerta de la casa, habría seguido bailando en la calle, recorriendo toda la ciudad y sin parar sabe Dios hasta dónde.

-¡Vivo! ¡Más vivo! -exclamaba el tío Jacobo, llevando el compás con los pies.

Y silbaba de un modo estridente, y con su chillona voz cantaba rimas jocosas:

Si este maldito zapato
no me apretara el pie,
hoy mismo saldría huyendo
de mi crío y mi mujer.

Los espectadores de la mesa se entusiasmaban tanto, que chillaban y gritaban también, como si los chamuscasen. El barbudo capataz se pasaba la mano por la calva y refunfuñaba algo. Una vez se dobló sobre mi, hasta tocarme el hombro con la barba, y me dijo al oído, como si yo fuera una persona mayor:

-¡Sí estuviera aquí tu padre, Lexei Máximich! ¡También él la armaría buena! Era un hombre muy alegre y muy jovial. ¿Te acuerdas tú de él?

-No.

-¿De veras que no? Cuando estaba con tu abuela ... ¡Espera un momento!

Se levantó, alto y larguirucho, como los santos de los cuadros de la iglesia; lentamente se acercó a la abuela, se inclinó ante ella y le rogó, con voz profunda y solemne:

-Aquilina Ivanovna, haznos el favor de bailar una ronda, como lo hacías antes, en los tiempos de Máximo. Danos ese gusto.

-No, no, Grigorii Ivanich, querido amigo. ¡Qué ocurrencia! -respondió mí abuela, sonriendo y esponjándose-. ¿Cómo voy yo a bailar? Se reirían de mí.

Todos empezaron a rogarle, hasta que al fin se levantó, animada como una niña, se arregló el vestido, echó atrás la gruesa cabeza, dio unos pasos por la cocina y exclamó:

-¡Bueno, reíos, que buena falta os hace! Anda, Yascha, venga la música.

Mí tío se enderezó, estirándose, cerró los ojos y tocó a un ritmo más lento. "Gitanillo" se estuvo parado un momento, pero en seguida dio un salto y empezó a bailar en cuclillas, sacando las piernas a cada paso, en torno de la abuela, mientras ella se deslizaba sin ruido por el pavimento, como sí flotara en el aíre, y estirando ante s¡ los brazos, dirigía los oscuros ojos sombreados por las enarcadas cejas, a un punto indefinido de la lejanía. A mí me hacía gracia aquello y empecé a batir palmas; el capataz me amenazó severamente con un dedo, y todas las personas mayores me miraron da reojo.

-No des esos golpes tan fuertes, Iván -exclamó el capataz, dirigiéndose risueño a su oficial. "Gitanillo" saltó obediente a un lado y se sentó en el dintel de la puerta, rompiendo a cantar con voz profunda y agradable:

María toda la semana
pasa entre coser y bordar,
y de tal modo se fatiga
que apenas puede respirar.

La abuela no bailaba, sino que con sus movimientos parecía contar algo. Primero anda despacio, reflexivamente, titubeando; mira en torno bajo el brazo levantado, todo su cuerpo se mueve sin resolución y los pies tientan cuidadosamente el camino. Luego se queda parada, como sí súbitamente la asustara algo, su semblante se contrae, se pone sombrío y al momento siguiente se ilumina con una sonrisa clara y bondadosa. Después se aparta a un lado, como sí dejara libre el paso a alguien o lo tomara de la mano; bajando la cabeza, se queda quieta y escucha, y su sonrisa es cada vez más clara y alegre... , y de pronto, como disparada, rompe a girar en remolinos; su figura se vuelve más esbelta y más alta

y ya no es posible apartar los ojos de ella. ¡Tan admirablemente bello y amable parece su cuerpo en aquellos minutos de dichoso retorno a la juventud!

Y Yevgueniya, la niñera, sigue cantando, con su vocecilla de trompeta:

Pasa el domingo, baila y baila,
el día entero sin parar.
¡Qué lástima que los domingos
no los quiera Dios alargar!

Terminado el baile, mí abuela vuelve a sentarse delante del samovar; todos la elogian, pero ella se alisa el pelo y dice:

-Callaos ya. ¡Como sí no hubierais visto nunca buenas bailarinas! Había en mi tierra, en Balajna, una muchacha -se me ha olvidado de qué familia era y cómo se llamaba- que cuando la veía una bailar lloraba materialmente de alegría- Era un encanto mirarla, y viéndola no se pedía ya nada más. Y yo, pobre de mí, ¡cuánto la envidiaba!

-Los cantores y los bailarines son las primeras personas del mundo -dijo muy seria la niñera, que se puso a entonar una canción del rey David. El tío Jacobo estrechó en sus brazos a "Gitanillo" y le dijo:

-En la taberna deberías bailar, Vanka. Volverías loca a la gente.

-¡Ah, sí yo tuviera buena voz! -se lamentó "Gítaníllo"-. Sí Dios me la hubiera dado, cantaría diez anos seguidos y luego no me importaría meterme en un convento.

Todos bebieron aguardiente y, sobre todo, Grigorií, empinó el codo más de la cuenta. La abuela le llenaba vaso tras vaso, pero previniéndole:

-Cuidado, Gríscha, no te vayas a quedar completamente ciego.

-¡Deja! -repuso él tranquilamente y con toda compostura-, Yo no necesito los ojos; ya lo he visto todo.

Bebía sin embriagarse y sólo se ponía más locuaz a cada momento, y me hablaba casi siempre de mí padre.

-¡Ah, era un hombre de gran corazón, aquel querido amigo Máximo Sábbatieich!

-Sí, verdaderamente era un ángel de Dios -confirmaba la abuela, con un suspiro.

Todo aquello era interesantísimo, me tenía en tensión constante e impregnaba mi corazón de una melancolía dulce y bienhechora. El dolor y la alegría viven juntos e inseparables en el pecho del hombre, y se suceden uno a otra con incomprensible celeridad.

Una noche, mí tío Jacobo, sin estar muy ebrio, nos dio un espectáculo que me asustó muchísimo: se rasgó la camisa, se mesó el pelo como un loco y se tiró del fino y claro bigote, y de los colgantes labios.

-¡Ah! ¿Qué es esto, qué es esto? -gritó, mientras le corran abundantes lágrimas por las mejillas-. ¿Por qué ocurrió?

Se daba golpes en las mejillas, en la frente, en el pecho y sollozaba fuerte:

-¡Ah, soy un villano, un malvado, un alma perdida!

-¡Ah! ¿Lo ves? -chilló Grigorii, en su misma cara. Pero la abuela, que no estaba tampoco muy serena, cogió la mano de su hijo y trató de calmarlo:

-Vamos, Yascha, a ver si eres bueno, que Dios Nuestro Señor sabe muy bien lo que debe dar a cada cual..

Cuando había bebido, daba más gusto que nunca contemplarla; sus oscuros ojos se reían y proyectaban sobre todas las cosas una luz que entibiaba el alma; y cuando se abanicaba con el pañuelo el sofocado rostro, decía con voz cantarina:

-¡Dios mío, Dios mío, qué hermoso es todo! ¡No, no digáis; mirad qué hermoso!

Era el desahogo de su alma, el lema de su vida.

Los gritos y las lágrimas de mi tío, habitualmente tan alegre y tan fresco, me habían causado profunda impresión. Pregunté a la abuela por qué lloraba y por qué se había reprochado y golpeado de aquel modo.

-¡Qué preguntón eres! -me dijo, con tono brusco, muy en contra de su costumbre-. Ten paciencia, que es muy pronto todavía para que te enteres de ciertas cosas.

Estas palabras no hicieron más que aumentar mi curiosidad. Me fui al taller y traté de sonsacar a Vania, pero tampoco éste quiso responderme y se limitó a reírse bajito; miró de soslayo al capataz, me empujó hacia la puerta y dijo:

-Vete: déjame en paz, si no quieres que te meta en la caldera y te tiña todo de azul.

El capataz, plantado delante del horno ancho y bajo en que estaban empotradas las tres calderas, revolvía en ellas con una larga batidera negra, la sacaba y observaba cómo caían de su extremo las gotas de color. La lumbre relucía y se reflejaba en el peto de su mandil de piel, tan polícromo como la casulla de un pope. En las calderas burbujeaba, silbando, el agua coloreada, y los acres vapores se escapaban en densa nube hacia la puerta.

Miróme el capataz con sus turbios ojos enrojecidos y protegidos por las gafas, y dijo ásperamente a Vania:

-¡Trae leña! ¿No ves que ya no queda?

Cuando el "Gitanillo" hubo salido al patio, Grigorii se sentó en un saco lleno de palo de sándalo y me llamó para que me acercara:

-Ven acá, chico.

Me sentó en sus rodillas, su blanda y caliente barba rozó mi mejilla, y empezó a contar con gravedad y misterio a un tiempo:

-Tu tío mató a su mujer; la mató a fuerza de disgustos y ahora le remuerde la conciencia, ¿comprendes? Tienes que

aprender a comprenderlo todo, hijo mío, pues de lo contrario estás perdido.

Yo me llevaba muy bien con Grigorii, lo mismo que con la abuela, sólo que, a veces, sentía en su presencia cierta misteriosa desazón pues me parecía como si al socaire de sus gafas el capataz lo viera todo.

-¿Quieres saber cómo la mató? -prosiguió, sin apresurarse-. Pues escucha: cuando se acostó con ella, ¡e tapó la cabeza con la manta de la cama, y apretó, y la llenó de golpes, ¿Por qué lo hizo? Ni él mismo lo sabría decir.

Y sin preocuparse más por Vania, que volvió con un brazado de leña, se puso en cuclillas ante el fuego del horno, se calentó las manos y prosiguió con acento penetrante:

-Acaso lo hizo porque ella valía más que él y despertaba su envidia. Esos Kachirin, hijo mío, no aman el bien y procuran extirparlo donde lo ven. Pregúntale a tu abuela

cómo se ponían con tu padre. Ella te lo contará, porque no le gustan las injusticias ni las comprende. Es enteramente una santa, aunque beba aguardiente y tome rapé. Es una predilecta del Señor; tú escúchala siempre.

Me apartó de sí y yo me salí al patio, triste e intimidado. En el zaguán me cogió Vania, que me sujetó la cabeza y me dijo al oído:

-No le tengas miedo, que es bueno; mírale siempre en derechura a los ojos, que es lo que le gusta.

Todo aquello era raro y emocionante. Yo no conocía otra vida, pero tenia el recuerdo vago de que mis padres habían vivido de otra manera: su tono al hablar, su modo de alegrarse, todo era distinto. Siempre se sentaban muy juntos y a menudo pasaban por las noches ratos muy largos a la ventana, conversaban riendo o cantaban fuerte, tanto que en la calle se quedaba la gente parada para mirarlos. En cambio, allí, en la casa del abuelo, no abundaban las risas, y cuando alguien se reía no se sabía nunca de qué. Era frecuente que se chillaran unos a otros, que profirieran amenazas mutuas y rezongaran misteriosamente por los rincones. Los niños eran muy pacíficos y esquivaban a los mayores. Yo me sentía extraño en la casa, y toda aquella vida en que casi a cada momento había para mí un alfilerazo, me volvía receloso y me hacía observarlo todo con reconcentrada atención.

Mi amistad con Vania iba creciendo de día en día. La abuela estaba ocupada desde que amanecía hasta la noche en el gobierno de la casa, y por eso me pasaba el día entero alrededor de "Gitanillo". Cuando mi abuelo me pegaba, me paraba siempre los vardascazos con la mano y, al día siguiente, me enseñaba los hinchados dedos y se lamentaba, diciendo:

-No, esto no tiene objeto. A ti no te alivia nada y, en cambio, a mí ... Mira esto. No lo volveré a hacer, ¡qué demonio!

Pero a la vez siguiente se sometía de nuevo a aquel tormento innecesario.

-¿No decías que no lo harías más? -le preguntaba yo. -No quería ... y, sin embargo, lo he hecho. ¡Vino la cosa tan rodada!...

Pronto supe un detalle de "Gitanillo", que aumentó más aún mi interés por él.

Todos los viernes, enganchaba Vania ante el ancho trineo a "Scharap", el tordo húngaro, el favorito de mi abuela, que era un animal resabiado y ladino; se ponla la pelliza corta, que sólo le llegaba a las rodillas, se encasquetaba la pesada gorra de piel, se apretaba bien la faja verde y se iba al mercado a comprar comestibles. En ocasiones se hacía esperar mucho y entonces asaltaba a toda la casa una viva inquietud; todos corrían a las ventanas, derretían con el aliento el hielo de los cristales y miraban a la calle.

-¿No viene todavía?

-No.

La que más nerviosa se ponía era mi abuela.

-¡Hay que ver lo que sois! -decía a sus hijos y a mi abuelo-. Tanta prisa queréis meterle, que seréis culpables de que se estrellen el chico y el caballo, ¿No os da vergüenza, desalmados? ¿No tenéis bastante con lo vuestro? ¡Sois unos bandoleros, unas gentes empedernidas... y ya os castigará Dios!

El abuelo refunfuñaba de mal humor:

-Bueno, está bien; será la última vez.

A veces, "Gitanillo" no volvía hasta el mediodía. Mis dos tíos y mi abuelo salían presurosos al patio, y detrás de ellos, tomando un polvo de rapé, siempre Ilena de inquietud, trotaba como una osa mi abuela, que en aquellas ocasiones producía una impresión singularísima de rechonchez. También salían corriendo los niños y entonces empezaba la alegre descarga del trineo, que venia lleno de lechoncillos, de

Librodot

aves muertas, de pescado y de trozos de carne de todas clases.

-¿Has comprado todo lo que se te encargó? -preguntaba el abuelo, examinando con penetrante mirada, de reojo, el contenido del trineo.

-Todo como es debido -respondía Vania, animado, saltando al suelo y dando fuertes palmadas sin quitarse los guantes de manopla, para calentarse las manos.

-No des esos golpes a los guantes -le decía severamente mi abuelo-, que han costado dinero. ¿Te ha sobrado algo?

-Nada.

El abuelo daba lentamente la vuelta al trineo y decía:

-¡Otra vez has vuelto a traer demasiado! ¡Que no me vayas a comprar nada sin pagarlo! ¡Que no se te vaya a ocurrir!

Y se alejaba vivamente, enarcando el ceño.

Los tíos se acercaban muy satisfechos al trineo, sopesaban las aves, el pescado, el ansarino, las manos de ternera y los gruesos pedazos de carne, y daban a conocer su aprobación silbando y alborotando.

-Has hecho una buena compra -decían satisfechos.

El tío Mijailo era el que más se entusiasmaba; saltaba alrededor del trineo como si tuviera resortes, arrimaba a las piezas, una por una, su larga nariz de gavilán, chasqueaba la lengua y contraía codiciosamente los inquietos ojos. Entonces, llamaba singularmente la atención su parecido con el abuelo; era tan enjuto como éste, pero más alto y negro como un tizón. Escondiendo en las mangas las heladas manos, preguntaba a "Gitanillo":

-¿Cuántos te dio padre?

-Cinco rublos.

-Aquí hay, por lo menos, quince rublos de compras. ¿Cuánto has gastado?

-Cuatro rublos y diez copeques.

-Es decir, noventa copeques que te embolsas. Ya ves, Jacobo, cómo crece su capitalito.

El tío Jacobo, que andaba sin chaqueta, sólo con la camisa, a pesar del intenso frío, se rió silenciosamente y guiñó, mirando al cielo azul y helado.

-Nos deberías de convidar a algo -dijo indolentemente a Vania.

La abuela desuncía el caballo del trineo.

-Vamos, hijito -decía cariñosamente al animal-. ¿Qué hace mi caballito? ¿Quieres alegrarte un poco? Sí, sí, da unos cuantos saltos, hijo mío.

El gigantesco "Scharap" sacudía sus espesas crines, acercaba los blancos dientes al hombro de mi abuela, le arrancaba de la cabeza el pañuelo de seda, la miraba con ojos tiernos, se sacudía la escarcha de las pestañas y relinchaba bajito.

-¿Pide pan mí caballito? Toma, mira.

Y le metía entre los dientes un gran pedazo de pan muy salado, le ponía el delantal delante de la boca, como si fuese una cebadera, y miraba reflexivamente cómo comía el animal.

"Gitanílllo" saltaba también hacia ella, jugando, como un caballo joven.

-Este "Scharap" nuestro es un magnífico animal -decía-. ¡Es más listo!...

-¡A ver si despachas, adulón! -exclamaba la abuela, dando con el píe en el suelo y dirigiéndose a "Gítanílllo"-. Ya sabes que en estos días no te quiero.

Me explicó que Vania no iba al mercado tanto a comprar como a robar.

-El abuelo le da cinco rublos -me dijo, gruñona-, y él compra por valor de tres y roba por valor de diez. El robar le divierte. Una vez lo intentó, le salió bien, y en casa le rieron la gracia y elogiaron su osadía. Desde entonces, el robar vino a ser para él una costumbre. Tu abuelo, que de pequeño conoció las necesidades y luego ha vivido

en la abundancia, se ha vuelto avaro en su vejez; tiene más amor al dinero que a sus hijos, y por eso se alegra cuando obtiene algo gratis. Sí; y Mijailo y Jacobo…

Hizo un ademán que, indudablemente, quería decir lo poco bueno que podía esperarse de sus hijos, y después de estarse callada un rato, prosiguió con acento gruñón, mirando la abierta caja de rapé:

-Estas son cosas muy desagradables, hijo mío, que nosotros dos no entendemos. Si alguna vez cogen a Vania hurtando, lo matarán a palos...

Al día siguiente rogué a "Gitanillo" que no robara más, porque de lo contrario lo matarían a palos.

-¡Oh, no me atraparán! Para eso soy listo y hábil, y "Scharap" es todavía más listo que yo -me dijo sonriendo; pero en seguida volvió a tomar un tono grave-. Ya sé que el robar es pecado y, además, peligroso. Yo sólo lo hago por aburrimiento. Además, tampoco puedo ahorrar, porque tus tíos me lo quitan todo durante la semana. Siempre se lo llevan, y yo no me aflijo. ¡Con tal de tener la tripa llena!...

Súbitamente me cogió en brazos y me zarandeó con suavidad.

-Eres ligero y tierno, pero tienes los huesos fuertes... Llegarás a ser un hombre robusto. ¿Quieres un consejo? Aprende a tocar la guitarra; pídele al tío Jacobo que te enseñe. Claro que eres todavía muy pequeño, y ahora no podría ser. Pequeño, pero testarudo... ¿Verdad? Tú no quieres a tu abuelo.

-No lo sé.

-Yo no puedo sufrir tampoco a ningún Kachirin. Así cargue el diablo con ellos. ¡Sólo quiero a la abuela!

-¿Y a mí?

-Tú no eres Kachirin, sino Pieskov; otra sangre, otra ascendencia...

Y de repente, me apretó contra su pecho y me dijo, gimiendo casi:

-¡Ah, si yo tuviera una voz bonita, Dios mío! ¡Volvería loca a la gente! Ahora vete, chiquillo, que tengo que trabajar.

Me dejó escurrirme al suelo, se echó en la boca un puñado de tachuelas y empezó a tender un pedazo húmedo de tela negra sobre una tabla grande y cuadrada y a sujetarlo con ellas.

Voy a contar en seguida su prematuro fin, que sobrevino de este modo.

En el patio, junto al portalón, había apoyada en la valla una gran cruz de roble, con un extremo de tronco grueso y ramificado. Hacía muchísimo tiempo que estaba allí. Yo me había fijado en ella apenas llegué a la casa; entonces estaba más fresca, más amarilla de color, y durante el otoño las lluvias la habían oscurecido mucho. Exhalaba un olor acre a tanino, y en el estrecho y sucio patio parecía estar totalmente de sobra.

El tío Jacobo había comprado aquella cruz para ponerla en el sepulcro de su mujer; había hecho voto de llevarla a hombros hasta el cementerio el día del aniversario de la muerte de su esposa. Aquel año cayó el aniversario en un sábado de principios de invierno; hacía viento, helaba, y de los tejados caía la nieve. Todos salieron de la casa al patio. Los abuelos, con sus tres nietos, habían salido por delante hacia el cementerio, para asistir a un oficio de difuntos; a m¡ me habían dejado en casa en castigo de no sé qué diablura. Mis tíos, vestidos ambos con pellizas iguales, cortas y negras, levantaron la cruz del suelo y se pusieron uno debajo de cada brazo; Grigorii y otro levantaron con esfuerzo el pesado larguero por su extremo y lo cargaron todo en las anchas espaldas de "Gitanillo". Este empezó a vaciar y abrió mucho las piernas.

-¿Podrás llevarla? -preguntó Grigorii.

-No lo sé; un poco pesada es...

Mi tío Mijailo gritó, enfadado, al capataz:

-¡Abre la puerta, cegato del demonio!

Y el tío Jacobo dijo:

-¿No te da vergüenza, Vania? Los dos somos más débiles que tú.

Grigorii abrió de par en par la puerta e hizo a Iván una grave recomendación:

-¡Ten cuidado con no tropezar! ¡Andad con Dios!

-¡Calvo majadero! -exclamó el tío Mijailo, ya en la calle.

Todos los que quedaban en el patio se rieron y empezaron a hablar alto; para todos parecía ser un alivio que no estuviera la cruz allí.

Grigorii me cogió de la mano y me llevó al taller.

-Hoy quizá no te peguen -me dijo-; el abuelo tenia cara de afabilidad.

En el taller me hizo sentar sobre un montón de lana preparada para teñirla, me envolvió en ella hasta el cuello, olfateó los vapores que salían de la caldera y empezó a decir lentamente:

-Conozco a tu abuelo hace ya treinta y siete años, hijo mío, y he visto sus principios en este negocio y ahora veo su fin. Antes éramos muy amigos, y juntos discurrimos y montamos la tintorería. Tu abuelo es un hombre muy listo. Ha llegado a algo, y ha conseguido ser maestro independiente; pero yo no he sabido componérmelas tan bien. Y es que Dios Nuestro Señor sabe más que nosotros; no tiene más que sonreír, y al hombre más listo se le acaba su sabiduría. Tú no puedes comprender aún por qué se dicen o se hacen las cosas; pero tendrás que aprenderlo. La vida para un huérfano es difícil. Tu padre, Máximo Sabatievich, era un hombre magnífico, que lo comprendía todo; por eso no le quería tampoco tu abuelo, ni le gustaba que prosperase.

Tenia para mi un encanto especial el escuchar las palabras del bondadoso Grigorii y ver, al mismo tiempo, cómo jugaban en el horno las llamas de rojo dorado, cómo subían de la caldera las nubes de vapor lechoso y cómo una escarcha gris azulada se depositaba en las tablas del inclinado tejado, por cuyas aberturas se divisaban fajas azules de cielo. Se había acostado el viento y, a trechos, lucía el sol; todo el patio estaba salpicado como de polvo de vidrio; en la calle rechinaban los patines de los trineos; un humo azul ascendía de las chimeneas, y sobre la nieve se deslizaban ligeras sombras, que también parecían relatar algo.

El largo, enjuto y barbudo Grigorii se estaba, como un mago bueno, plantado ante las calderas con su hirviente líquido de colores, las agitaba y me daba buenos consejos:

-Tú, mira siempre fijo a los ojos de las personas... Y haz lo mismo con los perros cuando se tiren a ti; entonces verás cómo se apartan.

Su calvo cráneo, de grandes orejas, está descubierto; las pesadas gafas se le hunden en el caballete de la nariz, y la punta de ésta tiene ramalazos azules, como la de mi abuela. Yo me siento en su compañía tan a mis anchas como en la de ella.

-¿Qué es eso? -dijo de pronto, escuchando un momento, cerrando con el pie la puerta del horno y corriendo a saltitos por el patio. Yo corrí detrás de él.

En medio de la cocina estaba tendido en el suelo "Gitanillo", boca arriba; los anchos rayos de luz, que entraban por la ventana le caían en la cabeza, el pecho y los pies. Su frente relucía de un modo raro, y tenia las cejas enarcadas; sus ojos, bizcos, miraban fijos al techo; los oscuros labios estaban contraídos, y por entre ellos asomaban burbujas rojas; de las comisuras de la boca le corría sangre por la barbilla y el cuello, y detrás de la espalda manaba en densos arroyos. Tenia muy abiertas las piernas, y se veía que las anchas y oscuras perneras del pantalón estaban húmedas. En el suelo, recién fregado y rociado de arena, corrían hacia la puerta unos hilillos de sangre de vivos reflejos.

"Gitanillo" estaba inmóvil, y sólo los dedos de las manos, estirados 3 lo largo de¡

cuerpo, tenían algunas contracciones. La niñera Yevgueniya estaba agachada junio a él y trataba de hacerle sujetar con la mano una vela encendida. Como Iván no podía sujetarla, la vela se caía al suelo y la llama se apagaba en la sangre. La niñera la recogía, la secaba con la punta del delantal e intentaba de nuevo ponerla entre los dedos del caído. En la cocina se sentía un cuchicheo inquieto y presuroso, que, involuntariamente, me echaba para atrás; pero un espasmo inexplicable me tenía sujeto al pomo de la puerta.

-Ha tropezado -relataba el tío Jacobo, que estaba muy trastornado y movía la cabeza de un lado a otro de un modo raro, en tanto que los ojos, descoloridos, le relucían en el pálido semblante.

-Se ha caído, y la cruz se ha desplomado sobre él, dándole en medio de la espalda. También a nosotros nos habría pasado algo si no la hubiéramos soltado a tiempo.

-¿Y habéis dejado cargar todo el peso sobre él? -preguntó Grigorii con voz ronca.

-Qué íbamos a hacer?

-¡Lo tendréis sobre la conciencia!

La sangre seguía manando, y en el dintel se había formado ya un charco oscuro. Por entre la rosada espuma que cubría los labios de "Gitanillo" sonaba un ruido estertorante y parecía como si su cuerpo se derritiera y se volviera más lacio y más plano, como sí se pegara cada vez más al suelo y tratara de desaparecer en él.

-Mijailo ha ido en seguida a la iglesia a buscar a su padre -cuchicheó tío Jacobo-; yo he metido a Vania en un coche y he venido corriendo. ¡Qué suerte no haber cargado yo con la punta! Porque me habría tocado a mí.

La niñera seguía esforzándose por poner la vela entre las manos de "Gitanillo", sobre las cuales dejaba caer alternativamente gotas de cera y lágrimas.

-Sujeta la vela en el suelo junto a su cabeza -le dijo Grigorii en voz alta y áspera.

-¡Ah, sí; eso estará bien!

-Pero quítale antes la gorra.

La niñera quitó la gorra de piel a Venía, que entonces se quedó con la nuca pegada al suelo. Su cabeza se volvió a un lado, con la sien tocando a la tarima, y la sangre fluyó en más abundancia, aunque sólo por una comisura de la boca. Esto duró mucho rato. Al principio, yo me figuraba que "Gitanillo" se despertaría y se levantarla; que, sentado en el suelo, escupiría y diría: "¡Fuera, arañas!"

Siempre decía esto los domingos, cuando escupía, al despertar de su siesta. Pero aquel día esperé en vano, pues, lejos de incorporarse, se fue quedando cada vez más inerte. Ya había desaparecido la luz del sol, y en la ventana sólo quedaba una estrecha faja de claridad: la cara de Vania se habla vuelto muy oscura; sus ojos ya no se movían, y la espuma habla desaparecido de sus labios. Junto a su coronilla y al ¡ajo de sus orejas, ardían tres velas, cuyas amarillas llamas titilaban, alumbrando !a abundante cabellera, de negro azulado, lanzando juguetonas lucecillas sobre las mejillas oscuras y dando un brillo claro a la punta de la nariz y a los rosados dientes.

La niñera, arrodillada a su lado, lloraba y susurraba.

-¡Pobrecito hijo! ¡Pobre halconcito alegre!

El tiempo estaba lluvioso y frío. Yo me acurruqué debajo de la mesa y me escondí allí, Al cabo de un rato llegó el abuelo, envuelto en su pelliza de piel de mapache, y se precipitó como un rayo' por la puerta de la cocina; le seguía la abuela, con su traje de domingo y con un boa al cuello, y después venían el tío Mijailo, los niños y muchos extraños.

Tirando al suelo la pelliza, m¡ abuelo exclamó:

-¡Canallas! ¡Vosotros tenéis la culpa! ¡Matarme a un mozo como éste! ¡Dentro de cinco años habría valido su peso en oro!

Las prendas de ropa caídas en el suelo me impedían ver a Vania, y por eso salí de mi escondite y fui a meterme precisamente entre las piernas de mí abuelo. Este me aparto de un manotazo y amenazó a sus hijos con el menudo puño rojo.

-¡Lobos!

Luego se sentó en el banco, se apoyó en él con los brazos, profirió un sollozo seco y dijo con voz rechinante:

-Ya sé, ya sé que os estorbaba. ¡Ah, querido Vania! ¡Qué hechizado me tenias! ¿Qué haré yo ahora? ¿Meter gente extraña en casa? ¡Eso sería soltar las riendas de la mano!... Dios Nuestro Señor no nos ha mirado bien en estos últimos años, ¿verdad madre?

La abuela se había puesto ya en cuclillas en el suelo y palpaba la cara de Iván, su cabeza, su pecho; le soplaba en los ojos, le cogía las manos, se las frotaba y derribaba las velas. Luego, se levantó pesadamente, irguió su cuerpo cubierto por las brillantes ropas negras, abrió los ojos con terror, hasta que casi se le salieron de las órbitas, y exclamó en voz baja:

-¡Salid, malditos!

Todos menos mi abuelo salieron de la cocina. Y "Gitanillo" fue enterrado sin aparato alguno.

Capítulo IV

Estoy tendido en la ancha cama, envuelto varías veces en la gruesa colcha, y oigo cómo reza mi abuela; está arrodillada, con una mano en el pecho, y de cuando en cuando con la otra traza lentamente una cruz.

Fuera, crepita la escarcha; la verdosa luz de la luna penetra a través de los cristales de la ventana, cubiertos de flores de hielo, ilumina la bondadosa cara de deforme nariz y arranca a los oscuros ojos una irradiación fosforescente. Reluce como hierro forjado el tocado de seda que cubre el cabello de mí abuela, y el oscuro vestido se mueve, se escurre de los hombros y se extiende por el suelo.

Terminados sus rezos, se levanta silenciosamente, alisa la ropa y la guarda muy ordenada en el arca del rincón; luego, se acerca a la cama, donde yo aparento estar profundamente do mido.

-No vengas fingiendo, bribón, porque no duermes -me dijo en voz baja-. ¿Verdad, tortolito, que no duermes? Dame pronto la manta.

Saboreando por anticipado lo que va a venir, no puedo reprimir una sonrisa.

-¡Ah, bandolero! ¿Con que te diviertes con tu vieja abuela, eh? -me dice entonces. Y agarra con ambas manos el borde de la manta, y tira de él hacía sí, tan diestramente y con tanta fuerza, que me siento levantado en vilo, doy dos vueltas sobre mí mismo y caigo en la blanda cama, lo cual hace reír a la vieja.

-¿Qué, duendecillo, qué te parece esto?

Pero a veces reza demasiado tiempo, y yo me duermo de veras y no me percato de cuando se acuesta.

Los rezos largos de la abuela cierran siempre los días en que ha habido mucho malhumor, muchas discusiones y muchas disputas. Entonces escucho con el mayor interés las efusiones de la anciana, que le cuenta a Dios con todo detalle lo que ha ocurrido en la familia. Pesadamente, semejando una gran colina, está arrodillada la abuela, cuchicheando con rapidez palabras ininteligibles, hasta que por fin dice a

medía voz, con tono grave:

-Tú sabes bien, Señor, que cada cual busca siempre lo que le parece mejor. Mijailo, mi hijo mayor, quisiera quedarse en la ciudad, pues no le hace gracia tener que cruzar al otro lado del río, donde no conoce a la gente; yo no sé lo que saldrá de aquí. El padre parece querer más a Jacobo. ¿Está bien eso de repartir el cariño tan desigualmente entre los hijos? Pero el viejo es testarudo ... ¡Señor, ilumina su alma!

Y dirigiendo a los sombríos ¡conos sus ojos grandes y brillantes, la anciana da un consejo a su Dios:

-Mándale un buen sueño, Señor, para que comprenda como debe hacer el reparto entra sus hijos.

Se persigna, se inclina hasta el suelo, da con la frente en el maderamen, y luego se endereza y prosigue con tono apremiante:

-¡Si quisieras dar alguna alegría a mí Bárbara! ¿Por qué te ha irritado tanto? ¿Por qué la pruebas más que a los otros? ¿Qué es eso de una mujer joven y sana que vive perpetuamente en la aflicción? ¡Acuérdate del pobre Grigorii Señor, cuyos ojos se debilitan más cada día! ¡Si se queda ciego tendrá que ir a pedir limosna, y eso será su muerte! Ha sacrificado todas sus fuerzas al abuelo, que seguramente no querrá mantenerlo ... ¡Oh Dios, oh Dios!

Humildemente dejaba caer cabeza y brazos y permanecía así largo rato, como sí estuviera profundamente dormida o aterida de frío.

-¿Qué más? -preguntaba luego, arrugando la frente para recordar-. ¡Otra cosa! ¡Apiádate de todos los creyentes y dales la bienaventuranza eterna! Y a mí también, pobre pecadora, tenme en tu gracia, pues ya sabes que no peco por maldad, sino por tontería.

Luego, suspiraba profundamente y decía muy cordial y humilde:

-Todo lo sabes, Dios mío. Tú lo sabes todo, Padrecito bueno.

Me agradaba de un modo excepcional aquel Dios de mi abuela; por lo visto, se llevaba muy bien con él, y yo le rogaba a menudo que me contara cosas de Dios. La anciana hablaba de él de un modo especialísimo: en voz muy baja, con los ojos cerrados, alargando singularmente las palabras y siempre sentada. Se levantaba un momento, se volvía a sentar, se ponía un pañuelo en la cabeza y empezaba a hablar largamente, hasta que el sueño nos dominaba a los dos:

-Dios está arriba sentado en una montaña alta, en medio de la pradera del Paraíso, en un trono de zafiro azul, entre tilos plateados que florecen todo el año. En el Paraíso no hay invierno ni otoño, y las flores no se marchitan, sino que están siempre y perpetuamente lozanas, para alegría de los Santos de Dios. Y alrededor de Dios vuelan ángeles a millares, como copos de nieve, como abejas que enjambran, o como palomas blancas... Vuelan del cielo a la tierra y otra vez suben al cielo, donde cuentan a Dios todo lo de los hombres. Allí está tu ángel, y el mío y el de mi abuelo; porque todos tenemos un ángel y Dios es igualmente bueno para todos. De pronto, un ángel le dice a Dios que Alexeí le ha sacado la lengua al abuelo, y entonces Dios dispone que por eso el viejo le pueda dar una paliza. Y así lo dispone todo en todas partes y da a cada cual dolor o alegría, se gún lo que merece. Y junto a él es todo tan hermoso y tan bueno, que los ángeles baten las alas de placer y cantan en su elogio: "¡Gloria a Ti, oh Dios, gloría a Ti!", y el bondadoso Dios les sonríe y les dice: "¡Bueno, ya basta!"

Y ella sonríe también meneando la cabeza.

-¿Has visto tú eso? -pregunto yo.

-No, no lo he visto, pero lo sé -me responde ensimismada.

Cuando me hablaba así de Dios, del Paraíso y de los ángeles, se empequeñecía y humillaba, su semblante se rejuvenecía y los húmedos ojos chispeaban con una luz ar-

diente. Yo tomaba en la mano sus gruesas trenzas, suaves como el raso, me envolvía el cuello en ellas y escuchaba sin moverme, con el espíritu en tensión, sus interminables narraciones que nunca me saciaban.

-Los hombres no pueden ver a Dios, porque se quedarían ciegos; sólo los Santos pueden mirarle cara a casa. En cambio, he visto ángeles, que se aparecen a los que tienen el corazón puro. Mira: estaba yo una vez en la iglesia oyendo en pie una misa de alba, y vi a dos angelitos que andaban de un lado a otro, junto al altar. Parecían hechos de niebla, y se transparentaban; eran claros y radiantes, y sus alas parecían de encajes y muselina y llegaban hasta el suelo. Daban vueltas alrededor del altar y ayudaban a misa al anciano padre Ilia, el sacerdote, que levantaba los débiles brazos para implorar a Dios, y ellos lo sostenían los codos. El padre Ilia, que estaba ya muy viejo y casi ciego, tropezaba en todo, y poco después se murió de repente. Cuando los vi entonces, rae sentí transportada de alegría; noté en el corazón una cosa rara y me brotaron lágrimas de los ojos. ¡Tan hermoso era todo! Todo, hijo mío, es hermoso y bueno al lado de Dios, lo mismo en el cielo que en la tierra.

-¿Y es todo bueno para nosotros? -pregunté yo.

La abuela se santiguó y me contestó:

-Sí, todo es bueno, gracias a la Santísima Madre de Dios.

Sus palabras me dejaron sorprendido: no me podía persuadir de que realmente en aquella casa fuera todo bueno, sino que, por el contrario, tenía la sensación de que todo andaba de mal en peor. Un día al cruzar ante la puerta de la habitación del tío Mijailo, vi que tía Natalia, en camisa de dormir, apretando las manos contra el pecho, corría de un lado a otro y con voz apagada, en que se traslucía el horror, exclamaba:

-¡Señor, llévame de aquí, llévame contigo!

Yo podía comprender su ruego, como comprendía a Grigorii, cuando refunfuñaba para sí.

-Cuando me quede ciego iré a pedir limosna ... ¿Qué más da?

Yo deseaba que se quedara ciego pronto y se fuera a pedir limosna, para servirle de lazarillo y los dos juntos recorreríamos la ciudad mendigando. Ya había hablado de eso con él.

-Bueno, sí, iremos juntos -me había contestado el capataz, sonriendo de barbas adentro-. Entonces iré yo por la ciudad diciendo: "Mirad, éste es el nieto de Vasili Kachirin, el presidente del gremio; es el hijo de su hija". Eso hará reír a la gente.

No pocas veces veía yo el pálido semblante de la tía Natalia, desfigurado por los hinchados labios y con manchas azules debajo de los inexpresivos ojos.

-¿Le pega el tío? -preguntaba yo a mi abuela, que me respondía suspirando:

-Sí, le pega el muy bribón... cuando no le ve nadie. El abuelo le ha prohibido que pegue a su mujer, y por eso sólo se atreve a hacerlo de noche. El es un mal hombre y ella un pedazo de pan.

Y proseguía diciendo:

-Pero hoy no hay ya tantos golpes como antes. Cierto que alguna vez le da un revés en los dientes o una bofetada, y otras veces la agarra por los pelos y la zarandea un poco. Pero antes daba rienda suelta a su rabia horas enteras. Tu abuelo n e estuvo pegando a mí una vez el domingo de Pascua, desde la misa mayor hasta después de anochecido. De cuando en cuando se paraba, y cuando descansaba un poco volvía a pegarme. Y me pegaba con una cuerda o con un garrote, con lo que tenía más a mano.

-¿Por qué?

-Ya no lo sé. Otra vez me pego hasta dejarme medio muerta y en cinco días no me dio nada de comer. No sé como escapé con vida. Y otra vez hizo lo mismo.

Yo estaba en el colmo del asombro: la abuela era lo menos dos veces más fuerte

Librodot

que su marido y no me cabía en la cabeza que pudiera dominarla.

-¿Es que tiene más fuerza que tú? -pregunté.

-Más fuerza, no; pero sí más años. Y además, es mi marido. El ha de responder ante Dios de lo que me haga, y yo no tengo más remedio que soportarlo con paciencia y humildad.

Era muy instructivo para mí el contemplarla cuando quitaba el polvo a los iconos y limpiaba su marco de metal. Las imágenes estaban provistas de abundantes adornos y la corona de rayos era de plata, incrustada de perlas y de gemas de colores. Levantaba cuidadosamente el cuadro de la pared, lo contemplaba risueña y decía conmovida:

-¡Qué carita tan mona!

Luego se santiguaba y besaba el cuadro.

-Está muy empolvada y ahumada, la pobre Madre bondadosa, el consuelo de los afligidos. Mira, hijo mío, qué finas son las letras y qué pequeñas son las figuras; y cada una está separada de las otras. Esto se llama aquí "los doce días de fiesta", y en el centro está la Misericordiosa Madre de Dios de Feodorovsk. Y aquí dice: "No me llores, ¡oh Madre!, cuando me veas en el sepulcro".

A veces, parecía jugar con los iconos tan sería y gravemente corno jugaba con sus muñecas la ingenua Catalina, la hija del tío Jacobo.

No pocas veces veía diablos, en ocasiones varios juntos y otras aisladamente.

-Una vez, en la época de los grandes ayunos, fui a casa de Rodolfo por la noche; la luna lucía clara y, de pronto, vi que el Maligno estaba sentado a horcajadas en el tejado, sobre la chimenea, y sorbía y resollaba. Era grande y muy peludo; no paraba de dar con la cola en el tejado y escarbaba y se bamboleaba sin cesar. Yo le hice la cruz y dije: "¡Mira, el Señor resucitará y sus enemigos se dispersarán como el polvo!". Entonces, profirió un leve gemido, se tiró del tejado al patio, dando un salto mortal y, en efecto, se deshizo en polvo. Probablemente en casa de Rodolfo habían comido carne aquel día, aunque era vigilia, y él lo había olido y se alegraba.

Me reí al figurarme como se tiraba el diablo desde el tejado dando un salto mortal, y también la abuela sonrió, diciendo:

-En ocasiones son descaradísimos, materialmente como los niños chicos. Un día tenía yo, en la caseta de baño, una colada grande, que me duró hasta media noche. De pronto se abrió la puertecita de la estufa del baño y se precipitó fuera toda una legión de diablillos, a cual más pequeño, rojos, verdes y negros como cucarachas. Yo quise irme a la puerta, pero no la pude alcanzar, pues me caí en medio de aquellos arrapiezos. El cuarto de baño estaba atestado de ellos y no me dejaban ni rebullir; se me metían entre los pies y me acosaban de tal manera, que ni siquiera podía persignarme. Eran peludos, suaves y calientes como gatitos, solo que andaban sobre las patas traseras; corrían de un lado a otro como unos sinvergüenzas y tenían dientecitos de ratón, y ojos verdes, y colitas como los lechones, y los cuernos no les habían salido aún del todo, sino que eran nada más que unas puntitas en la cabeza. Por último, me desmayé, y cuando recobré el sentido apenas alumbraba la luz y el agua de la artesa se me había quedado fría; pero la ropa blanca estaba en el suelo muy bien lavada. ¡Ah, diablillos malos!, pensé ¿por qué no se lo comerán los ratones?

Yo habia cerrado los ojos y veía cómo de las abiertas fauces del agujero del horno, entre las piedras grises, brotaba el melenudo y polícromo enjambre de diablillos, cómo llenaban la caseta de baño, cómo apagaban las velas y sacaban como unos desvergonzados las menudas lenguas de color de rosa. También esto excitaba la risa, pero al propio tiempo tenia algo de horripilante. Mi abuela meneaba la cabeza, callaba un rato y luego proseguía muy animada:

-Otra vez vi también, cara a cara, a los espíritus del Invierno. Era de noche, en

invierno, y caía una fuerte nevada. Yo iba por el barranco de Diukov ya sabes, donde te conté que Jacobo y Mijailo quisieron ahogar a tu padre en el agujero del hielo del estanque. Iba yo, como te digo, y había llegado por la senda hasta el fondo del barranco, cuando de pronto siento un silbido espantoso y aullidos. Miro para arriba y veo que se viene para mí un trineo tirado por tres caballos negros, guiados por un diablo gordo de gorra colorada, que estira mucho los brazos y tiene en la mano como riendas las cadenas forjadas que los enjaezan. Abajo, en el barranco, no había camino para que pasaran, y por eso el trineo de los tres caballos, rodeado de una nube de nieve, penetró en el estanque. En el trineo iban también verdaderos diablos, que silbaban y chitaban agitando las gorras; y así pasaron siete trineos iguales por delante de mí, como si fueran el cuerpo de bomberos, y todos los caballos eran negros como cuervos, pero en realidad no eran caballos, sino hombres malos, malditos por sus padres. Aquellos hombres servían a los diablos de diversión y regocijo; los uncían a sus coches y los hostigaban los días de fiesta en la noche sombría. Aquello que vi entonces era, seguramente, una boda de diablos.

No había modo de no creer a la abuela, porque lo decía todo con mucha naturalidad y muy convencida.

Pero cuando me ponía en mayor tensión era cuando recitaba la poesía de la Madre de Dios, de cómo recorría este valle de lágrimas y hablaba a la conciencia de Engalicheva, la princesa de los bandoleros, para que no asolara de aquel modo al pueblo ruso con robos y asesinatos; o la poesía de Alexei, el criado de Dios, o la de Iván, el guerrero. Eran también muy hermosos los cuentos de la sabia Vasilisa, la del macho cabrío disfrazado de pope y la del ahijado de Dios; y las temerosas historias de la princesa María Posádnitza, del capitán de bandoleros Baba Usta, de María la pecadora egipcia, de los dolores y tormentos de la madre de los ladrones. Era inagotable la colección de romances, cuentos y poesías que conocía mí abuela

Y una mujer que no temía ni a los hombres, ni a los diablos, ni a nada del mundo, ni siquiera al abuelo, sentía un terror cerval a las cucarachas negras, cuya presencia olía incluso a grandes distancias. A veces, me despertaba a medianoche, cuchicheando:

-Alioska, hijo mío; anda una cucaracha por el cuarto. ¡Mátala de un pisotón, por amor de Dios!

Medio en sueños, yo encendía la luz, saltaba al suelo y buscaba al enemigo. Era corriente que no la encontrara en seguida y muchas veces no llegaba a descubrirla.

-No la veo por ninguna parte -decía yo; pero mi abuela permanecía inmóvil, con la cabeza debajo de la colcha, y me decía con voz apenas perceptible:

-Sí, sí, por ahí anda. ¡Búscala, por favor! Estoy segura de que está ahí.

Y nunca se equivocaba, pues yo acababa por encontrar la cucaracha en cualquier parte, muy lejos de la cama.

-¿La has matado? ¡Alabado sea Dios! Muchas gracias, hijo mío.

Y apartando la colcha de la cabeza, respiraba aliviada y se reía.

Si yo no encontraba el insecto, la anciana no podía volverse a dormir. Yo sentía que su cuerpo se estremecía al menor ruido en el silencio de muerte de la noche, y oía cómo cuchicheaba, conteniendo el aliento.

-¡Está en la puerta!... Ahora se mete debajo del arca.

-¿Por qué te dan tanto miedo las cucarachas? -preguntaba yo.

-Porque no puedo comprender para qué están en el mundo -me respondía, muy convencida-. No hacen nada más que pulular y arrastrarse por todas partes, las negras bestias. Además, Dios Nuestro Señor ha dado su misión a todos los animales pequeños; las cochinillas, indican que hay humedad en la casa; las chinches, dicen que

Librodot

las paredes están sucias; cuando alguien tiene piojos, pronto se pone enfermo. Todo esto es evidente; lo que no sabe nadie es qué objeto tienen las cucarachas ni para qué sirven.

Una noche, cuando la abuela estaba de rodillas y desahogaba su corazón hablando con Dios, mi abuelo abrió de golpe la puerta de nuestra alcoba y exclamó con voz ronca:

-¡Madre, Dios nos ha venido a ver!... ¡Hay fuego en casa!

-¿Qué dices? -exclamó la abuela levantándose a toda prisa, y ambos se precipitaron con pesados pasos hacía la sala, que estaba en sombras.

-¡Yevgueniya, descuelga los iconos! ¡Natalia, viste a los niños! -ordenó la abuela enérgicamente, y con voz firme mientras su marido se lamentaba en voz baja.

Corrí, a la cocina. La ventana que daba al patio relucía como oro claro; sobre el pavimento se arrastraban y silbaban unas manchas de luz amarillas. Mi tío Jacobo, que todavía se estaba vistiendo, saltaba sobre ellas como si le quemaran las plantas de los píes, y exclamaba:

-¡Esto ha sido cosa de Míjailo! ¡Y luego ha huido!

-¡Cállate, perro -exclamó la abuela, y le dio tal golpe que por poco lo hace caer.

A través del hielo de las ventanas se veía cómo ardía el tejado del abierto taller, y en su interior las llamas aleteaban ferozmente de un lado a otro. Como no hacía viento, casi no salía humo ninguno y sólo a mucha altura navegaba una ligera nube plomiza, a través de la cual se veía la Vía Láctea. La nieve tenía un brillo de color de púrpura y las paredes del edificio temblaban y oscilaban, como si quisieran huir hacia el abrasado rincón del patio, donde ardía el fuego afanosamente, extendiéndose cada vez más.

Yo me eché una gruesa pelliza sobre la cabeza, metí los pies en las, primeras botas que encontré y de esta manera llegué, tropezando, al zaguán y a la escalera de la casa. Deslumbrado por el crudo resplandor del fuego, estaba allí como convertido en piedra, y los gritos de mi abuelo, de Grigorii y de mis tíos, me tenían completamente atontado. Pero lo que más me espantaba era la conducta de mí abuela, que con un saco vacío sobre la cabeza y una manta de caballo sobre los hombros, corría hasta meterse en el mismo fuego, diciendo a voces:

-¡El vitriolo, majaderos! ¡Si estalla!...

-¡Grigorii, sujétala! -exclamó el abuelo-. ¡Dios mío, está perdida!

Pero !a abuela volvía ya a salir del mar de llamas, rodeada por completo de humo, moviendo la cabeza a un lado y otro y trayendo en las manos extendidas una bombona de vitríolo, que contendría sus buenos cincuenta litros.

-¡Saca el caballo del establo, padre! -exclamó, tosiendo y resollando-. ¡Quitadme la manta de los hombros!... ¿No veis que me abraso?é

Grigorii le quitó la manta, que ardía lentamente, y con una pala empezó a echar al fuego paletadas de nieve por la abierta puerta del taller. Mi tío daba saltos a su alrededor con un hacha en la mano, en tanto que mi abuelo apedreaba con nieve a la abrasada anciana. Esta puso la botella con el peligroso líquido sobre un montón de nieve, se abalanzó a la puerta, la abrió, saludé a los vecinos que acudían y les dijo.

-¡Protegednos sólo la cochera, hijos míos! Sí se quema o se prende fuego el henar, arderemos todos y también se abrasarán vuestras casas. ¡Echad abajo el tejado y llevad el heno a la huerta! Pero, ¿qué haces tú, Grigorii? Tira la nieve más alto, porque en el suelo no sirve de nada. Pronto, Jacobo, dales hachas y azadas a estos hombres. Ahora hijos míos, poneos a trabajar... ¡Dios nos asistirá!

El contemplarla era para mí tan atractivo como el espectáculo del incendio. Su negra figura, crudamente iluminada por las llamas, que parecían buscarla, se movía

incansablemente por el patio y estaba en todas partes, dando órdenes a todo el mundo.

"Scharap", que estaba trabado, salió al patio, se encabritó y levantó consigo a mí abuelo. El fuego se reflejaba en sus grandes ojos que empezaron a echar chispas de rojo vivo. El poderoso animal profirió un relincho estertorante y empezó a dar golpes en el suelo con las patas delanteras; el abuelo soltó la rienda, saltó a un lado y gritó:

-¡Madre, sujétalo!

La abuela se arrojó bajo los pies del encabritado caballo y se plantó ante él con los brazos extendidos. El animal relinchó lastimeramente y se acercó a la anciana, sin dejar de mirar al fuego de soslayo.

-No tengas miedo -le dijo mi abuela con voz grave y tranquilizadora, dando unos golpecitos en el cuello del animal y asiendo las riendas-. No te abandonaré en esta hora tan terrible, ratoncito mío.

El "ratoncito", que era tres veces más grande que ella, la siguió obediente hasta la puerta, resollando de cuando en cuando y mirando su cara enrojecida.

La niñera Yevgueniya sacó de la casa, muy bien arropados, a los chicos, que gemían apagadamente, y gritó al abuelo:

-¡Vasílich Vasílich, Alexei no está!

-¡Vete, vete! -respondió mi abuelo, haciéndole seña con la mano, mientras yo me escondía debajo de la escalera para que la niñera no me llevara.

El tejado del taller se había desplomado ya y los encendidos cabos apuntaban hacía el cíelo. Del interior del edificio ascendían, silbando y crepitando, remolinos verdes, azules y rojos; haces de fuego volaban sobre el patio por entre tos hombres que se habían congregado delante de la mosntruosa pira y llenos de celo arrojaban nieve a ella. Pero allá dentro, donde estaba el foco del incendio, ardían furiosamente las calderas y salía vapor y humo en gruesas nubes; olores raros llenaban o! patio y hacían llorar tos ojos.

Salí de debajo de la escalera y avancé hacía mi abuela.

-¡Ya te estás largando de aquí! -exclamó-. ¡Te matarán a pisotones!... ¡Vete!

Un jinete coro casco de latón llegó, galopando, al patio. Su alazán estaba completamente cubierto de espuma y el hombre levantaba la mano con el látigo, y exclamaba en tono amenazador:

-¡Paso! ¡Abrid calle!

Sonaban vivamente las campanillas del trineo de incendios, y todo era belio como en un día de fiesta. La abuela me empujó escaleras arriba:

-¿Acabarás de irte? ¿Cuántas veces habrá que decírtelo?

No tuve más remedio que obedecer. Me fui a la cocina y apretando la cara contra la ventana miré hacía fuera, pero ya no pude ver el fuego detrás del oscuro montón de hombres; sólo veía relucir el casco de latón entre las negras gorras.

El fuego se dominó y extinguió muy pronto. La Policía dispersó a la gente. La abuela entró en la cocina.

-¿Quién anda ahí? ¿Tú? ¿No has podido dormir de miedo, eh? Tranquilízate, que todo ha pasado.

Se sentó junto a mí y en silencio empezó a moverse a uno y otro lado. Yo me alegraba de que hubiera vuelto la tranquila y oscura noche, pero me daba pena que se hubiera apagado ya el fuego.

Entró mi abuelo, que se quedó parado en el dintel, y dijo:

-¿Madre?

-¿Qué?

-,Te has quemado?

-No es nada.

Mí abuelo encendió una pajuela, cuya llamita azul iluminó su rostro de garduña tiznado de hollín; buscó la luz de la mesa, la encendió y se sentó un tanto reacio al lado de la abuela.

-¡Lávate, hombre! -le dijo ésta, aunque también ella estaba negra de humo y exhalaba un olor acre.

-Dios Nuestro Señor ha sido muy clemente contigo -dijo mi abuelo suspirando-. Te ha dado un gran talento.

Le pasó la mano por el hombro, acariciándola, y añadió con sorna:

-Claro que sólo por poco tiempo, un ratito nada más; pero eso ya es algo.

Mí abuela sonrió y quiso contestarle, pero él prosiguió, arrugando el ceño.

-A Gregorii tenemos que despedirlo... Por lo menos, se ha vuelto a descuidar. Ya se le han acabado las fuerzas. Ahí fuera, en la escalera, está Jacobo llorando, el muy tonto... Ve y consuélale, madre.

Levantóse la anciana y salió, poniéndose la mano delante de la cara y echándose el aliento en los dedos.

-¿Qué, has visto el fuego? -me preguntó mi abuelo en voz baja, sin dignarme a mirarme-. ¿Desde el principio? ¿Y has visto también a tu abuela? ¡Es toda una mujer, la vieja! Ella sola lo ha hecho todo ... ¡y vaya golpes que se ha llevado! Si, sí. ¡Ah, mal rayo!

Haciéndose un ovillo, estuvo callado largo rato. Luego se levantó, despabiló con los dedos la carbonizada mecha de la vela de sebo, y me preguntó:

-¿Has tenido miedo?

-No.

-Ni había motivo.

Con violento ademán se apartó la camisa de los hombros, fue al rincón en que estaba la jofaina y dijo, allá en las tinieblas, golpeando el suelo con los píes:

-Es una tontería el incendiar. Al incendiario deberían darle de latigazos en la plaza pública, porque es un tonto... o un granuja. Si se procediera así, no habría más incendios. Ahora, vete a acostar. ¿Qué haces ahí todavía?

Me fui, pero ya no volví a dormirme aquella noche. Apenas me había acostado, cuando me hizo levantar de nuevo un grito terrible. Corrí otra vez a la cocina y allí; en el centro, vi a mi abuelo con una luz en la mano; la luz vacilaba y el viejo rascaba con los pies el pavimento y graznaba sin moverse del sitio:

-¡Madre! ¡Jacobo! ¿Qué es ésto?

Me subí rápidamente al hogar y me escondí en el rincón más lejano, mientras en la casa empezaba otra vez un correr loco, lo mismo que cuando el incendio. En las paredes y el techo resonaba un lamento largo y cada vez más fuerte. Mi abuelo y tío Jacobo, como dementes, corrían de acá para allá y mi abuela gritaba y se lanzaba a todas partes. Grigorii arrastró pesados leños, que amontonó en el hogar, llenó todas las ollas de agua y se puso a pasear de un lado a otro por la cocina, sin dejar de mover la cabeza como un camello de Astracán.

-¡Enciende la leña! -ordenó la abuela.

Grigorii buscó teas en el hogar, pero tropezó con mis pies y exclamó, inquieto:

-¡Quién anda ahí! ¡Menudo susto me has dado! ¡Estás en todas partes donde no haces falta!

-¿Qué ha pasado? -pregunté yo.

--Que tu tía Natalia ha tenido un niño -me dijo con indiferencia, saltando al suelo.

Yo recordaba que mi madre no había gritado así cuando nació mi hermano.

Grigorii acercó las ollas al fuego y luego se sentó a mi lado en el hogar. Sacó del bolsillo una pipa de arcilla y me la enseñó.

-Ahora empiezo a fumar -me dijo-, por culpa de mis ojos. Tu abuela me aconsejó que tomara rapé, pero yo me figuro que es mejor fumar.

Estaba sentado en el borde del hogar, con las piernas colgando, y miraba la vela de sebo que ardía turbiamente. Tenía la oreja y la mejilla negras de hollín y su camisa estaba desgarrada por un lado, dejando ver sus costillas arqueadas como duelas de tonel. Un cristal de sus gafas estaba roto y casi la mitad se había caído de la montura; por el hueco se veía el ojo encendido, húmedo y lesionado. Mientras llenaba la pipa con tabaco de hoja, escuchaba los gemidos de la parturienta y musitaba sin coherencia, cómo un borracho:

-Pues la abuela se ha quemado... ¿Cómo la ayudará ahora? ¡Cómo se queja la pobre! Con el incendio se habían olvidado de ella... De miedo le han dado convulsiones y ha estado con ellas desde que ha empezado el fuego. ¡Oh! No es fácil echar un chico al mundo. Se cuida uno muy poco de las mujeres. Ten en cuenta esto, hijo mío: hay que cuidar a las mujeres; a las madres, quiero decir.

Yo me dormí y me volvieron a despertar los pasos precipitados, el ruido de puertas y el alboroto que armó mi tío Mijailo al volver a casa. Todavía me suenan en el nido aquellas palabras raras: "Es preciso abrir la puerta al Santísimo." "Dadle aceite de la lámpara sagrada, con ron y ceniza de pino; medio vaso de aceite, medio de ron y una “cucharada grande de ceniza”

El tío Mijailo había venido a casa.

-¡Dejádmela ver! -suplicaba apremiantemente. Estaba sentado en el suelo, con las piernas muy abiertas, escupiendo y dando golpes en la madera con las palmas de las manos. El calor del hogar me era ya insoportable y tuve que bajar; cuando pasé por delante del tío Mijailo, me agarró de un pe y tiró tan fuerte, que me caí y di con la nuca en el suelo.

-¡Bruto! -le grité.

Se puso en pie de un salto, me agarró de nuevo y me zarandeó, rugiendo:

-¡Te voy a estrellar el cráneo!... ¡contra el hogar!

En la sala, volví en mí. Me encontré en el rincón, debajo de los iconos, en las rodillas de mi abuelo, que estaba mirando el techo, me mecía a un lado y a otro, y decía lentamente:

-Nadie se debe creer con derecho... Nadie...

Sobre su cabeza brillaba la lámpara sagrada; en la mesa del centro ardía una vela y por la ventana asomaba ya la turbia mañana de invierno.

El abuelo se inclinó hacia mí y me preguntó:

-¿Dónde te duele?

Me dolía todo; tenía la cabeza completamente húmeda y las extremidades muy pesadas, pero no sentía gana de hablar de ello. Lo que me rodeaba me parecía rarísimo y en casi todas las sillas del cuarto había personas extrañas: el sacerdote, con su traje violeta, un viejo de pelo blanco, con uniforme militar y gafas y otros muchos. Todos estaban inmóviles, como tallados en madera y llenos de expectación. Apoyado en el quicio de la puerta estaba mi tío Jacobo, muy tieso, con las manos a la espalda.

-¡Ea, llévatelo y que duerma! -le dijo el abuelo.

Mi tío me hizo una seña con el dedo y fue de puntillas hacia la puerta del cuarto de mi abuela; cuando me hube acostado, cuchicheó:

-Tía Natalia se ha muerto.

Ya no me admiró esto, pues hacía largo tiempo que no se la veía y ni bajaba a la cocina ni se sentaba a la mesa.

-¿Dónde está la abuela? -pregunté yo.

-Allí -me respondió mi tío, señalando a la otra habitación; y salió descalzo y de

puntillas, como había venido.

Me tumbé en la cama y tendí la vista por el aposento. Por la ventana atisbaban, muy pegadas a los cristales, unas caras grises, peludas y ciegas; en el rincón, sobre el arca, colgaba el vestido de la abuela. Yo sabía muy bien que no era más que un vestido, pero me parecía como si estuviera escondido en él algún ser vivo y me acechara. Me tapé la cabeza con los cobertores y miré hacia la puerta con un solo ojo; de buena gana habría saltado de la cama y empezado a correr. Hacía calor y un olor pesado y fuerte me quitaba la respiración; me recordaba al moribundo Vania y la sangre que había visto correr por el suelo. En mi cabeza o en mi corazón parecía crecer algo así como un tumor; todo lo que había visto en aquella casa rodaba sobre mi alma, destrozándola y aniquilándola.

La puerta se abrió muy despacio y en el cuarto se deslizó mi abuela, que la cerró con el hombro, se recostó en ella, extendió las manos hacia la llamita azul de la lámpara votiva y dijo en voz baja, con quejumbrosa voz infantil:

-¡Mis manos!... ¡Cómo me duelen mis pobrecitas manos!

Capitulo V

Sobre la casa había caído una nueva pesadilla agobiadora. Una tarde, después del té, mientras estaba yo con mi abuelo inclinado sobre el salterio y ella empezaba a fregar la vajilla, se precipitó en el cuarto mi tío Jacobo, desgreñado como siempre y semejante a una escoba de desecho. Sin saludar, tiró su gorra a un rincón y, manoteando y sacudiéndose, empezó a hablar apresurado:

-Padrecito, Miska está otra vez haciendo de las suyas. Ha comido conmigo al mediodía, se ha emborrachado, y ha hecho las mayores tonterías. Ha roto la vajilla, ha hecho jirones un traje de lana que habían enviado para teñirlo, ha derribado una ventana y nos ha insultado como un loco a mí y a Grigorii. Y ahora viene aquí amenazando: "¡Voy a arrancarle las barbas al viejo! ¡Voy a matarlo!". Esté usted prevenido.

Apoyando las manos en la mesa, mi abuelo se levantó lentamente. Su cara, llena de arrugas, se afilaba hacia la nariz y se adelgazaba hasta parecer un hacha.

-¿Madre? -gritó-. ¿Qué te parece esto, eh? ¡Quiere matar a su propio padre! ¡Vaya un hijo! ¡Si, sí, os estorba, os estorba el viejo, hijitos míos!

Encogiéndose de hombros, atravesó el cuarto hacia la puerta, echó el pesado cerrojo y dijo a Jacobo:

-Conque seguís pensando en comeros la dote de Bárbara, ¿eh? Mirad, esto os comeréis.

Y burlonamente le puso el puño debajo de la nariz, haciéndole una higa.

-¿Y yo qué tengo que ver con eso? -contestó ofendido el tío Jacobo.

-¿Tú? ¡Oh, a ti ya te conozco yo!

La abuela callaba y colocaba presurosa las tazas en la alacena.

-¡Sí yo he venido a defenderle a usted!

-¡Miren qué bonito! -exclamó mi abuelo con sarcasmo-. ¡Es precioso! ¡Gracias, hijo mío! Dale a este zorro cualquier cosa, madre; por lo menos, un gancho de la lumbre o una plancha, y cuando venga tu hermano, Jacobo Vasilich, me das a mí con ella en la cabeza.

Mi tío se metió las manos en los bolsillos y, refunfuñando, se fue a un rincón.

-Si no me quiere usted creer...

-¿Creerte? -exclamó mi abuelo, dando una patada en el suelo-. ¡No! Antes creeré a cualquier animal, a un perro, a un erizo; pero ¿a ti? ¡Nunca! Sé muy bien que tú le has emborrachado y se lo has sugerido todo. Bueno, puedes pegar si quieres; elige: a él o a mí.

La abuela me dijo en voz baja:

-Sube al desván, mira por el ventanuco, y cuando veas a tu tío Mijailo en la calle, ven en seguida y avísame. ¡Pronto!

Un tanto atemorizado por el inminente ataque de mi forzudo tío, pero orgulloso del encargo que me daban, me situé en la ventana y miré a la calle, estaba cubierta toda ella de una gruesa capa de polvo, de la que sobresalían los guijarros del piso. Por la izquierda se ensanchaba mucho, cruzaba el barranco y desembocaba en la plaza de la Cárcel, donde sobre el fangoso suelo se alzaba, recio y ancho, un edificio con cuatro torres en las esquinas: la cárcel vieja; un no sé qué sombrío y polvoriento pesaba sobre el viejo edificio. A la derecha, separado tres casas de la nuestra, se extendía el mercado del Heno, cerrado por el cuartel amarillo de la Compañía Disciplinaria y por la torre de vigía del servicio de bomberos, de color gris plomo. En torno de la atalaya se mueve el centinela, como un perro atado a una cadena. Toda la gran plaza está surcada de baches; en el fondo de uno brilla una charca verdosa y más a la derecha está el corrompido estanque de Diukov, al cual, según el relato de la abuela, arrojaron en cierta ocasión a mi padre mis tíos Miska y Yaska. Casi enfrente del ventanuco empieza una bocacalle estrecha, formada por casitas de distintos colores. Al final de la calle está la ancha y baja iglesia de los "Tres Santos Obispos". Mirando en línea recta se ven los tejados de las casas, que en el mar de los huertos parecen botes quilla al sol.

Maltratados por las tormentas del largo invierno y los interminables chubascos de otoño, los edificios destartalados y descoloridos de nuestra calle están ahora cubiertos de polvo. Se apretujan, como los mendigos a la puerta de la iglesia; en sus ventanas hay algo que mira receloso, como si, lo mismo que yo, estuviera al acecho de alguien. En la calle se ven pocas personas y andan sin prisa, como cucarachas meditabundas por el hogar caliente. Un calor asfixiante sube hasta mí, mezclado con el vapor graso de guisos de cebolla Y zanahorias, un olor que me repugna y me pone siempre de mal humor.

Me invade el tedio, un tedio casi insoportable y singularísimo. Es como si plomo derretido me anegara el pecho y me separara las costillas, y parece que me ahogo en la pequeña habitación abuhardillada, con un techo que parece la tapa de un ataúd.

Por fin, veo venir a aquel a quien espío, a mi tío Mijailo que asoma por detrás de una casa gris de la calle lateral. Lleva un chaqueta de pardo rojizo, pantalones a cuadros y botas hasta la rodilla. Trae la gorra terciada sobre la saliente oreja. Tiene una mano sepultada en el bolsillo del pantalón y con la otra se agarra la barba; por su actitud parece como si quisiera atravesar de un salto la calle y agarrar con las negras patas la casa de mi abuelo. Yo tenía que salir corriendo a anunciar su llegada, pero no acertaba a quitarme de prisa de la ventana; vi que mi tío, precavidamente, como si temiera llenarse más aún de polvo las botas ya bastante empolvadas, cruzó la calle y oí cómo abrió la puerta de la taberna, cómo crujieron sus goznes y cómo temblaron los cristales. Corrí abajo y llamé a la puerta del cuarto de mi abuelo.

-¿Quién es? -preguntó éste ásperamente y sin abrir-. ¿Tú? ¿Qué hay? Ha entrado en la taberna, ¿verdad? Bueno, pues vete otra vez arriba.

-Me da miedo arriba.

-¡Qué tonto eres!

Me vuelvo a plantar en la ventana de la buhardilla y miro hacia fuera. Cae la

Librodot

noche. El polvo de la calle parece hinchado y yo me lo figuro más profundo y más negro. Aparece un resplandor amarillo en las ventanas de las casas y en la de enfrente suena música, y muchos instrumentos de cuerda tocan una melodía melancólica. En la taberna se oye música también. Cada vez que se abre la puerta suena en la calle una voz cascada y fatigosa: yo sé que es la de Nikituschka, el viejo mendigo barbudo y medio ciego. Cuando se cierra la puerta, su canción se trunca, como cortada por un hacha.

La abuela envidia a aquel mendigo y en cuanto oye sus canciones, dice suspirando:

-¡Qué feliz es ése, que sabe tantos versos! ¡Qué dicha!

A veces le manda pasar al patio; apoyado en su bastón, Nikituschka se sienta en la escalera y canta y recita; la abuela se acomoda a su lado, escucha y le pregunta:

-Pero dime... ¿Estuvo de veras la Madre de Dios en Riazan?

Y el mendigo responde, lleno de convicción, y con su voz de bajo profundo:

-Ha estado en todas parte, en todos los gobiernos.

Invisiblemente, llega de la calle una ola de cansancio soñoliento que me invade y gravita opresivamente sobre mi corazón y sobre mis ojos. ¡Qué hermoso sería que viniese ahora la abuela o, por lo menos, el abuelo! ¿Cómo sería mi padre? ¿Por qué no lo podían sufrir mi abuelo ni mis dos tíos y por qué hablan tan bien de él mi abuela, Grigorii y la niñera Yevgueniya? ¿Y dónde estará mi madre? Cada vez me acuerdo más de ella y constituye para mí el centro de todos los cuentos e historias que mi abuela me cuenta. El hecho de que no quiera vivir con su familia se remonta cada vez más alto en mis fantasías y ensueños, y me figuro que está habitando en un albergue de la carretera, en medio de unos bandidos que saquean a los viajeros ricos y comparten con los pobres el fruto del robo. Pero acaso habite en el bosque, en una cueva, claro es que también con bandoleros nobles, cuidándolos a todos y custodiando el oro robado. Aunque también puede ser que ande vagando por la tierra y cuente sus tesoros, como Engalycheva, la princesa de los bandidos, que anduvo en otro tiempo por el mundo con la Madre de Dios, y que ésta hable a la conciencia de mi madre colmo habló a la de aquella princesa:

Y aunque tú, codiciosa, arrebataras
todo el oro y la plata de este mundo,
¡con toda esa riqueza no podrías
cubrir tu desnudez, mujer infame!

Y acaso mi madre le responda,
con las palabras de la princesa de los bandidos:

¡*Ah, perdona, perdona, Virgen Santa,*
a esta mujer, sumida en el pecado!
Nunca por mi he robado, Madre mía,
sino por mi hijo único...

Y la Madre de Dios, que no cede en bondad de corazón a mi abuela, la perdona también y dice:

¡Ah, María, terror de los cristianos,
prole de infieles tártaros! Prosigue,
pues, tu extraviada ruta de pecado.
Si lágrimas te trae, tuya es la culpa.
¡Pero perdona a mi buen pueblo ruso!
¡Lleva a bosques y estepas tu osadía
y ataca a los calmucos y mordvinos!.. .

Vivo sumido en el encanto de estos romances como en un sueño, del cual viene a despertarme un ruido de cuchicheos y aullidos que llega del zaguán y del patio. Asomo la cabeza por la ventanilla y veo que el abuelo, el tío Jacobo y el criado del tabernero, el gracioso Mellan, el cheremiso, arrojan a la calle al tío Mijailo por el portillo. El se resiste y ellos le golpean en los brazos, la espalda y el cuello; le dan de puntapiés y, finalmente, lo lanzan de cabeza al polvo de la calle. La portalada del patio se cierra y se tranca. Por encima de ella vuela su destrozada gorra y todo queda tranquilo.

El tío Mijailo permanece un rato tendido y luego se levanta. Su ropa está hecha jirones. Coge una piedra de la calle y la arroja contra el portón; yo oigo un sonido mate, como cuando se golpea el fondo de un tonel. De la taberna salen unas figuras sombrías que aúllan, graznan y manotean; en las ventanas de las casas aparecen cabezas humanas, y la calle se anima, ríe y grita. Todo es como en un cuento: divertido, sí; pero espeluznante y doloroso al mismo tiempo.

Y súbitamente todo parece borrarse; todos callan y desaparecen.

En el arcón, junto a la puerta, está sentada mi abuela, muy doblada, inmóvil y sin aliento; me planto ante ella y le acaricio las mejillas ardientes, suaves y húmedas; pero ella parece no sentir nada, y musita tristemente:

-¡Oh, Señor! ¿No tienes bastante poder para hacer que entren en razón mis hijos? ¡Oh, Señor, apiádate!

Según mis recuerdos, mi abuelo no había vivido en la calle del Campo más que un año, desde una primavera hasta la siguiente; pero bastó este tiempo para dar a su casa una fama poco lisonjera. Casi todos los domingos se reunían ¡os chicos en nuestra puerta y, jubilosos, llevaban a la calle esta embajada:

-¡En casa de Kachirin se están volviendo a pegar!

Por lo común, mi tío Mijailo se presentaba al anochecer y tenía asediada la casa toda la noche y a sus habitantes en continuo espanto. A veces traía consigo dos o tres compinches, mozos de mala fama de¡ arrabal, que desde el barranco entraban en el huerto y allí, borrachos, bajo los arbustos de frambuesas y grosellas, se desahogaban cometiendo las más estúpidas devastaciones. Una vez su furia de destrucción tomó como víctima hasta la casita del baño. Rompieron todo lo que había en ella rompible: el banco sudadero, los asientos, los recipientes de agua; echaron abajo la estufa,

Librodot

arrancaron un par de vigas y destrozaron la puerta y la ventana.

Mi abuelo estaba muy sombrío asomado a la suya, oyendo cómo aquellos bárbaros destrozaban su propiedad. La abuela corría por el patio, pero no se la veía, y sólo se oía su voz llorosa:

-¡Mischa! Pero, ¿qué haces, Mischa?

Por toda respuesta, sonaron en el huerto unas groseras expresiones insultantes, auténticamente "rusas", cuyo sentido era un arcano tanto para el poder de comprensión como para el sentimiento de los perversos mozos que las proferían.

Me asaltaba el miedo cuando estaba en la habitación solo, sin mi abuela, durante aquellas escenas. Como no podía correr detrás de ella, me refugiaba en la alcoba de mi abuelo, el cual me recibía con un áspero "¡Largo de aquí!". Corría a la buhardilla, y por la mirilla atisbaba la oscuridad de¡ huerto y del patio. Lleno de miedo, seguía con los ojos a mi abuela; temía que la mataran, y chillaba y gritaba; pero ella no me oía. En cambio, oía mi voz el borracho de mi tío Mijailo, Y como respuesta llegaban a mi oído los brutales insultos a mi madre.

Una de aquellas noches el abuelo, enfermo en su cama, movió a un lado y a otro, sobre la almohada, la cabeza envuelta en un pañuelo, y se lamentó refunfuñando:

-¡Y para esto hemos vivido, pecado y ahorrado! ... Si no fuera por pudor, ya hace mucho tiempo que habría ido a avisar a la Policía. Pero se avergüenza uno. ¿Qué padre entrega a sus hijos a la Policía? ¿Qué le queda a uno más que dejar que las cosas sigan su curso?

Súbitamente echó las piernas fuera de la cama y se acercó a la ventana, vacilando. Mi abuela le sujetó por debajo de los brazos y le preguntó:

-¿Adónde vas, adónde vas?

-¡Enciende luz! -exclamó mi abuelo, respirando trabajosa y ruidosamente.

Y cuando mi abuela hubo encendido la vela, cogió la palmatoria en la mano, como un soldado el fusil, y gritó en tono burlón por la ventana:

-¡Eh, Miska, ratero nocturno, perro sarnoso, perro rabioso!

En el mismo instante, el cristal del marco superior de la ventana se hizo añicos y sobre la mesa, al lado de la abuela, cayó medio ladrillo.

-¡No me ha dado! -exclamó el abuelo con un aullido que no permitía saber si lloraba o reía.

La abuela le cogió del brazo, como solía hacer conmigo, le llevó a la cama y, llena de miedo, trató de calmarlo:

-Pero ¿qué se te ocurre, hombre de Dios? Si te hace algo, lo mandarán de fijo a Siberia. Cuando le da la furia es capaz de todo.

Mi abuelo perneaba, y de su garganta salió un sollozo seco y ronco.

-¡Déjalo que me mate!

Fuera se sintieron gritos y pisadas, un golpe y arañazos en la pared.

Cogí el ladrillo de la mesa y corrí a la ventana. La abuela me agarró en seguida por los pelos, me arrojó a un rincón y exclamó:

-¡Ah, bribón, condenado!

En otra ocasión mi tío, armado de un grueso garrote, trató de penetrar desde el patio en el zaguán de la casa; se plantó en los escalones de la escalera posterior y empezó a dar unos porrazos terribles en la puerta. Pero detrás de ésta se hallaba mi abuelo, también con un garrote en la mano, y además dos inquilinos que blandían sendas porras; y la mujer del tabernero, que era fuerte y recia, empuñaba un palo. Mi abuela corría detrás de ella de un lado para otro, y rogaba con voz llorosa:

-Dejádmelo a mí. Dejadme que hable con él dos palabras nada más.

Mi abuelo estaba con una pierna adelantada, como el hombre del venablo en el

conocido cuadro "La caza del oso". Cuando mi abuela llegó a él, sin decir una palabra, le dio un empujón con el codo y la pierna. Los cuatro defensores

estaban allí, preparados a todo; encima de ellos brillaba en la pared el farol, cuya luz se derramaba con lúgubre temblor sobre sus cabezas. Yo lo veía todo desde la escalera de la buhardilla, y de buena gana me habría llevado para arriba a mi abuela.

Mi tío estaba empeñado en derribar la puerta a golpes, y sus esfuerzos no eran infructuosos, pues ya empezaba a vacilar. El gozne superior podía ceder a cada momento y el inferior estaba ya desprendido. Con voz chillona, retaba a sus compañeros:

-¡Pegad fuerte en los brazos y en las piernas, pero no en la cabeza!

Junto a la puerta había una ventanilla lo bastante grande para poder sacar la cabeza por ella. Mi tío había roto ya su cristal, cuyos agudos pedazos estaban aún en los bordes. Parecía un ojo reventado.

La abuela se precipitó a la ventanilla, sacó la mano por ella, hizo una seña y exclamó:

-¡Mischa, por amor de Dios, te van a lisiar! ¡Corre, veta!

-¡Ah! ¿Eres tú, vieja? -exclamó aullando el tío Mijailo.

Y con toda su fuerza le golpeó en la mano. Se vio bajar el garrote por la ventanilla, y poco después mi abuela retrocedió vacilando y cayó de espaldas.

-¡Huye, Mischa! -pudo exclamar todavía al caer.

Se derrumbó la puerta, y en el vano apareció el tío Mijailo; pero inmediatamente, como un montón de barro que se arroja con la azada, fue lanzado escalera abajo.

La mujer del tabernero llevó a mi abuela a la alcoba de su marido, donde no tardó éste en presentarse.

-¿Está roto el brazo? -preguntó con voz sombría.

-Creo que sí -dijo la anciana sin abrir los ojos-. ¿Qué ha sido de él?

-Tranquilízate -repuso severamente mi abuelo-. No soy ningún animal salvaje. Lo hemos atado y está en la cochera. Lo he rociado con agua. ¡Malvado mozo! ... ¿Cuál sería su propósito?

La abuela lanzó un suspiro hondo.

-He mandado a llamar a la vieja que cura los huesos... Consuélate por ahora -continuó mi abuelo, sentándose en la cama al lado de ella-. Esos chicos nos llevarán a ti y a mí antes de tiempo a la sepultura.

-¡Repárteselo todo!

-¿Y Bárbara?

Estuvieron hablando largo rato, ella con voz baja y dolorida y él lleno de cólera y de rencor.

Llegó luego una vieja menuda y jorobada, de boca fenomenal que le llegaba de oreja a oreja; su quijada inferior se movía a uno y otro lado, y su abierta boca de pez miraba con curiosidad la puntiaguda nariz, que colgaba por encima del labio superior. No se veían sus ojos, apenas movía los pies, rascaba con el bastón en el suelo y hacía ruido con un lío que llevaba en la mano, y que evidentemente contenía sus herramientas. Yo creí que era la Muerte que venía en busca de mi abuela.

Me abalancé hacia ella y grité tan recio como pude:

-¡Largo de aquí!

El abuelo me cogió, sin decir palabra, por los fondillos del pantalón, y con muy pocas ceremonias, me mandó a la buhardilla.

Capitulo VI

En la primavera, mis dos tíos se establecieron por su cuenta. Jacobo se quedó en la ciudad y Mijailo puso una tintorería nueva en el arrabal, al otro lado del río. El abuelo compró una gran casa de alquiler en la calle del Campo, con una taberna en la recia planta baja, un cuartito, pequeño y cómodo, en el frontis, y un jardín que bajaba hasta un barranco. Abajo crecían tupidas mimbreras, de varas largas y peladas.

-Eh, qué magníficas varas -me dijo el abuelo, guiñando alegremente el ojo, cuando, al visitar la finca, recorrió conmigo los blandos caminitos del jardín, recién bañados de rocío-. Ahora pronto vas a empezar a leer, y entonces podremos usarlas.

La nueva casa estaba alquilada, y sólo en el piso superior se había reservado el abuelo un cuarto, que, al mismo tiempo, servía de cuarto de huéspedes, al paso que la abuela habitaba conmigo la habitacioncita del desván. La ventana de éste daba a la calle, y cuando me asomaba al alféizar veía cómo las noches o los días de fiesta salían los borrachos de la taberna, recorrían aullando la calle y acababan por caerse. A veces los tiraban delante de la puerta como sacos. Pugnaban por volver a entrar, y había alboroto y gritos; las bisagras de la puerta rodaban y crujían, y empezaba una trapatiesta general, que era muy divertido observar desde arriba. Mi abuelo se iba, desde la mañana temprano, a los talleres de los hijos, para ayudarles en la instalación, y no volvía hasta la noche, deprimido y rabioso.

La abuela lavaba o cosía, trabajaba en el jardín o en el huerto y daba vueltas todo el día, como una peonza gigantesca impulsada por una cuerda invisible; tomaba rapé y estornudaba, y decía, secándose las perlas de sudor del rostro:

-¡Por el bien de todas las gentes honradas, por todos los siglos de los siglos! Ahora, Alioscha, pichoncito mío, ahora sí que llevamos una vida hermosa y tranquila. ¡Loor y gracias a Ti, reina del cielo, por haberlo cambiado todo tan venturosamente!

Pero a mí no me parecía que nuestra vida fuese tan tranquila. Desde que amanecía hasta el anochecer corrían sin cesar por la casa y el patio las mujeres de los inquilinos. Además, acudían también diversas vecinas. Todas andaban atropelladamente, tenían prisa y, sin embargo, llegaban tarde; todas tenían sus manías especiales, proferían ayes y "ohes" y corrían en pos de la abuela: "¡Aquilina lvanovna!".

Y para todas tenia la misma sonrisa amable y las mismas dulces atenciones Aquilina Ivanovna, que, después de introducirse el rapé en la nariz con el pulgar y de limpiarse cuidadosamente pulgar y nariz con el pañuelo de cuadros rojos, daba sus consejos.

-Contra los piojos, hija mía, no hay nada mejor que bañarse a menudo y tomar vahos de menta piperita; si se meten debajo de la piel, se toma una cucharada grande de enjundia de ganso pura, una cucharada pequeña de sublimado y tres gotas de mercurio; se mezcla todo, agitándolo siete veces con un pedazo de tiesto de barro y ya está lista la pomada. Si se usa para mezclarla una cuchara de madera o de hueso, el mercurio se pierde, y la plata y el cobre no se deben emplear nunca, porque son demasiado peligrosos.

A veces, ponía cara pensativa y decía:

-No quisiera darle a usted ningún consejo, madrecita; más vale que vaya usted al monasterio de la cueva, al virtuoso ermitaño Asaf.

Prestaba servicios de comadrona; arreglaba disputas de familia; curaba a los niños; hacía que las mujeres de la casa se aprendieran de coro el "Sueño de la Madre de Dios", que diciéndolo traía la suerte, y daba toda clase de datos de economía casera:

-El pepino indica él sólo cuándo es tiempo de salarlo; hay que cogerlo tan pronto

como deja de oler a tierra y echar otros olores raros. El kvas debe agitarse de prisa para que se ponga agrio y se suba a la nariz; no le gusta el dulce, y por eso se le echa poco azúcar, a lo sumo la sexta parte de una onza por cada cincuenta litros. Las frutas se pueden poner en conserva de maneras muy distintas; hay un gusto de los países del Danubio, otro español y otro caucásico.

Yo pasaba con ella el día entero en el jardín y en el huerto; la acompañaba a casa de las vecinas, donde tomaba té y hablaba horas enteras sin cansarse, relatando todas las historias habidas y por haber; estaba como soldado a ella, y de este período de mi vida nada se me ha quedado tan vivo en el recuerdo como la imagen de aquella vieja afanosa, de inagotable bondad de corazón.

A veces, mi madre se presentaba por breve tiempo en casa; orgullosa y severa, como el sol de invierno, lo miraba todo con sus fríos ojos grises y en seguida desaparecía otra vez, sin dejar en mi recuerdo ninguna huella honda.

Una vez le pregunté a mi abuela¿

-¿Eres hechicera?

-¡Qué ocurrencias tienes, niño! -me dijo sonriendo, y añadió reflexivamente-: No, no; la hechicería es una ciencia muy difícil. Yo no sé ni siquiera leer... El abuelo sabe mucho de libros, pero a mí la Madre de Dios me ha negado ese saber.

Y luego descorrió ante mí otra punta del velo que envolvía su vida:

-También yo me crié huérfana, como tú; mi madre era una pobre sierva y, además, lisiada. Cuando aún era moza, su amo le dio una vez un susto terrible y de miedo saltó de noche por la ventana y se estropeó el hombro derecho de tal manera, que el brazo se le quedó paralizado. Era una encajera de primer orden, pero ya no podía valerse de ella su amo y por eso le dio la libertad: "Vete donde quieras -le dijo- y vive como quieras". Pero, ¿qué iba a hacer ella no pudiendo valerse del brazo derecho? Por eso no le quedó más remedio que echarse a pedir limosna. Antes, la gente era más rica y mejor que hoy. Los carpinteros de Balajna, por ejemplo, y las encajeras eran unas personas buenísimas. En otoño y en invierno mi madre y yo íbamos a pedir a la ciudad; pero tan pronto como el Arcángel Gabriel expulsaba con su espada el invierno, y la primavera tomaba posesión de la tierra, nos íbamos por el campo, adonde querían llevarnos los pies. Estuvimos en Murom, en Yuriev, en el Volga alto y en el tranquilo Oka. En primavera y verano es muy hermoso vagar así por el campo, que está entonces muy hermoso y la hierba parece aterciopelada; la Santísima Virgen salpica de flores los prados, y todo es serena alegría, y el corazón se ensancha de júbilo. Entonces, cuando mi madrecita cerraba sus ojos azules y entonaba una canción, todo en torno callaba y todos la escuchaban. Su voz no era fuerte, pero tenía un timbre muy agradable, y todos la oían gustosos. Era hermosísimo vivir así de las buenas dádivas de las almas cristianas. Pero cuando cumplí los nueve años, a mi madrecita no le pareció bien que yo anduviera por el mundo, pues lo consideraba vergonzoso, entonces se estableció en Balajna. Allí iba, de casa en casa, pidiendo limosna, y los domingos mendigaba en las puertas de las iglesias. Yo, mientras tanto, me quedaba en casa y aprendía a hacer encajes, y me esforzaba cuanto podía para ayudar lo más pronto posible a mi mamaíta. Muchas veces, lloraba cuando algo no me salía bien en seguida. Pero, al fin, cuando hubieron pasado así dos años, aprendí el oficio y llegué a hacerme famosa en la ciudad. Cuando alguien quería un trabajo fino, venía a nosotras: "Ea, Aquilina, pon los palillos en movimiento". Yo me sentía muy dichosa entonces y aquello era para mí un verdadero día de fiesta. Claro que no era yo la maestra, sino mi madrecita, que, aun no pudiendo trabajar con el brazo derecho, me lo enseñaba todo muy bien. Muchas veces, una persona que sabe enseñar así vale más que diez que hagan las cosas. Yo, no creas, era muy presumida, y le decía a mi madre:

Librodot

"Ahora ya no necesitas pedir limos
na, mamaíta, porque yo sola te mantendré". Y a esto me decía ella: "Bueno, hija mía; pero ten en cuenta que lo que ganes será tu dote". No tardó en presentarse tu abuelo, que era entonces un real mozo, de veintidós años nada más, y ya capataz de los sirgadores del Volga. Su madre me había echado el ojo, porque veía que yo era laboriosa, y como era hija de gente pobre pensó que sería una esposa obediente l para su hijo. Tenía una repostería y era muy mala ... Pero no debemos echar en cara la maldad a las personas, porque Dios ya ve que son malas y, sin duda, no las inspira Dios, sino el diablo.

Y prorrumpía en una risa cordial; su nariz temblaba de un modo muy cómico y sus perspicaces y claros ojos, que me miraban acariciándome, me decían más, mucho más, que todas sus palabras.

Recuerdo ahora una noche tranquila en que mi abuela y yo tomábamos el té en el cuarto del abuelo; éste, que se encontraba enfermo, estaba sentado en la cama, sin camisa y con un pañuelo grande echado sobre los hombros, con el cual se secaba cada dos minutos el abundante sudor y respiraba rápidamente y estertorando. Sus ojos, verdes, estaban turbios; tenía la cara hinchada y roja; las pequeñas y puntiagudas orejas le echaban fuego. La mano con que sujetaba la taza de té temblaba violentamente, y su humor era suave y apacible, no áspero, como de costumbre.

-¿Por qué no me das azúcar? -preguntaba a mi abuela, poniendo hocicos como un niño mal criado.

-Toma el té con miel, que es más sano para ti -respondía la abuela con afabilidad, pero resueltamente.

El, gimiendo y graznando, sorbía vivamente el té, que abrasaba, y decía:

-¡Cuida de que no me muera!

-No te apures, que tendré los ojos bien abiertos.

-Sí, sí. Si yo me muriera ahora, seria como si no hubiera vivido. Todo se perdería.

-No hables tanto; estate quietecito.

Permaneció un momento inmóvil con los ojos cerrados, sobándose la fina barba y chasgueando los oscuros labios; pero, súbitamente, prosiguió, como si le hubieran pinchado y como si hablara consigo mismo:

-Ex preciso que Yaska y Miska se vuelvan a casar cuanto antes. Acaso sienten cabeza con las nuevas mujeres y los nuevos chicos. ¿Qué te parece a ti?

Y se puso a contar las muchachas de la ciudad en que cabía pensar como nueras. La abuela callaba y tomaba una taza de té tras otra. Yo estaba en la ventana y veía cómo los arreboles de la tarde se expandían por el cielo y encendían los cristales de las ventanas de las casas de enfrente. Había cometido no sé qué fechoría y mi abuelo me habla prohibido que bajara al patio y al jardín.

En éste revoloteaban los abejorros, zumbando alrededor de los tilos; un tonelero manejaba el martillo en el cuarto de al lado, y, en las proximidades, un afilador daba vueltas a la piedra; detrás del jardín, en el barranco, alborotaban los niños jugando al escondite en la tupida maleza. Aquello me atraía con una fuerza irresistible, y la nostalgia del atardecer invadía mi corazón.

De pronto, el abuelo sacó, no sé de dónde, un libro nuevecito, le dio un golpe con la palma de la mano y me dijo jovialmente:

-¡Ea, condenado mozuelo, ven acá! ¡Siéntate aquí, cara de calmuco! ¿Ves esta figura? Se llama "a". Di tú: a, b, c; ¿qué letra es ésta?

-¿Esa? una "b".

Librodot

-Eso ex. ¿Y ésta?
-Una "c".
-Eso, ro. Es una "a". Sigamos: d, e, f. ¿Qué letra es ésta?
-Una "d".
-Bien. ¿Y ésta?
Una "f".
-Bien también. ¿Y ésta?
-Una "f".
La abuela, que se había alejado un momento, entró en el cuarto.
-Estate tranquilo, padre, no te esfuerces.
-Cállate. Precisamente, esto me distrae. Y a no ser por ello se me ocurrirían toda clase de tonterías. Sigue Alexei.
Puso en mi cuello su brazo, caliente y húmedo, y por encima de mi hombro iba señalando con el dedo las letras de la cartilla, que me sujetaba ante los ojos con la otra mano. Exhalaba un olor cálido de vinagre, sudor y cebollas asadas, que casi me quitaba el aliento. Con su voz bronca, chillando, me metía materialmente las letras en el oído:
-¡Cuidado: g, h, i!
Y así me hizo recorrer todo el alfabeto eslavo eclesiástico, preguntándomelo hacia adelante, hacia atrás y salteado, y materialmente me contagiaba su ardor febril, tacto que rompí a sudar y berreé a grito pelado. Esto le hizo gracia y le obligó a reírse hasta que le acometió la tos.
-Escucha, madre, cómo ruge -dijo, agarrándose el pecho-. ¿Por qué gritas así, tabardillo de Astracán?
-Usted también chilla -respondí yo audazmente.
Me daba gusto mirarlos a él y a mi abuela, que, apoyando la cara en las manos, estaba sentada a la mesa y dijo, riendo dulcemente
-No os pongáis nerviosos los dos.
Pero mi abuelo se explicó con toda amabilidad.
-Yo chillo porque estoy enfermo; pero tú no tienes motivo para ello hijo mío -dijo moviendo la sudorosa cabeza.
Además -continuó, dirigiéndose a la abuela-, la difunta Natalia se equivocaba al decir que tiene mala memoria ...
Tiene, a Dios gracias una memoria como un caballo ...
¡Ha a, sigamos, hermoso!
Finalmente me echó, por broma, de la cama a abajo.
-Basta por hoy, guarda el libro. Sí mañana me dices todo el abecedario sin ninguna falta, te regalaré medio rublo. Cuando yo extendía la mano hacía el libro, me atrajo de
nuevo hacía sí y me dijo tristemente:
-Tu madre te ha abandonado, pobre hijo mío.
-¿Qué cosas estás diciendo, padre? -exclamó la abuela, asustada.
-No lo había querido decir...; pero es que me duele mucho que esa chica se haya extraviado de ese modo.
Violentamente me apartó de sí.
-Anda, echa a correr un poco por ahí... pero sólo por el palio y por el jardín; no salgas a la calle.
Para mí no tenía ningún atractivo la calle, pero sí el jardín; en cuanto me presentaba allí, en la pequeña eminencia, empezaban los niños del barranco a tirarme piedras, y a mí me gustaba pagarles con la misma moneda.
-Ya está ahí el desgreñado -exclamaban al verme; y, al instante, se armaban-: ¡A él!

Yo no sabía qué era "desgreñado", y no me sentía ofendido por el mote. Pero me era grato defenderme contra tantos y ver cómo una piedra bien dirigida ponía en fuga al enemigo. Por lo demás, aquellas luchas se sostenían sin odio y casi siempre tenían un final amistoso.

No me costaba trabajo aprender. El abuelo me prestaba cada día más atención y cada día me pegaba menos, aunque, en mí propia opinión, yo merecía cada día más palos. Cuanto más crecido y más fuerte me iba volviendo con tanta más frecuencia contravenía los principios y mandatos de mi abuelo, y en lugar de pegarme por ello se contentaba con reñirme y, a lo sumo, fingir que me quería pegar.

Yo estaba convencido de que los palos que me había pegado antes eran inmerecidos, y una vez se lo dije en la cara.

De un golpecito en la barbilla me hizo levantar la cabeza y me dijo, guiñando el ojo:

-¿Quéeee?

Y con una risita añadió:

-¡Ah, pillastre! ¿Cómo te atreves a hablar de los azotes que has merecido? ¿Quién lo sabrá mejor que yo? ¡Ya te estás largando de aquí!

Pero, al mismo tiempo, me cogió por el hombro, me miró escrutadoramente a los ojos y me preguntó:

-Dime una cosa... ¿Es socarronería tuya o inocencia?

-No lo sé.

-¿Qué no lo sabes? Pues escucha lo que te digo: más vale que seas socarrón que inocente, pues la inocencia no es más que tontería, ¿comprendes? La oveja es inocente … Que no se te olvide. Y ahora vete a pasear.

Pronto pude deletrear en el salterio. Generalmente, nos dedicábamos a ello por las tardes, después del té, y todos los días tenía que leer un salmo entero. Esto no me resultaba muy divertido, pues no había que hablar de comprender lo que leía; por eso buscaba, por todos los medios posibles, librarme del salterio y hacer pasar a mí abuelo a otra cosa cualquiera.

-Abuelito -empecé a decir una vez que, sin oír mis ejercicios de lectura y absorbiéndose en sus pensamientos, dejaba vagar la vista con aspecto sombrío.

-¿Qué ocurre?

-Cuénteme usted alguna cosa.

-¡Hala, vago! ¡Lo que debes hacer es leer! -refunfuñó, frotándose los ojos como si despertara de un sueño-. Cuentos, sí que te gustan; pero lo que es el salterio... ¡Líbrenos Dios!

Yo tenía ya mis barruntos de que a él también le gustaban los cuentos más que el salterio y eso que se lo sabía casi de memoria, pues para cumplir un voto leía todas las noches, antes de acostarse, en voz alta, como el recitante de las iglesias, uno de los veinte capítulos del libro.

Tanto le rogué, que finalmente se ablandó y cedió a mis deseos.

-Por mí ... El salterio se quedará para siempre contigo, y a mí Dios no tardará en llamarme a juicio .. .

Se recostó en el viejo sillón, adornado de bordados en lana, y empezó, echando atrás la cabeza y mirando al techo, en voz baja y pensativa, a hablarme del tiempo en que vivía su padre; cómo habían ido una vez unos bandoleros a Belajna para robar a Sayev el comerciante, y cómo su padre subió a la torre de la campana y tocó a rebato, en vista de lo cual los ladrones lo cogieron, lo mataron a sablazos y lo arrojaron de la torre a abajo.

-Entonces no era yo más que un niño -me refirió- y no vi nada de ello, ni me puedo acordar de más detalles. Mis recuerdos llegan hasta los doce años, cuando vinieron los

franceses. Entonces llevaron a nuestra Balajna unos treinta prisioneros, desmedrados y flacuchos, vestidos de andrajos, más demacrados que mendigos, temblando de frío y con las extremidades congeladas, tanto que no podían tenerse en pie. Los aldeanos querían acabar de rematarlos, pero los que los escoltaban no lo permitieron, y echaron a los aldeanos a sus granjas. Más tarde se acostumbraron a los franceses, que son un pueblo decente y listo y, además, alegre y amigo de canciones. Da Nijni llegaron señores en coche de tres caballos: unos insultaban a los franceses, los amenazaban con el puño y hasta llegaban a pegarles, y, en cambio, los otros hablaban con ellos amistosamente en la lengua extranjera y les daban dinero y cosas de abrigo. Un caballero, muy viejo, se tapó la cara con las manos y lloró. -¡Oh, Dios! -decía-. ¡Cómo ha puesto a los franceses ese malvado de Bonaparte!". Aquél era un ruso, ¿compren

des?, y un señor al mismo tiempo... y sentía lástima de los pueblos extranjeros.

Luego calló un ratito, cerró los ojos, se alisó el pelo con las manos y prosiguió, evocando despacio los recuerdos:

-Es invierno. La tormenta de nieve barre las calles. La helada cruje en el tejado. Y ellos, los franceses, vienen corriendo delante de nuestra ventana, dan golpes en los cristales, saltan y gritan y piden tortas calientes... Mi madre hacía tortas, ¿sabes?, y las vendía. Mi madre no los dejó entrar en el cuarto, sino que les dio por la ventana las tortas acabadas de cocer. Las agarraron ávidamente y se las gua - daron debajo de la ropa, junto al corazón, para calentarse..., ¡tanto los hacía sufrir el frío! ... Porque procedían de un país caliente, no estaban acostumbrados al frío, y por eso se morían muchos. Nosotros alojamos a dos en el cuarto de baño, en la parte de atrás del jardín. Eran un oficial y Mirón, su asistente. El oficial era un hombre alto y flaco, sin más que la piel y los huesos; llevaba una guerrera que le llegaba hasta las rodillas. Era hombre muy afable y siempre dispuesto a beberse una copita. Mi madre hacía cerveza en casa, y el oficial solía comprar, bebía hasta hartarse y luego cantaba canciones alegres. Aprendió un par de palabras en ruso, y solía decir: "Vuestro país no blanco. Vuestro país negro y malo." Y tenía razón, pues por arriba nuestro país no es nada agradable, y sólo más abajo, en el Volga, es más caluroso, y detrás del mar Caspio parece que no hay nieve en absoluto. Esto es muy posible porque en el Evangelio, en las Actas de los Apóstoles y en el Libro de los Salmos, no se habla para nada de nieve, y los lugares en que vivió Jesús están en aquella dirección. Y a propósito: en cuanto terminemos con el salterio empezaremos a leer los Evangelios.

Volvió a callar como si se hubiera adormilado, reflexionó un poco, miró de soslayo por la ventana y me pareció pequeñísimo, ahilado, por decirlo así.

-Cuente usted, abuelito -le dije en voz baja, arrancándole a sus meditaciones.

-Sí, hablábamos de los franceses -continuó-. También ellos son hombres, y no son peores que nosotros, los pobres pecadores. Muchas veces llamaban a madre "Madame! Madame!", lo cual quería decir algo así como "señora mía." Y la "señora" era capaz de levantar un saco de harina de cinco arrobas. ¡Menuda fuerza tenía! No parecía una mujer. Hasta los veinte años me tiraba del pelo, y siempre con razón; pero a los veinte años yo me había hecho ya un robusto mozo. A Mirón, el asistente del oficial, le gustaban muchísimo los caballos; iba de patio en patio y pedía por señas que le dejasen almohazar los animales. Al principio, la gente tenía miedo de que les hiciera algo, porque, al fin y al cabo, era un enemigo; pero luego le llamaban todos: "¡Eh Mirón, ven a nuestra casa!". El sonreía, meneaba la cabeza e iba. Era pelirrojo, de nariz larga y labios abultados. Montaba muy bien, y hasta entendía algo de veterinaria. Más tarde se estableció aquí, en Nijni, como albéitar: pero se volvió loco y lo mató uno del puesto de bomberos. El oficial, conforme se acercaba la primavera, se fue poniendo cada vez peor, y murió tranquilamente el día de San Nicolás: estaba

Librodot

un día pensativo en la casa del baño, junto a la ventana, y de pronto alargó la cabeza y se murió. A m¡ me dio mucha pena, y hasta lloré por él. ¡Tenía un no sé qué tan dulce! ... Muchas veces me cogía la cabeza y me hablaba amablemente en su idioma... , y, aunque yo no le entendía, me daba gusto escucharle. El cariño es cosa que no se compra en el mercado. El había empezado a enseñarme su lengua, pero mi madre no quería consentirlo, y hasta me llevaba al pope, el cual mandaba que me diesen azotes y se quejaba precisamente del oficial. Sí, hijo mío; entonces vivíamos bajo una disciplina de hierro. Tú no has conocido ya eso, y otros se han llevado los golpes por ti ..., tenlo en cuenta. ¡Yo lo he conocido todo!

Anochecía. En el ocaso el abuelo me parecía crecer de un modo muy raro, y sus ojos relucían como los de un gato. De todo lo demás hablaba en voz baja, cuidadosamente, reflexivamente; pero, en cambio, de sí mismo hablaba con voz animada, rápida y fanfarrona. Esto no me agradaba, pero me desagradaban más aún sus interpolaciones: "Tenlo en cuenta", "Toma ejemplo". Muchas de las cosas que refería yo no las quería tener en cuenta, pero se me quedaban clavadas en la memoria como una astilla, que me producía dolor.

Nunca contaba cuentos, sino únicamente cosas que habían sucedido realmente. Yo había observado también que no le gustaba que le hicieran preguntas. Precisamente por eso le preguntaba yo:

-Y quiénes son mejores, ¿los franceses o los rusos?

-¡Hombre! ¿Quién es capaz de decirlo? Yo no he visto cómo viven los franceses en su casa -me decía refunfuñando.

Y añadía:

-Hasta la garduña es buena en su madriguera.

-Y los rusos..., ¿son buenos?

-Según como se mire. Cuando estaban aún sometidos a los señores eran mejores que ahora: un pueblo como forjado en hierro. Ahora todos viven en libertad, y no sirven para nada. No es que los señores fueran de singular clemencia con ellos, pero entonces había más juicio. Cuando un señor era de los buenos, estaba uno muy contento con él. Claro es que entre los señores había también algunos locos y malvados. Nosotros, los rusos, tenemos mucha cáscara. Cuando se la mira se piensa: "Ese es un hombre"; pero cuando se acerca uno no hay más que cáscara, sin almendra dentro, pues todo está podrido. Deberían enseñarnos a aguzar la inteligencia, pero no hay buenas piedras de afilar.

-¿Son fuertes los rusos?

-Muchos fuertes hay entre ellos, pero no es la fuerza lo que importa, sino la maña. Por muy fuerte que tú seas. .., el caballo siempre será más fuerte que tú.

-¿Y por qué nos hicieron la guerra los francesas?

--uso de hacer la guerra... es cosa de los zares.. Ahí se estrella nuestra comprensión.

A mi pregunta de quién había sido Bonaparte mi abuelo me dio una respuesta que se me quedó fijamente grabada en la memoria.

-Era un hombre audaz, que quería conquistar el mundo entero y luego quería que todos vivieran lo mismo, sin que hubiera señores, ni empleados, ni Estados diferentes. Sólo los nombres de las personas habían de ser distintos, pero los derechos tenían que ser iguales para todos, y lo mismo la fe. Esto era, naturalmente, una tontería. Sólo los cangrejos no se pueden diferenciar, pero hasta los peces son distintos unos de otros: la ballena y el lucio no son amigos, ni el arenque y el esturión pueden ser compañeros. Nosotros también hemos tenido Bonapartes de esos: Stepan Timofeievich Rasin y Yemelian Ivanov Pugachev. Ya te hablaré de ellos más adelante.

A veces me miraba largamente y en silencio, y sus ojos se redondeaban como si me

viese por primera vez. No me gustaba nada que me mirase de aquel modo escrutador. De mí padre y da mi madre no me hablaba nunca el abuelo.

No era raro que mi abuela estuviera presente en aquellas conversaciones. Sentábase muy quietecita en un rincón, permanecía largo rato callada e invisible y, al fin, preguntaba de pronto, con su voz tierna y seductora:

-¿Te acuerdas, padre, de lo hermoso que era cuando hicimos la peregrinación a Murom? ¿En qué año fue eso?

El abuelo meditaba un momento y por fin, respondía detalladamente:

-No te lo puedo decir con certeza, pero fue antes del cólera, el año en que persiguieron hasta los bosques a las gentes de Olonetz.

-¡Eso es! ¡Qué miedo les teníamos!

-Justo.

Yo pregunté quiénes eran las gentes de Olonetz y por qué se habían refugiado en los bosques.

-Las gentes de Olonetz -me contestó mi abuelo- eran unos simples aldeanos que se habían escapado de las fincas del patrimonio real, de las fábricas y del trabajo.

-¿Y por qué los perseguían?

-Como en un juego de chicos: unos corren y otros corren detrás de ellos para alcanzarlos. Al que lo cogen, le dan de latigazos o azotes; además, les cortaban las ventanillas de la nariz, y en la frente les ponían una marca con hierro al rojo para que se conociera en seguida que los habían castigado.

-¿Y por qué hacían eso?

-¿Por qué? Precisamente entonces estaban procesados .. . Esas son cosas que no están claras. No podemos distinguir

quién es el que no tiene razón: si el que huye o el otro, el que lo persigue.

-Y recuerda, padre -empezó a decir mi abuela-, que entonces, después del gran incendio...

Al abuelo le gustaba en todas las cosas la exactitud, por lo cual preguntó severamente:

-¿Qué gran incendio?

Cuando se sumían de esta manera en los recuerdos del pasado me olvidaban a mí por completo. Sus voces y sus palabras sonaban con un ritmo uniforme, casi como si cantaran una canción, una canción sombría y tétrica, de enfermedades, incendios, crímenes, casos de muerte repentina y taimadas picardías de mendigos idiotas y grandes señores perversos

-¡Lo que no habrá uno visto y pasado! -refunfuñó entre dientes el abuelo.

-¿Acaso nos ha ido mal? -preguntó su mujer-. Recuerda qué primavera tan hermosa pasamos cuando nació Varia.

-Eso fue el año de cuarenta y ocho cuando la campaña de Hungría. El padrino, Tijon, tuvo que salir al campo el mismo día del bautizo.

-¡Y allí murió! -exclamó la abuela suspirando.

-Y allí murió, sí. Desde aquel año cayeron sobre nosotros las bendiciones de Dios como la lluvia... ¡Ah! ¡Bárbara!...

-Deja eso, padre.

Mi abuelo puso cara sombría y colérica.

-¿Por qué lo he de dejar? Nuestros hijos son unos malaconsejados, por cualquier lado que los mires. ¿Por dónde se ha ido nuestra fuerza, nuestra savia? Creíamos los dos que guardábamos los ahorros en una cesta de corteza de abedul, y no era más que una mala criba lo que el Señor nos había puesto en la mano.

Dijo esto materialmente gritando, corrió por la estancia como si se hubiera quemado,

gruñó sobre los niños y amenazó a la abuela con un puño pequeño y delgado.

-¡Tú has hecho siempre la vista gorda y los has malcriado, bruja!

Con dolorosa excitación, casi llorando, se refugió en el rincón donde estaban colgados los ¡conos, y se dio recios golpes en el pecho, que resonaba como si fuese de tabla.

-¡Oh, Dios! ¿Es que soy yo un pecador más grande que ¡os otros? ¿Por qué me castigas de ese modo?

Temblaba de pies a cabeza, y a sus llorosos ojos asomaban en chispas el dolor y la ira.

La abuela permaneció sentada a oscuras, se santiguó en silencio y acabó por acercarse precavidamente a él y decirle con voz persuasiva:

-¡Vamos, vamos, no te pongas as¡! Dios sabe muy bien ¡o que hace. ¿Acaso tienen otros más suerte con sus hijos? En todas partes ocurre lo mismo, padre... Riñas, disputas y palos. Todos los padres y todas las madres tienen que expiar sus pecados.. lavándolos con lágrimas... No eres tú solo.

A veces las palabras de ella le calmaban y se tendía en la cama silencioso y cansado, mientras la abuela se subía conmigo, sin decir palabra, a la habitación de la buhardilla. Pero una vez, cuando ella se acercaba a él con palabras amables, el abuelo se volvió de pronto y le dio un recio puñetazo en la cara. La abuela retrocedió y estuvo a dos dedos de caerse. Luego se llevó la mano a los labios y, cuando se hubo repuesto, dijo en voz baja y con toda calma:

-¡Ah, majadero!

Y le escupió la sangre delante de los pies. Pero él dio dos gritos terribles y feroces y exclamó, alzando las dos manos:

-¡Vete, o te mato!

-¡Tonto! -repitió la abuela al salir por la puerta.

Su marido se abalanzó hacia ella, pero la anciana, sin apresurarse, cruzó el dintel y le dio con la puerta en las narices.

-¡Vieja bruja! -silbó el marido rojo de ira.

Se agarró a la jamba de la puerta y luego dio media vuelta arrastrando los pies.

Yo estaba sentado en el banco del hogar, más muerto que vivo, y no quería dar crédito a mis ojos. Por primera vez había pegado a mi abuela en mi presencia, y esto me causó una impresión hondísima y fea, mostrándome a mi abuelo en un aspecto nuevo con el cual yo no podía conformarme en modo alguno. Seguía arrimado a la puerta, erizado y pálido, como espolvoreado de ceniza. De repente se acercó al centro del cuarto y se arrodilló, pero cayó de bruces, hasta tocar el suelo con las manos. Se levantó en seguida, se golpeó el pecho con ambos puños y exclamó:

-¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

Me escurrí desde los azulejos del hogar a abajo, como si fueran de hielo resbaladizo, y corrí hacia la puerta. Arriba danzaba mi abuela en el cuarto y se enjuagaba la boca.

-¿Te duele? -le pregunté.

Se acercó a un rincón, echó el buche de agua del enjuague en una escupidera y me respondió con calma:

-No ha sido muy fuerte. Se me han quedado todos los dientes en su sitio. Sólo de los labios me sale la sangre.

-¿Por qué lo ha hecho?

Miró por la ventana a la calle y me dijo:

-Porque se enfada. Le duele mucho que en su vejez todo le salga mal. Pero acuéstate, en nombre de Dios, y no pienses más en eso.

Hice no sé qué otra pregunta, pero ella me chilló con una insólita severidad:

-¡Te he dicho que te acuestes! ¿Me has oído? ¡Chico mal mandado!

Se sentó a la ventana, chupándose los labios y escupiendo a menudo en el pañuelo. Yo la contemplaba mientras me iba desnudando. En el cuadrado azul de la ventana, sobre su negra cabeza, parpadeaban las estrellas. En la calle todo estaba en reposo. En el cuarto reinaba la oscuridad.

-Duerme tranquilo, que yo bajo con él. No me tengas tanta lástima. pichoncito mío. También yo tengo mi parte de culpa. Duérmete ya.

Me besó y salió. Me sentí acometido de una tristeza honda e infinita. Salté de la cama y corrí a la ventana, donde me quedé rígido, lleno de un dolor insoportable, contemplando la calle desierta.

Capitulo VII

Pronto me percaté de que mi abuelo no tenia el mismo dios que mi abuela. La diferencia se observaba muy a menudo.

Cuando mi abuela se despertaba, por la mañana temprano, se sentaba en la cama y empezaba a peinar larga y cuidadosamente su magnifico pelo, volviendo la cabeza a un lado y otro, arrancando mechones enteros de las largas y sedosas hebras negras, mientras apretaba los dientes y refunfuñaba en cuchicheos para no despertarme:

-¿Qué es esto? ¡A ver si es que me va a dar la plica polaca!

Cuando había alisado hasta cierto punto su cabellera con el peine empezaba a trenzarla en gruesas trenzas, se lavaba de prisa, resollando vivamente, y se arrodillaba ante los iconos, todavía con las arrugas del sueño y con el mal humor en la cara. Entonces empezaba la ablución espiritual de la mañana, la que le devolvía toda su frescura.

Alzando la encorvada espalda y echando atrás la cabeza, miraba con expresión religiosa y tierna la cara redonda de la Santa Madre de Dios de Kasan, se santiguaba fervorosamente y cuchicheaba, llena de humildad:

-¡Oh, bendita Madre de Dios: déjame, Madrecita, que en este día consiga tu gracia!

Luego, doblando lentamente la espalda, se humillaba y musitaba otra vez, más fervorosamente todavía y con mayor reverencia:

-¡Oh, fuente de alegría, corona de castidad, manzano florido!

Casi todas las mañanas encontraba nuevas palabras en loor y prez de la Madre de Dios, y esto me hacia escuchar siempre sus oraciones con la mayor atención.

-¡Oh, puro y celestial corazoncito! ¡Mi protectora y mi amparo, mi sol de oro, Madre de Dios!... ¡Guárdame de las tentaciones del Malo y concédeme que no haga mal a nadie y que nadie me lo haga a mí inútilmente!

Con una sonrisa en los oscuros ojos, rejuvenecida, por decirlo as¡, empezaba otra vez a santiguarse con lento movimiento de su gruesa mano.

-¡Oh, Jesucristo, Hijo de Dios, ten misericordia de mí, pobre pecadora, por amor de tu Madre!

Siempre eran sus rezos un elogio a Maria, un himno cordial y tierno en honor de la Virgen del Cíelo.

La oración de la mañana no duraba mucho. Era preciso preparar el samovar, porque el abuelo no tenía ya críados, y sí el té no estaba en la mesa a la hora señalada se ponía a regañar a conciencia.

Muchas veces se despertaba él antes que mí abuela, y entonces subía a nuestro cuarto de la buhardilla y escuchaba los apagados rezos de su mujer. Fruncía con desprecio los delgados y oscuros labios y al tomar el té refunfuñaba:

-¡Cuántas veces he querido meterte con embudo en la cabezota cómo se debe rezar, y tú sigues siempre con tus murmuraciones, hereje del diantre! ¡No sé cómo puede tolerarte eso Nuestro Señor!

-El me entiende -respondía la abuela con toda confianza-. El encuentra bien todo lo que se le dice.

-¡Ah, maldita Chuvaschina!

E¡ dios de mi abuela vivía en ella todo el día, pues hasta con los anímales hablaba de El. Para mí, era evidente que todo, hombres, perros, abejas, pájaros y hierbas, tenía que obedecer gustosa y fácilmente a aquel dios, que estaba igualmente cerca de todos los seres vivos de la tierra y para todos y para todo era igualmente bueno.

Un día la mal criada gata gris de la taberna, que era una ladrona taimada y golosa y favorita de todos los vecinos, se trajo un estornino del jardín. Mí abuela le quitó de la boca el angustiado pajarillo y soltó un sermón a aquella ladrona de ojos dorados:

-Pero, ¿es que no tienes temor de Dios, malvada?

La tabernera y el críado se rieron de estas palabras, pero la abuela les gritó muy enojada:

-¿Os figuráis que los anímales no conocen a Dios? Pues yo os digo que todas las criaturas le conocen lo mismo que vosotros, desalmados.

Cuando uncía al carro al gordo "Scharap", cuyos sentidos iban estando cada vez más turbios, hablaba con él:

-¿Por qué estás tan triste, siervo de Dios? Los dos nos hemos vuelto viejos, ¿verdad?

El caballo movía la cabeza como aprobando y suspiraba.

Sin embargo, mí abuela no tomaba en boca el nombre de Dios tantas veces como su marido. El Dios de ella era comprensible para mí y no me daba miedo. Me parecía vergonzoso mentir delante de El, y a la abuela no le mentí nunca. Era sencillamente imposible esconder nada de aquel Dios bueno, y yo ni siquiera experimentaba la tentación da hacerlo.

Cierto día la tabernera, en ocasión de una disputa con mí abuelo, había ofendido gravemente a su mujer, que no se metía en nada, y hasta le había tirado una zanahoría a la cabeza.

-Eso es una tontería, hijita mía -le dijo mí abuela con toda serenidad.

Pero yo sentí una ira tremenda hacia aquella mujer, y decidí vengar de ella a la anciana.

Largo tiempo estuve cavilando qué maldad podría hacerle a aquella mujerona gorda y pelirroja, de doble papada, cuyos ojos desaparecían por completo entre los pliegues de grasa de su rostro.

Yo había hecho mis observaciones acerca de las disputas de vecindad de la casa, y sabía cómo se ensañaban unos con otros. Se vengaban en los gatos del bando enemigo, cortándoles el rabo, o en los perros, envenenándolos; se mataban unos a otros las gallinas, se deslizaban en la cueva del contrario para echar petróleo en los toneles de pepinillos o de col ácida o para dejar correr el levas del barril. Pero nada de esto era de mí gusto, pues yo quería discurrir algo más horrible.

Finalmente, se me presentó la ocasión de poner en obra mi venganza. Estuve a la mira para cuando bajara la tabernera al sótano, y apenas estuvo abajo dejé caer la trampa sobre su cabeza, cerré y bailé encima un zapateado de venganza; luego tiré la llave de la cueva al tejado y corrí a escape a la cocina, donde la abuela estaba ante la

artesa de lavar. Llamóle la atención mí aíre de triunfo, y tuve que contarle lo sucedido. Cuando se enteró de la situación me zarandeó de firme, me llevó al patio y me mandó que buscara la llave en el tejado. Asombradísimo de su conducta, bajé la llave sin decir palabra y corrí al rincón más distante del patio, desde donde pude observar cómo libertaba mí abuela a la prisionera y cómo se iban las dos por el patio riendo animadamente.

-¡Espera, que ya te ajustaré yo las cuentas! -me dijo la tabernera, amenazándome con el redondo y carnoso puño.

Pero su cara risueña me reveló que no estaba enfadada conmigo.

En cambio, la abuela me cogió por el cuello y me llevó a la cocina.

-¿Por qué has hecho eso? -me preguntó.

-Porque te tiró la zanahoría.

-¿Por mí causa lo has hecho? ¡Espera, bribón, que te voy a tirar de las orejas hasta que te quedes sin ver y sin oír! ¡Habráse visto el vengador! ¡Sí se lo cuento a tu abuelo no vas a salir tan bien librado! ¡Anda arriba con el libro!

En todo el día no me dijo una palabra. Sólo por la noche, antes de arrodillarse para rezar, se sentó en la cama a mí lado y me dijo:

-Ten en cuenta una cosa, Aliocha, pichoncíto mío: no te metas nunca en las cosas de las personas mayores. Las personas mayores son seres corrompidos, a quienes Dios ha hecho caer en la tentación, pero a ti te ha librado de ella todavía. Vive, pues, en tu inocencia infantil. Espera a que Dios te toque el corazón, a que te enseñe cuál ha de ser tu misión en ¡a vida y te lleve por tu camino. ¿Has comprendido? Y si otro ha cometido una injusticia ..., a ti no te importa nada. Incumbe al Señor enderezar y castigar las cosas mal hechas. Le corresponde a El, y no a nosotros.

Calló, tomó un polvito y dijo, cerrando el ojo derecho:

-¿Y quién sabe? Acaso ni el mismo Señor pueda muchas veces saber a ciencia cierta de quién es la culpa.

-¿Pues no lo sabe Dios todo? -pregunté asombrado.

Y ella me respondió en voz baja y con tono afligido:

-Si lo supiera todo no harían los hombres muchas cosas. Cierto que nos mira desde el cielo a todos y que se preocupa por nosotros pero muchas veces rompe a llorar y sollozar diciendo: "¡Ah, hombres, mis amados hombres! ¿Por qué me causáis tanto dolor?".

Y rompió ella a llorar también y, sin secarse las mejillas, se fue al rincón a rezar.

En adelante su Dios estuvo más cerca de mí, me fue más comprensible que antes.

También mi abuelo me enseñaba y adoctrinaba sobe la esencia de Dios, a quien representaba como omnipresente y omnisciente. Según sus explicaciones, Dios lo veía todo y era para los hombres un bondadoso auxiliar en todas las cosas; pero él no rezaba como la abuela.

Antes de acercarse, por las mañanas, al rincón de los ¡conos se lavaba minuciosamente, se vestía con esmero y se peinaba el pelo rojo y la barbilla. Luego se miraba despacio al espejo, se arreglaba la camisa, se ponía la negra corbata bajo el chaleco y, cuidadosamente, como si resbalara, se acercaba a los ¡conos. Se plantaba siempre en el mismo nudo de la madera del suelo, que parecía enteramente un ojo de caballo, y se estaba un buen rato callado, con la cabeza baja y los brazos caídos junto al cuerpo. Recto y delgado como un clavo, decía luego lleno de devoción:

-En el nombre del Padre, de¡ Hijo y del Espíritu Santo.

Yo tenía la sensación de que, después de aquellas palabras, reinaba una palma especial en la casa... Hasta las moscas parecían zumbar más bajito.

Erguida la cabeza al techo, se estaba mi abuelo delante de los iconos. Las cejas se

Librodot

le arqueaban y erizaban, la barbilla de rojo dorado se le ponía casi horizontal. Con voz resuelta y firme, como si dijera una lección, rezaba sus oraciones. Su voz sonaba clara, casi provocativa.

-Y vendrá el Juez y serán patentes las acciones de cada cual.

Sin prisa, se golpeaba el pecho pon el puño y rezaba con énfasis:

-He pecado contra ti, ¡oh, Señor!... ¡Aparta tu rostro de mis pulpas!

Luego decía el Credo, espandiendo materialmente las palabras. Su pierna derecha se contraía corro si llevara sin ruido el compás de la oración. Se estiraba hacia los iconos, -recia y se adelgazaba y demacraba más todavía, y se me aparecía tan puro y tan presumido...

-Doctora celestial, cura las inveteradas pasiones de mi alma. Los suspiros de mi corazón te ofrezco constantemente... ¡Apiádate. Madre amorosa!

Y, pon lágrimas en los ojos, decía en voz alta:

-Ten en cuenta mi fe, y no mis obras, Señor ... No me tomes en cuenta mis malas acciones...

Luego se santiguaba a menudo, espasmódicamente, inclinando la cabeza como para embestir, y en su voz se advertía algo chillón, sollozante. Más tarde vi en las sinagogas rezar de una manera parecida.

El samovar estaba ya hacía rato hirviendo sobre la mesa. Por la puerta penetraba el aroma de las tortas de queso calientes, y yo sentía hambre. La abuela se apoyaba gruñona en el marco de la puerta y suspiraba con la vista clavada en el suelo. Por la ventana penetraban desde el jardín los rayos de un sol sin nubes. En los árboles brillaban las gotas de rocío, y el aire de la mañana olía a especias, a perifollo, a grosellas y manzanas que maduraban. Pero el abuelo seguía y seguía rezando, moviéndose de un lado a otro y gimiendo:

-¡Apaga las llamas de mis pasiones, pues soy un miserable y un poseído!

Yo sé de memoría todas las oraciones de la mañana y de la tarde y presto atención por ver si el abuelo se equivoca o, por la menos, se come una palabra. Pero esto ocurría rarísimas veces, y entonces experimentaba yo la sensación de la alegría del mal.

Cuando, por fin, acababa el abuelo sus rezos, nos dirigía, a mí y a la abuela, el saludo matinal.

-Hoy te has comido una palabra -le decía yo.

-¿De veras? -me preguntaba él, a un tiempo incrédulo y preocupado.

-Sí, de veras. Tienes que decir: "Ten en cuenta mi fe, y no mis obras" y te has comido la fe.

-¡Ya ves tú! -me decía confuso y guiñando el ojo como un culpable.

Yo sabía que cuando pudiera se vengaría de mi indiscreta observación, pero por el momento gozaba de mi triunfo Y me regocijaba pon su confusión.

Un día dijo la abuela en chanza:

-A Dios deben de aburrirle mucho tus oraciones, padre... Siempre dices lo mismo.

-¿Quéee? -exclamó él con tono amenazador-. ¿Qué estas charlando ahí?

-Digo que no le regalas nunca a Dios pon una palabrita de tu propio corazón. Por lo menos, no te he oído nunca ninguna.

Rojo como un pavo y temblando de pies a cabeza, se levantó el abuelo de la silla, cogió un platillo y se lo tiró a la cabeza a su mujer, chillando como una sierra que tropieza con un nudo:

-¡Largo de ahí, bruja del demonio

Cuando me hablaba del invencible poder de Dios insistía, sobre todo, en su severidad. Por sus pecados había derramado sobre los hombres el diluvió, por sus

pecados hablan ardido y se habían destruido sus ciudades, el Señor les mandaba hambres y epidemias y siempre estaba levantada sobre la tierra la espada castigadora, la férula de los pecadores.

-El que infringe temeraríamente los mandamientos de Dios se ve castigado por los tormentos y la perdición -trataba de imbuirme, dando en la mesa con los nudillos de los delgados dedos.

A mí me resultaba difícil creer en la dura crueldad de Dios. Sospechaba, por el contrario, que mi abuelo discurría todo aquello, no para que yo amara a Dios, sino para que le temiera a él. Y le preguntaba abiertamente:

-¿Me dices eso para que te obedezca?

Y él me respondía con la misma franqueza:

-¡Claro que sí! ¡Atrévete a desobedecer!

-Pues la abuela habla de Dios de modo muy distinto.

-No creas a esa vieja -me decía severamente-. Tu abuela es tonta de nacimiento. No sabe leer ni tiene nada dentro de la cabeza. Le tengo que prohibir que hable contigo de esas cosas sublimes. Respóndeme: ¿Qué papel tienen los arcángeles en el trono de Dios?

Yo contestaba lo que él me había enseñado, y preguntaba a mi vez:

-¿Qué son empleados?

-¡Anda, que te coman los ratones! -me respondía él, risueño y mirando de intento a un lado. Pero luego me explicaba, mordiéndose los labios-: Los empleados no tienen nada que ver con Dios. Un empleado es un devorador de leyes.

-¿Leyes? ¿Qué es eso?

-¿Que qué son leyes? Pues leyes son... son... costumbres -me respondía el viejo, animándose y echando chispas por los punzantes y astutos ojos-. Los hombres viven juntos y se ponen de acuerdo para decir: 'Esto es lo mejor; vamos a hacerlo costumbre, regla, ley. Lo mismo que cuando los niños os ponéis de acuerdo en el juego y convenís a qué queréis jugar, en qué orden y con qué condiciones. Ese acuerdo es precisamente una ley.

-¿Y los empleados?

-¿Los empleados? Son unos forajidos que vienen y que, infringen las leyes.

-¿Y por qué lo hacen?

-Eso, ya no lo puedes comprender tú -me dilo, volviendo a arrugar la frente con severidad; y prosiguió en tono doctrinal-: Todos los asuntos de los hombres los goblerna Dios. Los hombres quieren una cosa, pero El quiere

otra. Mas todo lo humano es débil y perecedero. pues en cuanto el Señor sopla se vuelva polvo y ceniza.

Pero yo tenía mis razones para interesarme por los empleados, y seguía con mis preguntas:

-Pues tío Jacobo canta siempre:

Los angelitos del cielo
son de Dios gloria y consuelo.
En cambio, los empleados
son de Satanás criados.

Mi abuelo se subió la barba para arriba con la palma de la mano, la cogió con la boca y cerró los ojos. Sus mejillas temblaban, y comprendí que se reía por dentro.

-Os deberían atar codo con codo y tiraras al agua! -dijo-, ¡A ti lo mismo que a

Yaska! El no debería cantar esas canciones y tú no deberías oírlas. Son canciones festivas, inventadas por los herejes de la antigua fe.

Y dirigiéndome la vista y apartándola en seguida, añadió en voz baja y lentamente:

-¡Ah, mal rayo!...

Mas aunque ponía a Dios muy alto y muy amenazador sobre los mortales, le hacía intervenir en todos sus asuntos, lo mismo que la abuela, y no sólo a Dios, sino a las innumerables legiones de sus santos. La abuela parecía no conocer en absoluto más santos que San Nicolás, San Yurii, San Frol y San Lavr, que, según su idea, eran todos igualmente buenos y muy amigos de los hombres. Recorrían aldeas y ciudades, se inmiscuían en los asuntos de los mortales y tenían en general todas las propiedad humanas. En cambio, los santos de mi abuelo eran casi todos mártires. Destrozaban ídolos y disputaban con los emperadores romanos, y por ello los atormentaban, ¡os quemaban o los hacían morir de cualquier otro modo.

A veces, el abuelo empezaba a perderse en fantasías:

-Si Dios quisiera favorecerme y pudiera vender esta casa con... pongamos quinientos rublos de ganancia, mandaría decir una misa en honor de San Nicolás.

-¡Como si San Nicolás le fuera a vender las casas a ese viejo chocho! -me decía burlonamente la abuela-. ¡Como si el padrecito San Nicolás no tuviera nada más ni mejor que hacer en el mundo!

He conservado mucho tiempo el calendario eclesiástico de mi abuelo, con una serie de notas estampadas de su mano. Junto a los nombres de San Joaquín y Santa Ana se veían, por ejemplo, escritas en letra vertical, con tinta de color pardo rojizo, estas palabras: "Estos dos santos me sacaron de un grave apuro."

Yo sé cuál fue aquel grave apuró. En su preocupación por el blenestar de sus mal aconsejados hijos, el abuelo se había dedicado a negocios de usura y prestaba dinero en secretó sobre prendas. Alguien hubo de denunciarlo, y una noche se presentó en su casa la policía a nacer un registro domiciliario. Grandes fueron sus temores y su inquietud, pero finalmente todo acabó con bien; el abuelo estuvo rezando hasta la salida del sol, y por la mañana, antes del té. escribió en mí presencia.. en el calendario. las palabras que he transcrito.

Antes de la cena solía leer conmigo en el salterio, en el vibro de rezos de la iglesia, o en el libro difícilmente comprensible del Yefrem Sirin; después de la cena volvía a rezar, y en el silencio de la noche reposaban largamente sus afligidas palabras de arrepentimiento:

-¿Qué te ofreceré o qué te sacrificaré, inmortal y opulento Señor? Protégeme, ¡oh, Señor!, de toda mala tentación. Protégeme, ¡oh, Señor!, contra ciertos hombres. Dame las lágrimas del arrepentimiento y una buena muerte.

Mi abuelo me llevaba con regularidad a la iglesia, los sábados iba con él a las funciones de la tarde y el domingo a la misa mayor. Hice la observación de que las funciones de iglesia se desarrollaban de dos maneras; todo lo que decían el cura y el sacristán era para el Dios de mí abuelo, y en cambio los himnos de los cantores estaban destinados al de mi abuela.

Claro es que sólo puedo describir aquí superficialmente r ea diferenciación pueril que yo establecía entonces entra ,ambos diosas, pero recuerdo muy bien que provocó en m; cima un doloroso conflicto. El Dios de mi abuelo no despertaba en mí más que miedo y aversión; no quería a nadie. todo lo observaba con ojos severos, buscaba y vean en el hombre principalmente lo imperfecto, lo malo, lo pecaminoso. Era evidente que no se fiaba de los hombres, que esperaba siempre de ellos arrepentimiento y expiación y que gozaba en castigarlos.

Por aquellos días, las ideas y sentimientos que se referían a Dios eran el principal

manjar de mi espíritu y lo mejor y más bello que encerraba para mi la vida. Todas las demás impresiones me herían sólo por su crueldad y abominación y despertaban en mí odio y repugnancia. Lo mejor, lo más bello y luminoso de cuanto me rodeaba era Dios: aquel Dios de mí abuela, tan afable amigo de todos los vivientes. Y corno consecuencia natural debía también inquietarme la pregunta de por qué no podía ver mi abuelo a aquel Dios bondadoso.

No me dejaban salir a la calle porque me excitaba demasiado. Estaba, por decirlo así, emborrachado por las impresiones de ellos, y casi siempre sobrevenían disputas y golpes que me achacaban. Amigos no tenía, pues los niños de los vecinos se me mostraban hostiles; no me gustaba que me llamaran Kachirin, y como ellos lo observaran, siempre empezaban por exclamar:

-¡Mirad, ah¡ viene el nieto de Kachirin, del viejo avaro!

-¡A él! ¡Vamos a pegarle!

Y ya estaba la reyerta armada.

Yo era más fuerte de lo que correspondía a mis años, y ademas mañoso en la lucha, así lo concedían mis mismos enemigos, que siempre me atacaban en tropel. Pero finalmente la calle conseguía la victoría sobre mí, y yo volvía a casa generalmente con la ropa desgarrada, sucia y llena de polvo, manando sangre por la nariz, con los labios hinchados y con chichones en la cara.

La abuela me recibía muy asustada y con lamentos:

-¡Ven acá, bribón!... ¿Ya te has vuelto a pelear? ¿Qué va a ser esto? ¡Espera, que el día que yo me harte vas a saber cuántas son cinco!

Me lavaba la cara, refrescaba los chichones aplicándolas monedas de. cobre o fomentos de agua de vegeto, y me decía:

-¿Por qué has de andar siempre a puñetazos? ¡En casa eres tan pacifico, y en la calle no hay quién te conozca! ¿No te da vergüenza? Se lo diré al abuelo para que no te deja salir.

Mi abuelo veía los chichones de mi cara, pero no me reñía nunca, sino que refunfuñaba:

-¡Vaya! ¿Otra vez con medallas? A ver cómo no me vuelves a salir a la calle, valiente Macabeo... ¿Comprendido?

Cuando en la calle reinaba la tranquilidad, no me atraía en absoluto; pero en cuanto escuchaba en ella bullicio alegre de niños, salía por el patio, a despecho de todas las prohibiciones de mi abuelo. Los chichones y los arañazos me tenían sin cuidado, pero en cambio me sublevaban las brutalidades que veía en la calle durante los juegos. Me repugnaba que los niños se divirtieran azuzando perros o gallos, atormentando gatos, dando caza a las cabras de los judíos, burlándose de los pordioseros borrachos o jugando malas partidas a Igoscha, que era un pobre mentecato.

Igoscha era un hombre flaco y larguirucho, que parecía enteramente como si acabara de salir de la chimenea. Llevaba una gruesa pelliza, tenía el cabello aborrascado y una cara nudosa como cubierta de hollín. Iba encorvado y andaba maneando de un modo singular; cuando se le veía venir por la calle iba siempre mirando al suelo sin hablar palabra. Su rostro duro, de ojuelos melancólicos, me infundía una especie de medrosa veneración, pues yo me figuraba que aquel hombre se dedicaba a cosas serias, que buscaba algo y que no se le debían poner trabas en su busca.

Los niños corrían detrás de él y le tiraban piedras a la encorvada espalda. El se estaba mucho rato sin parecer percatarse ni sentir el dolor que le producían. Pero luego se quedaba parado, echaba atrás la cabeza, cubierta por la gorra de pelo, se enderezaba ésta con un movimiento espasmódico de la mano, y miraba en torno como si acabase de despertar.

Librodot

-¡Igoscha, muerte en el bolsillo! Igoscha, ¿a dónde vas? ¡Mira, la muerte está en tu bolsillo! -exclamaban los niños.

El infeliz se llevaba la mano al bolsillo, inclinándose de pronto, cogía del suelo una piedra, un pedazo de madera o una boñiga seca, la lanzaba torpemente estirando el largo brazo, y musitaba un insulto. Nunca usaba más que tres denuestros vulgares, y en este terreno le llevaban los niños gran superioridad. A veces, los perseguía renqueando; pero la larga pelliza le impedía correr y caía de rodillas, apoyándose en el suelo con las manos negras, que parecían sarmientos secos. Entonces, los chiquillos lo apedreaban por detrás y por tos lados, y los más audaces corrían a su lado, le echaban en la cabeza un puñado de polvo y se alejaban a la carrera.

Otra impresión, acaso más torturadora, de la calle era para mí el ver mendigar al capataz Grigorii Ivanovich, que estaba completamente ciego e iba de casa en casa. Su alta figura atravesaba, majestuosa y en silencio, conducida del brazo por una mujer pequeña y vieja que se quedaba parada delante de las ventanas y, mirando de soslayo, mendigaba con tonos prolongados y gemebundos:

-¡Una limosna para un pobre ciego, por amor de Dios!

Grigorii Ivanovich permanecía callado. Sus gafas negras se enfilaban recta a la fachada, a la ventana, a las caras de los transeúntes; la mano, toda teñida de rojo, se acariciaba la ancha barba, y los labios permanecían cerrados. Yo le veía muy a menudo, pero nunca salía un sonido de la enmudecida boca, ye] silencio del anciano tenía para mí algo de opresión atormentada. No me decidía a salir a su encuentro, y no bien le veía, corría a casa y decía a mi abuela:

-Grigorii está pidiendo por la calle.

-¿De veras? -exclamaba ella, inquieta y llena de compasión-. Anda, toma esto, corre y dáselo.

Yo me negaba bruscamente y haciendo un visaje a llevarle una limosna. Entonces la misma abuela salía a la puerta y, parada en la acera, hablaba largo rato con él. Grigorii sonreía y movía la barba, pero hablaba muy poco.

En ocasiones, la abuela le mandaba pasar a la cocina, le obsequiaba con té y le daba de comer. Una vez, preguntó por mí. La abuela me llamó, pero corrí a esconderme detrás del montón de leña. Me era imposible acercarme a él, pues me daba muchísima vergüenza, y sabía que también mi abuela se avergonzaba. Sólo una vez hablé con ella de Grigorii; la anciana le había acompañado a la portalada del patio y luego volvió a entrar llorosa y cabizbaja. Yo le salí al encuentro y le cogí la mano.

-¿Por qué te escapas corriendo de él? -me preguntó en voz queda-. Te quiere mucho y es muy buen hombre.

-¿Por qué no lo mantiene el abuelo? -pregunté yo.

-¿El abuelo?

Se quedó parada, me estrechó contra su pecho y dijo casi susurrando, con tono profético:

-Fíjate en mis palabras: ¡El Señor nos ha de castigar gravemente por ese hombre! ¡Nos castigará, nos castigará!

No se engañaba. Diez años más tarde, cuando ya mi abuela reposaba para siempre, su marido iba como un mendigo loco por las calles y con lastimera voz imploraba debajo de las ventanas:

-¡Mis buenos cocineros, dadme un pedacito de pastel, por favor! ¡Ah, mal rayo ...!

Esto era todo lo que quedaba de su pasado, la exclamación amarga, prolongada, que estremecía el alma: "¡Ah, mal rayo ...!".

Además de Igoscha y de Grigorii lvanovich, la desastrada Voroniya me hacía huir de la calle con su aspecto repelente. Dejábase ver, sobre todo, los días de fiesta. De

sorprendente estatura, desgreñada y borracha, se acercaba con su rarísimo modo de andar, como si no moviera las piernas ni tocara la tierra, sino que avanzara como una nube, y con voz recia cantaba canciones obscenas. Todos los que la encontraban la esquivaban escondiéndose en los portales, detrás de las esquinas y en las tiendas; parecía enteramente que despejaba las calles. Tenía la cara casi azul, hinchada como una vejiga, y sus grandes ojos grises, saltones y burlones, asomaban de un modo espantoso. A veces, lloraba y gemía también:

-Hijitos de mi alma, ¿dónde estáis?

Yo le preguntaba a la abuela qué significaba aquello.

-No necesitas saberlo -me respondía ella con tono gruñón; pero, a pesar de ello, me contaba en breves palabras la historia de aquella mujer. Había estado casada con un tal Voronov, un empleado que la había vendido a uno de sus superiores para alcanzar un puesto de más categoría. El otro se había escapado con ella, y la tuvo dos años lejos de su casa. Cuando volvió, sus dos hijos, niño y niña, habían muerto, y su marido estaba en la cárcel porque se había jugado unos dineros del Estado. De pura desesperación la mujer se dio a la bebida y a la crápula, y todos los domingos por la noche tenía que detenerla la policía.

No, en casa se estaba mejor que en la calle. Sobre todo, las horas después de la comida, cuando mi abuelo se iba al taller del tío Jacobo y mi abuela, sentada a la ventana, me contaba cuentos e historías y me hablaba de mi padre, eran deliciosas.

Al estornino que había salvado de la gata de la tabernera le había cortado las quebradas alas, y en lugar de una pata mordida le había puesto diestramente un pedacito de palo. Cuando el pajarillo hubo curado, mi abuela se puso a amaestrarlo. Se pasaba una hora entera delante de la jaula del negro y dócil discípulo, y le decía con su voz gruesa:

-Ahora, vamos a ver: "Monín quiere pan."

El pajarillo la miraba con sus ojos vivos y redondos de humorista, daba con la patita de palo en el delgado suelo de la jaula, estiraba el cuello y silbaba como una oropéndola, imitaba al carpintero y al cuclillo, intentaba maullar como un gato y ladrar como un perro; pero la voz humana no le salía.

-No me vengas con tus tonterías -le decía muy seriamente la abuela-. Di: "Monín quiere pan."

Y el negro miquillo con plumas lanzaba un grito ensordecedor que tenía cierto parecido lejano con las palabras de la abuela, y la anciana se reía con toda la cara, le daba a comer con los dedos granos de mijo, y decía:

-Ya te conozco, bribón. No haces más que escurrir el bulto. Porque, en realidad, tú lo sabes decir todo.

Y en efecto, consiguió hacer decir al estornino una frasecilla; al cabo de algún tiempo no sólo pedía pan, sino que exclamaba en cuanto veía a la abuela:

-Buenos días, abuela.

Al principio, estaba colgado en el cuarto del abuelo, pero éste no tardó en desterrarlo a la buhardilla con nosotros, porque el estornino se había permitido burlarse de él; cuando el viejo rezaba sus oraciones, el pajarillo sacaba por entre !os alambres de la jaula su piquito de color amarillo de cera y silbaba a su modo peculiar:

-¡Tiu, tiu, tiuirr, tuirr, tiu-u-u!

El abuelo sentíase ofendido con esta conducta del pájaro; un día, se paró en medio de sus rezos, dio una patada en el suelo y exclamó furioso:

-¡Llevaos a ese Satanás, o lo mato!

En aquella casa había muchas cosas interesantes y divertidas; pero a veces me asaltaba una tristeza honda, como si algo opresor y pesadísimo llenara mi interior;

Librodot

como si me hallara tendido en una tumba honda y oscura y se me -hubiera olvidado el oír, el ver y el sentir y estuviera ya medio muerto.

Capítulo VIII

Contra lo que esperaba mi abuelo, no tardó en vender su casa al tabernero, y compró en subasta otra casa en la calle de los Veleros, que entonces estaba aún sin empedrar y cubierta de hierba. Era una casa tranquila y limpia, que terminaba en el campo libre, y en la que se alineaban unas casitas de distintos colores.

La nueva vivienda era más hermosa y más cómoda que la otra. Tenía la fachada pintada de un rojo de carmín cálido y tranquilo, del cual resaltaban por su claridad los marcos azules de las tres ventanas y las rejas de la del frontis. Por el lado izquierdo, el tejado estaba sombreado amablemente de tilos y olmos de frondosas ramas. En el patio y en el jardín había bastantes rincones amenos, muy a propósito para jugar al escondite. Sobre todo, me agradaba el jardín. pequeño, pero de frondosa y tupida verdura. En un extremo se alzaba una caseta de baño, tan chica que parecía hecha de una caja de juguete. En el otro había un hoyo grande y bastante hondo, cubierto de hierbas esteparias, por las cuales asomaban todavía las gruesas vigas carbonizadas de la antigua casa de baño que se había quemado. A la izquierda, el jardín lindaba con las caballerizas del coronel Ovsianikov, y a la derecha, con los edificios de la posesión de Betleng; por la parte de atrás limitaba con la finca de la lechera Petrovna, mujer gorda, de rojas mejillas y estrepitosa, que tenía gran semejanza con la campana de una iglesia. Su casita destartalada, oscura y hundida en la tierra, cubierta de verde tejado de musgo, miraba bondadosamente con sus dos ventanas al campo lleno de hondonadas y cerrado a lo lejos por bosques de tinte azul. Todo el día entraban y salían por aquella puerta soldados, y los rayos oblicuos del sol de otoño se reflejaban en sus brillantes bayonetas.

La casa estaba habitada por infinidad de personas. En el cuarto delantero vivía un oficial, tártaro de origen, con su mujer, menuda y regordeta. Desde la mañana hasta la noche se le oía charlar y reír, y, a veces, por varíar, se agarraba a una guitarra muy adornada y cantaba toda clase de canciones picarescas del tenor de la siguiente:

Si una mujer no te quiere,
agárrate a otra mujer,
que de fijo hallarás una
si la sabes buscar bien;
una que por ti se muere
y que te espera tal vez.

El obeso tártaro, sentado a la ventana, hinchadas sus mejillas azules, hacía girar los vivos ojos de color pardo rojizo, chupaba sin cesar su pipa, tosía y profería una risa singular que sonaba casi como un ladrido de un perro. En un tendejón, sobre la cueva y las caballerizas, se alojaban dos carreteros, el pequeño y canoso tío Pedro y su

sobrino Stepa, chico sordomudo, de cara lisa y plana, que recordaba una plancha de cobre. También moraba allí el gruñón y larguirucho tártaro Vale¡, el asistente del oficial. Todos aquellos personajes eran para mí nuevos en su género y me ofrecían ancho campo de observaciones.

Pero el que más me interesaba era nuestro pupilo "Linda Cosa". Tenía en la mitad trasera de la casa un cuarto situado junto a la cocina, una de cuyas dos ventanas daba al jardín y otra al patio. Era un individuo flaco, de cuerpo encorvado, de cara pálida, casi blanca, barba partida negra y corta y ojos bondadosos protegidos por gafas. Era taciturno, se cuidaba poco de sí mismo, y siempre que le Ilamaban a comer o para el té exclamaba: "¡Ah, linda cosa!". De ahí le había venido el apodo que le puso mi abuela, y por el cual solía llamarle a él mismo.

"Anda, Lioñka, ve y llama a 'Linda Cosa' para el té."

"Diga usted, 'Linda Cosa', ¿por qué come usted tan poco?"

Su cuarto estaba atestado de cajas y cajones de toda especie y de gruesos libros escritos en letra de imprenta corriente, y que yo, que sólo conocía la escritura eslava eclesiástica, no acertaba a leer. Por todas partes había botellas con líquidos de diferentes colores, pedazos de cobre, hierro y lingotes de plomo. Todo el santo día andaba el hombre con una chaqueta de cuero de color gris rojizo y pantalones grises de cuadros, todo manchado de colores, exhalando mal olor, desmelenado y torpe; ponía plomo a derretir, soldaba trozos de metales, pesaba cosas en una balanza muy pequeña, refunfuñando, se quemaba los dedos y se los soplaba con temor, se acercaba a tropezones a ciertos planos de la pared, se limpiaba las gafas y empañaba los pianos al tocarlos casi con la nariz delgada, recta y de sorprendente blancura. A veces, se quedaba parado en medio del cuarto o junto a la ventana, y permanecía allí largo rato con los ojos cerrados y la cara vuelta hacia el techo, inmóvil y sin habla.

Yo me encaramaba al tejado de la leñera y le observaba por la ventana abierta. Veía la llama azul de la lamparilla de alcohol sobre la mesa y. su cuerpo oscuro cuando estaba escribiendo algo en su viejo cuaderno; y entonces sus gafas brillaban con un fulgor frío y azulado, como pedacitos de hierro. Durante horas me tenía sujeto al tejado la conducta de aquel archibrujo, que espoleaba mi curiosidad hasta la tortura.

A veces, se plantaba en la ventana como en un marco, con las manos a la espalda y los ojos fijos en el tejado. Pero no parecía verme, y esto me mortificaba. De pronto, daba un salto hacia la mesa, se inclinaba mucho y empezaba a manipular sobre ella.

Acaso le habría tenido miedo si hubiera ido mejor trajeado, pero yo veía que era pobre: bajo el cuello de su chaqueta de cuero se veía el de la camisa, sucio y arrugado; sus pantalones estaban llenos de lamparones y remiendos, y llevaba los desnudos pies metidos en unas zapatillas muy ajadas. A los pobres no hay que tenerles miedo porque no son peligrosos ... Yo tenía que sacar forzosamente esta consecuencia al ver que mi abuela le trataba con infinita compasión y mi abuelo con el más profundo desprecio.

Nadie de la casa podía sufrir a "Linda Cosa", y todos hablaban de él con sonrisas burlonas. La vivaracha mujer del oficial no le llamaba nunca más que "Nariz de creta"; para el tío Pedro, el carretero, era el boticario y archibrujo, y para mi abuelo, el nigromante, el francmasón.

-Pero ¿qué es lo que hace? -preguntaba yo a la abuela.

-Eso no te importa -me respondía ella severamente-, No te metas en sus cosas, ¿comprendes?

Pero un día hice acopio de valor, me acerqué a su ventana y le pregunté, dominando a duras penas mi excitación:

-¿Qué haces ahí?

Se quedó parado, me miró un buen rato por encima de las gafas, me alargó la mano

Librodot

llena de quemaduras y de cicatrices y me dijo:

-Sube aquí.

La circunstancia de que me mandara entrar en su cuarto no por la puerta, sino por la ventana, le elevó considerablemente de categoría a mis ojos. Se sentó en un cajón, me hizo acercarme mucho, luego me separó, me mandó aproximarme otra vez, y por fin me preguntó en voz baja:

-Y tú, ¿quién eres?

La pregunta me pareció bastante rara, porque cuatro veces al día, en las comidas, nos sentábamos a la misma mesa.

-Soy el nieto del patrón -le respondí.

-¡Ah, sí, es verdad! -me dijo, contemplándose el índice, y se calló.

Yo consideré necesario darle una explicación:

-Pero no me llamo Kachirin, sino Pieskov.

-¡Pieskov, ya, ya! -repitió con incredulidad-. ¡Linda cosa!

Me apartó a un lado, se levantó y me dijo, acercándose a la mesa:

-Ahora siéntate ahí y estate quieto.

Permanecí largo rato observando cómo raspaba con una lima un pedazo de cobre sujeto en un tornillo; las limaduras, brillantes como el oro, caían en un pedazo de cartón, puesto debajo del tornillo. Luego, las echó en la mano y después en una cápsula de paredes gruesas, sacó de una cajita unos polvos blancos, como sal, y vertió encima de una botella oscura no sé qué líquido. En la cápsula empezaron a formarse burbujas, subieron nubes de vapor y un olor acre me hizo cosquillas en la nariz. Tosí y moví la cabeza, pero él, el archibrujo, me preguntó con acento fanfarrón:

-¿Huele mal, verdad?

-Sí.

-¿Sí? Pues mira, hijo mío..., esto es linda cosa.

A mí me parecía que no había por qué fanfarronear, y añadí, en voz alta y con tono severo.

-Si es feo no puede ser lindo.

-¿Te parece? -me dijo guiñando-. Pero no huele siempre así. Dime una cosa: ¿te gusta jugar a los dados?

-Sí.

-Bueno, pues yo te haré un dado de plomo, ¿quieres?

-Sí.

-Entonces, busca un hueso del tobillo de una ternera. Sosteniendo en la mano la cápsula humeante y mirándola

con un ojo, se acercó a mí y me dijo:

-Yo te haré un dado y tú no volverás a venir a mi cuarto.

¿Comprendido?

Esta respuesta me hirió en lo más vivo.

--Entonces, no volveré más -le dije, y salí del cuarto. Muy ofendido, salí al jardín. Allí me encontré ya al abuelo

ocupado en abonar con estiércol los alcorques de los manzanos; era otoño y había empezado ya la caída de la hoja.

-Mira, llégate a las frambuesas -me dijo mi abuelo alargándome las tijeras de jardín.

-¿Pero qué es lo que hace "Linda Cosa"? -le pregunté antes de ir al trabajo.

-¡Estropear su cuarto! -me respondió con ira-. En el suero ha hecho unos agujeros terribles, y el papel está todo sucio y desgarrado. Le voy a decir que se vaya.

-Le estará muy bien empleado -dije yo, asintiendo; y me puse a cortar las ramillas

secas de las frambuesas.

Pero no tardé en convencerme de que había juzgado a "Linda Cosa" con demasiada precipitación.

Las tardes de lluvia solía mi abuela, no bien había salido su marido, reanudar en la cocina sus tés, a los cuales invitaba a todos los inquilinos. Acudían el carretero, el tártaro Vale¡, y a menudo comparecía también la gruesa Petrovna, y hasta la vivaracha señora de la vivienda delantera se presentaba en ocasiones. "Linda Cosa" permanecía siempre en silencio y sin moverse en su rincón del hogar. Stepa, el sordomudo, jugaba con el tártaro a los naipes, y Vale¡ le daba con el dedo en la ancha nariz, haciendo ruido y diciendo:

-¡Ea, cómetelo, Satanás!

El tío Pedro llevaba un enorme pedazo de pan blanco y un bote grande de mermelada de frambuesa, que extendía en gruesa capa sobre las rebanadas de pan; ofrecía a los presentes el sabroso manjar en la palma de la mano, y decía amablemente, con una profunda reverencia:

-Háganme el obsequio de probar esto.

Cuando le cogían las rebanadas, se miraba atentamente la morena palma, y si descubría en ella una gotita de mermelada, se la lamía.

La Petrovna convidaba con una botella de kirsch, y la vivaracha capitana ¡levaba nueces y confites. Y empezaba una alegre francachela de las que le agradaban tanto a mi abuela.

Poco después del conato de soborno que había hecho "Linda Cosa" con la intención de alejarme de su cuarto, organizó la abuela una de aquellas tardes. Fuera, caía una pertinaz lluvia otoñal, aullaba el viento, y los árboles susurraban y arañaban con sus ramas las paredes. En la cocina hacía un calorcillo muy agradable; todos estaban muy juntos y en silencio, y la abuela devanaba sus cuentos, cada uno de los cuales era siempre más bello que los anteriores.

Estaba sentada en el borde del hogar, con los pies apoyados en el saliente, y se inclinaba hacia los invitados, que, alumbrados únicamente por un pequeño candil, se hallaban sentados a la mesa. Cuando mi abuela estaba de vena, solía subirse siempre al hogar.

-Necesito hablar en alto -decía-; así me sale mucho mejor.

Yo estaba sentado a sus pies, en el ancho escalón del hogar, casi encima de la cabeza de "Linda Cosa". La abuela contaba la conmovedora historia de Iván el Guerrero y de Mirón, el Ermitaño y sus palabras fluían regularmente y llenas de unción:

Iván desenvaina su afilado acero,
cuya hoja frota con el faldón hasta dejarla refulgente, y dice:
"Reza por última vez al Señor
por ti, por mi y por todo el género humano ...
Y luego te separaré la cabeza del tronco."
Un roble joven se alzaba ante la ermita de Mirón;
debajo de él se arrodilló en seguida el anciano.
La copa de árbol se inclinó ante el piadoso varón,
que sonriendo con calma se volvió al guerrero Iván:
"¡Ah, Iván! ¡Mucho tendrás que esperar

Librodot

si he de rezar por todo el género humano!
No pierdas, pues, el tiempo, Iván, querido amigo;
más vale que en seguida me separes la cabeza del tronco."
El guerrero enarcó el ceño con ira,
pero insistió en lo dicho y exclamó jactancioso:
"De lo que una vez he dicho, no me desdigo jamás.
Reza, pues, que yo espero, aunque sea cien años."
Rezó el ermitaño hasta la noche
y siguió rezando hasta la aurora,
y luego, desde la aurora hasta la media noche,
y día tras día, desde el verano hasta la primavera.
Y año tras año siguió Mirón rezando
hasta que el roble joven llegó a las nubes;
de las bellotas caídas surgió todo un bosque,
y de las oraciones de Mirón no se vela el fin.
Pero Iván el guerrero estaba esperando a su lado.
Ya hacía mucho tiempo que su aguda espada se habla des hecho en polvo;
y las podridas ropas se le caen del cuerpo.
Verano e invierno está Iván desnudo.
El sol abrasa la tierra, pero a él no le quema.
Los insectos le chupan ávidamente la sangre, y o lo agotan;
no le atacan ni los lobos ni los osos,
ni le hacen nada las tormentas ni las heladas.
No puede apartarse de su sitio
ni mover una mano ni hablar una palabra,
pues todo ello se le ha impuesto como castigo
por no haber sabido sustraerse a la odiosa comisión,
oculto detrás de una conciencia extraña.
Y la fervorosa oración del piadoso anciano
sigue resonando por nosotros, los pobres pecadores,
hasta el dio de hoy y sube al cielo
como va al océano el claro torrente."

Ya al comenzar el relato de la abuela, había yo observado que "Linda Cosa" se hallaba en un estado de singular inquietud. Se movía muy raras veces y de un modo espasmódico, se quitaba las gafas, llevaba con ellas el compás de los versos, se las volvía a poner, movía rítimicamente la cabeza, se restregaba violentamente los ojos con los dedos, se limpiaba con ademanes rápidos, como si sudara, la frente y gas mejillas. No bien alguien de los presentes se movía, tosía o rascaba el suelo con los pies, "Linda Cosa" ponía la cara muy sería y hacía: "¡Psst!".

Y cuando se calló la abuela, mientras se secaba con las mangas del jubón la cara cubierta de sudor, "Linda Cosa" se levantó de un salto lleno de ímpetu y se puso a manotear en el aire, girando y dando vueltas como un loco y musitando:

Librodot

-¡Oh, eso es admirable! ¡Eso tiene que ser pintado indispensablemente! ¡Es tan ruso, tan auténticamente ruso!

Entonces, se vio claramente que lloraba, y eran tan abundantes sus lágrimas, que le anegaban materialmente los ojos; ofrecía un espectáculo al propio tiempo extravagante y conmovedor. El hombre corría alrededor de la cocina y daba saltitos de un modo sumamente cómico y desmañado, trataba de ponerse bien las gafas y no lograba sujetárselas a las orejas. El tío Pedro se reía de él y los otros se callaban, confusos, pero la abuela dijo:

-Sí; píntelo usted, que no es ningún pecado. Yo sé muchas cosas por el estilo.

-¡No; tiene que ser esa, esa! ¡Es tan rusa! -exclamó nuestro huésped, materialmente excitado; y luego se quedó súbitamente parado en medio de la cocina y empezó a hablar en voz alta, hendiendo el aire con la mano derecha y sosteniendo las gafas con la temblorosa izquierda. Habló largo y tendido, lleno de vehemencia, con voz chillona; a veces, daba con el pie en el suelo y repetía a menudo las palabras.

-No se puede vivir con una conciencia extraña. No, no.

Y entonces, pareció como si súbitamente se le hubiese quebrado la voz; se quedó callado, nos miró a todos y se alejó lentamente, cabizbajo y con aspecto de culpable. Los que quedaban sonreían y se miraban mutuamente, pero la abuela se acurrucó en el rincón trasero del hogar, exhalando hondos suspiros.

Petrovna se pasó la palma de la mano por los gruesos y rojos labios y preguntó:

-¿Es que se ha enfadado?

-¡Quiá! -respondió el tío Pedro-. No ha hecho más que fingirlo.

La abuela bajó del hogar y volvió a calentar el samovar sin decir palabra. Pero el tío Pedro prosiguió, al cabo de un rato:

-As¡ son todos los señores ... Gente de humor raro.

-A todos los solterones les pasa eso -musitó Valei, malhumorado.

Todos sonrieron y el tío Pedro volvió a tomar la palabra.

-Pues hasta ha llorado. Debe de haberle picado una tarántula o un alacrán.

La cocina se ponía ya aburrida, y yo me sentía verdaderamente deprimido. "Linda Cosa" me había dejado estupefacto, y me daba verdaderamente pena; no podía olvidar

cómo se habían anegado en llanto sus ojos. Pasó la noche fuera de casa, y al día siguiente ni compareció hasta después de comer, callado, trasojado y visiblemente confuso.

-Ayer les di a ustedes un espectáculo -dijo a mi abuela, como un culpable, como un niño chico-. ¿Está usted enfadada conmigo?

-¿Por qué?

-Porque me metí donde no me llamaban y hablé demasiado.

-No; eso, no; no ofendió usted a nadie.

Yo tenía la sensación de que mi abuela le temía, y por eso no le miraba nunca a la cara y le hablaba con voz desusadamente baja.

"Linda Cosa" se le acercó mucho y dijo, con humildad y franqueza:

-Ya ve usted: ¡estoy tan horriblemente solo! ¡No tengo a nadie! Por eso se calla uno, se calla ... hasta que de pronto el alma se desborda... y, entonces, es uno capaz de hablar con una piedra, con un árbol.

MI abuela se apartó de él y le dijo:

-Debe usted casarse.

-¿Eh? -exclamó él, enarcando el ceño y alejándose con un ademán que expresaba su desesperanza.

Mi abuela le miró recelosamente, tomó el polvito y luego me dijo con voz severa:

-¡Cuidado como te arrimes a él!... ¡Sabe Dios qué clase de hombre será!

Librodot

Pero yo me sentía atraído por "Linda Cosa". Había visto cuán dolorosamente se contrajo su rostro al decir a mi abuela que se sentía horriblemente solo; en aquellas palabras había algo que yo comprendía blen, que se me metía en el corazón y me acercaba a aquel hombre.

Miré desde el patio por la ventana a su habitación, que estaba vacía y parecía enteramente un cuarto de trastos en el cual hubieran arrumbado a toda prisa y confusamente toda clase de cosas, tan superfluas y extravagantes como su dueño. Sal! al jardín y le vi en la hondonada, agobiado, con las manos en la nuca y los codos apoyados en la rodilla, sentado incómodamente en un extremo de viga carbonizada que sobresalía por encima de unas cuantas ortigas, lechugas y artemisas secas. La manera cómo estaba en aquella hondonada, tan incómodo y tan solitario, avivó más aún mi interés.

No me vio en un buen rato, pues tenia la vista enfilada a mi espalda como los ciegos ojos de un búho. Luego, me preguntó súbitamente con acento airado:

-¿Vienes por mí?

-No.

-Entonces, ¿por qué vienes?

-Porque...

Se quitó las gafas, las limpió con un pañuelo de lunares rojos y negros y me dijo:

-Ven acá.

Cuando tomé asiento a su lado en la viga, me echó un brazo al hombro y me atrajo hacia sí:

-Quédate conmigo. Estaremos aquí sentaditos y callaremos... ¿Te gusta? ¿Tú eres testarudo, verdad?

-Sí.

-¡Linda cosa!

Permanecimos largo rato callados. Era una tarde tranquila y apacible, una de esas tardes melancólicas del veranillo de San Martin, en las que todo a nuestro alrededor parece tornarse de hora en hora a un tiempo más polícromo y más descolorido, en las que la tierra, que en verano exhala tan variados aromas de especias, no huele ya más que a humedad fresca, y el aíre parece más transparente, y los grajos, que vuelan presurosos por el cielo rojizo, despiertan en el alma pensamientos tristes. Todo está mudo y silencioso; cada sonido, el roce de las alas de los pájaros, el rumor de las hojas que caen, parece una perturbación ruidosa que infunde miedo; pero al momento siguiente vuelve a reinar la calma que abraza toda la tierra y llena el pecho. En tales momentos se alzan en la mente ideas singularmente puras y leves, ideas fnas y transparentes como telarañas, que no se pueden formular en palabras. Surgen y se esfuman rápidamente, como estrellas fugaces, infunden melancolía en el alma, la acarician, la despiertan de su reposo, y entonces se emociona y se derrite, y toma para toda la vida su forma, su fisonomía especial:

Yo me arrimé al caliente cuerpo de nuestro huésped y contemplé con él el cielo rojo a través de las negras ramas de los manzanos, observé el atrafagado vuelo de los pardillos, vi cómo se mecían los jilgueros en las cabezuelas de los cardos secos y picoteaban sus semillas, como venían del campo unas nubes lanudas, de color gris azulado con borde rojo, entre las cuales las cornejas volaban pesadamente hacía sus nidos del cementerio. ¡Era todo tan bello, tan distinto de lo ordinario, tan comprensible y tan triste!...

De pronto, "Linda Cosa" preguntó, suspirando hondamente:

-¿Es magnífico, verdad? ¿No sentirás aquí humedad o frío?

Y cuando el cíelo se oscurecía y todo en torno parecía impregnado del húmedo

Librodot

crepúsculo, me dijo:

-Bueno, basta ya. Vámonos.

Al llegar a la puerta del jardín se paró y me dijo en voz baja:

-¡Tu abuela es una mujer excelente!... ¡Oh, qué país! Cerró los ojos y, sonriendo, repitió en voz baja, pero muy perceptible:

"Pues todo ello se le ha impuesto como castigo,
por no haber sabido sustraerse a la odiosa comisión,
oculto detrás de una conciencia extraña.

-Ten esto en cuenta, muchacho.

Y empujándome hacía adelante, me preguntó:

-¿Sabes escribir?

-No

-Pues aprende. Y cuando hayas aprendido, escribe lo que cuenta tu abuela. Valdrá la pena.

Nos hicimos buenos amigos. Desde aquel día, yo entraba y salía a mí capricho en el cuarto de "Linda Cosa", me sentaba sobre un cajón lleno de andrajos y contemplaba sin obstáculos cómo fundía el plomo, como ponía incandescente el cobre, cómo calentaba planchitas de hierro al rojo blanco y las trabajaba por medio de un martillo de puño tallado en un lindo yunque pequeño, cómo las manipulaba con escofínas y limas, con esmeril y otros materiales hasta afinarlas. Y luego, lo pesaba todo en una balanza muy sensible de latón. Después, vertía diversos líquidos en las gruesas y blancas cápsulas, miraba cómo subía el vapor, que esparcía en el cuarto un olor cáustico, enarcaba las cejas, leía en un grueso libro y musitaba, mordiéndose los rojos labios, o cantaba bajito, en notas prolongadas, con su voz bronca:

Oh, Rosa de Sarón ...

-¿Qué estás haciendo? -le preguntaba yo.

-Una cosa muy artística, hijo mío.

-¿Qué es?

-Mira, no te lo puedo explicar de modo que lo entiendas.

-Dice mí abuelo que seguramente estarás haciendo monedas falsas.

-¿Eso dice? ¡Hum! ... ¡Qué tontería! El dinero no sirve de nada, hijo mío.

-¿Pues con qué se iba a pagar entonces el pan?

-¿El pan? ... Sí; claro, el pan hay que pagarlo.

-¿Ves tú? Y la carne también.

-Sí; también la carne.

Se rió bajito, afable y cordialmente, me cogió como a un perrillo por una oreja y me dijo:

-La verdad es que no puedo reñir contigo, y eso que siempre me llevas la contraria. Más vale que nos callemos.

A veces, interrumpía su trabajo y se sentaba a mí lado, y entonces nos quedábamos mirando largo rato por la ventana, viendo cómo caía la lluvia en los tejados y en el

patio cubierto de hierba, y cómo se iban pelando cada vez más los manzanos. "Linda Cosa" era muy parco en palabras, pero lo que decía era siempre terminante, persuasivo. Sí quería llamarme la atención hacía algo, se contentaba, por regla general, con darme un codazo y hacerme un guiño. Yo creía no ver nada especial en el patio, pero aquellos guiños y las breves palabras que solían seguirlos daban a las cosas que yo miraba una importancia especialísima, de suerte que se me quedaban hondamente grabadas. Por ejemplo, corría una gata por el patio y se quedaba parada delante de un charco contemplando su imagen; levantaba !a blanda pata como si quisiera pegar a "la otra", y "Linda Cosa" decía en voz bala:

-Los gatos son animales altivos y recelosos.

Otras veces, Mamar, el gallo de plumaje rojo dorado, volaba al seto del jardín, se posaba en él, se ponía a batir las alas y le faltaba poco para caerse; involuntariamente extendía el cuello y parecía ofendido, y nuestro huésped decía:

-Es un general notable, pero no muy prudente.

Pasa el tosco Valer chapoteando pesadamente en el barro como un caballo. Sus fuertes pómulos dan aspecto abotagado a su fisonomía; mira al cielo entornando los ojos, y le cae en el pecho un rayo pálido de sol de otoño, que hace brillar los botones de metal de su chaqueta. El tártaro se queda parado, se sujeta la cabeza con los curvos dedos, y "Linda Cosa" dice:

-¡Cómo se alegra! ¡Domo si hubiera ganado una medalla!

Pronto me senil unido estrechamente a él, y su presencia me resultó indispensable, tanto en los días de aflicción como en las horas de alegría. Era taciturno, pero me dejaba hablar de todo lo que se me pasaba por las mientes, al contrario de mi abuelo, que siempre me hacía callar:

-¡No hables, charlatán!

La abuela estaba tan ocupada con sus propios pensamientos, que no era ya sensible a nada ajeno ni le prestaba oídos. En cambio "Linda Cosa" escuchaba siempre mi charla con atención, y solía decir, sonriendo:

-No, hijo mío; eso no es verdad; eso lo inventas tú.

Y siempre eran oportunas y certeras sus breves observaciones. Parecía ver dentro de mí y observar todo lo que pasaba por mi cabeza y m¡ corazón, y me cortaba muchas palabras ociosas o insinceras, antes que yo las hubiera pronunciado, con esta breve observación:

-No digas paparruchas, chiquillo.

A menudo, trataba yo de poner a prueba aquel misterioso don profético de nuestro huésped. Discurría cualquier cosa y se la contaba como si realmente hubiera sucedido; pero él, después de escucharme un rato, movía con incredulidad la cabeza.

-No, amiguito; mientes -me decía.

-¿Cómo lo sabes? -preguntaba yo.

-Porque lo veo, querido.

La abuela me llevaba muchas veces consigo cuando iba por agua al Mercado del Heno, y una vez vimos cómo un grupo de gente de la ciudad apaleaba a un aldeano, lo tiraba al suelo y le desgarraba y arañaba como perros que se desahogan con uno de sus iguales. La abuela dejó los cubos del agua, y blandiendo el palo en que los llevaba, se precipitó hacia los agresores, mientras me gritaba:

-¡Vete de aquí, Lioscha!

Yo estaba asustadísimo: pero en lugar de echar a correr, fui detrás de ella y empecé a tirar piedras a los de la ciudad, mientras mi abuela acometía al grupo con el palo y daba infinidad de golpes eh espaldas y cráneos. Salimos victoriosos, porque los de la ciudad emprendieron la fuga, y entonces la abuela se puso a lavar la cara al aldeano a

quien los agresores habían maltratado lastimosamente. Todavía me parece estar viendo con horror cómo, tosiendo y gimiendo, se apretaba con el sucio pulgar la aplastada nariz y cómo la sangre que le salía de entre los dedos manchaba a la abuela ¡a cara y el pecho, mientras la anciana lloraba también y temblaba de los pies a la cabeza.

Al llegar a casa, corrí en seguida al cuarto del huésped para contarle la aventura. "Linda Cosa" dejó su trabajo, se plantó delante de mi, sosteniendo la larga lima como un sable, me miró severamente y con ojos escrutadores a través de las gafas, y me interrumpió súbitamente y con so préndente decisión:

-Muy bien, así ha sido. ¡Famoso!

Yo estaba todavía saturado de lo que había visto y no me chocaron sus raras palabras, sino que seguí refiriéndolo. Entonces, me puso la mano en el hombro, empezó a pasear conmigo por su cuarto y me dijo:

-Está muy bien; no necesitas seguir contando. Has dicho ya todo lo necesario. ¿Comprendido?

Yo me callé, ofendido, mas cuando hube meditado un rato, me percaté con gran asombro que todavía recuerdo muy bien, de que "Linda Cosa" había contenido mi flujo de palabras a su debido tiempo. En realidad, yo lo había dicho ya "todo".

-No debes entretenerte mucho rato viendo esas cosas, amiguito -me dijo-; así tal vez las olvides mejor.

En ocasiones, me soltaba inesperadamente una frase que luego he retenido en la memoria toda m¡ vida. Una vez, le hablé de mi enemigo acérrimo, Kliusnikov, mozo fuerte y cabezudo de la calle Nueva, con el que me pegaba a menudo, sin que eh nuestras peleas se llegara nunca a una decisión. "Linda Cosa" me escuchó atentamente cuando le hablaba de la fuerza de mi adversario.

-¡Qué tontería! -me dijo-. Esa fuerza no es fuerza. La verdadera fuerza está en la rapidez, en los movimientos; cuando más certero sea uno, tanto más fuerte es, ¿comprendido?

AI domingo siguiente, intenté yo ser certero y rápido con los puños, y vencí como jugando a Kliusnikov. Esto aumentó en gran manera mi respeto por las observaciones de nuestro huésped.

-Hay que saber coger las cosas, ¿comprendido? Pero el saber coger las cosas es muy difícil.

Yo no entendí el sentido de las palabras, pero involuntariamente retuve aquélla y otras frases semejantes, acaso porque eh su misma sencillez había algo misterioso y excitante. ¿Qué saber especial se necesita para 'coger" una piedra, un pedazo de pan, una taza o un martillo?

En casa cada vez podían ver menos a "Linda Cosa", y ni el confianzudo gato que poseía la vivaracha señora de la vivienda delantera quería nada con él, y eso que se subía al regazo de todas las demás personas. Por eso me gustaba cogerle, tirarle de las orejas y trataba de convencerle, casi con lágrimas en los ojos, de que no le tuviese miedo a "Linda Cosa".

-No se viene conmigo -me explicaba éste- porque ni¡ ropa huele a ácidos.

Pero yo sabia que todos los demás, incluso la abuela, interpretaban el hecho de otro modo, en sentido desfavorable y ofensivo para el huésped.

-¿Por qué estás siempre con él? -me preguntaba, enojada, mi abuela-. No te enseñará más que cosas malas.

El abuelo me pegaba cada vez que se enteraba de que había estado con el huésped. Claro es que yo no le decía a éste que me habían prohibido todo trato con él, pero en cambio le contaba francamente lo que de él pensaban en casa.

Librodot

-Mí abuela te tiene miedo; dice que eres un nigromante, y el abuelo te llama enemigo de Dios, peligroso para los hombres.

Movía la cabeza como si oxeara moscas, y en su cara blanca como la creta aparecía una sonrisa rosada que me oprimía el corazón.

-Ya veo, amiguito, adónde va a parar eso -me decía en voz baja-, ¿Es triste, verdad?

-Sí.

-Es triste, sí, hijo mío.

Por último, le pusieron de patitas en la calle. Un día fui a su cuarto después del desayuno y vi que estaba sentado en el suelo, liando sus bártulos en una caja y canturreando el cantar de la Rosa de Sarón.

-Vaya, adiós, amiguito; me mudo.

-¿Por qué?

Me miró escrutadoramente, y me dijo:

-¿No lo sabes? Necesitan el cuarto para tu madre.

¿Quién ha dicho eso?

-Tu abuelo. -Ha mentido.

"Linda Cosa" me cogió una mano, y después de hacerme sentar junto o él en el suelo, dijo en voz baja:

-No me lo tomes a mal, hijito; pensaba que lo sabías y me lo habías querido ocultar, y me decía que eso no era leal en ti.

Sus palabras me pusieron triste y me enojaron a un tiempo.

-Escucha -prosiguió, sonriendo y casi susurrando-: ¿No te acuerdas que en cierta ocasión te dije que no debías visitarme?

Afirmé con la cabeza.

-Entonces te ofendiste, ¿verdad?

-Sí.

-Pues yo no quería ofenderte. Sabía que los tuyos te reñirían si llegabas a ser amigo mío. Y así ha sido, ¿no? ¿Comprendes ahora por qué te lo decía?

Me hablaba como un chico, como un muchacho de mi misma edad, y yo me alegraba en mi interior de sus palabras. Era como si mucho tiempo atrás, cuando me hizo aquella manifestación, hubiera yo adivinado su propósito; y en este sentido, le contesté:

-Lo he comprendido hace mucho tiempo.

-¿Ves tú? Por eso te lo dije entonces.

Me asaltó una insoportable sensación de pena.

-¿Por qué no te puede ver nadie de aquí? -le pregunté.

Me estrechó en sus brazos, me atrajo hacia sí y me respondió con un guiño muy significativo:

-Soy para ellos un extraño, ¿comprendes? Por eso. Yo no soy como ellos.

Le tiré de la manga de la chaqueta, sin saber qué responder.

-No me lo tomes a mal -repitió, y me dijo al oído-: Tampoco debes llorar.

Pero a él se le hinchaban de lágrimas los ojos bajo los turbios cristales de las gafas.

Luego, estuvimos, como siempre, largo rato callados, sin cruzar más que palabras entrecortadas de cuando en cuando. Por la noche, se fue, después de despedirse amistosamente de todos y de haberme abrazado. Salí a la puerta del patio y vi que se alejaba en una carreta aldeana, cuyas ruedas vacilaban sobre los helados montones de estiércol. Inmediatamente después de su partida, mi abuela fue a limpiar su habitación, y yo la seguí de propósito, siempre de un rincón a otro, y traté de estorbárselo.

-¡Vete ya, chiquillo! -me dijo un momento en que por poco tropieza conmigo.

-¿Por qué le habéis echado?

-¿Estás todavía hablando?

-Sois todos unos tontos -dije yo.

Me pegó con un trapo húmedo, y gritó:

-¿Te has vuelto loco, bribón?

-No lo digo por ti, pero los demás son tontos -rectifiqué; mas no logré ablandarla.

A la hora de la cena, dijo mi abuelo:

-¡Ya estamos libres de él, a Dios gracias! Cada vez que lo veía, me daba como un pinchazo en el corazón. Era preciso que se fuera.

De rabia, rompí mi cuchara, y, como era natural, me dieron una paliza.

Así terminó mi amistad con el primero de esos innumerables individuos que he conocido, hombres que, sintiéndose extraños en su propia patria, figuran, no obstante, entre sus mejores hijos.

Capítulo IX

Me represento a mí mismo en mi niñez como una colmena a la que un tropel de hombres grises y adocenados llevavaban, a manera de abejas, la miel de su saber y de sus ideas sobre la vida para enriquecer mi alma de la mejor manera que podían. Muchas veces, aquella miel era impura y amarga, pero, al fin y al cabo, todo saber sigue siendo miel.

Cuando se fue "Linda Cosa", el tío Pedro se hizo más amigo mío. Tenía cierta semejanza con mi abuelo; era igualmente enjuto, igualmente limpio: pero algo más pequeño y algo más delgado, como si fuera un muchacho a medio crecer que por chanza se hubiera puesto careta de viejo. Su cara se asemejaba a una criba hecha de finos cordones de cuero, y los ojillos socarrones, cuyo blanco tiraba a amarillo, parecían revolotear como dos pinzones en una jaula. El cabello cano era ligeramente rizoso, y su corta barba se ensortijaba; fumaba una pipa pequeña, cuyo humo gris como su cabeza, se elevaba igualmente en sortijas; también su modo de hablar tenía algo de crespo, de retorcido, entreverado siempre de rimas y refranes. Su voz tenía un sonido zumbón indudablemente agradable, pero yo me figuraba siempre que se reía del mundo entero.

Al principio de mis mocedades -refería-, nuestra buena señora !a condesa Tatiana Alexievna me dijo: "Tienes que ser herrero." Y al cabo de algún tiempo me ordenó: "Ayuda al jardinero." Esto podía estar bien, pero no siempre es bueno lo que hace el aldeano. Otra vez me dijo: "Petruska, ve a coger peces." ¿Por qué no? Si es preciso, voy también a coger peces. Pero apenas me había metido en el oficio, tuve que decir: Adiós, queridos peces; me voy a la ciudad para ganarme el pan como cochero y pagar una renta a la señora condesa. Tampoco tengo nada que decir contra esto: pero, ¿cuándo volveré a cambiar de oficio? Y, sin embargo, no hubo tal cambio, pues después vino la libertad de los siervos y yo me quedé con mi penco, que es ahora mi respetable señora la condesa.

Su penco era un caballote viejo y achacoso, que parecía como si un pintor borracho le hubiera puesto en la piel, primitivamente blanca, todos los colores posibles, pero dejando el trabajo a medio terminar. Tenía las patas derrengadas, la piel como si fuera

de retazos, y la huesuda cabeza de turbios ojos se hundía lastimeramente. El tío Pedro lo trataba con la mayor reverencia, no le pegaba, y lo llamaba "Tañka".

-¿Por qué le has puesto al animal un nombre de cristiano? -le preguntó una vez el abuelo.

-¿Cómo, mi respetable Vasil Vasiliev? "Tañka" no es nombre de cristiano.

El tío Pedro sabia también leer, conocía bien la Sagrada Escritura, y siempre estaba discutiendo con el abuelo sobre cuál de los santos era el más santo. Con los grandes pecadores de que habla la Biblia, se ensañaban a porfía, pero Absalón era el que se llevaba la mejor parte de sus denuestos. A veces, se tiraban de la greña por cuestiones gramaticales. Entonces, el tío Pedro, con sus burlas, excitaba a mi abuelo que lo ponía furioso y sus ojos verdes echaban chispas; y cuando yo le escuchaba por casualidad, me gritaba lleno de ira:

-¡Ya te estás largando, Alexei!

El tío Pedro era gran amigo de la limpieza y del orden. Cuando pasaba por el patio apartaba con la punta de la bota todas las virutas, tiestos y huesos, y les decía con acento de reproche:

-Sois cosas inútiles... Estáis estorbando... ¡Fuera de aquí!

Era muy locuaz y parecía bondadoso y jovial por naturaleza, aunque a veces sus ojos estaban inyectados en sangre y miraban turbia y rígidamente como los de un muerto. O bien se sentaba en cualquier rincón, a oscuras, y se hacía un ovillo, malhumorado y mudo como su sobrino. Si le preguntaban: "¿Qué tienes, tío Pedro?", respondía con voz bronca y sombría: "¡Largo!".

En una de las casitas de nuestra calle vivía un señor con un lobanillo en la frente. Los domingos tenía la particularísima costumbre de tirar con perdigones, desde su ventana, a los perros, gatos, gallinas, grajos y transeúntes que no le agradaban. Una vez, hasta apuntó y disparó a "Linda Cosa"; los perdigones no pudieron atravesar la chaqueta de cuero de nuestro huésped, pero éste se encontró después algunos en el bolsillo. Aún recuerdo con cuánta atención contempló "Linda Cosa" al través de las gafas las dos bolitas azules. El abuelo quiso inducirle a que denunciara el hecho a la Policía, pero "Linda Cosa" tiró los perdigones a un rincón y respondió: "No vale la pena".

Otra vez el tirador metió a mi abuelo un par de perdigones en la pierna. Pero mi abuelo tomó la cosa por la tremenda, se quejó al juez de paz, movilizó a todos los agredidos y a todos los testigos de la calle, y el peligroso vecino desapareció súbitamente, no supimos dónde. Tan pronto como sonaban los disparos en la calle, el tío Pedro, si estaba en casa, se encasquetaba en su cabeza cana, presuroso, la descolorida gorra de los domingos con su gran placa y corría a la puerta. Se escondía las manos bajo los faldones que parecían así la cola de un gallo, sacaba el vientre y se pavoneaba solemnemente por la acera delante del tirador ..., siempre de arriba a abajo. Toda la casa estaba en el portal con nosotros; en la ventana aparecía la cara azul del oficial y sobre él la cabellera rubia de su mujer; también del patio de Betieng salían un par de personas, y la casa gris y muerta de Ovsianikov era la única en que no se dejaba ver nadie.

El tío Pedro se paseaba varías veces infructuosamente de un lado para otro... Por lo visto, el cazador no le consideraba como a un animal que valiera la pena de una carga do pólvora. En cambio, en su paseo siguiente resonó la escopeta de dos cañones por dos veces: ¡Pif, paf! Sin apresurar el paso, el tío Pedro se acercó a nosotros y nos dijo:

-Me fan entrado en el faldón.

Otra vez, la perdigonada le dio en los hombros y en el cuello. La abuela le sacó los perdigoncillos de debajo de la piel con una aguja y riñó al tío Pedro:

Librodot

-¿Por qué das alas a ese loco? ¿Y si te acierta en un ojo y te lo salta?

-¿Ese? ¡Ni por asomo, Aquilina Ivanna! -respondió el tío Pedro, despectivamente-. No tiene tanta puntería.

-¿Por qué te interpones adrede en su camino?

-Porque me divierte hacer rabiar un poco al caballero.

Y mirando los perdigones extraídos, que tenía en la mano, añadió:

-Tira a la buena de Dios. Una vez, vivió en casa de la ilustre señora condesa Tatiana Lexievna, como una especie de marido (porque la señora cambiaba de maridos como si fuesen lacayos), vivió, digo, un tal Mamont Iliich, un oficial que ... ¡ése sí que sabía tirar! No tiraba nunca más que con bala, abuelita. Tenía que plantarse a cuarenta pasos de distancia, y del cinturón le sujetaba una botella, que le colgaba entre las piernas. lgnaschka, e! tonto, las abría cuando podía y se reía como tonto que era. Mamont Ilíich disparaba la pistola ... ¡pif!... y la botella saltaba en dos pedazos. Pero, una vez, debió de picar un tábano o cosa así a Inaska, porque se meneó del sitio y la bala le entró en la pierna, y precisamente en la rodilla. Llamaron al médico, y en un dos por tres le cortó la pierna. Luego, la enterraron.

-¿Y el tonto?

-Se quedó muy satisfecho. Un tonto no necesita piernas n+ brazos, pues con su tontería tiene bastante. A un tonto todos le quieren, pues la tontería no hace daño a nadie ni ofende. También se dice: "Si un empleado es tonto, vivid en paz con él".

Estas anécdotas no hacían la menor impresión a mi abuela, porque sabía a docenas otras mejores; pero a mí me producían cierto estremecimiento, que me movía a preguntar al tío Pedro:

-¿Y un señor de esos puede matarle a uno?

-¿Por qué no? ¡Claro que puede! ¡Hasta se matan unos a otros! Una vez, se presentó en casa de Tatiana Lexievna un fulano que tuvo una disputa con Mamont... Cogieron los dos sus pistolas, salieron al parque, y allí junto al estanque en medio del camino, el fulano metió un balazo a Mamont... ¡Pif! ... en el mismo hígado. Mamont fue al cementerio, el fulano al Cáucaso... y se acabó la historia. Así se portan unos con otros por no hablar de lo que hacen con ¡os aldeanos y con otras gentes. Ahora, los aldeanos ya no les sirven..., pero antes procedían más cuidadosamente con ellos, porque los aldeanos eran su riqueza.

-¡Oh! Tampoco antes se andaban con muchos miramientos -dijo mi abuela.

-Puede ser -convino el tío Pedro-. Eran su propiedad, pero una propiedad de poco precio.

A mi me trataba siempre amablemente, hablaba conmigo lo mismo que con las personas mayores, y no me escondía sus ojos; y, sin embargo, había en él algo que me desagradaba; cuando repartía sus rebanadas de pan con mermelada, untaba la mía con más cantidad que las otras, y cuando venia de la ciudad me traía azúcar de malta y tortas de adormideras. Siempre que hablaba conmigo, lo hacia con gravedad y en voz baja.

-¿Y qué queremos ser, señorito? ¿Soldado, o empleado?

-Soldado.

-Muy bien. Ahora, los soldados no lo pasan tan mal. Tampoco les va mal a los popes, que con refunfuñar: "Señor, apiádate", ya están del otro lado. Al pope hasta le va mejor que al soldado; pero mejor aún lo pasa el pescador, que no necesita aprender nada en cuanto tiene un poco de práctica.

Describía muy graciosamente cómo colean los peces en torno del cebo, y cómo rebullen las percas, los sargos y los gobios, tan pronto como han picado el anzuelo.

-Tú te enfadas siempre cuando el abuelo te pega -dijo una vez, consolándome. Pero

no hay por qué incomodarse, señorito, porque sólo te pegan para que aprendas, y esos golpes hacen mucho bien a los -niños. Mi clemente señora la condesa Tatiana Lexlevna sabía mucho de palos. Tenía para eso a un individuo especial, ' que se llamaba Cristóbal, y que era tan diestro en su oficio, que los vecinos de otras posesiones rogaban muchas veces a la clemente señora condesa: "Préstenos usted, querida Tatiana Lexievna, a su Cristóbal, para ver si hace entrar en razón a nuestra canalla aldeana". Sí; y ella se lo prestaba.

Refería con toda amplitud y tranquilidad que su señora, sentada en la escalera de la casa, adornada de pequeñas columnas, con un traje blanco de muselina y un velo celeste, veía desde su rojo sillón almohadillado cómo Cristóbal daba de latigazos a hombres y mujeres.

-Has de saber, señorito, que ese Cristóbal procedía de Riazan, y tenía aspecto de gitano o -de pequeño ruso, con un bigote que le llegaba hasta las orejas y una cara completamente azul, porque se la afeitaba. Parecía bastante tonto, pero también podría ser que lo fingiera ?ara que no le molestaran sin necesidad, En la cocina llenaba muchas veces una taza de agua, cogía una mosca, una cucaracha o un abejorro, y trataba de ahogarlo, apretándolo siempre para abajo con un palito.

Anécdotas de éstas, en las que por cualquier motivo se trataba siempre de los malos tratos y de las burlas gastadas a los hombres, ya se las había oído yo en gran número

a mis abuelos. Ya no podían suscitar en mí ningún interés, y, por tanto, rogaba al cochero que me contara cualquier otra cosa.

Primero, sus arrugas se corrían hacia la boca, luego subían hasta los ojos, y el hombre empezaba a decir:

-¿Conque, otra cosa, eh, ansioso? Teníamos una vez un cocinero...

-¿Quién lo tenía?

-¡Hombre, la condesa Tatián Lexievna!

-¿Por qué la llamas Tatián? ¿Era un hombre?

-Claro que era una mujer ... pero su bigotillo ya tenía. Muy negro, porque procedía de alemanes morenos, que son un pueblo muy parecido a los árabes. Tenía, como digo, un cocinero del que también sé una historia muy graciosa.

La "historia graciosa" trataba de que el cocinero había estropeado un pastel de pescado y le obligaron a comérselo todo, de lo cual enfermó gravemente.

-¡Pues eso no tiene gracia! -Interrumpí yo sin querer.

-¿No? ¿Entonces qué es lo que tiene gracia? Dímelo.

-No lo sé.

-Pues, entonces, cállate.

Y empezaba a contar cualquier otra cosa, que tampoco me parecía nada divertida.

Los días de fiesta venían a veces de visita mis primos, el perezoso y regañón Saska Mijailov, y el taimado y sabelotodo Sacha Jacobo. Un día, hicimos los tres una excursión por los tejados de los edificios del patio, y en el de Betieng vimos a un caballero de pelliza verde y cabeza desnuda, que estaba en un montón de leña junto a la pared y jugaba con un par de perros jóvenes. Uno de los dos primos propuso que le quitáramos un perrillo, y al instante se trazó un plan muy ingenioso: mis primos saldrían a la calle y espiarían en la puerta de Betieng, y yo asustaría al de lo verde, y cuando echara a correr de miedo, ellos entrarían en el patio y se llevarían el perro.

-¿Pero cómo lo voy a asustar? -pregunté yo.

-Escúpele en la cabeza -propuso uno de mis primos.

El de lo verde estaba sentado al pie mismo de nosotros, con la cabeza descubierta, y yo podía cómodamente escupirle en la amarilla calva. Había oído contar y hasta

había visto por mi mismo que le hacían jugarretas mucho peores. Ejecuté, pues, a conciencia el encargo que me habían encomendado.

Se armó una bronca terrible, y un gran enjambre de hombres y mujeres penetró en nuestro patio capitaneado por un oficial joven y elegante. Mientras yo cometía el delito, mis dos primos estaban paseando pacíficamente por la calle, como si no supieran nada de mi fechoría. Por eso fui yo el único que se llevó los palos de mi abuelo, con no pequeña satisfacción de todos los habitantes de la casa de Betieng.

Estaba yo en la cocina, después de la ejecución, sentado en el escalón del hogar, cuando se me acercó el tío Pedro, vestido de fiesta y de muy buen humor.

-Has estado muy bien señorito -cuchicheó-. Le está muy bien empleado a ese cabrón viejo... Así, así, escúpele siempre. Debían abrirle la cabeza de una pedrada.

Se presentó ante mis ojos la cara infantil, redonda e imberbe del caballero de lo verde. Recordaba que había gemido apagada y lastimeramente, como uno de sus perrillos, y que se había secado la amarilla calva con sus menudas manos, y me asaltó una sensación de intensa vergüenza y de odio hacia los primos que me habían azuzado. Pero todo esto quedó súbitamente olvidado al mirar la cara del tío Pedro, que parecía trenzada de cuero: en ella temblaba algo cruel, repelente, como en la cara de mi abuelo cuando me pegaba.

-¡Vete de aquí! -grité, golpeándole con las manos y los pies.

El se rió, guiñó y bajó del peldaño.

Desde entonces, no sentí más ganas de hablar con él, y procuraba esquivarlo. Pero, al propio tiempo empecé, como con la incierta esperanza de alguna cosa futura, a observarle recelosamente.

Poco después del suceso del caballero verde, se desarrolló una segunda "historia".

Hacía ya mucho tiempo que me inspiraba vivo interés la silenciosa casa de Ovsianikov, y me imaginaba que en aquella morada gris debía de discurrir una vida especialísima, misteriosa, como un cuento.

En la casa de Betieng vivían alegre y bulliciosamente, pues acudían allí muchas bellas damas, a las cuales hacían la corte oficiales y estudiantes. Siempre se oía reír y gritar, cantar y tocar música. Ya el exterior de la casa tenía un aspecto alegre, pues los cristales de la ventana eran luminosos y el verde follaje tenía aspecto de frescura. A mi abuelo no le gustaba ni una pizca aquella casa.

-¡Son unos herejes impíos! -decía, hablando de sus habitantes, y a las damas las designaba con una palabra fea, cuyo sentido me indicó en cierta ocasión el tío Pedro, sonriendo cínicamente de un modo igualmente feo.

En cambio, el severo aspecto de la silenciosa casa de Ovsianikov infundía respeto a mi abuelo. Era una casa de un solo piso, pero bastante alta, y su soportal de dos columnas se alzaba en medio de un patio vacío y aseado, cubierto de césped, en el cual había un pozo. Parecía como si aquella casa se retirara de la calle, escondiéndose de ella. Sus tres estrechas ventanas de arco estaban a mucha altura sobre el suelo; los cristales eran turbios y brillaban con los colores del arco iris. Al otro lado del portal había una cochera con la misma fachada que la casa, y también con tres ventanas, sólo que eran pintadas; el marco estaba sujeto a la pared gris, y los travesaños marcados con color blanco. Sobre todo aquel edificio, con sus establos y cocheras vacíos, se cernía un no sé qué de calmoso, algo también de orgulloso, y acaso también algo de enfermizo. A veces, paseaba por el patio un anciano alto y renqueante; salvo el blanco bigote, cuyos pelos salían como agujas, iba completamente afeitado. Otro anciano, de patillas y nariz ganchuda, sacaba a veces de la cochera un caballo tordo, de cabeza grande y pecho estrecho, con largas y delgadas patas. Tan pronto como el animal salía al patio, se inclinaba a todas partes humildemente, como una monja. El caballero cojo

Librodot

le daba unos golpecitos con la palma de la mano, silbaba y suspiraba fuerte. y después el animal se volvía al oscuro establo. Yo me imaginaba que el viejo habría abandonado de buena gana la casa, pero que no podía hacerlo porque era víctima de un hechizo maligno.

Casi todos los días jugaban en el corral, desde el mediodía hasta por la noche, tres muchachos de ojos azules y caras redondas, todos con trajes grises, de chaqueta y gorra iguales; se parecían tanto, que yo sólo acertaba a distinguirlos por la estatura.

Los observaba por las rendijas de la valla. Ellos no se fijaban en mí, pero me hubiera gustado que pudieran verme. Me agradaba lo pacíficamente que pasaban el tiempo con toda ciase de juegos que yo no conocía, lo bien que sabían conducirse, y lo que se preocupaban los unos de los otros. Esto se veía, sobre todo, en la conducta de los dos mayores con el más pequeño, que era un rapazuelo muy gracioso. Cuando se caía, los otros se reían como suele ocurrir cuando alguien se cae, pero en su risa no se traslucía la menor perversidad. En seguida le ayudaban a levantarse, y cuando se había manchado las manos o las rodillas, se las limpiaban con sus pañuelos o con hojas de lechuga, y el mediano decía bondadosamente: "¡Qué torpe eres!". Nunca se dirigían una palabra ofensiva, no se hacían trampas en el juego, y eran muy aplicados y perseverantes.

Un día, me subí a un árbol y lancé un silbido; los chicos pararon e! juego, escuchando; se juntaron sin prisa, me miraron y parecieron celebrar consejo en voz baja. Yo pensé que me tirarían piedras, por lo cual bajé de mi árbol, hice abundante provisión de proyectiles y volví a subir. Los muchachos estaban jugando otra vez en un rincón del patio, sin preocuparse más de mí. Esto me afligió bastante, pero no quise ser yo el que comenzara las hostilidades, y en aquel momento alguien exclamó por la mirilla de una ventana:

-¡Niños..., adentro!

Obedientes, pero sin apresurarse, entraron uno detrás de otro.

Yo me subía a menudo al árbol, que dominaba la valla, y esperaba por si me decían que bajase a jugar con ellos, pero no llegaron nunca a llamarme. En pensamientos, yo jugaba con ellos, y, a veces, con una viveza tal, que me reía fuerte y gritaba. Entonces, me miraban los tres y se habla. ban bajito, pero yo me quedaba confuso y bajaba del árbol.

Una vez, estaban jugando al escondite, y le tocaba al mediano buscar a los otros; estaba detrás de la esquina de la cochera y se comportaba honradamente, tapándose los

ojos con la mano mientras los otros dos corrían a esconderse. El mayor se agazapó debajo de un ancho trineo forrado de cortezas de árbol, bajo el alero de la leñera; pero el más joven no sabía, al parecer, dónde meterse, y en su graciosa confusión no paraba de dar vueltas al pozo.

-¡Una..., dos! -gritó el mayor.

El pequeño saltó sobre el brocal del pozo, se agarró a la cuerda y metió las piernecitas en el cubo vacío, que, golpeando contra las paredes del pozo, desapareció en lo profundo.

Yo me quedé horrorizado viendo cómo la polea, muy bien engrasada, giraba rápidamente y sin ruido. En seguida vi claro el peligro, y salté al patio, gritando:

-¡Se ha caído al pozo!

El mediano corrió al mismo tiempo que yo al brocal y trató de agarrar la cuerda que se desenrrollaba, pero era demasiado débil para sujetarla y no consiguió más que desolarse los dedos. Pero yo la había agarrado ya y también el mayor había acudido a ayudarme, con lo cual, apelando a todas nuestras fuerzas, entre los tres, logramos

subir el cubo.

-¡Muy bajito, por favor! -nos rogó el mayor de los tres.

Pronto tuvimos al pequeño arriba, todo pálido de miedo y con la mano derecha ensangrentada; también tenía desollada una mejilla, y estaba mojado hasta la cintura; pero sonrió, temblando de arriba a abajo y abriendo mucho los ojos, y dijo, alargando las palabras:

-Creí que me... ahogaba.

-La verdad es que no eres nada hábil, chiquillo -observó el mediano, abrazándole y secándole con el pañuelo la sangre de la cara.

Pero el mayor dijo, preocupado:

-Vamos dentro, pues no podremos tener esto callado.

-¿Os pegarán? -pregunté yo.

Afirmó con la cabeza, y dijo, tendiéndome la mano.

-¡Si que acudiste a tiempo!

Yo me alegré de este elogio, pero apenas le había estrechado la mano, cuando se volvió a los otros dos.

-Vámonos, que se está enfriando -dijo el mediano-. Diremos que se ha caído, y más vale que no hablemos nada del pozo.

-No; mejor es no decirlo -asintió el menor, temblando-. Diremos que me he caído en un charco, ¿verdad?

Entraron en la casa. La escena había sido tan rápida, que al levantar los ojos vi que todavía se movía la rama de la que me había descolgado y las hojas que caían de ella.

Una semana larga permanecieron invisibles los hermanos, y luego volvieron a salir al patio más animados que nunca. Cuando el mayor me vio en el árbol me dijo amablemente:

-Baja con nosotros.

Nos metimos en el viejo trineo de la cochera y estuvimos charlando largo rato, observándonos mutuamente.

-¿Hubo palos? -pregunté yo.

-Sí, nos llevamos nuestra parte -respondió el mayor. No me cabía en la cabeza que a aquellos chicos les pegaran lo mismo que a mi, y la idea me sublevaba.

-¿Por qué coges pájaros? -me preguntó el pequeño.

-Porque cantan muy bien.

-Pues es mejor no cogerlos y dejarlos que vuelen como quieran.

-Bueno, como quieras.

-Pero antes tienes que coger uno y regalármelo -dijo el mayor.

-¿Cuál quieres tú?

-Uno muy bonito. Y lo quiero ya en su jaula.

-Entonces un pinzón.

-Pero se lo comerá el gato -dijo el más joven-. Y papá no lo consentirá.

-Es verdad -confirmó el mayor-. Papá no lo consentirá.

-¿Tenéis madre? -pregunté yo.

-No -dijo el mayor, pero el mediano rectificó:

-Tenemos una, pero no es nuestra verdadera madre.

Nuestra madre murió.

-Entonces es madrastra -dije yo, y el mayor confirmó mis palabras con un movimiento de cabeza.

Se quedaron los tres pensativos, como si hubiera caldo sobre ellos una sombra.

Yo sabía, por los relatos de mi abuela, lo que era una madrastra y comprendía harto bien la tristeza de los hermanos. Se estaban allí, como tres polluelos, muy pálidos y

muy juntos. La madrastra del cuento, que era una bruja que a fuerza de hechizos y engaños había usurpado el lugar de la verdadera madre, vino a mis recuerdos y consolé a mis nuevos amigos.

-Esperad, que vuestra verdadera madre volverá.

-¡Si se ha muerto! ¡No, eso no es posible! -dijo el mayor, encogiéndose de hombros.

-¿Que no es posible? ¡Dios mío! ¡Pues sí que no es poco frecuente ver resucitar muertos, aunque estén despedazados, si se los rocía con la verdadera agua de la vida! ... ¡Cuántas veces no se trata de la verdadera muerte, de la que manda Dios, sino de una muerte por hechicería, come las que causan las brujas y los brujos!

Empecé a contarles con tono vivo los cuentos de mi abuela. El mayor, al principio, sonreía y decía en voz baja: "Ya lo sabemos, esos son cuentos." Sus hermanos escuchaban en silencio, inclinando las cabezas hacia mí; el menor hinchaba ¡os carrillos y apretaba los labios, al paso que el mediano apoyaba un codo en la rodilla y echaba el otro brazo a! cuello de su hermanito.

Era ya tarde y flotaban sobre los tejados unas nubes rojizas, cuando apareció junto a nosotros el anciano señor del bigote, con traje largo y pardo como el que llevan los popes y con gorra de piel.

-¿Quién es ése? -preguntó, señalándome con el dedo.

El chico mayor se levantó y con la cabeza indicó la casa de mi abuelo,

-Vive ahí.

-¿Quién le ha llamado?

Los tres hermanos salieron sin hablar del trineo y se fueron hacia la casa, en forma tal que me recordaron una fila de dóciles gansos.

El viejo me cogió bruscamente por el hombro y me condujo por el patio hacia el portal. Yo, muerto de miedo, estaba a dos dedos de echarme a llorar, pero el hombre, a pesar de su cojera, daba unos pasos larguísimos y andaba tan de prisa, que no me dejó tiempo a romper el llanto. Antes de que pudiera darme cuenta, me vi en la calle, mientras él, amenazándome con el dedo, se quedaba en la puerta y me decía:

-¡Que no te atrevas a volver a poner los pies en mi casa!

-¡Yo no he venido a tu casa, viejo Satanás! -le respondí con ceño.

El hombre extendió su largo brazo, me volvió a sujetar y por la acera me llevó hasta casa de mi abuelo.

-¿Vives en casa de tu abuelo? -me preguntó, y sus palabras me sonaron como martillazos que me dieran en el cráneo.

Para desdicha mía, mi abuelo estaba en casa; echando atrás la cabeza y avanzando la puntiaguda barbilla, se plantó delante del irritado anciano, le miró a los turbios y redondos ojos y dijo a toda prisa:

-Su madre está de viaje; yo tengo que hacer todo el día y aquí no hay nadie que pueda cuidar de él. Tiene usted que perdonarle, señor coronel.

El coronel gritaba de tal modo. que se le oía en toda la casa, hasta que, por fin, dio media vuelta, tieso como una columna de madera, y se alejó. Un rato después, me volví a encontrar en el patio, en el vehículo del tío Pedro.

-¿Ha habido nuevo vapuleo, señorito? -me preguntó el hombre, que estaba enganchando su caballo-. ¿Por qué ha sido la solfa?

Cuando le conté por qué me había pegado mi abuelo, dijo furioso:

-¿Por qué te hiciste amigo de ellos? Esos señoritos son una nidada de serpientes, y por ellos te has llevado los palos. Lo que debes hacer es cobrárselos.

Siguió largo rato riñendo y refunfuñando. Amargado por los golpes que me había llevado, le escuché al principio con un sentimiento de satisfacción; pero cuando

llevaba un rato contemplando su cara repulsiva y temblorosa de excitación, nuevamente me entró recelo de él. Pensé que también los muchachos de la otra casa se habrían llevado su paliza, y que en rigor no me habían hecho nada malo.

-Pues son unos buenos chicos -dije-. ¿Por qué les he de pegar? Tú siempre quieres que haga cosas malas.

Me miró de un modo raro y exclamó súbitamente:

-¡Abajo del carro!

-¡Viejo estúpido! -le grité en su cara al saltar al suelo, Me persiguió por el patio sin alcanzarme y gritando fuera

de sí.

-¿Yo, viejo estúpido? ¿Yo, querer que hagas cosas malas? ¡Espérate, que te ahogo!

En la escalera de la cocina apareció mi abuela, y yo me refugié a su lado, mientras el tío Pedro me acusaba:

-¿Qué tiene ese bribón contra este pobre viejo? Me dice siempre los insultos peores.

Y citó un par de vocablos groseros, diciendo que se los había dicho yo. Mi asombro no tenía límites al ver que mentía tan descaradamente delante de mí, y no encontré palabras para defenderme. Probablemente mi abuelo habría prestado crédito al calumniador, pero la abuela respondió con tono resuelto:

-Vaya, Pedro, eso es mentira, no me cabe duda. El chico no pronuncia semejantes palabras.

Desde aquel día comenzó entre Pedro y yo una guerra silenciosa; él me pegaba o me daba con las riendas, fingiendo que lo hacía sin querer; dejaba que mis pájaros se escapasen de la jaula, azuzaba al gato contra ellos, me acusaba ante el abuelo con cualquier motivo y siempre tenía algo que alegar en contra mía. A mí no se me quitaba le impresión de que tenía que habérmelas en él con uno de mi edad que, por broma, se hubiera disfrazado de viejo, y le pegaba haciéndole toda clase de perrerías. Le destrenzaba, sin que me vieran, las alpargatas y le destorcía los cordones para que se rompieran cuando iba a calzarse, o le sacudía pimienta en la gorra, haciéndole estornudar una hora seguida. Los domingos y días de fiesta, que él pasaba en casa, me espiaba con celo singular, y más de una vez me atrapó haciendo cosas prohibidas. Porque mantenía mis relaciones con los señoritos de la casa de al lado, y Pedro no dejaba de ir con la denuncia a mi abuelo tan pronto como me veía con ellos.

La amistad de los tres hermanos había tomado para mí un atractivo especialísimo. En la estrecha callejuela que corría entre la pared de la casa de mi abuelo y la valla de la mansión de Ovsianikov había un olmo, un tilo y un espeso arbusto de acebo; debajo de este último había hecho yo en el seto un agujero semirredondo, por el cual pasaban los hermanos uno tras otro o de dos en dos, y, arrodillados o en cuclillas, podíamos charlar bajito. Uno de ellos estaba siempre de guardia para que el corone no nos sorprendiera.

Me contaron cuán uniforme y tediosa era su vida, lo que me produjo mucha tristeza; hablamos de mis pájaros y de todas las demás cosas que pueden interesar a los niños; pero, que yo recuerde, no llegamos nunca a hablar una palabra de su madrastra ni de su padre. Muy a menudo, me rogaban que les contara un cuento, y yo lo hacía de buena gana, contándoles las historias de mi abuela. Si se me olvidaba algo, les rogaba que me esperaran un momento, corría a la abuela y le hacia que me contara otra vez lo olvidado. Ella accedía siempre a mi ruego.

También les contaba muchas cosas de la anciana.

-Las abuelas son todas muy buenas -decía el mayor de los tres hermanos, suspirando profundamente- También nosotros teníamos una abuela buena.

Librodot

Repetía las palabras "teníamos", "era", "éramos" tan a menudo y con expresión tan melancólica como si no hubiera vivido sólo once años, sino ya un centenar de ellos en la tierra. Recuerdo que tenía las manos delgadas y finas, los dedos flacos y que, en general, toda su figura era esbelta y delicada; sus ojos eran de sorprendente claridad y, al propio tiempo, tan dulces como las llamitas de las lámparas de iglesia. También sus hermanos eran unos muchachos simpáticos, con quienes tenía uno que ser bueno a la fuerza; pero el mayor era el que más me agradaba.

Completamente absorto en la conversación, muy a menudo no echaba yo de ver que se presentaba el tío Pedro para separarnos con sus perversas palabras: "¿Otra vez juntos?". No se me había escapado que los ataques de sombría severidad, que ya había tenido antes, revestían mayor frecuencia en los últimos tiempos. Ya antes había yo conseguido adivinar en qué estado de ánimo volvía del trabajo. Generalmente, abría la puerta del patio sin prisa, y los goznes crujían lenta y perezosamente; pero si volvía de mal temple, chirriaban brevemente, como si gritaran de dolor.

Su sobrino, el sordomudo, había vuelto al pueblo hacía tiempo para casarse; Pedro vivía solo encima de la cuadra, en una habitación baja de techo con una ventana diminuta, en la cual olía repulsivamente a cuero rancio, alquitrán, sudor y tabaco. Aquel olor era la causa de que yo no le visitara nunca en su vivienda. Solía dormir con la lámpara encendida, cosa que desagradaba mucho a mi abuelo:

-Un día me pegarás fuego a la casa, Pedro.

-No tengas miedo, que no pasa nada -respondía Pedro, apartando la vista-. De noche, siempre pongo la luz en un plato con agua.

Ahora miraba siempre de lado de un modo muy raro, no acudía ya a los tés de mi abuela ni convidaba a nadie con mermelada de frambuesa. Su cara estaba como desecada, las arrugas eran más profundas y andaba cojeando y arrastrando las piernas como un enfermo.

Una mañana, era un día de trabajo, estaba yo con mi abuelo barriendo !a nieve que había caído en abundancia durante la noche, cuando sonó más fuerte que de costumbre el aldabón de la puerta de entrada y penetró en el patio un policía, se quedó en el portillo y con un dedo, gordo y moreno, señaló a mi abuelo. Al acercarse éste, el policía empezó, inclinando la nariguda cara sobre él, a contarle algo en voz baja.

-¿Cómo? ¿Aquí? ¡Por amor de Dios...! ¿Cuándo? -le que preguntaba el abuelo, miedosamente.

Y de pronto, dio un salto, como si le hubiera pinchado algo, y exclamó:

-;Señor, misericordia! ¿Es posible?

-¡No tan fuerte! -dijo severamente el policía.

MI abuelo miró a su alrededor y, al verme, exclamó:

-¡Recoge las palas, y anda para casa!

Yo me escondí en un rincón, y los dos entraron en el cuarto del carretero. El policía se quitó el guante derecho, se dio con él en la palma de la mano izquierda y dijo:

-No tiene más remedio que estar aquí. Ha dejado abandonados el caballo y el carro, y se ha escondido aquí.

Corrí a la cocina a contarle a la abuela todo lo que había visto y oído. Ella estaba amasando la pasta en la artesa y, al oír mis noticias, sacudió la cabeza, espolvoreada de harina.

-Debe de haber robado algo -dijo tranquilamente-. Vete y no te preocupes más.

Cuando volví a salir al patio, vi a mi abuelo en el portillo, con la gorra en la mano, mirando al cielo y santiguándose.

Parecía estar muy enfadado, y una de sus piernas temblaba.

-¡Vete ahora mismo a casa! ¿No has oído? -me gritó, dando con el pie en el suelo.

Me volví a la cocina y él me siguió. -¡Ven aquí, madre! -dijo a la abuela.

Se fueron al cuarto de al lado y estuvieron largo rato hablando en cuchicheos. Cuando volvió la abuela a la cocina, vi claro que debía de haber ocurrido algo terrible.

-¿Por qué estás tan asustada? -le pregunté.

-Cállate ahora -me respondió en voz baja.

Todo el día reinó en la casa una medrosa inquietud. Mis abuelos cambiaban miradas tímidas y sólo hablaban con palabras breves e incomprensibles, que aumentaban más aún lo misterioso de la situación.

-Enciende todas las lámparas de los ¡conos, madre -ordenó el abuelo, carraspeando.

No me supo bien la comida. Mi abuelo estaba nervioso, con las comisuras de la boca fruncidas, como si esperase a alguien. Carraspeó y refunfuñó:

-¡Grande es el poder de Satanás sobre los hombres!

Toda una vida de piedad, cumpliendo siempre con la iglesia... y ahora, de repente ... ¡Oh!

La abuela toda se volvía suspirar.

Lento y agobiador transcurrió aquel día de invierno turbiamente plateado, y el humor que reinaba en la casa era cada vez más molesto y más desazonado.

A la caída de la tarde, se volvió a presentar un policía, un individuo grueso y pelirrojo, que se sentó cómodamente en el banco de la cocina y comenzó en seguida a dar cabezadas.

-¿Y cómo se ha averiguado? -le preguntó la abuela. El hombre levantó la cabeza, resollando, y respondió al cabo de mucho rato:

-Nosotros lo averiguamos todo, no se apure usted.

Yo estaba junto a la ventana, y con una moneda vieja que había calentado en la boca, me esforzaba en imprimir en el hielo la imagen de San Jorge, el matador del dragón; súbitamente, sonó un ruido fuerte en el zaguán, y la puerta de la cocina se abrió de par en par. Petrovna, nuestra vecina, apareció en el dintel y dijo a voz en grito:

-¡Miren en seguida lo que pasa en su jardín!

Cuando vio al policía, corrió de nuevo al zaguán; pero él la sujetó de la falda y gritó, asustado:

-¡Alto ahí! ¿Quién eres tú? ¿Qué es lo que hay que ver allí?

La mujer tropezó con un dintel, cayó de rodillas y, tragándose a medias las palabras, empezó a decir entre sollozos:

-Iba yo al establo a ordeñar la vaca cuando de pronto veo que en el jardín de los de Kachirin había algo, una bota o qué...

-¡No mientas, gansa estúpida! -interrumpió, furioso, el abuelo-. En nuestro jardín no podías ver nada. La valla es alta y no hay rendijas; ¿qué ibas a ver en nuestro jardín? ¡Absolutamente nada! ¿Comprendes?

-¡Ah, sí, padrecito! -exclamó la Petrovna, extendiendo una mano hacia él y cogiéndose la cabeza con la otra-. Tienes razón. Es verdad, no era nada. Fui, pues, y vi que había unas huellas que conducían a nuestra valla y que la nieve estaba muy pisoteada en un sitio y luego miré por encima de la valla y le vi tendido.

-¿A quién?

Largo rato resonó este grito interrogador y enigmático. Luego, se precipitaron todos como dementes, empujándose y atropellándose fuera de la cocina y corrieron al jardín. Allá, en el hoyo, lleno de blanda nieve, yacía el tío Pedro, con la espalda apoyada en las vigas carbonizadas y la cabeza hundida en el pecho. Bajo la oreja derecha se abría en el cuello una profunda herida, roja como una boca, cuyos dentados bordes azules parecían dientes. Cerré los ojos de miedo y, por entre las pestañas, vi al

Librodot

lado de las rodillas del muerto su cuchillo de guarnicionero que tan bien conocía y los encorvados dedos de la mano derecha, mientras la izquierda, como arrojada a un lado, yacía sobre la nieve. Esta se había derretido debajo del cadáver y su pequeño cuerpo se había hundido bastante en la blanda y brillante lana, y parecía aún más amuchachado que en vida. La cabeza, humildemente inclinada, se apoyaba con la barbilla en el desnudo pecho, en el que se veía una cruz de metal sobre la sangre coagulada. Me daban vértigos por el torbellino de voces; la Petrovna berreaba sin cesar; el policía, que envió no sé dónde al tártaro Vale¡, gritaba igualmente a voz en cuello, y el abuelo chillaba también:

-¡No piséis las huellas

Luego, enarcó súbitamente el ceño y dijo fuerte y con resolución al policía:

-¡No grites así, guardia! ¡Aquí ha celebrado Dios su juicio y tú vienes ahora con tonterías!... ¡Ah, mal rayo!...

Y todos callaron súbitamente, volvieron los ojos al cadáver y se sari'tig:jaron suspirando.

Del patio llegaban cada vez más personas al jardín, y hasta por encima de la valla de la Petrovna treparon algunos, y gruñendo de enojo, cayeron sobre la nieve; pero, en conjunto, todo quedó en silencio hasta que el abuelo se volvió y exclamó desesperado:

-Pero, queridos vecinos, ¿qué os ocurre? ¡Me estáis estropeando todos los frambuesos!

La abuela me cogió de la mano y me condujo, sollozando, a la casa.

-¿Qué ha hecho? -pregunté yo; y me respondió ella:

¿No lo ves?

Toda la tarde y hasta muy avanzada la noche hubo un hormiguero de gente en la cocina y en el cuarto contiguo. Todos gritaban. El policía daba órdenes; un individuo con aspecto de diácono escribió no sé qué, y la abuela tenia un trabajo enorme para darles té a todos. A la mesa estaba sentado un hombre rechoncho y picado de viruelas, de bigote largo, que decía con voz de carraca:

-Nadie sabe cuál es su verdadero nombre; y sólo se ha podido averiguar que procede de Yelatima. El sordomudo no es tal sordomudo, y lo ha confesado. Hay otro más en la cuadrilla, que también ha confesado. Desde hace años se dedican a robar iglesias, y ése ha sido su principal oficio.

-¡Oh, Dios! -suspiró la Petrovna, muy encendida y chorreando sudor.

Yo estaba arriba, en el escalón superior, y miraba hacia abajo: todas las personas aquellas me parecían de piernas cortas, gordas y formidables.

Capitulo X

Un sábado, por la mañana, muy temprano, salí al jardín de la Petrovna para coger frailecillos. Estuve largo rato al acecho, pero no me cayó en la trampa ninguno de esos pajarillos de pecho rojo, tan presumidos. Se paseaban de un modo muy cómico, como si quisieran fascinarme con la pompa de sus colores sobre la plateada costra de hielo cubierta por la nieve, volaban a las ramas de los arbustos, cubiertas por una gruesa capa de escarcha, se mecían en ellas como flores vivas y sacudían hacia abajo el azulado polvillo de la nieve. El espectáculo era tan agradable, que no me enojó mi fracaso, cuanto más que nunca fui un cazador de pájaros muy apasionado, y en el

ejercicio de esta afición, la observación de los minúsculos seres alados y de su vida y costumbres me producía siempre más placer que el fruto de la captura.

Es admirable estar sólo al acecho al borde de un campo de nieve, oyendo gorjear a los pájaros en la cristalina calma del día invernal, mientras en la lejanía se percibe el campanilleo de un trineo presuroso, melancólica alondra del invierno ruso.

Me dio un escalofrío, mientras me hallaba al acecho en la nieve. Sintiendo que se me habían helado las orejas, cogí la trampa y la jaula, trepé por la valla al jardín del abuelo y entré en mi casa. La puerta que daba a la calle estaba abierta de par en par, y un aldeano gigantesco acababa de hacer parar delante del patio un gran trineo de viaje de tres caballos. Estos pateaban en la nieve y su conductor silbaba satisfecho. Sentí un estremecimiento singular al mirarlo.

-¿Quién ha venido? -pregunté al aldeano.

El hombre se volvió a mí, me miró por debajo del brazo, saltó al borde del trineo y dijo:

-El pope.

¿El pope? ... A mí me tenía sin cuidado, porque en to- do caso habría ido a ver a uno de los inquilinos.

-¡Andad, caballitos! -exclamó el aldeano, silbando y cogiendo a los animales por la rienda; apresuradamente se dirigieron hacia el campo, mientras yo me quedaba mirándolos y escuchando el son de las campanillas. Cerré la puerta y entré en la cocina. Allí no había nadie; pero en el cuarto contiguo oí la voz vigorosa de mi madre:

-¿Qué pasará ahora? ¿Acaso tendré que ahorcarme?

Dejé en cualquier parte mi jaula y, sin quitarme el abrigo, corrí al zaguán, donde me tropecé con mi abuelo. Este me cogió por el hombro, me miró con los ojos desmesuradamente abiertos y dijo, con ronca voz, tragándose una palabra fea:

-Ha llegado tu madre... Anda y salúdala. ¡Alto! ¿Adónde vas?

Me hizo dar media vuelta violentamente, a punto de hacerme caer; me empujó hacia la puerta de la habitación y dijo:

-¡Entra, entra!

Corrí hacia la puerta, cubierta de fieltro y de hule, y, con las manos temblorosas de frío y excitación, estuve tentando largo rato para encontrar el pomo. Finalmente, logré dar con él, abrí despacio la puerta y me quedé en el dintel, como deslumbrado.

-¡Allí está! -exclamó mi madre-, ¡Dios mío, cuánto ha crecido! ¿Es que ya no me conoces? Pero, ¿qué andrajos son esos que llevas puestos? ¡Oh! Eso es verdaderamente..., ¡y tiene las orejas muy blancas! ¡Mamá, déme en seguida un poco de enjundia de ganso!

Inclinada sobre mi en medio de la habitación, me quito la ropa y me hizo dar vueltas, como una pelota, entre sus manos. Su robusto cuerpo estaba envuelto en un traje rojo, suave y caliente, ancho y cómodo como un blusón de aldeano, y cerrado por una serie de grandes botones negros que transversalmente le llegaban del hombro hasta la fimbria. Yo no había visto nunca un traje como aquél.

Su cara me pareció más pequeña y más blanca que antes: los ojos se me antojaron más grandes y más hondos y el pelo más dorado, Fue tirando hacia el dintel de la puerta las ropas que me quitaba; sus labios de cereza se contrajeron como si sintiera náuseas y, con voz autoritaria, exclamo:

-Vamos, ¿por qué estás tan callado? ¿No te alegras de verme aquí? ¡Oh, qué camisa tan sucia!

Luego me froto las orejas con enjundia de ganso; esto me dolió, pero me suavizo el dolor el aroma refrescante y agradable que exhalaba su cuerpo. Me arrimé a ella, la miré a los ojos y la excitación no me dejo encontrar palabras. En mitad de las suyas,

Librodot

sonó la voz baja y afligida de mi abuela:

-Es un mozo ingobernable, completamente descastado; ni siquiera su abuelo le da miedo. ¡Ah, Varia, Varia!

-Vamos, mamaíta, vamos, ¿a qué viene ese lloriqueo?

En comparación con mi madre, todo alrededor parecía pequeño, lastimoso y viejo; yo mismo me imaginaba tan viejo como mi abuelo. Mi madre me atrajo hacia si entre sus fuertes rodillas, me aliso el pelo con la gruesa y caliente mano y dijo:

-Es preciso arreglarle ese pelo. Y habrá que mandarle a la escuela. ¿Tienes ganas de aprender?

-Ya lo he aprendido todo.

-Todavía te quedará un poquito. Pero, ¡qué grande y qué fuerte estás! -dijo, bromeando y riendo conmigo; y yo sentí el calorcillo de su risa, sonora y profunda.

Entro el abuelo, pálido, ceñudo y con los ojos enrojecidos. Mi madre me aparto a un lado con un ademán y pregunto:

-Conque, ¿qué hay, papá? ¿Me vuelvo a marchar?

Mi abuelo se planto en la ventana, se puso a rascar el hielo con la uña y permaneció en silencio largo rato. Todo estaba en tensión en la estancia, y, como siempre, en aquellos minutos penosos me pareció que me crecían los ojos y las orejas, que el pecho se me ensanchaba de un modo raro y que quería brotar de él un grito.

-¡Lexei, salte fuera! -ordeno el abuelo con voz apagada.

-¿Por qué? -pregunto mi madre, atrayéndome de nuevo hacia si.

-Tú no vas a ninguna parte. Te lo prohibo.

Mi madre se levanto, dio unas vueltas por el cuarto, como una nube roja y se quedo parada a la espalda de mi abuelo.

-Escuche usted, papá ...

-¡Cállate! -exclamo él, volviéndose, con voz chillona.

-No estoy dispuesta a que me griten -dijo en voz baja mi madre.

-¡Bárbara! -exclamo mi abuela, levantándose del diván y amenazándola con el dedo.

Pero mi abuelo se sentó en una silla y musitó:

-¡Claro! ... ¿Qué soy yo, en rigor? ¿Como? ¿Qué es eso?

Y de pronto gritó, fuera de sí:

-¡Has echado sobre mí la vergüenza y el deshonor, Varika!

-¡Vete! -me ordeno mi abuela.

Muy deprimido, salí a la cocina, me acurruqué en el hogar y escuché largo rato lo que pasaba en el cuarto contiguo, donde tan pronto hablaban todos a un tiempo como reinaba un silencio absoluto, cual si se hubieran dormido. Hablaban de un niño que mi madre había tenido y había confiado a alguien; pero yo no podía entender por qué estaba tan enojado mi abuelo, si era porque había tenido el niño sin pedirle permiso a él, o porque no lo había traído consigo.

Luego, salió el abuelo a la cocina, con el pelo revuelto, muy rojo y fatigado, y tras él apareció la abuela, que se secaba las lágrimas de las mejillas con la punta de la chaqueta. El abuelo se sentó en el banco, se inclino hacia adelante y apoyo la cabeza en las manos. Un estremecimiento recorría su cuerpo y se mordía los exangües labios; pero su mujer se arrodillo delante de él y le dijo con rendido fervor:

-¡Perdónala, padre! ... ¡Por amor de Dios, perdónala! ... ¡Torres más altas cayeron! ¿Acaso no pasa eso entre los nobles y los comerciantes? No tienes más que mirar qué mujer es. ¡Anda, perdónala, que todos somos pecadores!

Mi abuelo se recostó en la pared, miro a su mujer de hito en hito y musito, contrayendo los labios en una sonrisa dolorosa:

-¡Sí, tú siempre saldrás en su favor!... ¿A quién no querrías tú perdonar? Para todos has tenido siempre compasión, compasión ... ¡Ah, mal rayo!

Se inclino hacia ella, la cogió de los hombros, la sacudió y cuchicheo, atropellándose:

-Pero Dios Nuestro Señor ... no entiende de compasión. En la misma tumba nos castiga con su ira y, al final de nuestros días, no conocemos ni la alegría ni la paz. Y yo te digo, y fíjate en mis palabras: todavía hemos de ir a pedir limosna, sí, con un zurrón de mendigo a la espalda.

La abuela le cogió las dos manos, se sentó a su lado y se rió bajito.

-¡S¡ no es más que eso! -dijo-. ¡Con un zurrón de mendigo! ... ¿Y eso te da miedo? Déjalo que sea. Tú te quedarás muy lindamente en casa, y seré yo la que pida limosna. A mí me darán siempre algo, y tendremos para matar el hambre. No te apures por eso, padre.

Una sonrisa vago de pronto por el rostro de mi abuelo, que doblo la cabeza al lado como un macho cabrío, cogió a su mujer por el cuello, arrimó a su cuerpo la figura menuda y lastimosa, y dijo sollozando:

-¡Ah, tonta, mi buena tonta! ¡Eres lo último que me queda! Tú no entiendes nada ni te apuras por nada. ¡Pero piensa cómo hemos trabajado los dos, cómo he pecado yo por ellos! ... Y ahora quisiera, por lo menos ...

No pude resistir más tiempo; mis ojos rompieron a llorar, salté del hogar y corrí hacia ambos. Lloraba de alegría al ver cuánto se querían los dos, por la llegada de mi madre y porque me dejaran tomar parte en su llanto con igual derecho que ellos, me abrazaran y me estrecharan contra su pecho.

-¡Ah, bribón! ¿También tú estás ahí? -cuchicheó el

abuelo, mirándome con una sonrisa-. Ahora ha venido tu madre, y tú te arrimarás a ella, y el abuelo, el maldito y viejo abuelo, que siempre te ha mimado y malcriado, se habrá acabado para ti... ¡Ah, mal rayo!

Extendió los brazos para apartarnos, y luego se levantó y dijo, aparentando desgano:

-Todos le abandonan a uno, cada cual va por su camino... ¡Todo al revés, al revés! ¡Ea, llámala ya! ¡Pronto!

Mi abuela salió de la cocina, y su marido dejó caer la cabeza y dijo, mirando al rincón de los iconos:

-¡Oh, Dios misericordioso, mírame, mira esto!

Luego, se dio en el pecho un puñetazo tan fuerte, que sonó como un trueno. Me desagradó aquello, como me desagradaba, en general, su manera de hablar con Dios. Era como si quisiera fanfarronear delante de él.

Vino mi madre, y su vestido rojo difundió una gran claridad en la cocina. Se sentó en el banco junto a la mesa; los abuelos se colocaron a derecha e izquierda de ella, y las anchas mangas de su traje rojo se posaron en los hombros de los dos viejos. Bajito, con la cara muy grave, les contó no sé qué, y ellos ¡a escucharon callando y sin Interrumpirla. Ambos estaban tan achicados, que mi madre parecía ser la de ellos.

Fatigado por todas aquellas violentas emociones, me dormí en mi escalón.

Por la tarde, los viejos acudieron en traje de domingo, al oficio vespertino. El abuelo se había puesto su levita de uniforme de presidente del gremio, los anchos pantalones guarnecidos y encima la pelliza de mapache.

-Mira cómo se ha acicalado tu padre -dijo mi abuela a mi madre con serena mirada-. ¡Parece enteramente un pollo!

Mi madre tuvo que reírse. Cuando después me quedé solo con ella en su cuarto, se sentó en el sola, cruzó las piernas y dijo, dando con la mano en el asiento de su lado.

Librodot

-Ahora, ven conmigo. ¿Cómo te va aquí? No muy bien, ¿verdad?

¿Cómo me iba? ¿Qué podía yo decir?

-No lo sé -respondí.

-¿Te pega tu abuelo?

-Ahora ya no tan fuerte.

-Bueno, cuéntame lo que quieras. Habla.

Como no tenia ganas de hablar del abuelo, le conté que en el cuarto en que nos encontrábamos había vivido una persona muy amable, pero a la que nadie podía nutrir en la casa y a la cual el abuelo habla desahuciado de la vivienda. Esta historia no pareció interesarle gran cosa a m' madre, o por lo menos me dijo:

-¿Y qué más sabes?

Le hablé de los tres muchachos de la casa contigua y del coronel que me había echado del patio.

-¡Qué viejo canalla! -exclamó ella, estrechándome en sus brazos. Luego se quedó callada, entornó los ojos y dirigió la vista al suelo.

-¿Por qué estaba el abuelo tan enfadado contigo? -pregunté yo.

-Porque no le he obedecido.

-Hubieras debido traer al niño.

Se levantó de pronto, arrugó la frente y se mordió los labios. Luego se rió y me oprimió contra su pecho.

-¡Ah, bribonzuelo! ¡A ver si te callas la boca! ¿Me oyes? ¡No debes ni siquiera pensar en eso!

Estuvo hablando un largo rato, en voz baja y severa, pero yo no la entendí. Luego, se levantó y dio unos paseos por el cuarto, enarcando las cejas y sobándose la barbilla con los dedos.

En la mesa ardía la vela de sebo, que titilaba y se reflejaba en el espejo de la pared; unas sombras turbias corrían sobre el pavimento; ante los ¡conos del rincón ardía la lamparilla y, por ¡a helada ventana, penetraba la plateada luz de la luna. mi madre miró alrededor, como si buscara algo en las desnudas paredes y en el techo.

-¿Cuándo te vas a la cama? -preguntó.

-Un poco más tarde.

-Además, ya has dormido de día -dijo, recordando, y suspiró.

-¿Te volverás a ir? -pregunté yo.

-¿Adónde? -exclamó, asombrada, levantándome la cabeza y mirándome largo a la cara, tan largo que, finalmente, me asomaron lágrimas a los ojos.

-¿Qué te pasa?

-Que me duele el cuello.

Pero no sólo el cuello, sino también el corazón me dolía: barruntaba que mi madre no permanecería mucho tiempo en aquella casa, sino que se volvería a marchar.

-¡Serás igual que tu padre! -me dijo, apartando con el pie la estera del suelo-. ¿Te ha hablado de él tu abuela?

-Sí.

-Ella quería mucho a Máximo, y él a ella también.

-Ya lo sé.

Mi madre miró la vela, la apagó enarcando el ceño y dijo:

-Así está mejor.

Si, así estaba el ambiente más puro y más fresco, desaparecían las turbias e inquietas sombras, unas manchas de luz de azul pálido se posaban, temblando, en el suelo, y los cristales irradiaban chispas de oro.

-¿Dónde has estado? -pregunté.

Me dijo los nombres de algunas ciudades, en un tono como si hablara de cosas olvidadas hacía mucho tiempo. Luego, volvió a moverse por el cuarto sin hacer ruido, como un halcón.

-¿Y de dónde has sacado ese vestido?

-Me lo he hecho yo misma. Yo me lo hago todo.

Me era muy grato ver que fuera mi madre tan distinta de todos los demás; pero me producía cierta tristeza que hablara tan poco, pues cuando yo no le preguntaba, guardaba silencio.

Después, volvió a sentarse en el diván, y permanecimos callados y muy juntos hasta que volvieron los dos viejos, solemnes, tranquilos y amables, oliendo a cera y a incienso.

A la hora de la cena, hubo servicio de fiesta, muy decoroso; se habló muy poco y con precaución, como si se temiera despertar a un dormido.

Pronto empezó mi madre a enseñarme con ahínco la lectura "civil". Compró una partida de libros, y en uno de ellos, cuyo título decía: "La lengua materna", aprendí en pocos días las dificultades de la escritura "civil" corriente. Al mismo tiempo, mi madre me hacía aprender versos de memoria, y esto era para los dos una fuente de amarga aflicción. Entre los trozos que elegía, muchos eran inasequibles a mi inteligencia, y yo practicaba una especie de represalias inconscientes, trastrocando los versos o sustituyendo algunas palabras por otras de sonido semejante. Esto enfadaba a mi madre, que me hacía repetir cien veces los odiados versos y me llamaba torpe y testarudo cuando, después de haber dicho bien un verso, a la vez siguiente lo volvía a estropear, Por fin, debí de encontrar placer en aquellos juegos de palabras, porque ensartaba toda clase de tonterías y las decía en lugar de la poesía que me mandaban.

-Pero, ¿qué es eso? -exclamó mi madre.

-No lo sé..., suena tan...

-¿Tan qué?

-Tan cómico.

-¡Vete al rincón!

-¿Por qué?

-¡Que te vayas al rincón! -repitió ella en voz baja, pero en tono amenazador.

-¿A qué rincón?

Sin responder a mi pregunta, me miró con una expresión tan severa, que me dejó confuso y sin saber qué era lo que quería. En un rincón, debajo de los iconos, había una mesita redonda, con un florero que tenía un ramillete de flores y hierbas secas; en el otro rincón delantero había un cofre cubierto con un tapiz; el tercer rincón, en la parte trasera de la casa, contenía la cama, y no había cuarto rincón porque la jamba de la puerta estaba pegada a la pared.

-Es que no sé qué quieres -dije yo, desesperado.

Mi madre calló un rato, se pasó la mano por la frente y ¡as mejillas y luego me preguntó:

-¿No te ha mandado nunca al rincón tu abuelo?

-Pero, ¿a qué rincón?

-¿No lo ha hecho nunca? -exclamó, dando dos golpes con la mano en la mesa.

-No, no me acuerdo.

-¿No sabes que se manda a los niños al rincón como castigo?

-No lo sé. ¿Qué castigo?

Mi madre suspiró profundamente.

-¡Ay! Ven aquí -me dijo.

-¿Por qué me chillas de ese modo? -le pregunté yo.

-Y tú ¿por qué destrozas los versos adrede?

Yo no sabía si lo hacía adrede o no. Volví a decir los versos lentamente, y aquella vez salieron bien. Me puse colorado y me quedé corrido ante mi madre, cuyo rostro se ensombreció.

-¿Ves tú cómo antes los estropeabas adrede? -me dijo, arrugando la frente.

-No sé... Yo no quería.

-¡Vete ya! -dijo, dejando caer la cabeza-. ¡Qué trabajo me das!

Cada día tenía que aprender más versos; pero mi memoria se negaba cada vez más pertinazmente a la asimilación de aquellas líneas uniformes. Por otra parte, crecía en mí el deseo irrefrenable de cambiarlos, de desfigurarlos y de reemplazarlos por palabras extrañas, que se me ocurrían en tropel y que me era muy fácil entretejer en el verdadero texto. Llena de indignación, mi madre refería a mi abuelo cómo jugaba yo con las creaciones de los poetas, y él decía:

-El rapaz es burlón. Tiene buena memoria, pues las oraciones se le graban en ella más fijamente que a mi, Lo que se le enseña con cardenales, lo recuerda: prueba a pegarle.

También mi abuela decía de mí:

-Los cuentos, los retiene muy bien, y las canciones, al fin y al cabo, las canciones no son más que versos.

Todo lo que decían era verdad, y yo me sentía culpable. Más no bien empezaba a aprender una poesía, no sé de donde salían por sí mismas las "otras" palabras, reptando como cucarachas, y ordenándose en forma de verso. Cuando después, por la noche, me quedaba a solas con mi abuela en el escalón, charlaba con ella por los codos de todo lo que había aprendido en los libros y hasta de lo que nacía en mi cabeza. A veces, mi abuela se reía, pero generalmente me lela el texto y decía:

-Ya ves cómo puedes.

Si en mis charlas me permitía algo que sonara a juicio propio, o acaso una palabra de censura al abuelo, se ponía súbitamente severa:

-¿Qué dices ahí, chiquillo? ¡A ver si se te seca la lengua!! ¡Si te oye el abuelo esas palabras!

-¡Que las oiga!

-No seas descarado ni enojes a tu madre, que ya tiene bastante encima -me decía la anciana, pensativa y bondadosa.

-¿Y por qué tiene bastante?

-Cálate, que tú no comprendes esas cosas.

-Si, yo sé que el abuelo...

-¡Que te calles, te digo!

Yo no estaba contento, ni mucho menos. A veces, tenía unas sensaciones que lindaban con la desesperación; pero trataba de ocultarlas y creía que la mejor manera de conseguirlo era mostrarme muy audaz y descarado. Mi madre había ampliado considerablemente mis conocimientos; pero muchas de las cosas que me quería hacer aprender eran incomprensibles para mí. Las cuentas me resultaban fáciles. pero me gustaba poco la escritura y no comprendía la gramática ni poco ni mucho. Tenía la deprimente sensación de que mí madre no estaba tampoco a gusto en su interior, y que la permanencia eh la casa de mi abuelo le pesaba mucho.

Su aspecto era cada vez más sombrío, cada vez más extraña la mirada con que nos envolvía a todos. Permanecía horas enteras sentada junto a la ventana que miraba al jardín y decaía visiblemente. En los primeros tiempos después de su regreso, se había mostrado viva y animada, más ahora tenía profundas ojeras y andaba el día entero sin peinar, con ropas ajadas y llenas de remiendos. Esto le rebajaba a mis ojos, y me

parecía casi como un agravio personal. Yo quería que fuera siempre bella, siempre fuerte y mesurada, siempre bien vestida; en una palabra, más digna que todos los demás.

Durante las clases miraba, con los ojos fijos detrás de mí, a la pared o a la ventana, como si estuviera ausente; me hacía las preguntas en un tono indiferente y fatigado, se olvidaba de las respuestas, se enfadaba y me reñía. También esto me ofendía: una madre debe ser siempre justa, más justa que todos los demás, como ocurre eh los cuentos.

A veces, le preguntaba yo:

-¿No te gusta estar con nosotros?

Y entonces me respondía, excitada:

-Preocúpate de ti mismo, no de mí.

No se me escapaba tampoco que el abuelo se traía entre pecho y espalda algo que llenaba de inquietud a mi abuela y a mi madre. A menudo, se encerraba en su cuarto con ésta última, y yo oía conversaciones violentas y, sobre todo, la voz chillona y gemebunda del viejo. Una vez, mi madre gritó tan fuerte, que se oyó en toda la casa:

-¡Eso no será nunca, nunca!

Y salió dando un portazo, mientras el abuelo profería un verdadero aullido. Era por la noche, y mi abuela estaba sentada a la mesa de la cocina cosiendo una camisa de su marido y susurrando algo. Al oír el portazo, escuchó y dijo:

-¡Ahora, vuelve otra vez a acercarse a los inquilinos!... ¡Oh, Dios!

Súbitamente, entró el abuelo en la cocina, corrió a la abuela, le dio un golpe en la cabeza y silbó agitando la mano con que te había pegado:

-¡No charles en tonto, vieja bruja!

-¡Viejo loco! -dijo la abuela tranquilamente, arreglándose el tocado-. ¿Por qué he de callar? Le diré todo lo que sepa de tus estúpidas ocurrencias.

El viejo se echó sobre ella y le golpeó la cabeza con los dos puños. Ella no se defendió ni retrocedió siquiera, sino que dijo:

-¡Siempre pegando, majadero! ¡Bueno, pégame siempre a mi, pégame!

Desde mi escalón le tiré todo lo que tenía a mano, las almohadas, las mantas, las botas, todo lo que había en el hogar; pero mi abuelo, en su furia, no reparaba en nada, y la abuela, expuesta a sus puntapiés, estaba tendida, inerme, en el suelo. Finalmente, el viejo tropezó, se cayó y volcó un cubo de agua que le puso como una sopa. Escupiendo y sacudiéndose, se puso en pie, miró ferozmente alrededor, se precipitó fuera y corrió escalera arriba hacia la buhardilla. La abuela se levantó gimiendo, se sentó en el banco y empezó a arreglarse el desgreñado pelo. Yo había saltado del hogar abajo; incomodada, me dijo:

-¡Coge las almohadas y ponlas en el hogar! ¿Qué te ha dado para tirarlas? ¿En qué tienes tú que mezclarte? ¡Déjalo que se desahogue, ese viejo del demonio!

Súbitamente, sintió una contracción dolorosa en la cara, lanzó un gemido y dobló la cabeza.

-Voy a llamar a mi madre -dije yo-; tengo miedo.

-No, no, ¿qué ocurrencia es ésa? -me dijo-. Gracias a Dios, no ha oído ni visto nada, y ¿ahora quieres llamarla?... ¡Ya te estás largando!

Y otra vez me rogó encarecidamente:

-No le digas de ningún modo a tu madre que me ha pegado, pichoncito mío. Bastante están ya los dos como pero y gato... ¿Te callarás?

-Sí.

-¡Que no charles! Ahora, vamos a arreglar esto. ¿Tengo algún chichón en la cara? ¿No? Entonces, todo va bien.

Librodot

Y se puso a fregar el suelo.

-Eres como una santa -dije yo con toda sinceridad, al verla de aquel modo-. Te martirizan, te martirizan, y tú no dices nada.

-¿Que tonterías estás diciendo ahí? ¿Yo una santa? ¡Pues sí que has acertado!

Siguió hablando entre dientes mientras, a gatas y arrastrándose, arreglaba la habitación. Yo me senté en el saliente del hogar y me puse a meditar cómo podría vengarla de mi abuelo.

Era la primera vez que pegaba a su mujer ante mi vista de un modo tan brutal y abominable. En la penumbra me parecía ver aún su rostro encendido de ira y su pelo rojo desgreñado; estaba sublevado a más no poder, y me daba rabia que no se me ocurriera nada para poder tomar represalias de aquello.

Pero, dos días más tarde, se me presentó la deseada ocasión de vengarme de él. Tuve que ir a buscar algo a la buhardilla, y le vi allí sentado en el suelo ante un baúl abierto, revolviendo toda clase de escritos; en la silla estaba su predilecto "calendario sagrado".

Aquel calendario se componía de doce hojas grandes, gruesas y pardas, una para cada mes del año, divididas en tantos cuadrados como días tenía el mes. Cada recuadro contenía la imagen del santo del día. El abuelo apreciaba mucho aquel calendario, y no me permitía que lo viera más que cuando, por cualquier causa, estaba muy contento de mí; y yo examinaba, siempre con una sensación especialísima, aquellas figurillas tan simpáticas y tan apiñadas. Conocía la vida de diversos santos, como la de la mártir Bárbara, los santos Panteleimón, Quirico y Ulitas y otros muchos. Impresión singularmente honda me había producido la emocionante suerte de Alexei el siervo de Dios; la abuela me había repetido muy a menudo la bella y conmovedora canción que describe su vida. Cuando veía aquellos centenares de santos en el calendario, yo sentía un tranquilo placer al pensar que en todos los tiempos ha habido mártires.

Ahora me formé la idea de destruir aquel calendario; y cuando el abuelo se acercó a la ventanuca para leer mejor una hoja impresa de papel, de color azul claro y con armas, cogí unas cuantas hojas y corrí con ellas escaleras abajo hasta la cocina. Tome las tijeras del costurero de mi abuela, me senté en el escalón del hogar y empece a cortarles la cabeza a los santos. Pero cuando hube decapitado toda una fila me dio lástima proceder tan bárbaramente con ellos, y me contenté con cortar por las líneas de los cuadros. Más, apenas había cortado la segunda fila, cuando se presentó el abuelo y me gritó:

-¿Quien te ha dado permiso para coger el calendario sagrado?

Cuando vio en el escalón los recortes de los cuadrados, los cogió, horrorizado; se los puso delante de los ojos, los tiró y los volvió a coger. Su cara se contrajo, le empezó a temblar la barbilla y su respiración era tan violenta, que las imágenes volaron por el suelo.

-¿Que has hecho? -exclamó finalmente, tirándome de una pierna.

Yo hice una cabriola en el aire, y la abuela me recibió en sus brazos; pero el viejo me pegó, enfurecido, con el puño y a ella también, rugiendo:

-¡Lo mato!

Apareció mi madre en la cocina. De pronto, me volví a encontrar en el rincón del hogar con ella delante para protegerme, apartando los puños del abuelo, que no dejaban de agitarse ante su cara.

-¿Que hace usted? ¡Entre en razón! -le dijo en tono incisivo.

Mi abuelo se dejó caer en el banco, delante de la ventana, y aulló:

-¡Me han matado! ¡Todos, todos están contra mí!

-¿No le da a usted vergüenza? -sonó, apagada y ronca, la voz de mi madre-. ¡No se descomponga de ese modo!

Mi abuelo chillaba y daba con los pies en el banco, levantando la cara al techo con los ojos cerrados. Me pareció que se avergonzaba ante mi madre.

-Yo le pegaré a usted esos santos en tela, y estarán mejor -dijo mi madre contemplando las imágenes que yo había destrozado y las hojas que aún quedaban sanas-. Mire usted, todo está ajado por el tiempo, y se desmorona.

Hablaba con él lo mismo que hablaba conmigo cuando yo no entendía algo en las lecciones; súbitamente se levantó mi abuelo, se arregló a toda prisa la camisa, y el chaleco, levantó el pecho y dijo:

-Que los pegues hoy mismo. Voy a coger las otras hojas.

Se fue hacia la puerta, pero se volvió desde el dintel, me señaló con el curvo índice y dijo:

-De todos modos, a ese chico hay que darle una paliza.

-Merecida la tiene -asintió mi madre; y luego se inclinó hacia mí-: Di, ¿por que has hecho eso?

-Lo he hecho adrede. No tiene por que pegar a la abuela. Y si lo vuelve a hacer, le cortaré la barba.

La abuela estaba presente, quitándose la chaqueta que el abuelo le había desgarrado en medio de su cólera.

-Has cumplido bien tu palabra -me dijo con acento de reproche-. Sólo por eso, debería hinchársete la lengua hasta que no la pudieras mover.

Mi madre la miró, recorrió despacio la cocina y se volvió a acercar a mí.

-¿Cuándo le ha pegado? -me preguntó.

-¿No te da vergüenza, Bárbara, preguntarle esas cosas? ¿A ti qué te importa? exclamó la abuela, enojada.

-¡Ah, mamaíta querida, mamaíta buena! -exclamó mi madre, estrechándola en sus brazos.

-¡Sí, sí, mamaíta!... ¡Está bien! -dijo mi abuela, aguzando el hocico.

Se miraron en silencio a los ojos, y luego se separaron, porque en el zaguán de la casa resonaron los pasos de mi abuelo.

En los primeros días de su llegada, mi madre habla trabado amistad con la alegre señora del oficial que vivía en el cuarto delantero, y casi todas las noches iba a verla. También los vecinos de la casa de Betieng, las lindas señoras y oficiales, se trataban con nuestro inquilino. Esto no le gustaba al abuelo, que mas de una vez, cuando cenábamos en la cocina, amenazó con la cuchara y refunfuñó:

-¡Ya estará otra vez junta toda esa maldita cuadrilla! ¡Ahora no nos dejarán dormir hasta la madrugada!

Resultado de esto fue que desahució al oficial. Cuando éste se hubo mudado, un día llegaron delante de la casa dos carros llenos de muebles que mi abuelo había comprado no sé dónde. Con ellos alhajó la vivienda delantera y le puso un candado grande en la puerta.

-No necesitamos inquilinos -dijo-; ahora seré yo el que reciba huéspedes.

Pronto aparecieron los nuevos huéspedes incluso los domingos. Eran Matrona Sergueievna, una honrada lavandera prima de mi abuela, que iba con sus dos hijos Vas¡[¡ y Víctor. Tenía una nariz descomunal, chillaba mucho al hablar y llevaba un vestido de seda rayado y un tocado con reflejos de oro. Su hijo Vasili era dibujante de profesión; gastaba el pelo largo, era un muchacho jovial y bondadoso y se vestía todo de gris. Su hermano Víctor tenía cabeza de caballo, de cara larga, estrecha y pecosa. Cuando dejaba sus chanclos en el zaguán de la casa, solía cantar con voz chillona,

Librodot

como el Arlequín del guiñol: "Andrei-Papa, Andrei-Papa" ... lo cual me sonaba siempre de un modo raro.

También mi tío Jacobo se presentaba con su guitarra, trayendo consigo a un relojero espigado, tuerto y calvo, un hombre pacífico que, con su levita larga y negra, parecía un monje. Siempre se sentaba en el rincón, doblaba la cabeza a un lado, sonriendo, y se mantenía con el índice junto a la barbilla, partida y muy afeitada, lo cual producía una impresión peregrina. Era muy moreno y y su único ojo lo miraba todo penetrantemente. Hablaba muy poco y repetía muy a menudo la frase: "¡Oh, por favor, no se moleste usted! ... ¡Por favor, eso no importa!".

Cuando le vi por primera vez, se me ocurrió de pronto una escena que había presenciado cuando aún vivíamos en la casa vieja. Delante del portal sonó un toque apagado de tambor, y por toda la calle avanzó desde la cárcel hasta la plaza un carro negro y alto rodeado de soldados, detrás del cual corría una muchedumbre de gente. En el carro iba, sentado en un banco, un individuo pequeño con gorra redonda de paño, cargado de cadenas y con una tabla negra colgada del pecho, en la que había algo escrito con grandes letras blancas. Tenía la cabeza baja, como si quisiera leer las palabras de la tabla y, al andar, el carro lo zarandeaba de un lado a otro, haciendo rechinar las cadenas.

Aquel hombre me recordaba al relojero, y cuando mi madre me presentó a él con fas palabras: "Este es mi hijo", me retiré, asustadísimo, y escondí las manos.

-¡Oh, por favor, no se moleste usted! -dijo torciendo la boca de un modo espantoso hacia la oreja derecha; me cogió por el cuerpo con ambas manos, me atrajo hacia sí, me hizo dar una vuelta rápida y me volvió a soltar.

-¡Es un muchachote! -dijo, en tono de encomio.

Me refugié en el rincón, en un sillón de cuero tan grande que podía uno tenderse en él cómodamente; mi abuelo lo llamaba, fanfarroneando, el sillón del príncipe de Prusia. Desde allí, vi cómo las personas mayores se esforzaban, sin visibles resultados, en matar el aburrimiento, y me fijé, sobre todo, en el relojero y en el rarísimo juego de su cara, que a mi me parecía sospechoso. Tenía algo untuoso y líquido que parecía fundirse y chorrear; cuando sonreía, los gruesos labios resbalaban hacia la mejilla derecha, y la nariz se movía también a uno y otro lado como una albondiguilla en el plato. También se movían de un modo singular las grandes y separadas orejas, que tan pronto subían con la ceja del único ojo con vista, como se hundían sobre los pómulos; parecía que, si quisiera, las había de poder doblar sobre la nariz. A veces, sacaba, suspirando, la oscura lengua a modo de porra y, con toda destreza, describía con ella al humedecerse los labios, un círculo regular. A mí, todo aquello no me parecía ridículo, sino únicamente muy raro, y me obligaba a no apartar de él los ojos.

Tomaban té con ron, que olía a cebolla quemada, y se relamían debidamente con los licores fabricados por mi abuela: uno, amarillo de oro; otro, negro como la pez, y otro, verde. Se comían las sabrosas frutas en conserva y las tortas de adormidera hechas con mantequilla y endulzadas con miel. Sudaban, resollaban fuerte y se deshacían en alabanzas de la señora de la casa; cuando se cansaban de comer y beber, se colocaban muy tiesos en las sillas, con las caras rojas y abotargadas, y con fatigadas voces rogaban a tío Jacobo que tocara algo.

Mi tío se doblaba sobre su guitarra, empezaba a rasguear, y cantaba con su voz desagradable y penetrante una de aquellas estúpidas canciones, que no merecían el aplauso de mi abuela.

-Canta otra cosa, Yacha, una canción de veras -le decía ésta-. Ya sabéis -proseguía. volviéndose a sus parientes-, qué lindas canciones se cantaban antes.

La lavandera se alisaba el crujiente vestido y respondía con expresión solemne:

-Sí, madrecita; pero ahora hay otras modas.

Mi tío Jacobo miraba a la abuela por entre los párpados entornados, como si estuviera muy lejos de ella, y no dejaba que le interrumpieran en sus rasgueos de guitarra.

El abuelo conversaba en secreto con el relojero y le contaba no sé que, mientras el invitado alzaba la ceja del ojo sano, miraba de soslayo a mi madre y movía la cabeza.

Mi madre estaba entre los de Sergueiev y hablaba en voz baja y grave con Vasili, que decía suspirando:

-Sí, habría que pensar en eso.

Pero Victor se reía con expresión de hartazgo, rascaba el suelo con los pies, y, súbitamente, empezaba a cantar con voz chillona:

Andrei-Papa, Andrei-Papa ...

Todos callaban, asombrados, y le miraban, pero la lavandera declaraba con solemne expresión:

-Eso lo ha traído del Kiather, porque allí cantan así.

Se habían celebrado ya dos o tres fiestas nocturnas de éstas, que, por su aburrimiento mortal, se me han quedado grabadas en la memoria, cuando un domingo, después de la misa mayor, se presento el relojero en mi casa sin compañía. Yo estaba en el cuarto de mi madre, ayudándola a arreglar un bordado de perlas roto, cuando de pronto se abrió la puerta y apareció la cara espantada de mi abuela.

-¡Está ahí, Varia! -exclamo en tono ahogado; y volvió a desaparecer en seguida.

Mi madre no se movió, ni pestañeo siquiera. La puerta se abrió por segunda vez y en el dintel apareció mi abuelo, que dijo con tono solemne:

-Vístete, Varia, y ven.

-¿Dónde? -preguntó mi madre, sin moverse ni mirarle.

-¡Ven, en nombre de Dios! No te sulfures. Es una buena persona, diestro en su oficio y será un buen padre para el chico.

Mi abuelo hablaba con insólita solemnidad y dándose golpecitos en las caderas.

-Ya le he dicho a usted que eso no será nunca.

El abuelo dio un par de pasos hacia ella, extendió los brazos como un ciego, y dijo, inclinándose, con voz bronca y amenazadora:

-¡Ven, si no quieres que te lleve por la fuerza, arrastrándote del pelo!

-¿Quiere usted llevarme por la fuerza? -preguntó mi madre levantándose. Estaba muy pálida, y sus ojos, medio cerrados, centelleaban. De un par de movimientos rápidos se arranco la chaqueta y la falda y se quedó en camisa. Así se acerco a mi abuelo y le dijo:

-¡Lléveme usted!

-¡Bárbara! ¡Vístete! -exclamó él, con la cara desencajada de rabia y amenazándola con el puño.

Mi madre lo apartó con el brazo, agarró el pomo de la puerta y dijo:

-¡Ea, vamos!

-¡Te maldeciré! -exclamó mi abuelo, fuera de sí de cólera.

-No me da miedo ... ¿Vamos?

Abrió la puerta, pero el abuelo la sujeto de la camisa, cayo de rodillas y cuchicheó:

-¡Bárbara, hembra de Satanás! ¡Mira que nos pierdes! ¡Echas sobre mí el deshonor y la vergüenza!

Y, en voz baja, empezó a gemir lastimeramente:

-¡Madre, madre!

Mi abuela se había interpuesto ya en el camino de mi madre, y la hizo volver al cuarto, extendiendo los brazos como gallina a la que se hace ir al gallinero, y diciendo entre dientes:

-Várika, ¿qué ideas son esas? ¿Estás loca? ¡Anda, desvergonzada!

La empujó hacia el cuarto y echó el pestillo a la puerta. Luego se inclinó sobre el abuelo, lo levantó con una mano y con la otra lo amenazó.

-¡Ah, viejo del demonio! ¿No serás nunca juicioso?

Lo llevó al sofá, en el cual se dejó caer con la boca abierta y meneando la cabeza como un muñeco de trapo.

-¡Y tú, vístete! -exclamó en seguida, dirigiéndose a mi madre.

-¡De ningún modo me llevaréis delante de él!... ¿Oís? -replicó mi madre, cogiendo del suelo sus ropas.

Durante toda esta escena, yo me estaba en el sofá como petrificado.

-¡Anda pronto, trae un cubo de agua! -me ordenó mi abuela, enérgicamente.

Corrí al zaguán. En la sala de la vivienda delantera se oían pasos pesados y regulares, y en el cuarto de mi madre sonó la recia voz de ésta que decía:

-¡Mañana me voy!

Fui a la cocina, y, como asaltado por una pesadilla, me arrimé a la ventana.

Mi abuelo gemía y sollozaba, y mi abuela refunfuñaba; luego se cerró la puerta y sobrevino un silencio angustioso. Recordé el encargo que me habían dado, llené de agua un cubo de cobre y salí al zaguán. De la vivienda delantera acababa de salir el relojero, que llevaba la cabeza baja, pasaba la mano por su gorra de piel y carraspeaba. Detrás de él salió mi abuela, apretándose el vientre con las manos, hizo a su espalda una cortesía y dijo en voz baja:

-Ya sabe usted que el amor no se puede imponer.

Cuando el relojero salió a la escalera, tropezó en el dintel y cayó al patio de un salto. Mi abuela se santiguó y un estremecimiento recorrió su cuerpo; era difícil decir si reprimía una carcajada o un sollozo.

Corrí a ella y le pregunté:

-¿Qué te pasa?

Me quitó el cubo y me derramó en los pies una parte de su contenido.

-¿Donde te metes? -me preguntó-. ¿Dónde has cogido el agua? Cierra la puerta.

Entró en el cuarto de mi madre, mientras yo volvía a la cocina, donde sentí que gemían, suspiraban y susurraban, como si movieran un peso excesivo para ellos.

Era un día claro, y por los cristales, cubiertos de hielo, de las dos ventanas caían los oblicuos rayos del sol de invierno. En la mesa puesta estaba la vajilla de estaño de brillo mate; la botella con el kvas, que chispeaba con destellos rojizos, y otra botella más pequeña con un líquido de color verde oscuro; una infusión de té, petunias y corazoncillo en aguardiente, que a mi abuelo le gustaba con deleite. Donde los cristales se habían deshelado, se veía a través la deslumbradora nieve de los tejados y la luciente capa de plata en las estacas de la valla y en los cajones de estornino. En las jambas de las ventanas, en las jaulas, bañadas por la luz del sol, saltaban y piaban alegremente mis pinzones, jilgueros y frailecillos. Pero el alegre día, de argentina claridad, no me regocijaba; su serenidad no me parecia estar en su sitio, y todo me molestaba. De buena gana habría dejado escapar mis pájaros; y ya me disponía a descolgar las jaulas, cuando llegó precipitadamente mi abuela, y dándose de golpes en las caderas, se dejó caer, llena de desesperación, en el hogar, riñéndose a sí misma.

-¡Ah, vaya una cría, entre unos y otros! ¡Ay, Aquilina, gansa vieja!...

Sacó del horno el pastel dominguero, dio con los dedos en la costra y exclamó

Librodot

furiosa:

-¡Claro! ¡Completamente seco! ¡Y, además, quemado! ¡Ah, gente olvidada de Dios! ¿Por qué no reventaréis? ¿Qué estás tú mirando, bribón? Debían daros de palos a todos hasta pemiquebraros.

Empezó a llorar de rabia, y mientras daba vueltas al pastel y lo golpeaba por todos lados, cayeron gruesas lágrimas sobre la seca costra.

En la cocina entraron mi abuelo y mi madre; la abuela arrojó el pastel violentamente sobre la mesa, haciendo saltar los platos.

-¡Mirad, mirad cómo está esto! De eso tenéis la culpa vosotros solos. ¡Ah, os digo! ...

Mi madre, muy tranquila y satisfecha en apariencia, la abrazó y le dijo que no debía preocuparse por una pequeñez. Mi abuelo, que parecía estar muy cansado y flojo, se sentó refunfuñando a la mesa y se ató la servilleta al cuello.

-¡Déjalo! -dijo, guiñando los hinchados ojos, cegados por la clara luz del sol-. Todo está bien. Demasiados pasteles buenos hemos comido ya. ¿Por qué no hemos de comernos uno seco? Dios Nuestro Señor sabe muy bien cómo debe repartir sus dones. Ea, siéntate, Varia. Todo está bien.

Estaba transtornadisimo, y durante la comida habló mucho de Dios, del impío rey Ajab y de la desgracia de ser padre.

-Come y no hables tanto -le interrumpió, enojada, mi abuela.

Mi madre bromeaba, y sus claros ojos relucían.

-¿Te has asustado mucho antes? -me preguntó, dándome un leve codazo.

No, no me había asustado mucho; ere más bien una impresión penosa la que había sentido y sentía todavía.

Como todos los domingos, la comida fue insólitamente larga, y todos le hicimos honor. Parecían no ser las mismas personas que media hora antes se habían llenado de denuestos y habían estado a punto de pegarse para acabar deshaciéndose en llanto y sollozos. Yo apenas podía creer que todo aquello hubiera sido en serio; sus lágrimas, sus gritos, sus eternas disputas, que por lo común tenían un final súbito, habían venido a ser para mi algo cotidiano, y la impresión que producían en mi ánimo era cada vez más débil.

Más tarde, vine a darme cuenta de que los rusos, buscando una compensación a la pobreza y vacuidad de su vida, gustan de jugar con la aflicción y con las bromas como si fueran niños, y que no conocen el sentimiento de vergüenza por su desventura.

En el aburrimiento sin límites de todos los días, el dolor es para ellos un cambio y el fervor una fiesta; en una cara pálida, hasta un arañazo parece un adorno.

Capítulo XI

Después de este suceso, mi madre recobró su antigua línea aplomada y segura de sí misma. Se hizo el ama de la casa, mientras mi abuelo pasaba a segundo término y, contra lo que antes era, se volvía taciturno y tranquilo.

Casi no salía ya nunca, y se estaba constantemente solo en la buhardilla, leyendo un libro misterioso, titulado "Dibujos de mi padre". Tenía aquel libro guardado en su baúl y más de una vez observé que se lavaba las manos antes de sacarlo. Era muy gordo, de formato pequeño y encuadernado en piel parda, y en la azulada hoja de la portada se veía escrito, con buena letra, en tinta descolorida: "AI respetable Vasili

Kachirin, como recuerdo de gratitud."

Firmaba un apellido muy raro y la rúbrica representaba un ave en vuelo. Mi abuelo solía levantar con todo cuidado la tapa de la fuerte encuadernación, y después de calarse las gafas de plata, miraba aquella dedicatoria. Yo le pregunté repetidas veces, qué libro era aquél, pero él me respondía siempre en tono severo:

-No necesitas saberlo. Espérate a que me muera y lo heredarás. También te dejaré la pelliza de mapache.

Hablaba con mi madre menos y con más dulzura; la escuchaba atentamente cuando ella decía algo, guiñaba los ojos como el tío Pedro y musitaba:

-Por mí, haz lo que quieras.

En sus baúles y cajas guardaba toda clase de objetos raros: chaquetillas femeninas de damasco, chalecos con vivos de raso, sarafanes de seda con bordados de plata, valiosos tocados de mujer de todas clases, corbatas de mil colores, sartas de perlas, pesados adornos de monedas y alhajas de piedras de colores. Puñados de ellas llevaba mi abuelo a la alcoba de su hija, dejaba los relucientes tesoros sobre las mesas y las sillas, y decía, mientras mí madre los admiraba:

-En nuestros tiempos, se llevaban vestidos mucho más ricos y hermosos que ahora, pero en todo lo demás la vida era más sencilla y más natural. Eso ha pasado y no volverá. Anda, pruébatelos, adórnate.

Y mi madre pasaba al cuarto contiguo y volvía, al cabo de un rato, con un sarafán azul bordado en oro y un tocado con adornos de perlas. Hacía una profunda reverencia a mi abuelo, y le preguntaba:

-¿Estoy bien así, señor padre? ¿Le gusto a usted?

El abuelo lanzaba una exclamación de alegría y, radiante de gozo por todos los poros, daba una vuelta alrededor de ella y extendía los brazos con admiración. Le temblaban los dedos y musitaba como en sueños:

-¡Ah, sí tú fueras rica, Bárbara, y tuvieras alrededor gente de peso!

Mí madre se había instalado con carácter definitivo en las dos habitaciones del cuarto delantero, y, con frecuencia, tenía invitados. Los que con más asiduidad venían eran los dos hermanos Maximov. El mayor de éstos, Pedro un oficial alto y majestuoso, de ojos azules y larga barba rubia, era el que estaba en casa cuando mi abuelo me había castigado por mí desafuero con el señor calvo, vecino nuestro. Yevguenii, el menor de los hermanos, tenía barba negra y en punta y era también alto, pero delgado y de rostro pálido. Sus grandes ojos recordaban las ciruelas, y llevaba un uniforme verdoso, de botones bordados y monograma en las angostas hombreras. A menudo echaba atrás la cabeza con agradable gesto, y el pelo, largo y ondulado, le cala sobre la frente lisa y despejada. Su sonrisa tenía algo de lisonjero; cuando hablaba, lo hacía con voz apagada y mate, y solía empezar modestamente diciendo:

-Miran ustedes, en mi humilde opinión ...

Cuando contaba algo, mí madre le escuchaba con los ojos entornados, sonreía y le interrumpía a menudo:

-Es usted un niño, Yevguenii Vasilievich, y perdone que se lo diga ...

El oficial se daba con las dos manos en las rodillas y exclamaba:

-Sí, es un verdadero niño.

Plácida y sosegadamente pasaron los días entre Navidad y Reyes; casi todas las tardes venían a ver a mi madre visitas disfrazadas, y también ella se vestía más cuidadosamente y salía con sus amigos.

Cada vez que se asomaba a la puerta del patio con su abigarrado acompañamiento, parecía como si la casa se hundiera en la tierra, pues dentro quedaba un misterioso y aburrido silencio. Como una pesada oca de cría, mi abuela recorría las habitaciones,

Librodot

poniéndolo todo en orden; pero mi abuelo se quedaba apoyado de espaldas en los calientes azulejos de la estufa y decía para sí:

-Bueno, por mí que sea... Ya veremos lo que resulta.

A comienzos del año nuevo, mí madre nos puso en el colegio a mí y a Sacha, el hijo del tío Mijailo. Este se había vuelto a casar, y desde el primer momento, la madrastra no pudo sufrir al hijastro; por lo cual la abuela insistió en que Sacha viniera con nosotros. Fuimos a la escuela como unas cuatro semanas, y de todo lo que allí me enseñaron sólo recuerdo que a la pregunta: "¿Cómo te llamas?", no debía contestar sencillamente "Pieskov", sino "Me llamo Pieskov". Tampoco podía decirle al maestro: "Oye, amiguito, no grites porque no me das miedo."

Desde el principio, me disgustó la escuela; en cambio, mi primo Sacha estaba muy contento en ella, y no tardó en encontrar un par de buenos camaradas. Pero una vez se durmió durante la lección y exclamó súbitamente:

-¡No lo haré más!

Cuando lo despertaron, pidió permiso para salir de la clase, donde se reían de él sin compasión. Cuando, al día siguiente, emprendíamos el camino de la escuela por el barranco hacia el Mercado del Heno, se paró de pronto y dijo:

-Ve tú solo. Yo no voy, prefiero irme de paseo.

Se agachó, enterró cuidadosamente los libros en la nieve y siguió su camino. Era un claro día de enero; en todas partes brillaba la plateada luz del sol, y yo envidiaba a mi primo; pero hice de tripas corazón y fui a la escuela, porque no quería afligir a mí madre. Como es natural, los libros que Sacha había enterrado en la nieve se perdieron y esto constituyó para él un motivo magnífico para no ir a la escuela tampoco al día siguiente. Al tercer día, supo el abuelo que hacía novillos.

Se celebró juicio contra nosotros, y mí abuela y mi madre se sentaron en la cocina ante la mesa y nos tomaron declaración. Todavía me acuerdo de las ridículas contestaciones que dio Sacha:

-¿Por que no has ido a la escuela? -le preguntó mi abuelo.

Sacha clavó en el sus dulces ojos y dijo, sin apresurarse:

-Porque se me ha olvidado dónde está.

-¡Ya! ¿Conque se te ha olvidado, eh?

-Sí. He buscado, buscado...

-Hubieras debido seguir a Lexiei, que recuerda muy bien el sitio.

-Le había perdido.

-¿A quien, a Lexiei?

-Sí.

-¿Cómo es posible eso?

Sacha meditó un momento y dijo, suspirando:

-Había una tormenta de nieve tan grande, que no se veía nada.

Todos se echaron a reír, porque hacía muchos días que el tiempo estaba despejado y no hacía viento. También Sacha se atrevió a reírse tímidamente, pero el abuelo le preguntó con sarcasmo:

-Entonces, ¿por qué no te agarraste de su mano o de su cinturón?

-Claro que me agarré a él -respondió Sacha-; pero el viento me soltó.

Había en sus palabras algo desesperado y perezoso. Me daba pena escuchar tan burdas e inútiles mentiras, y me tenía muy admirado el descaro de mi primo. Nos llevamos nuestra correspondiente paliza, y el abuelo ajustó a un bombero inválido para que nos acompañara a la escuela y cuidara de que Sacha no se descarriara del sendero de la ciencia. Pero tampoco este procedimiento dio resultado, porque cuando al día siguiente llegamos al barranco camino de la escuela, Sacha se dobló

súbitamente, se quitó las botas de fieltro, tiró una en una dirección y a la otra en la dirección contraria y empezó a correr, huyendo, sin más que las medias puestas. El viejo se asustó muchísimo, buscó gimiendo las dos botas y me llevó con él a casa.

Todo el día estuvieron mi madre y mis abuelos dando vueltas por la ciudad en busca del fugitivo. Pero no le encontraron hasta ya anochecido en las proximidades del monasterio, en la taberna de Chírkov, donde estaba bailando delante de unos parroquianos. Lleváronle a casa, y su pertinaz silencio los tenía a todos tan confusos, que ni siquiera le pegaron. Sacha estaba a mi lado en el escalón del hogar, con las piernas levantadas, arañando el techo con las suelas, y me dijo en voz baja:

-Mi madrastra no me quiere, mi padre no me quiere y el abuelo no me quiere tampoco ... ¿Por qué he de estar aquí? Le preguntaré a la abuela dónde hay bandidos y me iré con ellos; y entonces veréis. ¿Quieres que nos escapemos juntos?

Yo no podía escaparme con él, porque por entonces había ideado otro plan. Quería ser oficial y dejarme una gran barba rubia, y para eso no tenía más remedio que estudiar mucho; cuando confié mis planes a mi primo me dijo, aprobándolo:

-También eso está bien. Cuando tú seas oficial, yo seré ya capitán de bandidos, y entonces tú tendrás que perseguirme y uno de los dos matará al otro o lo cogerá prisionero. Yo te perdonaré la vida si te cojo.

-Tampoco yo te mataré a ti.

Y así quedó convenido. La abuela entró en la cocina, se agachó junto al hogar y nos miró a los dos.

-A ver, ratoncitos -dijo-. ¡Ah, pobres huérfanos abandonados!

Empezó a hablar mal de la madrastra de Sacha, de la gorda tía Nayeschda, hija de un tabernero, y luego comenzó a censurar en general a las madrastras y a los padrastros.

Luego, nos contó una historia de la niñez del ermitaño blanco Jonás, que había tenido un juicio de Dios con su madrastra. La madrastra había matado a su padre, un pescador de Uglich, en el Mar Blanco:

Callando, desnuda la cabeza, muy apiñados, miran hacia la cristalina catedral; pasan llenos de esperanza la noche entera, pero no cae ningún puñal de lo alto.

Y luego luce el arrebol del alba sobre el mar, y se ríe sarcásticamente la mala mujer... Mirad, allá cómo la rápida golondrina vuela, hacia abajo el afilado y agudo acero, que se clava en el corazón de la homicida. Cayó el pueblo de hinojos, rogó al Señor lleno de fervor: "¡Loor y prez a Tí, oh Dios, que ayudas a que la verdad salga triunfante!". Pero Jonás, que era huérfano, fue llevado por el viejo pescador, a un claustro junto a la insignificante ciudad de Kituch, en el río Kerchenez...

Al día siguiente, me desperté con todo el cuerpo cubierto de manchas rojas: me habían dado las viruelas. Me llevaron al desván trasero, donde estuve largo tiempo ciego, sujeto Por los brazos y las piernas con vendas anchas y presa de terribles alucinaciones, una de las cuales estuvo a punto de ocasionarme la muerte. Salvo la abuela, no se acercaba nadie a mí; ella me daba papillas como a un niño pequeño y me contaba cuentos interminables y siempre nuevos. Pero una noche, no se presentó a la hora acostumbrada, y esto me intranquilizó vivamente. Yo estaba ya convaleciente; me habían quitado ya las vendas y sólo tenía las manos envueltas en guantes para que no me rascase la cara. De pronto, vi a mi abuela, tendida detrás de la puerta, en las empolvadas tablas del suelo, boca abajo, con los brazos muy apartados del cuerpo y con un corte profundo en el cuello, como el del tío Pedro; de la polvorienta penumbra se aproximaba a ella un gato enorme, con ávidos ojos verdes que echaban chispas.

Librodot

Salté de la cama, empujé con las rodillas y los hombros las dos hojas de cristales de la ventana y me precipité en el patio, donde caí en medio de un montón de nieve. Precisamente, aquella noche mi madre tenía visitas, y como nadie observó nada de mi caída, permanecí bastante tiempo tendido en la nieve. No me había roto nada; sólo tenía dislocado un hombro, y, además, me había hecho una herida bastante considerable al romper los cristales de la ventana. Pero de estar tendido en la nieve se me quedaron las piernas como paralizadas, y pasé tres meses en cama sin poderlas mover. Desde el lecho oía el movimiento de la casa, que era cada vez mayor, un ir y venir de personas y golpear de puertas.

Sobre el tejado pasaban en furiosos remolinos tormentas de nieve; el viento barría silbando las habitaciones y estremecía las puertas; el canto de la chimenea era más sombrío y monótono, las puertecillas del hogar temblaban y crujían; de día, se oía el graznido de los cuervos, y en la silenciosa noche, el lúgubre aullido de los lobos en los campos... Con esta música creció y se fortaleció mi corazón juvenil. Tímida y callada, pero cada día más amable, vino luego la primavera a atisbar por mi ventana con los radiantes ojos del sol de marzo; empezaron los gatos a maullar en los tejados; el murmullo de la primavera se filtraba perceptiblemente por las paredes; los carámbanos de hielo que reventaban caían ruidosamente desde el alero; la nieve, medio derretida, se desplomaba desde el alero, y el timbre de las campanas era más lleno y más robusto que en invierno.

La abuela subía a verme. Olía a aguardiente, cada vez con más frecuencia y cada vez más fuerte, cuando abría la boca; finalmente, llevó una gran tetera blanca, la escondió en ml cama y me dijo, guiñándome significativamente el ojo:

-No digas una palabra de esto a tu abuelo, pichoncito.

-¿Por qué bebes? -le preguntaba yo.

-¡Psé! Cállate la boca. Cuando seas mayor, ya lo sabrás.

Se llevó a los labios el pitorro de la tetera, bebió un buen trago, se secó la boca con la manga y me preguntó con dulce sonrisa:

-Dime ahora, señorito. ¿De qué te hablé ayer?

-De mi padre.

-Eso es. ¿Y dónde quedamos?

Ayudé a su memoria, y su verbosidad no tardó en fluir armoniosamente.

Había empezado, por propio impulso, a contarme cosas de mi padre. Tímidamente, fatigada, de malhumor, subió una vez a verme y me dijo:

-He soñado con tu padre, que iba por el campo con una vara de avellano en la mano muy tranquilamente, y un perro manchado corría detrás de él con la lengua fuera. Ahora sueño, cada vez con más frecuencia, con Máximo Sabatievich, cuya alma no parece que ha encontrado todavía reposo.

En varias noches sucesivas me contó la historia de mi padre. Era hijo de un soldado, que había ascendido a oficial, y que después fue desterrado a Siberia por su exagerado rigor con sus subordinados. Allá, en Siberia, no sé en qué punto, nació mi padre. No lo pasaba bien en la casa, y ya de niño se escapó varias veces, huyendo de la crueldad paterna; una vez, mi abuelo le persiguió con perros, como si fuera una liebre, y en otra ocasión, al encontrarlo, le pegó tan despiadadamente, que los vecinos tuvieron que quitarle al chico para salvarlo de su furia.

-Entonces, ¿es que a los niños pequeños les pegan siempre? -pregunté yo; y mi abuela me contestó con toda calma:

-Claro que s¡, siempre.

La madre de mi padre había muerto pronto, y cuando él tenía nueve años murió también mi abuelo, y mi padre se fue con su padrino; era un ebanista de Pera, que lo

destinó a su oficio y lo inscribió en su gremio. Pero mi padre se escapó, anduvo como lazarillo de ciego por las ferias y mercados y, a los dieciséis años, se trasladó a Nijni, donde encontró ocupación en una gran ebanistería, que trabajaba para la Compañía de vapores "Kolchino"... A los veinte años era ya un ebanista fino, muy diestro, tapicero y decorador. El taller en que trabajaba estaba cerca de las casas de mi abuelo:

-Las vallas no eran demasiado altas para un mozo como un castillo -me refirió mi abuela, sonriendo-. Estábamos, Varia y yo, cogiendo frambuesas en el jardín, cuando de pronto tu padre, ¡upa!, salta por la cerca, dándome un susto terrible; se nos acercó por entre los manzanos, con camisa blanca y calzones de terciopelo; altísimo, descalzo, con la cabeza al aire y una correa trenzada en el largo cabello. Se nos presentó como pretendiente. Yo le había visto ya antes, y cuando pasaba por delante de la ventana pensaba siempre entre mí: "¡Qué real mozo!". Cuando se acercó, le pregunté: "Dime, amiguito, ¿por qué no vienes a casa por delante, como Dios manda?". Y entonces él se puso de rodillas y me dijo: "Aquilina Ivanovna, me arrodillo delante de ti con toda mi alma apasionada; ahí está Varia, tu hija: ayúdanos, por amor de Dios, porque queremos casarnos." Me quedé como petrificada y sentí como si se me paralizase la lengua. Miré a tu madre y vi que la muy bribona se había escondido detrás de un manzano: estaba más colorada que una frambuesa y no paraba de hacer señas a tu padre, pero tenía los ojos llenos de lágrimas. "¡Ah, chicos, chicos, dejados de la mano de Dios!, exclamé. ¿Qué habéis fraguado? ¿Estás en tu juicio, Bárbara? Y tú, muchacho, le dije a él, ¿has pensado bien si no picas demasiado alto?". Porque entonces tu abuelo era todavía hombre rico, aunque los hijos no estaban aún acomodados; tenía cuatro casas Y mucho dinero, y como distinción de honor había obtenido Poco antes un sombrero con galón y un uniforme, porque había sido nueve años seguidos presidente del gremio: sí, era muy orgulloso entonces el abuelo. Habré, como digo, con los dos; pero temblaba de miedo y me daba mucha lástima de ellos, porque parecían muy sombríos y muy desdichados. Entonces, dijo tu padre: "Sé muy bien que Vasili Vasilievich no me dará voluntariamente a su hija; pero lo que haré será robarla, y tú nos ayudarás. Eso es lo que yo te ruego." Yo me disponía a pegarle, pero él se me anticipó diciéndome. "Pégame si quieres, aunque sea con una piedra; pero ayúdanos. Yo no me voy de aquí." Entonces, Bárbara se acercó a él, le puso la mano en el hombro y dijo: "Estamos casados hace mucho tiempo, desde el mes de mayo, pero ahora necesitamos casarnos por la iglesia." Yo pensé que me daba un ataque. ¡Cielo santo! ...

La abuela se rió tanto, que le tembló todo el cuerpo; luego, tomó un polvito, se secó las lágrimas y prosiguió, después de un suspiro de introducción:

-Tú no puedes entender aún lo que quiere decir eso de estar casado y no por la iglesia; de todos modos, es una gran vergüenza para una muchacha el tener un niño sin casarse como Dios manda. Fíjate bien en esto que te digo, y cuando seas mayor no se te ocurra nunca poner a una muchacha en ese apuro, porque cometerías un pecado mortal, la chica sería una desdichada y el niño ¡legítimo. Vive prevenido, ten compasión de las mujeres y ámalas de corazón, pero no les hagas nunca ninguna mala partida. Te lo aconsejo, hijo mío.

Estuvo meditando un rato, revolviéndose en su silla de un lado para otro, y luego, reponiéndose con facilidad, prosiguió

-¿Qué iba a hacer yo? Di a Máximo un pescozón y tiré a Bárbara de los pelos; pero él me dijo con muy buen sentido: "Con golpes no se arregla nada". Y también ella dijo: "Primero, aconséjenos usted lo que debemos hacer, y después podrá usted pegarnos". Yo le pregunté: "¿Tienes dinero?". Y él me respondió: "Tenía alguno, pero le he comprado un anillo a Varia". "Me figuro, dije yo, que tendrías hasta un billete de

Librodot

tres rublos". "No, dijo él, tenía unos cien". En aquel tiempo, el dinero era una cosa rara y las mercancías costaban muy poco; miré a los dos, a tu madre y a tu padre, y dije para mí: "¡Oh, estos chicos, estos chicos necios!". Tu madre dijo: "He escondido la sortija debajo del pavimento para que no la vieseis. Tal vez se podrá vender". ¡Enteramente como los niños! En fin, no quedaba otro remedio; tuve que sacarlos -del atolladero. Y así, acordamos que a los ocho días los casaran, y que yo misma me encargaría de arreglar el asunto con los popes. Tenía muchísimo miedo; me palpitaba violentamente el corazón por temor a tu abuelo, y también Varia tenía su pánico. Pero, finalmente, todo se arregló de buena manera.

Tu padre tenía un enemigo, un obrero que era un mal hombre; hacía mucho tiempo que lo había adivinado todo y nos observaba en secreto. Yo aderecé de novia a mi única hija lo mejor que Dios me dio a entender, y la llevé hasta el portal; detrás de la esquina estaba ya el coche de tres caballos y dentro de él, Máximo. Bárbara se sentó junto a el; luego él lanzó un silbido y partieron. Yo me volví a casa ¡¡orando y, de pronto, se me presentó aquel hombre y me dijo, el muy canalla: "Yo soy un buen hombre, Aquilina Ivanovna, y no quiero oponerme al Destino; pero tienes que darme cincuenta rublos". Yo no tenía dinero, pues nunca le he tenido afición ni he ahorrado nada jamás; y en mi simpleza dije al hombre: "Como no tengo dinero, no te lo puedo dar". "Bueno, contestó él, por lo menos prométeme que me ;o darás". "¿Cómo te voy a prometer eso, le dije yo, si no sé de dónde lo voy a sacar después?". "¡Oh!, exclamó él. Tu marido es rico. ¿Tan difícil te es quitarle esa pequeñez?". Yo hubiera debido contemporizar con él y darle largas, pero, como una tonta, le volví la espalda y seguí mi camino. Entonces él, ni corto ni perezoso, se me anticipó, entró antes que yo en el patio y empezó a escandalizar.

Cerró los ojos y, al cabo de un rato, siguió hablando con risueña expresión:

-Todavía me dan escalofríos cuando recuerdo estas historias pasadas. Tu abuelo vociferaba y aullaba como una fiera, pues para él se ventilaban allí muchas cosas. Cuantas veces miraba a Bárbara solía decir fanfarroneando: "¡Sólo se la daré a un noble, a una persona principal!". ¡Y mira, ahora, qué noble, qué persona principal! La Santísima Madre de Dios sabía mucho mejor que nosotros a quién se la tenía que dar. Tu abuelo corría como un loco por el patio, como si ardiera la casa, y llamó a Mijailo y a Jacobo, luego al cochero Klima y al pecoso individuo que le había dado el soplo ... A todos los congregó. Vi que cogía la bola arrojadiza, la correa con peso, y que Mijailo se echaba una escopeta a la espalda. Nuestros caballos eran ágiles y fogosos, y el trineo pesaba menos que una pluma ... ¡Qué dolor, pensaba yo, que alcancen a los pobres chicos! Pero entonces el Angel de la Guarda de Bárbara me inspiró una buena idea. Cogí un cuchillo y corté las correas de -la collera junto a la lanza del coche. "Quizá se desprendan por el camino", me dije. Y así ocurrió: la lanza se salió y tu abuelo, Mijailo y el cochero estuvieron a dos dedos de descalabrarse. El percance los detuvo un rato largo, y cuando llegaron a la iglesia, ya Varia y Máximo estaban en el atrio ... casados, ¡gracias a Dios!

La gente de casa se abalanzó sobre Máximo; pero tu padre era un mocetón robusto de fuerza extraordinaria. Mijailo salió disparado por la escalinata abajo y se dislocó el brazo; Klima se llevó también lo suyo, y a Jacobo, al abuelo y al de las pecas les dio miedo liarse con él.

Máximo conservó en la trapatiesta su claro juicio y dijo al abuelo: "Ya puedes tirar tu bola arrojadiza, y no me amenaces tan ferozmente con ella, porque soy hombre de paz, y lo que he tomado me lo ha dado Dios y no consiento que nadie me lo quite. Pero no quiero nada más de ti". Se apartaran de él, y el abuelo se sentó en su coche exclamando: "¡Adiós, Bárbara, ya no eres mi hija; no quiero volver a verte! ¡Y aunque

Librodot

te mueras de hambre, yo no te conozco!". cuando volvió a casa, empezó a insultarme y a pegarme, paro yo callaba y no hacía más que suspirar de cuando en cuando. "Todo eso pasará, pensaba; pero lo hecho, hecho está". Más tarde, me dijo tu abuelo: "Haz cuenta, Aquilina, que ya no tienes hija; que la has perdido para siempre". Yo penaba entre mi: "¡Habla, habla, cabezota! La ira es como el hielo, que se derrite en cuanto viene el calor... ".

Yo escuchaba a mi abuela ávidamente, con la mayor atención, y algunos detalles de su relato provocaban mi asombro. El abuelo me había contado de un modo muy distinto el casamiento de mi madre. Se oponía a la boda y después de ella no consintió que mi madre volviera a su casa; pero el matrimonio se había celebrado por su orden, no secretamente, y él mismo había estado presente en la iglesia. Yo no quería preguntar a mi abuela cuál de las dos versiones era la verdadera, porque la de mi abuela era mucho más bonita y me agradaba más. Mientras la contaba, se movía continuamente, como si estuviera en un bote. Cuando hablaba de algo triste o espantoso, solía moverse con más fuerza y estirar los brazos, como si agarrara algo en el aire. A menudo, cerraba los ojos, sus espesas cejas temblaban levemente y en las arrugas de las mejillas se escondía una sonrisa bondadosa, ciega, por decirlo así. A veces, aquella bondad, ciega y conciliadora, conmovía mi corazón, pero éste me pedía a veces una palabra violenta, un grito fuerte en su boca.

-Al principio, acaso durante dos semanas, yo no supe nada del paradero de Varia y Máximo; pero luego ella me mandó en secreto a un muchacho que me dio noticias. Me dijo que esperase hasta el sábado, como si fuera a! oficio de la tarde, pero que en vez de ir al oficio fuera a verlos. Vivían lejos. en Suyetinski Siesd, en un cuarto pequeño interior; todo el patio era un hormiguero de obreros y por todas partes había porquería y basura y un ruido de mil demonios; pero a ellos les tenía sin cuidado aquello, porque vivían como un par de tórtolos, arrullándose y retozando y muy contentos. Yo les llevé cuanto pude: té, azúcar, toda cíase de pastas, conservas, harina, setas secas y hasta algo de dinero, que pude sisarle a tu abuelo, pues siendo para otro hasta es lícito hurtar. Pero tu padre estaba ofendido y no quiso tomar nada. "¿Es que somos acaso mendigos?", me preguntó. Y Bárbara le hizo coro: "¡Ah, mamá! ¿A qué viene todo eso?". Entonces yo le solté una buena reprimenda: "¡Tontos, más que tontos! ¿Quién soy yo, vamos a ver? ¿Acaso no soy tu amante madre, la que Dios te ha dado y quien más te quiere en el mundo? ¿Cómo puedes ofenderme de ese modo? ¿No sabes que la Madre de Dios !lora en el cielo cuando en la tierra una hija ofende a su madre?". Entonces, Máximo me abrazó, me hizo entrar en todas las habitaciones y hasta bailó conmigo, porque era fuerte como un oso. Varia se pavoneaba por el cuarto jugando con su marido como con un muñeco nuevo y hablando de cosas de la casa como una mujer hecha y derecha… Tenía muchísima gracia. Para el té tenían una torta con la que un lobo se hubiera roto los dientes, y el requesón que me ofrecieron estaba duro como una piedra.

Esto duró muchísimo tiempo, y ya ibas tú a venir al mundo; pero tu abuelo callaba y callaba el muy testarudo. Yo iba a visitarlos secretamente y él se enteraba aunque fingía no saberlo. En casa estaba prohibido hablar de Varia, y todos callaban; tampoco yo decía una palabra, pero pensaba que e¡ corazón de un padre no puede permanecer mudo eternamente. Y por fin, llegó la hora decisiva, que fue una noche; rugía la tormenta de nieve; los osos, como suele decirse, se acercaban a las ventanas; aullaban las chimeneas; en una palabra, todos los diablos se habían desencadenado. , u abuelo, y yo estábamos en la cama sin poder conciliar el sueño; yo dije: "En noches como ésta, mal lo pasan los pobres, y peor aún los que no tienen el corazón tranquilo". Y, de pronto, tu abuelo me dijo: "¿Y cómo viven?". "¿Cómo van a vivir?", respondí yo.

"Muy mal". "¿Es que sabes de quién hablo?", me dijo; y yo contesté: "De tu hija Bárbara y de tu yerno Máximo". "¿Cómo has adivinado?", siguió preguntándome. "¡Ay!, exclamé. Debías dejarte ya de tonterías, padre, que no sirven de nada". Entonces, él suspiró y me dijo: "¡Ah, demonios; demonios necios!". Y luego me preguntó por tu padre y me dijo: "Es un haragán, un verdadero vago, ¿verdad?". "Vago, le contesté, es el hombre que no quiere trabajar y que vive a costa de los demás. Mira a tus hijos Jacobo y Mijailo, a esos sí que puedes llamarlos vagos. ¿Quién trabaja en tu casa? ¿Quién gana dinero? ¡Tú solo! ¿En qué te ayudan ellos, dímelo?".

Luego se puso a reñirme; me llamó tonta, villana y alcahueta y qué sé yo cuántas cosas más. Yo no respondía una palabra. "¿Cómo has podido, me dijo, dejarte deslumbrar por un individuo que nadie sabe quién es ni de dónde viene?". Yo seguía callando; y cuando él se cansó de hablar le dije sencillamente: "Ve a verlos y entérate de cómo viven". "Sería demasiado honor para ellos, me dijo; mejor es que sean ellos los que vengan". Cuando dijo esto, estuve a punto de echarme a llorar de alegría; pero él me acarició el pelo y me dijo: "No me gimotees, vieja tonta. ¿Es que no tengo yo un corazón en el pecho?". Porque antes tu abuelo era mucho más bondadoso, y sólo desde que dio en figurarse que no hay en el mundo una persona más lista que él, se volvió tonto y malo.

Y entonces se presentaron tu madre y tu padre, en un día santo, el día de la reconciliación, los dos hermosísimos, compuestos y aseados. Cuando Máximo se ponla al lado de tu abuelo, éste no le llegaba más que al hombro; y Máximo le dijo: "No vayas a pensar, por amor de Dios, Vasili Vasílievich, que he venido a tu casa para pedir la dote, no; he venido porque quiero demostrar mi respeto al padre de mi mujer". Esto le agradó mucho a tu abuelo, que dijo sonriendo: "¡Ah, Goliat, bandolero! Echemos tierra a lo pasado, y venlos a vivir a mi casa". Pero Máximo enarcó el ceño y dijo; "Esto tiene que decidirlo Varia; a mí me es igual". Y entonces empezó entre ellos una discusión, porque ninguno quería ceder. Yo hice un guiño a tu padre y le di un pisotón por debajo de la mesa, pero él siguió en sus trece. ¡Qué hermosos ojos tenía tu padre! Puros, serenos, y las cejas oscuras; cuando las enarcaba, desaparecían los ojos y su cara tomaba una expresión pétrea y provocativa, y no escuchaba a nadie como no fuera a mí. Yo le quería casi más que a mis propios hijos, y él lo sabía y me quería también. Muchas veces, se arrimaba mucho a mí y me abrazaba, o me cogía en brazos, me llevaba por el cuarto y decía: "Eres para mí una verdadera madre, como la madre tierra y te quiero más que a Bárbara". Y tu madre, que entonces era una chiquilla vivaracha y atrevida, se precipitaba sobre él, gritando: "¿Cómo te atreves a decir eso, granuja de Perma?". Y así bromeábamos y nos reíamos los tres…. ¡Ay, qué hermosa vida aquella, pichoncito! Tampoco había nadie que le igualara bailando, y sabía unas canciones hermosísimas, que había aprendido de los ciegos, que son los mejores cantores que hay.

Se mudaron, por fin, al edificio lateral del jardín, y allí viniste tú al mundo. Cuando tu padre volvía un día a cometa casa, oyó tu llanto como bienvenida. Estaba loco de alegría y por poco mata a tu madre a fuerza de caricias, como si fuera, sabe Dios, qué obra de arte el traer un hijo al mundo. A mí me sentó en sus hombros y me)levó por todo el patio hasta el abuelo, a quien comunicó el nacimiento del nieto. Tu abuelo rompió a reír y dijo: "¡Pero qué mozo del diablo eres. Máximo!".

Los dos tíos no hacían buenas migas con tu padre. Máximo no bebía aguardiente, tenía la lengua mordaz y les hacía tantas jugarretas, que no las olvidaban fácilmente. Tu tío Mijailo concibió el pian de quitarle de en medio. Al principio del invierno volvían de una visita Máximo, tus dos tíos y otro individuo, un sacristán, que más tarde perdió el empleo porque mató a golpes a un cochero. Iban por una calleja, donde

Librodot

el sacristán se separó de ellos, y los dos hermanos atrajeron a Máximo al estanque de Dlukov, que estaba helado, para patinar sobre él. Empezaron a patinar como los niños, llevaron a tu padre hacia un agujero en el hielo y lo arrojaron dentro. Pero eso ya te lo he contado".

-¿Cómo es posible que mis tíos sean tan malos? -la interrumpí.

-No es que sean malos -me contestó m¡ abuela tranquilamente y tornando un polvo-. Son, sencillamente... medio idiotas. Bueno: pues como digo. tiraron a Máximo al agua. pero él salió y con las manos se sujetó al borde de¡ hielo.

Entonces ellos le pegaron en las manos y, con los tacones, le hicieron sangre en los dedos: pero como ellos estaban borrachos y, por suerte, tu padre sereno, con la ayuda de Dios pudo mantener la cara sobre el agua en medio del agujero del hielo y respirar as¡. Viendo que no podían hacerla otra cosa, le apedrearon con pedazos de hielo hasta que se Fatigaron y le dejaron, pensando que perecería ahí solo. Pe ro Máximo logró salir y corrió cuanto pudo hasta el cuartelillo de Policía, que estaba, como sabes, en el Mercado. El oficial, le conocía, como a toda nuestra familia, y preguntó a Máximo quién le había puesto de aquel modo.

Santiguóse mi abuela y dijo, con agradecida emoción:

-¡Señor, da al buen Máximo Sabatievich el descanso eterno, porque realmente lo ha merecido. No descubrió a la Policía ni una palabra de lo que le había ocurrido, sino que les contó que estaba borracho y que se había metido en el hielo y se había caido en el agujero. Claro, que el oficial le dijo: "Eso no es verdad, porque tú no bebes". Bueno, el caso es que resumiendo, le dieron unas buenas friegas con alcohol, le pusieron ropa seca, le echaron encima una pelliza y entre tres hombres, el oficial y otros dos, le trajeron en coche a casa. Yaska y Miska no habían vuelto todavía, pues venían de taberna en taberna, bebiendo hasta caerse de borrachos. Nosotras, tu madre y yo, vimos cómo traían a Máximo y nos asustó su aspecto, porque estaba azul de frío, de los pisoteados dedos le manaba sangre; sobre las orejas tenia nieve pegada que no se quería derretir... y era que su pelo había encanecido por !as sienes.

Bárbara puso el grito en el cielo: "¿Qué te pasa, Máximo?". El oficial de Policía anduvo husmeando y preguntando a todo el mundo, pero mi corazón lo barrunto en seguida: allí había ocurrido algo grave. Cuando el oficial hablaba con Bárbara, yo le pregunté a Máximo, en voz muy baja, qué le había ocurrido. Y él me respondió muy quedo: "Salga usted a¡ encuentro de Jacobo y Mijailo y dígales lo que deben declarar: que nos separamos en la calleja y ellos se fueron a la iglesia de Santa María, mientras yo torcía por la calle de los Tejedores. No se confunda usted, pues de lo con trario la Policía nos meterá en un lío". Corrí a tu abuelo y le dije: "Ve y entretén al policía mientras yo espero a los chicos en el portal y les cuento, en pocas palabras, lo que ha ocurrido. Tu abuelo se vistió temblando y musitó: "¡Ya lo sabía yo; lo tenia previsto!". En realidad, no tenía previsto nada.

Excuso decirte que recibí a los chicos como era debido; hubo para uno y para otro, tanto que Miska se serenó del susto; pero Yaska había bebido tanto, que no hacía más que murmurar: "Yo no sé nada; Mijailo lo ha hecho todo, porque es el mayor". Al oficial de Policía lo despistamos lo mejor que pudimos, y como era un buen hombre, sólo dijo al retirarse: "Cuando les ocurra a ustedes algo, ya sabré yo con quién tengo que entendérmelas". Tu abuelo fue a ver a

Máximo y le dijo: "Te doy infinitas gracias, hijo mío, porque otro, en tu lugar, no habría procedido así. Y también a ti, hija, continuó dirigiéndose a Bárbara, te doy las gracias por haberme traído a casa un hombre tan bueno". Y cuando volvimos a estar los tres solos, Máximo Sabatievich rompió a llorar y exclamó desde el fondo de su corazón: "¡Ah! ¿Por qué me odian de ese modo? ¿Qué les he hecho yo, mamá?". Yo

Librodot

rompí a llorar con él ... ¿Qué iba a hacer? Al fin y al cabo, eran mis hijos, aunque mal aconsejados. Y tu madre estaba allí, desgreñada, como si se hubiera peleado con alguien, y rugió de pronto: "¡Nos vamos de aquí, Máximo! ¡Mis hermanos son nuestros enemigos y me dan miedo!". Yo quise tranquilizarla, pero ella no me hizo caso, y cuando tu abuelo mandó a los malhechores a que pidieran perdón a Máximo, tu madre se abalanzó a Miska y le dio una bofetada: "¡Ahí tienes tu perdón!". Pero tu padre les dijo: "¿Qué es lo que os proponíais? Me habéis dejado casi inválido; porque. ¿qué obrero voy a ser si no puedo coger ni sujetar nada?". Finalmente, se reconciliaron a medias, pero no volvió ya a haber paz verdadera entre ellos.

Siete semanas estuvo enfermo tu padre, que no paraba de decir: "¡Ah, mamá! ¡Véngase usted con nosotros a otra ciudad, porque esta vida no es llevadera!". Pronto tuvo que ir a Astracán, porque esperaban al zar para el verano, y a tu padre le dieron el encargo de levantarle el arco de triunfo. En el primer vapor se fueron Máximo y Varia y te llevaron con ellos. Mucho me dolió separarme de él, como si me separara de mi propia alma, y también él estaba tristísimo y trataba de convencerme para que fuese con ellos a Astracán. Pero Bárbara se mostraba muy contenta de marcharse y ni siquiera se molestaba en ocultar su alegría, la muy desvergonzada... Y así se fueron, y nada más.

Tomó un sorbo de aguardiente de la tetera, luego un polvo y dijo pensativa, mirando por la ventana al cielo plomizo:

-Sí, estábamos muy bien tu padre y yo, porque aunque nuestra sangre no tenía parentesco, lo tenían nuestras almas.

Mientras relataba todo esto, mi abuelo se había acercado a nosotros varias veces; estirando su cara de garduña, olfateaba el aire y miraba recelosamente a la abuela. Escuchó un ratito su narración y dijo entre dientes:

-¡Siempre mentiras, mentiras!...

Y luego, me preguntó de pronto:

-¿Ha bebido aquí aguardiente, Lexiei?

-No -respondí yo.

-¡Mientes! Te lo conozco en los ojos.

No muy seguro, se fue a la puerta. Mi abuela se quedó mirándolo y dijo, sonriendo con satisfacción:

-¡Anda y déjanos en paz!

Una vez, se quedó mi abuelo en el centro de la habitación, miró al techo y dijo en voz baja:

-Tú, madre ...

-¿Qué?

-¿Te fijas bien en lo que está pasando?

-Claro que me fijo.

-¿Y qué piensas de ello?

-El destino, padre. ¿No querías tener por yerno a un noble?

-Sí.

-Pues ya lo tienes.

-¡Ese es un hombrón!

-Eso es cosa de ellos.

El abuelo salió. Yo tenía la sensación de que algo malo flotaba en el aire, y pregunté a la abuela:

-¿De quién habéis hablado?

-¡Todo quieres saberlo! -me contestó desabridamente, mientras me daba friegas en los pies para calentármelos-. Si te enteras ahora de todo, ya no quedará nada para

cuando seas mayor.

Rompió a reír, y al cabo de un rato, dijo, meneando la cabeza:

-¡Ah, abuelito, abuelito! ¡Si no eres más que un átomo de polvo ante Dios! Te voy a revelar algo hijo mío, pero es preciso que te calles. Tu abuelo está completamente arruinado; ha prestado muchos miles a un señor de campanillas, que acaba de quebrar.

Permaneció largo rato callada, con la gruesa cara cubierta de arrugas y con expresión sombría y triste.

-¿En qué piensas? -le pregunté.

-En lo que tengo que contarte -me respondió, saliendo de su abstracción-. Volvamos a la historia del prudente Yevstignei ... ¿Quieres? Pues escucha.

Erase un sacristán, llamado Yevstignei,

que se creía el hombre más listo del país: no había pope ni boyardo superior a él, por sabio y viejo que fuese. Era más orgulloso que un pavo, y censuraba todo lo que veía. No le parecía bastante alta la iglesia ni bastante ancha la calle; le irritaba

hasta que el sol brillara con demasiada claridad, y que las manzanas fuesen rojas y no azules. Cuando vela algo, decía siempre el hombre listo:

Aquí, hinchó la abuela los carrillos, apretó los ojos, dio a su cara una expresión de cómica idiotez y dijo con voz nasal:

¡Bah! Apuesto a que yo lo hago mejor.

Sólo que hoy, precisamente, no tengo tiempo, pues de lo contrario estaría dispuesto a ello.

Al llegar a este punto, calló un momento y prosiguió, sonriendo y en voz baja:

Un día, a media noche, se deslizaron los diablos calladamente hasta Yevstignei, y dijeron: "¿No te gusta ya esto?

Pues haznos el honor de venir al Infierno con nosotros. Allá verás, ¡vive el cielo! lo bien que arden nuestros carbones". El sacristán se mostró dispuesto, tomó su gorra de piel, y en un momento, lo agarró de los pelos la negra legión y lo arrastró abajo, al abismo infernal. Allá lo arrojaron en las llamas. "¿Y que, Yevstignei, no te gusta esto?"

Mi sacristán lo miró todo pasando revista, se puso luego en jarras,arrugó la nariz, porque estaba ya medio tostado, y dijo con tono regañón: "¡Demasiado humo! ¡Si yo hubiera hecho esto, bien sabe Dios que tendría un aspecto mucho mejor!"

Al final del relato dijo, sonriendo, mi abuela:

-Y el testarudo Yevstignei no cedió, sino que siguió en sus trece, como tu abuelo. Y ahora, duérmete, que ya es hora.

Rara vez subía mi madre a verme a la buhardilla; nunca estaba largo rato conmigo, y hablaba poco y de prisa. Se vestía cada vez con más esmero y se me presentaba cada vez más hermosa; y de su conducta y de la de mi abuela barruntaba yo que en la casa se tramaba algo que me querían o debían ocultar. Se apoderó de mi una íntima desazón, y cada vez me interesaban menos los cuentos de mi abuela; ni siquiera cuando me hablaba de mi padre podía yo desterrar un recelo, que iba creciendo de día en día.

-¿Por qué anda vagando sin descanso el alma de mi padre? -le pregunté una vez.

-¿Cómo voy a saberlo? -me dijo, cerrando los ojos-. Eso sólo puede saberlo Dios del cielo y no nosotros, los pobres mortales.

Cuando de noche permanecía yo en la cama sin dormir y por la ventana azul vela pasar lentamente las estrellas en el firmamento, discurría toda clase de historias tristes. Su figura principal era la de mi padre, que siempre iba andando no sé dónde con un bastón en la mano y seguido por un perro muy peludo.

Capítulo XII

Un día me dormí, al atardecer, y al despertar sentí que mis piernas habían recobrado la vida y el movimiento. Las eché fuera de la cama y en seguida perdieron la fuerza, pero tuve la certeza de que podría volver a usarlas como antes. Fue una sensación tan espléndida, que grité de alegría. Con toda mi alma apreté las piernas contra el suelo y me caí, pero pude arrastrarme hacia la puerta y la escalera del desván, pensando lo asombrados que se quedarían todos al verme aparecer. No sé cómo ocurrió que me encontré inesperadamente en el cuarto de mi madre y en la falda de mi abuela. Delante de ella se hallaban varias personas extrañas y una vieja flacucha y verdosa dijo, con voz recia, que dominó a todas las demás:

-Hay que darle a beber zumo de frambuesas y abrigarle bien la cabeza.

Aquella vieja era toda una gran mancha verde; su vestido, su sombrero, su cara con la verruga encima del ojo, todo era verde, y hasta el mechón de pelo de la verruga parecía de hierba. Colgábale el labio inferior y el superior estaba arremangado, enseñando dos hileras de dientes enfermos y verdosos. Tenía sobre los ojos la mano, cubierta por un mitón negro de punto, y me escrutaba:

-¿Quién es? -pregunté yo, mirándola asustado.

-Es tu nueva abuela -me dijo mi abuelo, en un tono que me conmovió dolorosamente.

Mi madre empujó, sonriendo, hacia mí a Yevguenii Maximov y me dijo:

-Y éste es tu padre.

Dijo algo más, pero tan de prisa, que no le entendí. Maximov se dobló, pestañeando sobre mí, y me dijo:

-Te voy a regalar una caja de colores.

En la habitación había mucha claridad; en la mesa de un rincón lucían dos candelabros de plata de cinco bujías cada uno, y entre ellos estaba expuesto el icono favorito de mi abuelo: "No llores, ¡oh Madre!". Las perlas de los trajes plateados de los santos brillaban y parecían fundirse a la luz de las velas, y las gemas rojas de sus coronas de oro centellaban como si fuesen de fuego. En la calle atisbaban unas caras redondas, aplastadas como tortillas contra los oscuros cristales y todo parecía moverse hacia alguna parte; la vieja de lo verde me tentó detrás de la oreja con los fríos dedos y dijo:

-Es preciso, es preciso.

-Se ha desmayado -dijo mi abuela, y me sacó de la habitación.

Yo no estaba desmayado ni mucho menos, pues no había hecho más que cerrar los ojos, y cuando la abuela me llevó escaleras arriba, le pregunté::

-¿Por qué no me dijiste nunca nada de esto?

-Déjalo estar, niño, no hables de ello -me contestó, en voz baja. Y cuando me hubo colocado en la cama, hundió la cabeza en la almohada y empezó a sollozar, temblando de pies a cabeza. Sus hombros se movían de un lado a otro, y con voz ahogada por las lágrimas, musitó:

-¡Llora, hijo mío, llora conmigo!

Yo no tenía ganas de llorar. La buhardilla estaba oscura y helada, y ya temblaba de frío en la cama, que se movía, crujiendo. Se me plantó delante la vieja de lo verde; yo hice como si me durmiera y mi abuela se alejó.

Pasaron una serie de días tediosos y monótonos. Después de los esponsales, mi

madre se había ido de viaje no sé adónde. En la casa reinaba un silencio deprimente. Una mañana, entró mi abuelo en mi habitación con una espátula, fue a la ventana y empezó a rascar la masilla con que estaba sujeta la contraventana de invierno. La abuela le llevó una palangana de agua y un trapo.

-¿Qué dices, vieja? -preguntó en voz baja el abuelo.

-¿De qué?

-¿Estás contenta?

-Déjalo, no hables de ello -repuso ella, contestándole evasivamente, lo mismo que a mí en la escalera.

Pero aquellas sencillas palabras tenían un sentido especialísimo, pues en ellas latía algo triste, que todos sabían pero que nadie podía pronunciar.

El abuelo quitó cuidadosamente la contraventana y se la llevó abajo. Mi abuela abrió la ventana de par en par. En el jardín silbaban los estorninos y piaban los gorriones; el aroma embriagador de la tierra en deshielo invadió la estancia, los azulejos azulados de la estufa parecieron tornarse súbitamente más pálidos y, al verlos, despertó en mí una sensación de frío. Salté de la cama y di dos pasos por la habitación.

-¡No andes descalzo! -dijo mi abuela.

-Quiero ir al jardín.

-No, todavía no está seco: más vale que no vayas.

Yo no le hice caso; estaba hastiado del mundo y no quería ver a nadie.

En el jardín, la hierba echaba ya sus nuevas agujas de verde claro, las hinchadas yemas de los manzanos empezaban a reventar y el musgo del tejado de la Petrovna tenía un agradable lustre verde.

Por todas partes resonaba el pío-pío y el gorjeo de los pájaros, y el hálito fresco y agradable de la brisa me envolvió materialmente la cabeza. En el hoyo en que se había tendido el tío Pedro, la grisácea hierba de las estepas estaba aplastada por las masas de nieve y ofrecía un aspecto feo y poco primaveral; el hoyo, con sus vigas carbonizadas,

tenía algo hostil, repulsivo. Pero si lo despejara, si le quitara la hierba seca, los restos de vegas y los ladrillos rotos, ¿no me ofrecería un magnifico escondite donde podría retirarme cuando me molestaran las personas mayores? Esta idea se impuso tan vivamente a mi espíritu, que pasé inmediatamente a su ejecución y empecé por arrancar la hierba. Había encontrado algo que me apartaba de lo que ocurría en la casa, y cuando con más celo trabajaba en la realización de mi proyecto, más iba relegando a segundo término todo lo demás.

-Dime, ¿qué te pasa, que tienes esa cara tan atravesada? -me preguntó mi madre, y también mi abuela me hizo preguntas parecidas.

Yo no estaba enfadado con ellas, ni mucho menos; pero contemplaba todo lo que ocurría a mi alrededor como algo extraño, que no me ofrecía ya ningún interés. Por entonces, la vieja de lo verde visitaba con frecuencia a mis abuelos. Tenía los ojos como sujetos a la cara con hilos invisibles y parecía que iban a saltársele de las órbitas; miraban inquietos a todos lados, lo veían y reparaban todo, se alzaban al techo cuando hablaba de Dios y volvían a hundirse en los carrillos cuando se discurría de cosas domésticas. Las cejas parecían de salvado y pegadas no se sabía cómo. Sus dientes, blancos y desnudos, destrozaban todo lo que llevaba a la boca la mano cómicamente arqueada, con el meñique saliente; en la región de las orejas se movían, cuando masticaba, dos pequeñas bolas óseas, las orejas se meneaban a compás y hasta los pelos verdes de la verruga se balanceaban como si se dispusieran a pasearse por la piel amarilla, rugosa y de repugnante limpieza. Producía, en general, la misma impresión de minucioso aseo que su hijo, y daba materialmente miedo tocarlos a

ambos. En los primeros días, ponía siempre sobre mis labios su fría y huesuda mano, de la que emanaba un olor a jabón amarillo de Kasán y a incienso, y yo volvía la cara cuando me la acercaba a la nariz.

-Este chico necesita, indispensablemente, una educación muy severa, ¿comprendes, Yevguenii? -solía decirle con frecuencia a su hijo.

Este inclinaba obedientemente la cabeza y en silencio enarcaba el ceño, pues todo el mundo parecía enarcarlo en presencia de aquella verde anciana.

Yo sentía contra ella y contra su hijo un odio ardiente, que me valió muchos golpes.

Una vez, a la hora de comer, me dijo, abriendo los ojos de un modo fantástico:

-¡Vamos a ver, querido Alioska! ¿Por qué comes tan de prisa y a bocados tan grandes? Te vas a atragantar, hijo mío.

Me quité de la boca el bocado que estaba mascando, lo pinché con el tenedor y se lo alargué.

-Ahí lo tiene usted, si es que le da pena.

Mi madre me arrancó de la mesa, y entre insultos y vituperios me enviaron a la buhardilla. La abuela subió a verme, estremeciéndose de risa y dijo, tapándose la boca con la mano:

-¡Señor, Señor! ¡Qué descarado eres! ¡Jesucristo sea contigo!

No me gustó que se tapara la boca, y salí huyendo de ella; trepé al tejado de la casa y estuve largo rato detrás de la chimenea. Sí, yo quería ser descarado, quería decir impertinencias a todo el mundo y hacer a todos jugarretas; pero, a pesar de lo difícil que me era reprimir este deseo, al fin tuve que renunciar a él. Un día, unté con resina de cerezo las sillas de mi futuro padrastro y de mi nueva abuela, que se quedaron pegados a ellas. La cosa tuvo mucha gracia, pero mi abuelo me dio mi correspondiente paliza y me mandó a la consabida buhardilla. Mi madre subió a verme, me apretó contra sí, me sujetó con las rodillas y me dijo:

-¿Por qué eres tan malo, di? ¡Si supieras la pena que me das! ...

Sus ojos se llenaron de brillantes lágrimas; estrechó mi cabeza contra su mejilla y esto me produjo una aflicción tan grande, que hubiera preferido que me pegara. Le dije que jamás volvería a ofender a los Maximov, pero que no llorara.

-Si, si -dijo en voz baja-. Ya es hora de que renuncies a esas diabluras. Pronto nos casaremos y luego nos iremos a Moscú, y cuando volvamos tú te vendrás a vivir con nosotros. Yevguenii Vasilievich es muy bueno y muy inteligente y ya verás cómo haces buenas migas con él. Irás al Instituto y luego serás estudiante de Universidad, como él hoy, y más tarde doctor o lo que quieras, porque un hombre instruido lo puede ser todo. Ahora, ve y corretea un poco por ahí.

Aquel "luego" y "más tarde" de que me hablaba, se me representaba como una serie de escalones que conducían lejos de mi, a un abismo oscuro, a la soledad. No me alegraba, ni mucho menos, de aquel descenso y hubiera querido poder decir a mi madre: "No te cases, que yo te mantendré." Pero estas palabras no brotaron de mis labios. Mis pensamientos estaban siempre fijos en ella con gran ternura, pero no me atreví nunca a manifestarlo en su presencia.

Entre tanto, proseguía asiduamente mis trabajos en el jardín. Ya habla quitado la hierba, en parte arrancándola, y en parte cortándola con una cuchilla; contuve las paredes del hoyo con ayuda de los pedazos de ladrillo y del mismo material hice un ancho banco. en el que hasta podía uno tumbarse. Rellené los huecos que quedaban entre los ladrillos con barro, en el que incrusté pedazos de vidrio y de cacharros de colores, y cuando el sol iluminaba mi hoyo había allí dentro una pompa policroma como en una iglesia.

Librodot

-Lo has hecho muy bonitamente -dijo mi abuelo, una vez que vio mi obra-. Pero la hierba volverá a crecer en

seguida, porque has dejado las raíces. Anda, ve por la azada, que te cavaré la tierra.

Llevé la azada de hierro y él se escupió las manos y empezó, gimiendo, a hincarla con los pies en el duro suelo.

-Tira a un lado las raíces -me dijo-. Te voy a poner aquí malvas y girasoles, y quedará muy bonito, muy bonito, ya verás.

Y de pronto se dobló sobre la azada y estuvo largo rato callado, como convertido en piedra; yo le miré y observé que de sus pequeños e inteligentes ojos de perro caían al suelo lágrima tras lágrima.

-¿Qué te pasa? -le pregunté.

Se incorporó, se secó la cara con la palma de la mano y me miró con ojos turbios.

-Es que he roto a sudar -me dijo-. ¡Mira cuántas lombrices!

Empezó otra vez a cavar y dijo, de pronto:

-Has hecho todo esto inútilmente, hijo mío. Pronto tendré que vender la casa, allá para el otoño a más tardar. Necesité el dinero para la dote de tu madre. Si por lo menos fuese feliz... ¡Dios la acompañe!

Tiró la azada y con expresión de desaliento se fue detrás de la caseta de baño, donde, en el rincón de jardín, tenia el estercolero. Yo cogí en seguida la azada y empecé a trabajar, con tanto celo, que me hice con el afilado hierro un profundo corte en el dedo gordo del pie.

Esto me impidió acompañar a mi madre a la iglesia el día de su boda; sólo pude llegar hasta la puerta de¡ patio y la vi cruzar, del brazo de Maximov, con la cabeza baja, con precaución, como si pisara clavos de punta, por los ladrillos de la acera y la hierba que entre ellos crecía.

Fue una boda sin aparato. Cuando volvieron de la iglesia, tomaron el té sin animación ninguna. Después, mi madre se cambió de traje y se fue a su alcoba, para hacer el baúl. Mi padrastro se sentó a mi lado y me dijo:

-Te prometí regalarte una caja de colores, pero aquí, en la ciudad, no los hay buenos y los míos los necesito yo. Pero te los mandaré desde Moscú.

-¿Y qué voy a hacer con ellos?

-¿No te gusta pintar?

-No sé pintar.

-Entonces, te mandaré cualquier otra cosa.

En esto vino mi madre y dijo:

-Pronto volveremos. Tu padre tiene que examinarse y luego que acabe los estudios, volveremos aquí.

Me agradó que hablaran conmigo corro con una persona mayor, pero me pareció raro que estuviera estudiando todavía un hombre con toda la barba.

-¿Y qué estudias tú? -pregunté a mi padrastro.

-Geodesia.

Era yo demasiado perezoso para preguntarle qué era aquello. En aquella casa reinaban la tranquilidad y el aburrimiento, y yo deseaba que se hiciera pronto de noche. Mi abuelo estaba allí con la espalda apoyada en la estufa, y entornando los ojos miraba por la ventana; la anciana verde miraba, refunfuñando y gimiendo alternativamente, cómo mi madre hacia el baúl.

Mi madre se fue al día siguiente muy de mañana. Al despedirse, me abrazó, me levantó fácilmente del suelo, me miró con ojos en que se advertía algo extraño y me dijo:

-¡Adiós, hijo mío!

-Dile que debe ser obediente -exclamó mi abuelo con voz sombría y mirando al cielo, que ya empezaba a teñirse de rosa.

-Haz siempre lo que te diga tu abuelo -me recomendó mi madre, santiguándome. Yo esperaba que me dijera algo más y me puse de mal humor con mi abuelo porque se lo había impedido.

Tomaron asiento en un coche. Mi madre se quedó sujeta por el vestido no sé dónde, se esforzó largo tiempo por soltarse y, por fin, se incomodó.

-¡Vamos, ayúdala! ¿No estás viendo? -exclamó mi abuelo; pero yo no acudí a ayudarla, porque me hallaba enervado por mi reprimido coraje. A Maximov, le costó mucho trabajo meter en el coche sus piernas, cubiertas de ceñidos pantalones azules; la abuela le dio una infinidad de paquetes, qué él puso sobre sus rodillas y sujetó con la barba.

-¡Basta ya! -exclamó, contrayendo con temor su pálido semblante.

En otro coche había tomado asiento la anciana de lo verde, con su hijo mayor, el oficial. Estaba allí como pintada y el hijo se pasaba la empuñadura del sable por las barbas, bostezando.

-¿De modo, que hay verdaderamente guerra? -le preguntó el abuelo.

-No cabe duda.

-Muy bien. Es preciso volver a darles en la cabeza a esos turcos.

Partieron. Mi madre se volvió un par de veces, despidiéndose con el pañuelo, y la abuela, apoyada con una mano en la pared de la casa, le hacía señas con la otra, mientras por sus mejillas rodaban las lágrimas. También el abuelo se quitó con los dedos un par de lágrimas de los ojos, rezongando:

-¡Esto no ... acabará ... bien!

Yo me senté en el guardacantón y vi cómo se bamboleaban los coches sobre el empedrado. Luego dieron la vuelta a la esquina, y en aquel momento me pareció como si en m¡ interior se cerrara para siempre una puerta.

Era todavía muy temprano y las ventanas de las casas estaban aún cerradas. La calle se hallaba desierta, tan vacía como no la había visto yo nunca. A lo lejos, se oía monótonamente el silbato de un pastor.

-Anda, vamos a tomar el té -dijo mi abuelo, poniéndome el brazo en el hombro-. Ha querido la suerte que no te separes de mí.

Desde la mañana hasta el anochecer estuvimos los dos ocupados en el jardín. Mi abuelo cavaba los tablares, ataba las ramas de los frambuesos, quitaba los líquenes de los troncos de los manzanos y mataba las orugas con que topaba, en tanto que yo seguía trabajando en la instalación y adorno de mi rinconcito. El viejo había aserrado el extremo de viga carbonizada y había puesto un par de estacas, de las cuales colgué yo mis jaulas. Con la hierba seca trencé una esterilla, que tendí sobre el banco como protección contra el relente y la luz del sol, y con esto mi hoyo quedó verdaderamente agradable.

Algún día te servirá de mucho -me dijo mi abuelo-, el haberte acostumbrado desde ahora a cuidar de ti mismo.

Escuché sus palabras con atención. A veces, se tendía en mi banco, que yo había cubierto de césped, y me enseñaba cosas de toda especie, pronunciando las palabras lentamente y al parecer con esfuerzo.

-Ahora puedes considerarte de hecho separado de tu madre -me dijo una vez-; ella tendrá otros hijos, a los cuales querrá más que a ti. Y a tu abuela le ha vuelto a dar por la bebida.

Guardó silencio largo rato, como si escuchara algo, y luego prosiguió, dejando caer las palabras como si las arrojara:

Librodot

-Ya es la segunda vez que se da al aguardiente; la primera fue cuando Mijailo iba a ser soldado. Entonces, la vieja loca me engatusó para que lo librara. ¿Quién sabe? Acaso en la milicia se hubiera vuelto otro. ¡Ah, mal rayo! Ahora, yo me moriré pronto y tú quedarás entregado a ti mismo. Luego, tú mismo formarás tu vida, ¿comprendes? Aprende a trabajar tú solo y no dejes que nadie te domine. Vive tranquilamente y en paz, pero al mismo tiempo con audacia. Escucha lo que dicen los demás, pero haz siempre lo que mejor te parezca.

Pasé en el jardín todo el verano, mientras me lo consintió el tiempo; en las noches calurosas hasta dormía en él, sobre una manta de fieltro de lana que me había regalado mi abuela. Ella pasaba también a menudo la noche en el jardín; cogía un brazado de heno, que esparcía delante de mi banco, se tendía sobre él y me hablaba largo rato de cualquier cosa, interrumpiendo a veces su narración para exclamar:

-¡Mira, una estrella fugaz! Ahora acaba de nacer un hombre bueno.

O bien señalaba al cielo y decía:

-¡Mira, una estrella nueva! ¡Cómo brilla! ¡Ah, cielo bondadoso, luminoso vestido de Dios!

Mi abuelo refunfuñaba:

-Os vais a enfriar, majaderos, u os va a dar una parálisis. Vendrán ladrones y os estrangularán,

Era espléndido ver la puesto del sol desde nuestro rincón. Por el firmamento se derramaban corrientes de fuego, que parecían arder y caer sobre el aterciopelado verde del jardín, como cenizas de rojo dorado. Luego, todo en tono nuestro se oscurecía perceptiblemente, se dilataba y se hinchaba, inundado por la cálido luz del ocaso; el follaje, sociado de luz, se desmayaba en las romos, los hierbas se inclinaban hacía lo tierra y todo se volvía más blando, más redondeado y exhalaba suaves aromas que invadían el olmo como una música silencioso y, o lo lejos, sonaba músico da verdad, en el campo, donde tocaban a quedo.

Rompe la noche y, al propio tiempo, se insinúa en el pecho algo vigoroso y refrescante, acariciador como el beso de una madre; lo colma nocturno suaviza el corazón con su blanda y cálida mono y borro todo lo que es mejor olvidar, barre de lo memoria todo el polvo minúsculo y corrosivo del día. Es de un hechizo embriagador observar, tumbado de espaldas, cómo lucen las estrellas, cada vez más tupidas, cada vez más claras; cómo don al cíelo una profundidad infinito y cómo van surgiendo en lo más hondo otros nuevas, más cada vez; cómo nuestro ser parece alzarse sobre el suelo y cómo la tierra, cada vez más pequeña, se acerca más o uno; cómo uno mismo crece hasta tomar proporciones gigantescas y se mece fundido en cuanto le rodeo. Cada vez son mayores lo oscuridad y el sosiego reinantes, pero en todos portes están tensos unos cuerdos finos e invisibles, y cada rumor, lo mismo sí un pájaro canta en sueños que sí un erizo corre por la hierba o si se oye en cualquier porte una voz humano, resueno con su manera peculiar, con más plenitud y claridad que de día, en el gran silencio saturado de amor y de finísimas vibraciones..

Suena un acordeón, se oye una risa de mujer, chocó un sable en la acera ... Sensaciones todas conturbadoras y superfluas; son las últimas hojas que caen de un día marchito.

Lo abuela tenía el sueño difícil; con las manos debajo de la cabeza, se estaba allí tendida, en amortiguada animación, y se ponía o contar cualquier cosa, sin preocuparse de que yo estuviera o no presente. Y cado vez acertaba a elegir una historia que daba aún mayor belleza y significado a la noche.

Al rítmico sonido de sus palabras, yo me dormía imperceptiblemente y me despertaba con las aves; en la caro me daban el sol y una suave brisa matutina; el

follaje de los manzanos sacudía las gotas de rocío, el verde húmedo del césped brillaba cada vez más transparente y cristalino, exhalando un tenue vapor. El abanico de los rayos solares se abría en el cielo, de color lila cada vez más intenso y más oscuro. Muy arriba, invisible a los ojos, trinaba una alondra, y todos los sonidos apagados del día naciente encontraban un eco en el almo atenta y despertaban en ello una alegría serena, un anhelo vivísimo de levantarse en seguido, de hacer algo y de compartir la vida con todo lo viviente.

Fue aquella temporada la más tranquila y más contemplativa de toda mi existencia. Precisamente aquel verano creció y se robusteció en mí el sentimiento de confianza en mí propia fuerza. Me volví huraño y retraído; oía las voces de los tres hijos del coronel en el jardín contiguo, pero ya no me atraían, y cuando mis primos iban de visita, yo, lejos de alegrarme de ello, sentía el temor de que pudieran destruir mi obra del jardín, mi primera obra personal.

Tampoco me interesaban grandemente las palabras de mi abuelo, que cada vez eran más secas y regañonas. Se peleaba a menudo con mi abuela y varias veces la echó de caso; entonces, ella se iba por unos cuantos días con mis tíos Jacobo o Mijailo. A veces, estaba fuera varios días, y entonces mi abuelo se encargaba de la cocina, se quemaba las manos, chillaba y renegaba, rompía la vajilla y cada día era más inaguantable.

De vez en cuando, se presentaba en mi rincón, se instalaba en el banco de césped, me observaba largo rato en silencio, y de pronto, decía:

-¿Por qué no dices nado?

-¿Qué voy o decir?

Entonces, empezaba a darme buenos consejos.

-No somos señores, hijo mío. No hoy nadie que nos enseñe. Lo tenemos que aprender todo nosotros mismos. Para los demás se han escrito libros y se han fundado escuelas, pero paro nosotros no hay nada de eso. Lo cual quiere decir que debemos cuidar de nosotros mismos.

Y luego empezó o meditar y se quedó como desecado, mudo e inmóvil, hasta darme casi miedo.

En otoño vendió lo casa y poco después, una mañana, tomando el té, declaró a la abuela con acento resuelto y sombrío:

-Bueno, madre, te he dado de comer, te he mantenido ... pero ahora ya basta; mira o ver cómo te ganas el pan tú misma.

Mi abuela tomó sus palabras con toda calma, como sí las esperara hacía mucho tiempo. Sacó despacio lo tabaquera, se tupió la nariz de rapé y dijo:

-Bueno, está bien. Si tiene que ser, por mi, andando.

El abuelo alquiló dos habitaciones pequeñas y sombrías en el sótano de una casa vieja, que se alzaba en un callejón sin salida al pie de un altozano. Cuando íbamos a mudarnos, tomó la abuela una alpargata vieja con correas largas, la tiró en el rincón detrás del hogar, se puso en cuclillos delante de ella y empezó o evocar al espíritu de la casa:

-¡Duende bueno y leal, ahí tienes un trineo! ¡Ven conmigo, te lo ruego, a la nueva morada!

-¡Yo te enseñaré a llevarte el duende de la casa, bruaja! -exclamó el abuelo desde el patio-. ¡Trota, si quieres, de avergonzarme!

-¡Ay, padre, que no nos vaya a salir mal esto! -le advirtió con toda seriedad mi abuela; pero su marido montó en cólera y le prohibió categóricamente que hiciera intervenir en la mudanza al espíritu de la casa.

Los muebles y demás objetos se vendieron en tres días, entre terribles regateos e

insultos, a unos prenderos tártaros. Entre tanto, mi abuela estaba asomada a la ventana, tan pronto llorando como riendo y decía a media voz:

-¡Todo se lo llevan, todo se va! ...

También yo estaba a dos dedos del llanto; me costaba gran trabajo separarme del jardín y de mi pequeño retiro, obra de mis propias manos.

En dos carros trasladamos nuestro ajuar y nos mudamos nosotros. El carro en que iba yo, embutido entre toda clase de utensilios domésticos, se mecía y traqueteaba durante el viaje de un modo terrible, como si quisiera despedirme de mi asiento.

En esta sensación de constante vaivén y traqueteo, pasé los dos años siguientes hasta la muerte de mi madre. Poco después de instalarse mi abuelo en el sótano, se había presentado de nuevo entre nosotros, pálida, demacrada, con los ojos muy grandes y llenos de un fulgor extraño en que se leía una expresión de intenso asombro. Nos miraba a todos, al abuelo, a mí, a la abuela, completamente pasmada, como si nos viera por primera vez, y guardaba un silencio sorprendente. Mi abuelo entró de rondón en el cuarto, se encogió de hombros, tosió y retorció los dedos de las manos, cruzadas a la espalda.

-¡Oh, Dios, cuánto has crecido! -me dijo mi madre, cogiéndome las mejillas entre ambas manos.

No iba tan bien vestida como antes; llevaba un traje ancho, de color pardo rojizo, del cual sobresalía excesivamente el vientre.

Mi padrastro me alargó la mano.

-Buenos días, querido; ¿cómo te va? -me dijo. Y luego olfateó el aire y exclamó, volviéndose a mi abuelo-: ¿Sabe usted que hay aquí una humedad terrible?

Ambos producían la impresión de haber corrido mucho tiempo y estar cansados; todo en ellos parecía ajado y maltrecho, como si no tuvieran más que una necesidad: la de reposar.

Al tomar el té, el humor de todos era deprimente. Mi abuelo miraba por la ventana, cuyos cristales azotaba la lluvia de otoño.

-¿Conque se ha incendiado todo? -preguntó.

-Sí, todo -dijo mi padrastro, en tono terminante-. Apenas nos hemos podido salvar nosotros mismos.

-Sí, sí, el fuego no se anda con bromas.

Mi madre se arrimó al hombro de mi abuela y le cuchicheó algo al oído; la anciana entornó los ojos, como si la deslumbrara una claridad repentina. El humor de todos era cada vez más sombrío.

De pronto, mi abuelo dijo en voz muy alta, llena de ironía, pero calmosa en extremo:

-Pues yo he oído decir, mi respetable Yevguenii Vasílievich, que no ha habido tal fuego, sino que te lo has jugado todo en el tapete verde.

Después de estas palabras, reinó en el cuarto un silencio sepulcral, y sólo se oyó el zumbido del samovar y el golpe de la lluvia en los cristales. Finalmente, tomó la palabra mi madre:

-Papá...

-¿Qué papá? -exclamó mi abuelo lleno de ira-. ¿Qué más hay que hablar? ¿No te he dicho que a los treinta años no se casa una mujer con un mozo de veinte? Ahí tienes a tu guapo mancebo, al noble ... ¡Ja, ja! ¿Qué dices ahora, qué dices, hijita mía?

Los cuatro empezaron a chillar, y el que más chillaba era mi padrastro. Yo salí al zaguán, y rígido de estupor me senté en un montón de leña; mi madre parecía cambiada, parecía otra mujer, distinta de la de antes. En el cuarto no me había chocado tanto la diferencia, pero allí en la penumbra, volvía a mi memoria,

claramente, su imagen de otro tiempo.

Vuelvo a verme en Sormovo, en una casa completamente nueva; las paredes no tenían aún papeles y las rendijas que quedaban entre las tablas del suelo estaban rellenas con cáñamo, en el que pululaban innumerables cucarachas. Mi madre y mi padrastro llevaban dos cuartos exteriores y yo vivía con mi abuela, en la cocina, cuya ventana daba al tejado. Al otro lado de las techumbres se alzaban las chimeneas de la fábrica como negros dedos de una mano gigantesca que señalara al cielo. Vomitaban un humo denso y apelotonado, que el frío viento esparcía por todo el pueblo; en nuestros cuartos había siempre fuerte olor a fuego.

Por la mañana temprano, el silbato de la fábrica dejaba oír su aullido de lobo. Cuando me sentaba en el banco de la cocina y miraba por el cristal hacia los tejados, vela los faroles de la puerta de la fábrica que, abierta de par en par como la boca negra y desdentada de una vieja mendiga, daba paso a una compacta muchedumbre de figuras pequeñas. A la hora de comer sonaba el mismo aullido, los negros labios de la puerta se abrían y las oscuras fauces volvían a escupir la masticada masa de hombres, que el viento que barría la calle dispersaba y empujaba a las casas. Pocas veces se veía allí el cielo azul, pues sobre los tejados y sobre los montones de nieve ennegrecidos por el hollín, colgaba día tras día otro tejado gris y plano, que deprimía la imaginación y fatigaba la vista con su desconsolado color uniforme.

Por las noches, flotaba sobre la fábrica un resplandor de fuego, de color rojo turbio. que iluminaba las bocas de las chimeneas y parecía como s; éstas no subieran de la tierra al cielo, sino que desde la roja nube de humo se hundieran en la tierra, aullando. silbando y exhalando un aliento rojo. Era un espectáculo fatigoso y de indecible hastío, que inundaba el corazón de sombrío desgano.

Mi abuela hacía el trabajo de una cocinera: guisaba, fregaba el suelo, partía leña, iba por agua, estaba en pie desde el amanecer hasta anochecido y se acostaba cansada, gimiendo y graznando. A veces, cuando terminaba de trabajar, se ponía su chaquetilla corta, enguantada, se echaba la falda a la cabeza y se encaminaba a la ciudad.

-Voy a ver qué hace el viejo -me decía animada.

-Llévame contigo -le rogaba yo; pero ella me contestaba:

-No, que te helarías por el camino. Mira cómo cae la nieve.

Y trasponía las siete verstas que nos separaban de la ciudad, por un camino apenas visible, entre los nevados campos. Mi madre se quedaba, amarilla y demacrada, esperando e¡ alumbramiento y se envolvía, tiritando, en un roto mantón gris con flecos en el borde. Yo odiaba aquel mantón, que desfiguraba su gran figura, antes tan esbelta, y odiaba la casa en que vivíamos, la fábrica y la aldea. Mi madre llevaba unos viejos y raídos zapatos de fieltro. y tosía tan fuerte, que su deformado vientre se estremecíar Sus ojos, de un azul grisáceo, tenían un brillo seco y miraban con desaliento o se clavaban inmóviles, como hechizados, en las peladas paredes. Durante horas enteras permanecía junto a la ventana, mirando la antiestética y sucia calle.

-¿Por qué vivimos aquí? -pregunté una vez.

-¡Ah, cállate tú! -me respondió ásperamente.

Hablaba conmigo muy poco, y yo sólo oía sus mandatos:

-Ve a tal parte, tráeme ésto, tráeme aquéllo...

Pocas veces podía yo salir a la calle, y siempre volvía a casa apaleado por los otros muchachos. Mi placer predilecto, el único que tenía era el de pelearme, y me entregaba a él con pasión. Entonces, mi madre me pegaba con una correa, pero el castigo no hacía más que excitarme y a la vez siguiente me pegaba más desesperadamente todavía con los chicos, para que mi madre después me diera golpes aún más sensibles. Una vez que quiso pegarme, le dije que le mordería las manos y

Librodot

que luego saldría corriendo al campo para morir helador Me apartó de sí muy afectada y dio un par de pasos por el cuarto, resollando fuerte, fatigada:

-¡Eres un animal salvaje!

Ese vibrante arco iris de todos los sentimientos que se conocen con el nombre de "amor", iba borrándose gradualmente de mi alma y cada vez lucía con más frecuencia en ella las apostadoras llamas azules de la maldad, del odio a todos y a todo; aparecía en mi corazón el sentimiento de un descontento hondo, la conciencia de la soledad en medio ce un mundo gris, sin vida y como demente.

Mi padrastro se ponía siempre en contra mía y sólo hablaba en monosílabos con mi madre; yo no le oía más que toser y silbar. Después de comer, solía plantarse ante el espejo y escarbarse largo rato, con un palillo, los desiguales dientes. Reñía cada vez más a menudo con mi madre, y entonces solía dirigirse a ella llamándola de usted, en tono de odio. Aquel usted era lo que más me sublevaba contra él. Cuando se peleaba con mi madre, solía cerrar la puerta de la cocina para que yo no oyese sus palabras; pero yo aguzaba más los oídos no bien sonaba su voz de bajo profundo.

Los sábados acudían obreros a docenas a mi padrastro a venderle sus bonos de víveres. Les pagaban el jornal en bonos y estaban obligados a adquirir los comestibles en la cantina de la fábrica. Mi padrastro les compraba los sellos a mitad de precio; los recibía en la cocina, sentado a la mesa con talante sombrío y presuntuoso, sacaba su libro de cuentas y decía:

-Rublo y medio.

-¡Pero Yevguenii Vasilievich, por amor de Dios!...

-¡Rublo y medio!

Aquella vida turbia y triste no duró mucho tiempo. Cuando se acercaba el parto de mi madre, me llevaron con mi abuelo, que ya entonces vivía en el arrabal, en una calle arenosa que conducía al cementerio de la iglesia rural. Allí tenía alquilada, en una casa de dos pisos, una estrecha habitación interior de dos ventanas, con una gran estufa rusa.

-¡Hola! -exclamó riendo, con su voz chillona, al verme entrar-. Siempre se ha dicho que no hay mejor amigo que la madre, pero ahora habrá que decir que no hay mejor amigo que el diablo del abuelo. ¡Ah, mal rayo!

Aún no me había acabado de acostumbrar a fa nueva habitación, cuando un hermoso día se presentó en ella mi abuela con mi madre y mi hermanito recién nacido; porque mi padrastro había sido expulsado de la fábrica por sus equívocos negocios con los obreros de la misma. Pero valiéndose de sus relaciones, no pasó mucho tiempo antes de que encontrase un nuevo destino: el de cajero en una estación de ferrocarril. Al cabo de algún tiempo, dejé a mi abuelo para irme otra vez a vivir con mi madre, que entre tanto había alquilado con mi padrastro una vivienda en el sótano de una gran casa de piedra. El primer día me llevó mi madre a la escuela. Fui con los zapatos suyos, con un abrigo arreglado de una chaqueta vieja de mi abuela, con una camisa amarilla y con unos pantalones "crecederos". Cada una de aquellas prendas de ropa bastaba para convertirme en el hazmerreír de mis camaradas, y la camisa amarilla, que era la más escandalosa, me valió el apodo de el "as de oros". Con los compañeros saldé pronto cuentas, pero no fue tan fácil la cosa con el maestro y con el pope, que no se mostraron precisamente amables conmigo.

El maestro era un individuo amarillo y calvo, que tenía continuamente hemorragias nasales. Daba la clase con unos taponcitos de algodón en las ventanillas de la nariz, se sentaba detrás de su mesa, preguntaba con voz gangosa lo que había, se detenía a la mitad de la frase, se quitaba los algodones, los miraba meneando la cabeza y se los volvía a poner. Tenía la cara chata, de color rojo cobrizo, y en sus pliegues se veía una

especie de pátina; la desfiguraban especialmente los ojos plomizos, que parecían ciegos y que solía clavar de un modo tan impertinente y tan desagradable en mi rostro, que cada vez que me miraba sentía deseos de pasarme las manos por las mejillas, como si me las hubiese ensuciado.

Estuve algunos días sentado en el primer banco, junto a !a mesa del maestro. Aquello era verdaderamente insoportable, pues parecía que el hombre no veía a nadie más que a mí y me decía sin cesar, con su voz de nariz: "Pieskov, ponte otra camisa. Pieskov, estate quieto con las piernas. Pieskov, tus zapatos han vuelto a encharcar la clase".

Yo le pagaba este gruñir perpetuo con toda suerte de perrerías. Una vez, me hice con la mitad de una sandía helada, a la que quité la pulpa, y en el penumbroso zaguán de la escuela la sujeté con un hilo al contrapeso de la puerta. Cuando ésta se abrió, la media sandía subió a lo alto, y cuando el maestro cerró la puerta, descendió de golpe y vino a encasquetársele como una gorra en la misma calva. El maestro mandó al criado de la escuela a mis padres con una carta suya, y yo experimenté en mi pellejo las consecuencias de mi travesura.

Otra vez, le eché rapé en el cajón de la mesa, lo que provocó tan violentos estornudos del maestro, que tuvo que salir de la clase. Envió en lugar suyo a su yerno, un oficial, que nos mandó cantar a coro el Himno Nacional y otras bellas canciones. Al que cantaba desafinado, le daba un golpe en la cabeza con una regla, lo cual producía un ligero ruido y en medio de todo no hacía daño.

El profesor de religión, que era un pope joven y lindo, de pelo largo y abundante, no me podía sufrir, por dos razones: primero, porque no tenía la Historia Sagrada del Antiguo y Nuevo Testamento, y segundo, porque imitaba su modo de hablar.

-Pieskov, ¿has traído el libro? Sí el libro.

Y yo respondía:

-No, no le he traído, sí.

-¿Qué sí?

-Eso, que no.

-Pues entonces, vete a casa. Sí, a casa. Porque no voy a darte clase. Sí, darte clase.

El castigo no me desazonaba y me echaba a vagar, hasta que terminaba la clase, por las sucias calles del arrabal, observando el bullicioso ajetreo de la gente.

El pope tenía una cara bien formada de Cristo, ojos de mirar amable y manos pequeñas, que lo tocaban todo, fuera libro, regla o pluma, con cierta precaución y miramiento, como si se tratara de un delicado ser vivo, que podía deteriorarse si se manejaba sin cuidado. Con los niños tenía menos miramientos, pero éstos le estaban sumisos.

Aunque yo aprendía bastante bien, me dijeron en seguida que me echarían de la escuela si no corregía mi conducta. y a pesar de que la escuela me importaba muy poco, la perspectiva no me hizo mucha gracia, porque si me expulsaban no podía esperar nada bueno de mi madre, cuya irritabilidad era cada día mayor. En estas circunstancias, se me presentó la salvación en la persona del obispo Crisanto, que un día visitó inesperadamente la escuela para inspeccionarla. Era un hombrecillo pequeño, jorobado, si mal no recuerdo, que parecía enteramente un brujo. Una vez que hubo tomado asiento a la mesa, luciendo su holgado ropón negro con el ridículo cubito en la cabeza, se sacó las manos de las mangas un poco.

-Ahora, mis queridos hijos, vamos a charlar un poco.

En la clase reinó en seguida un humor jovial y alegre, como si la atravesara un hálito fresco desacostumbrado.

Después de haber llamado a otros varios, me llamó también a mí a la mesa y me

!preguntó, muy serio:

-¿Qué edad tienes? ¿Cómo, aún tan joven? ¡Pues eres todo un mozo! Habrás pasado mucho tiempo al aire libre, ¿verdad?

Puso sobre la mesa la descarnada mano de uñas largas y puntiagudas, se cogió con los dedos la barba rala, me miró a la cara con ojos bondadosos y me dijo:

-Ahora, cuéntame la historia sagrada que más te guste.

Cuando le dije que no tenía libro y que, por consiguiente, no me sabía de memoria los relatos de la Biblia, se enderezó el birrete episcopal y dijo:

-¿Cómo es posible? Pues es preciso que la aprendas. Pero, vamos a ver; acaso te sepas otra cosa. ¿Te sabes los salmos? ¡Ah, eso está bien! ¿Y las oraciones? ¿Si? ¡Ya ves tú! ¿Y las vidas de los santos? ¿Cómo, hasta en verso? ¡Pues eres un verdadero erudito!

En este momento, apareció en la clase nuestro pope, muy encendido y ardoroso. El obispo le dio su bendición, pero cuando el pope quiso hablar de mí, levantó la mano y le dijo:

-Permita usted un momento... Vuelve a decir [o de Alexei, el siervo de Dios.

Yo empecé a recitar aquellos versos, que tan familiares me aran.

-¡Magníficos versos! ¿Verdad, hijo mío? -dijo el obispo, cuando me trabuqué-. ¿Conoces también la historia del rey David? Dila, que te escucho con mucho gusto.

Yo vi que, efectivamente, me escuchaba y que le agradaban los versos. Me hizo muchas más preguntas y luego, deteniéndose de pronto, me interrogó:

-¿Has aprendido eso en el salterio? ¿Quién te lo ha enseñado? ¿Tu buen abuelo? ¿Cómo? ¿Es que es malo? ¿De '.eras? Entonces debes de ser muy travieso.

Empecé a balbucir algo, pero finalmente dije: "Sí". El maestro y el pope confirmaron mi confesión con gran acopio de palabras, y el obispo los oyó bajando los ojos y dijo, dando un suspiro:

-Ya ves cómo hablan de ti. ¿Has oído? Vamos, ven acá.

Me puso sobre la cabeza su mano, que olía a madera de ciprés, y me preguntó:

-¿Y cómo eres tan travieso, vamos a ver?

-Porque es muy aburrido estudiar.

-¿Aburrido? Eso no concuerda, hijo mío. Si el estudio te aburriera, no aprenderías nada, y el profesor atestigua que aprendes bien. Debe ser otra la causa.

Sacó un librito del bolsillo del pecho y apuntó:

-¡Pieskov, Alexei..., eso, eso. Pórtate bien en lo sucesivo, hijo mío, y no seas tan malo. Un poco travieso se puede ser, pero si se exagera la nota, molesta a los demás. ,No tengo razón niños?

-¡Síií! -respondieron muchas voces, altamente satisfechas.

-Vosotros no seréis muy traviesos, ¿verdad?

-¡Oh, sí! También nosotros somos muy traviesos -exclamaron los niños, riendo.

El Obispo se reclinó en su butaca, me estrechó contra su pecho y dijo con una cara de asombro tan cómica, que todos, hasta el maestro y el pope, tuvieron que reírse:

. -¡Mirad qué notable! También yo, cuando tenía vuestros años, era travieso, muy travieso. ¿Qué os parece, hijos míos?

Los niños se rieron; él les hizo toda clase de preguntas, trató de embrollarlos, les hizo discutir unos con otros y se esforzó por excitar por todos los medios posibles su alegría. Finalmente, se levantó y dijo:

-Se está muy a gusto aquí, con vosotros, jóvenes traviesos, pero tengo que marcharme.

Levantó tanto el brazo, que la manga se le corrió hasta el hombro, hizo con amplio ademán la señal de la cruz y pronunció las palabras de bendición:

¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, os bendigo para las buenas obras! ¡Adiós!

-¡Qué usted lo pase bien, reverendísimo señor! -excla- maron los niños, en alegre coro-. ¡Que vuelva usted pronto!

El obispo saludó con el birrete y dijo:

-Sí, volveré pronto a veros y os traeré libros.

Y cuando se dirigía hacia la puerta, dijo al maestro:

-Deles usted asueto por hoy.

A mí me tomó de la mano, me condujo al zaguán y me dijo en voz baja, inclinándose sobre mí:

-A ver si te reprimes en lo sucesivo y te dejas de picardias. Comprendo muy bien por qué las haces. Y ahora, adiós, hijo mío.

Yo estaba conmovido hasta lo más hondo; crecía en mi pecho un sentimiento especialísimo, y cuando el maestro despidió a los demás de la clase y se quedó solo conmigo, para decirme que en lo sucesivo tenía que ser "más tranquilo que el agua y más humilde que la hierba del campo", le escuché con atención y reverencia.

Cuando el pope, que se estaba poniendo la pelliza, me descubrió, me dijo amablemente, con su simpática voz de bajo:

-En adelante tienes que volver a mi clase. Sí, tienes que volver. Pero has de estarte quietecito, muy quietecito.

Gracias a esto mejoró notablemente mi situación en la escuela, pero, en cambio, en mi casa sobrevino una escena repugnante que me habla de afectar amargamente. Una noche, salió mi madre, y yo me quedé solo con mi hermanito. Como me aburría, cogí uno de los libros de mi padrastro, el Diario de un Médico, de Dumas padre, y empecé a hojearlo. En el libro había dos billetes, uno de diez rublos y otro de un rublo. Como no comprendía la lectura, cerré el libro y lo volví a dejar. De pronto, se me ocurrió la idea de que por un rubio se podía comprar no sólo la "Historia Sagrada" que yo seguía sin poseer, sino probablemente también el libro de Robinsón. Acababa de enterarme en la escuela de la existencia de este libro. Un día muy frío, durante el recreo, había yo contado a los compañeros un cuento y uno de ellos me dijo despectivamente:

-¡Bah! Los cuentos son tonterías. Pero el Robinsón ... ¡eso sí que es una verdadera historia!

Había otros dos chicos que habían leído el Robinsón, y todos estaban entusiasmados con el libro. Me mortificó que no les agradara el cuento de mi abuela, y me propuse leer el Robinsón para poderlo calificar también yo, a mi vez, de "tontera".

Al día siguiente llevé a la escuela la "Historia Sagrada", dos sobados volúmenes de los cuentos de Andersen, y además tres libras de pan blanco y una libra de salchichón. En una tienda oscura y pequeña de las proximidades de la iglesia de Vladimiro tenían también el Robinson, un libro delgado, de cubierta amarilla, con una portada que representaba un hombre barbudo con gorra de piel y pellejo de animal sobre los hombros. Esto no me agradaba; pero los libros de cuentos, a pesar de su deterioro, eran más de mi gusto, incluso exteriormente.

En el descanso largo de la clase repartí entre los compañeros el pan blanco y el salchichón, y luego leímos el admirable cuento de "El ruiseñor", que desde la primera palabra se nos metió a todos en el alma.

"En China todos los habitantes son chinos, y es chino hasta el emperador". Recuerdo muy bien el agradable asombro que me produjo esta frase por su sencilla y risueña jovialidad, y aun otras cosas sobre manera gustosas.

Como no había podido terminar en la escuela el cuento del ruiseñor, quise seguir

leyéndolo en casa. Cuando volví, estaba mi madre en el fogón, con el tenedor de sartén en ¡a mano, preparando un plato de huevos.

-¿Has cogido tú el rublo? -me dijo con voz rara y apagada.

-Sí; aquí están los libros.

-Con el tenedor me dio unos cuantos golpes muy atinados, y luego me quitó los libros de Andersen y me los escondió para siempre, lo que me causó más -dolor que los golpes.

Estuve varios días sin ir por la escuela; pero en ellos mi padrastro debió de contar mi fechoría a sus compañeros, por los cuales la supieron a su vez los niños. Uno de éstos llevó e¡ cuento a la escuela, y cuando me volví a presentar en ella me recibieron con el nuevo apodo de "ladrón". Traté de explicar a los chicos que no me correspondía aquel dicterio, porque yo no había negado que hubiese cogido el rublo. Pero no me creyeran, y me fui a casa y dije a mi madre que no volvería a la escuela. La encontré sentada junto a la ventana; estaba otra vez encinta, pálida, con la mirada pesarosa y trastornada, dando de comer a mi hermanito Sacha. Abrió la boca como un pez y me miró fijamente.

-No digas tonterías -me respondió en voz baja-; nadie puede saber que cogiste el rubio.

-Pues vé y pregúntalo.

-Será porque tú mismo te has ido de la lengua. Lo has dicho tú, ¿no es cierto? Di la verdad, si no quieres que mañana mismo vaya yo a la escuela y lo averigüe.

Dije el nombre del chico que había referido al suceso. La cara de mi madre se contrajo lastimosamente, y empezó a deshacerse en lágrimas.

Me fui a la cocina y me tendí en mi cama, que estaba dispuesta detrás del hogar sobre un par de cajas. Desde allí oí que mi madre sollozaba apagadamente en el cuarto de al lado:

-¡Dios mío, Dios mío!

No pudiendo aguantar el mal olor de los trapos calentados que formaban mi cama, me levanté para salir al patio; pero mi madre me gritó:

-¿Adónde vas? ¿Adónde vas? ¡Ven aquí conmigo!

Luego nos sentamos los dos en el suelo; mi hermanito Sacha estaba en el regazo de mi madre, le cogía los botones del vestido y decía, moviendo la cabeza: "Ton" lo que significaba tanto como botón.

Yo me estaba muy pegado al lado de mi madre, que me había echado los brazos al cuello y decía:

-¡Somos tan pobres, que para nosotros cada copeque, cada copeque!...

No terminó la frase y me estrechó contra su pecho cada vez más fuerte.

-¡No, ese canalla... ese canalla!... -exclamó de pronto, y Shacha trató de repetir: "nalla".

Era un chico notable mi hermanito Sacha; torpe y obtuso, de cabeza enorme, ¡o miraba todo con sus bellos ojos azules, riendo tranquilamente y como si esperara algo. Había empezado a hablar muy precozmente, no lloraba nunca y vivía en un estado de placidez constante. Era muy canijo, apenas se podía arrastrar a gatas, se alegraba siempre que me veía, me tendía las manitos para que lo tomara en brazos y jugaba en mis orejas con sus deditos blandos que olían a violeta. Murió poco después de nacer el segundo niño, Nicolás, de repente, sin haber tenido ninguna dolencia. Aquella misma mañana había estado tan tranquilo y contento como siempre, y por la tarde, cuando tocaban al servicio vespertino, yacía ya muerto sobre la mesa.

Mi madre lo arregló todo en la escuela, y sin que me molestaran mis compañeros pude seguir asistiendo a ella. Pero era mi destino que me sacudieran y zarandearan, y

por eso vino pronto un nuevo golpe que desde la estrecha vivienda de mi padrastro me mandó al cuarto aún más estrecha de mi abuelo.

Un día, a la hora del té, entraba del patio a la cocina cuando oí que mi madre gritaba:

-Yevguenii, te lo ruego... te lo suplico...

-¡Bah! ¡Qué tontería! -replicó mi padrastro.

-¡Es que yo sé que vas a verla!

-Bueno, ¿y si voy, qué?

Callaron ambos unos segundos, y luego mi madre tosió y dijo:

-¡Pero qué canalla eres!

¡Oí que pegaba a mi madre! Me precipité en la habitación y la vi arrodillada en el suelo, con la espalda y los codos apoyados en una silla, sacando el pecho y echando la cabeza hacia atrás, resollando roncamente y con los ojos desorbitados de espanto; y él, muy bien vestido, con uniforme nuevo, le pegaba en el pecho con la larga pierna estirada. Cogí de la mesa el cuchillo del pan, que tenía puño de marfil incrustado de plata, el único recuerdo que conservaba mi madre de mi padre, y, furioso se lo clavé a mi padrastro en el costado. Mi madre tuvo tiempo de apartar a Maximov, de suerte que el cuchillo sólo le atravesó el uniforme y le hizo un rasguño en la piel. Llevándose ambas manos al costado, se precipitó dando gritos fuera del cuarto, mientras mi madre me cogía y me tiraba chillando al suelo. Allí me contuvo hasta que mi padrastro volvió del patio y me soltó.

Aquella noche, cuando se habla ido mi padrastro de casa, se llegó mi madre a mi lado detrás del hogar, me abrazó con mimo. me besó y me dijo llorando:

-¡Perdóname, yo tengo la culpa de todo! ¡Ay, hijo mío! ¿Cómo has podido hacer eso? ¡Clavarle el cuchillo!

Le dije con toda seriedad y con plena conciencia de lo que hablaba, que mataría a mi padrastro y luego me mataría yo. Y en efecto, creía que lo habría realizado o que por lo

menos lo intentaría. Aún me parece estar vendo aquella pierna larga y villana, con el galón a un lado; la veo surcar el aire y con la punta de la bota dar el golpe en el pecho de la arrodillada mujer. Muchos años más tarde el desdichado Maximov murió en el hospital en mi presencia; lloré al ver aquellos ojos hermosos extraviados que se enturbiaban y extinguían, pero ni aun en aquella hora terrible pude, a pesar de la pena que embargaba mi alma, olvidar cómo había pegado a mi madre con el pie.

Cuando reviven en mi recuerdo estas abominaciones, pesadas como plomo, de la vida incivil de Rusia, me pregunto a veces si vale la pena hablar de estas cosas. Y con toda convicción me respondo: Sí, vale la pena, porque lo que describo es aún una realidad viva y triste, una realidad que sigue existiendo hoy mismo en toda su barbarie y que es preciso conocer hasta en sus raíces, para poder extirparla de la conciencia, del alma dei pueblo, de nuestra vida entera estúpida e ignominiosa.

Tengo, además, otra razón positiva para describir estos horrores: por muy repugnantes que sean, por mucho que pesen sobre nosotros, por muchas almas nobles que aniquilen y destrocen, el hombre ruso es tan sano de corazón y tan joven de alma que logrará vencerlos y superarlos.

En nuestra vida no sólo es asombroso que la capa de barbarie de grosería animal sea aún tan densa y espesa, sino el hecho de que por debajo de esa capa, por gruesa que sea, crezca triunfante lo bueno, lo sano, lo que hay en el hombre de creador, y mantengan la inconmovible esperanza en nuestro renacimiento a una vida bella, luminosa, verdaderamente humana.

Librodot

Capitulo XIII

Me habían llevado a casa de mi abuelo.

-¡Hola! Conque ladrón y asesino, ¿eh? -me dijo al recibirme, dando con la mano en la mesa-. Yo no pienso mantenerte. Que te mantenga tu abuela, si quiere.

-¡Claro que quiero! -repuso ella-. ¡Si no es nada más que eso!...

-Mantenlo, si quieres -gritó el marido; pero en seguida se tranquilizó y me dijo, a modo de explicación:

-Es que ahora nos administramos por separado, ¿comprendes?

Mi abuela estaba sentada a la ventana y hacia encaje; los palillos chocaban unos con otros ruidosamente y el mundillo, erizado de alfileres de cobre como un erizo de oro, irradiaba al sol de primavera. La misma abuela, inmutable,, parecía fundida en cobre; pero el abuelo estaba aún más seco, más demacrado, con el pelo rojo completamente encanecido; la tranquila dignidad de sus movimientos había degenerado en un bullir inquieto, y sus ojos verdes miraban turbios y recelosos. Mi abuela me contó sonriendo aquello de la separación de bienes establecida por su marido. Le había dejado a ella todos los cacharros, platos y demás vajilla, diciéndole:

-Eso es lo que te pertenece, y no tienes que pedirme más.

En cambio, le había quitado todos los trajes antiguos, los objetos de adorno y la pelliza de zorro, vendiéndolo todo por setecientos rublos, que dio a réditos a un ahijado suyo, un frutero judío convertido. Se había hecho un avaro redomado y había perdido toda vergüenza; iba a ver a sus antiguos conocidos, a sus colegas de otro tiempo al frente del gremio y a los comerciantes ricos; se lamentaba con ellos de que sus hijos le habían arruinado, y les rogaba un socorro. Sabía explotar muy bien la honrosa posición que había ocupado en otro tiempo, y le caían abundantes limosnas de billetes grandes. Con ellos procuraba excitar a la abuela, pasándoselos por las narices, y decía fanfarroneando como un niño:

-¡Mira, mira! ¡A ti no te darían ni la centésima parte de esto!

El dinero que de este modo arrebañaba se lo daba a su nuevo amigo, un peletero calvo y zanquilargo, a quien todos en el arrabal llamaban "el azotado', y a su hermana, que era una mujerona corpulenta, de rojos carrillos y ojos pardos, tan empalagosa como la miel que vendía. Todo en la casa estaba rigurosamente dividido: un día preparaba la abuela la comida con los comestibles adquiridos con su propio dinero, y al día siguiente era el abuelo el que compraba pan y provisiones. Los días "de él", la comida era peor, porque no llevaba nunca más que callos, hígados, bofes o cuajar; pero la abuela compraba siempre buena carne. Cada cual tenía por separado su té y su azúcar; pero se valían del mismo cacharro para hacer el té. El abuelo velaba cuidadosamente porque no le engañaran.

-¡Alto! Espera un poco ... ¿Cuánto has puesto? -decía a la abuela cuando ésta tomaba del té suyo; se echaba las hojillas en la palma de la mano y las contaba cuidadosamente-. Mi té tiene las hojas más grandes que el tuyo; por eso se necesitan menos hojas.

Cuidaba también celosamente de que mi abuela vertiera en ambas tazas té de igual grado de concentración, y de que no tomara ni una sola taza más que él.

-¿Va la última? -preguntaba la vieja cuando se acababa la infusión.

Mi abuelo miraba la tetera y decía:

-Bueno, por mí, va la última.

Hasta el aceite para las lámparas de los iconos lo compraban por separado. ¡Y esto

ocurría cuando ya tenían a la espalda medio siglo de trabajo en común!

A mí todas estas mezquindades de mi abuelo me parecían tan ridículas como repugnantes, mientras que mi abuela sólo veía en ellas su aspecto risible.

-Déjalo -me decía, queriendo calmarme-. ¿Qué daño hace? Está ya muy viejo el pobrecillo, y por eso tiene esas ocurrencias tan tontas. No le faltará mucho para los ochenta. ¡Cuando se vive tanto tiempo! ... Déjalo que haga sus tonterías, que para ti y para mi ya sabré yo ganar el pedazo de pan necesario.

Yo también empecé a ganar dinero: los domingos por la mañana, temprano, cogía un saco y me iba por patios y calles a recoger huesos de vaca, trapos y hierro viejo. Por la arroba de trapos o de papel, los ropavejeros pagaban veinte copeques, por el hierro otro tanto, y por los huesos, de ocho a diez copeques. También durante la semana, después de la escuela, me dedicaba a aquel negocio; los sábados vendía todo lo que había juntado, y mis ingresos semanales se altivaban en conjunto de treinta a cincuenta copeques, y a veces a más. Mi abuela se hacía cargo del dinero, lo guardaba cuidadosamente en el bolsillo de su chaqueta y me elogiaba bajando los ojos:

-Gracias, pichoncito. Los dos iremos tirando cuando no haya nada más.

Pero, por muy animosas que fueran sus palabras, yo veía que a veces se quedaba quieta, con la vista clavada en mis monedas de cobre que tenía en la mano, y derramando silenciosas lágrimas; una muy grande y turbia colgaba precisamente de su nariz.

Más productivo que el comercio de trapos era el hurto de leña y de tablas en los almacenes de madera de la orilla del Oka y en la "Isla de Arena", donde en tiempo de feria se hacían las transacciones de hierro en barracones de tablas rápidamente erigidos. Al terminar el mercado se deshacían las barracas, se amontonaban las pértigas y las tablas, y hasta las avenidas de primavera se dejaban en la isla. Por una buena tabla, los dueños de casas pagaban diez copeques, y era muy fácil llevarse dos tablas al día. Claro que para el buen éxito de este negocio eran condiciones indispensables el mal tiempo, la lluvia o la nieve, que ahuyentaban a los vigilantes.

Formamos una cuadrilla muy unida, a la cual pertenecía Sañka Vlajir, de diez años, hijo de una mendiga y mozo amable, dulce y siempre de buen humor; Kostroma, mozo sin hogar, de fuertes huesos, espesa pelambre y grandes ojos negros, a quien más tarde, por robar palomas, mandaron a una colonia de jóvenes delincuentes, donde se ahorcó cuando apenas tenía trece años: Jabi, de doce años, un muchacho tártaro muy leal y de buen corazón, de insólita fuerza muscular; Yaschi, el chato, un epiléptico de ocho años, callado como un pez, hijo de un sepulturero y guardián del cementerio, y el más viejo de toda la cuadrilla, el sentado y pensativo Gricha Churka, hijo de la viuda de un sastre, que era un boxeador apasionado. Vivíamos todos en la misma calle.

El hurto no se consideraba pecado en el arrabal, sino una buena costumbre antigua, y casi el único medio que ofrecía a sus poco menos que desnudos habitantes la posibilidad de ganarse la vida. El mes y medio que duraban las ferias nos dejaba bastante ganancia para todo el año, y muchas honradas mujeres de su casa se buscaban un suplemento con esto al "trabajo en el río"; pescaban en la época de las aguas altas las maderas y vigas flotantes, se dedicaban con sus chinchorros al transporte de cargas pequeñas, hacían su "negocio" al trasegar y medir el trigo y se llevaban de las barcas del Volga y del Oka cuanto no estuviese remachado o claveteado. Los domingos se sentaban en apretado corro, y los mayores referían sus hazañas y los pequeños escuchaban y aprendían de ellos.

En la primavera, cuando, en la época en que se abría la feria, las cosas iban bien, por las noches las calles de la ciudad estaban como invadidas por obreros, cocheros y

Librodot

otros trabajadores borrachos; los niños del arrabal les escudriñaban los bolsillos, antiguo derecho que ejercían con intrepidez ante los ojos de los adultos. Robaban a los carpinteros sus metros, a los carreteros sus llaves de tuercas, a los camioneros los pernos de enganche y los flejes de hierro de los ejes de las ruedas. Pero nuestra compañía se mantenía al margen de estos saqueos.

-Yo no quiero robar -me declaró una vez Churka, muy decidido-. Me lo ha prohibido mi madre.

-Y yo tengo miedo -dijo Jabi.

Kostroma sentía por el robo un horror manifiesto, y siempre pronunciaba la palabra con un acento especial; cuando veía que otros chicos se acercaban a los borrachos, los dispersaba, y si conseguía coger a uno de los arrapiezos, le daba una tanda de moquetes. Aquel muchacho de ojos grandes y regañón se las daba de adulto; tenia unos andares anchos y peculiares como mozo de cuerda, se esforzaba en hablar con voz de bajo profundo y había en su modo de ser un no sé qué grave, pensativo y servil. Viajir, el mordvino, estaba convencido de que el robo era un pecado.

Pero, como ya he dicho, el llevarse tablas y pértigas de La Isla de Arena no se consideraba como robo, y a ninguno nos daba miedo; además, habíamos discurrido unos trucos que facilitaban en gran manera el oficio.

Hacia la noche, cuando oscurecía, y mucho antes si hacia mal tiempo, Viajir y Yaschi iban por el hielo húmedo e hinchado de la plana ensenada y se situaban ante la Isla de Arena, procurando llamar la atención para que los vigilantes se fijaran en ellos; entonces los otros cuatro tratábamos de pasar uno a uno y a ser posible sin que nos vieran. Los vigilantes se ponían a seguir a los dos primeros, pero nosotros nos reuníamos junto a un montón previamente señalado y elegíamos nuestro botín, que arrastrábamos a la orilla, mientras Yasi y Viajir tenían en jaque a los vigilantes gracias a sus ágiles piernas. Cada uno de nosotros llevaba una cuerda con un clavo grande y encorvado en el extremo, con la cual arrastrábamos a la orilla por el hielo y la nieve las pértigas o las tablas. Los vigilantes no nos veían casi nunca, y aunque nos vieran no conseguían jamás cogernos. Vendíamos nuestra carga y dividíamos el producto en seis partes iguales, y a cada uno nos tocaban de cinco a siete copeques.

Aquella ganancia habría bastado para mantenernos todo un día, pero a Viajir le pegaba su madre si no le llevaba lo nastante para poder comprar medio cuartillo de aguardiente. Kostroma quería comprarse palomas, para lo cual ahorraba su dinero; la madre de Churka estaba enferma y necesitaba con frecuencia medicinas, y Jabi ahorraba también para poder ir a su pueblo natal, de donde, siendo niño, se había trasladado a Nijni con un tío, que no tardó en ahogarse en el Volga; pero se le había olvidado el nombre de su pueblo y sólo sabía que estaba junto al Kama, no lejos del Valga. La historia nos hacía mucha gracia, y cogíamos del pelo al bizco y menudo tártaro, cantándole:

Hoy un pueblo junto al Kama
que un día me vio nacer,
mas no sé cómo se llama.
¿Cómo lo podré ir a ver?

Librodot

Al principio, Jabi se enfadaba con esta canción, pero Viajir le hacía entrar en razón con su voz gutural.

-Pero ¿qué es eso? ¿Vas a guardar rencor a tus camaradas?

El tártaro hacía de tripas corazón y cantaba con los demás la canción del pueblo del Kama.

Más no se crea que renunciábamos a juntar trapos y huesos por dedicarnos al hurto de tablas. A esta ocupación nos aplicábamos especialmente en la primavera, cuando se había derretido la nieve y la lluvia había lavado las calles empedradas del desierto campo de la feria. En los hoyos se encontraban siempre clavos y desperdicios de hierro en cantidad, y no pocas veces hallábamos también monedas de cobre y de plata; para que los vigilantes del mercado no nos quitaran los sacos y nos echaran, teníamos que calarnos mucho las gorras o darles una moneda de dos copeques. El ganar dinero no nos resultaba fácil, pero nuestra cuadrilla era muy animosa, y aunque de cuando en cuando surgían entre nosotros pequeñas reyertas, no recuerdo que llegáramos nunca a los golpes.

Nuestro pacificador era Viajir, que sabía decir siempre la palabra oportuna, y que nos desconcertaba y nos llenaba de asombro. Rechazaba todo lo malo como superfluo, y ni siquiera lograban sacarle de su impasibilidad los accesos de ira del irritable y menudo Yaschi.

-Pero ¿qué va a ser esto? -decía, cuando algo le parecía inadecuado-. ¡Eso no tiene atadero!

Y todos velamos que realmente no tenía atadero.

A su madre, la mendiga, la llamaba "su muertecita" y en ello no veíamos nada ridículo.

-Ayer mi muertecita volvió otra vez a casa hecha una cuba -contaba, y sus redondos ojos -de amarillo dorado parpadeaban muy satisfechos-. Abrió la puerta de par en par, se sentó en el dintel y se puso a cantar como una gallina vieja.

Churka, siempre partidario de la exactitud, preguntó:

-¿Y qué cantaba?

Viajir se dio un golpe en la rodilla con la mano y entonó, con su fina voz de caña, la canción de la madre:

¡Clop! ¡Clip! ¡Clap!
Un joven pastor
con su cayado da en la ventana.
Salimos de prisa: ¡toc!, ¡toc!, ¡toc!

Boga la luna en el cielo;
toca el pastor su canción
en su flauta: ¡lu-lu-lú! .. .
La aldehuela duerme en paz.

Librodot

Sabía muchas canciones de éstas y las cantaba con mucha gracia.

-Sí -siguió contándonos de su madre-; y luego se me durmió en el dintel y el cuarto se enfrióo; yo me helaba como un sastre, pero no tenía fuerzas para meterla dentro. Y hoy por la mañana le pregunté: "¿Por qué bebes de ese modo tan horrible?". Y ella me dijo: "¡Déjame en paz! Aguántame un poco más, que no haré los huesos muy duros".

-Sí, pronto se morirá -confirmó Churka muy seriamente-; ya está toda hinchada.

-Te dará pena de ella, ¿no? -le pregunté yo.

-¿Por qué no? -me respondió Viajir, asombrado-. Para mi es buena.

Y se lo creímos, aunque sabíamos que le estaba pegando continuamente.

Cuando nuestros negocios andaban algo encalmados, Churka proponía:

-Escuchad; vamos a poner cada uno un copeque para que a la madre de Viajir no le falte su aguardiente, porque si no, le pegará.

En nuestra cuadrilla sólo dos, Churka y yo, sabíamos leer y escribir. Viajir nos envidiaba mucho nuestros conocimientos y gruñía, tirándose de su puntiaguda oreja de ratón:

-En cuanto haya enterrado a mi madre también yo iré a la escuela. Estaré suplicando al maestro hasta que me admita. Y cuando salga de la escuela entraré de jardinero en casa del obispo o en la del zar.

En la primavera, la madre de Viajir, con su botella de aguardiente bajo el brazo, quedó sepultada con un viejo que pedía constantemente para la construcción de una iglesia, bajo un montón de madera que se derrumbó. La trasladaron a un hospital gravemente herida, y el ponderado Churka le dijo a Viajir:

-Ahora puedes venirte a vivir conmigo, que mi madre te enseñará a leer.

Poco después, Viajir, levantando mucho la cabeza, sabía leer ya los letreros de las calles.

-Comercio de harinas y cometibles.

Churka le corregía:

-¡Comestibles, majadero!

-Ya lo sé; pero es que las letras parece que bailan. Será de alegría de que las lean.

Su predilección por los árboles y las hierbas nos divertía mucho. El arrabal estaba edificado sobre terreno arenoso y tenía escasa vegetación; acá y acullá se. alzaba en un patio un mísero sauce solitario o un acebo raquítico, y en las cercas lucía, a lo sumo, una hierba tímida, gris y sedienta. Si alguno de nosotros se sentaba sobre los tallos medio secosi Viajir refunfuñaba:

-¿Por qué aplastáis la hierba? ¿No os podéis sentar en la arena? ¿No os da igual?

A sus ojos era un delito cortar una rama de sauce o arrancar una flor de acebo. Siempre se quedaba pasmado cuando nos lo veía hacer a uno de nosotros, y nos decía con tono de reproche:

-¿Es que lo vais a destrozar todo? ¡Sois unos verdaderos salvajes!

Y con esto conseguía que nos avergonzáramos de nuestra conducta.

Los sábados nos divertíamos de un modo especial, practicando nuestra "guerra contra los tártaros."

Durante la semana reuníamos en la calle las alpargatas viejas desechadas y las escondíamos en lugares determinados. Cuando los sábados llegaban del "puerto siberiano" las hordas de los mozos de cuerda tártaros, nos situábamos nosotros en cualquier cruce y empezábamos a bombardearlos con las alpargatas. Al principio ellos tomaban la cosa por la tremenda, corrían detrás de nosotros y nos insultaban; pero no tardaron en dejarse ganar por la afición al juego y, esperando nuestros ataques, se presentaban en el llano armados también con alpargatas viejas.

Y no les bastaba esto, sino que hasta llegaron a saquear nuestro campamento de

Librodot

municiones, que habían descubierto, cosa a la que nosotros nos opusimos a los gritos de "¡No se juega más!". Entonces nos devolvieron, riendo, la mitad de las alpargatas, y en seguida comenzó la lucha con grandes bríos. Así gritábamos y nos divertíamos, y los tártaros se reían a mandíbula batiente cuando conseguían hacer baja en uno de nosotros con un proyectil certero.

Hasta muy avanzada la noche duraba el juego, y los pequeños burgueses salían de sus casas, se asomaban a la esquina y gruñían "en nombre del orden" contra la perturbación de la paz pública. Después de haber hecho bastantes proezas por ambos bandos y de haber agotado las municiones, los rivales ajustaban las paces. No pocas veces nos íbamos con los tártaros a su casa, donde hacían mesa redonda y donde nos obsequiaban con carne de caballo, sopa de verduras, té fuerte y bolitas de pasta dulce de mantequilla. Nos agradaban aquellos hombretones, que eran todos unos verdaderos atletas, porque en su ser había algo infantil que nos animaba. A mí, sobre todo, me sorprendía su dulzura, su inconmovible bondad y la mesurada seriedad con que se trataban unos a otros. También era espléndida su risa ... Lloraban materialmente al reír, y el más fuerte de todos, un huno de nariz arremangada, daba verdaderos aullidos y gritos cuando se reía. Era tan fuerte que una vez transportó él solo, a hombros, una campana de sesenta y cinco kilos desde el buque hasta muy entrada la orilla, y a Viajir se lo puso un día en la palma de la mano y lo levantó con el brazo extendido, diciendo:

-¡Ea, sube al cielo, hijo mío!

En los días de lluvia solíamos reunirnos en casa de Yasi, en el cementerio, en la garita donde su padre hacía las guardias. Su padre era un viudo de piernas zambas y largos brazos. En su cabeza, sorprendentemente pequeña, y en su cara morena se erizaban los pelos en mechones de un color indefinible y sucio; su cabeza recordaba un cardo seco, cuyo tallo era el delgado cuello. Miraba dulzonamente con sus ojos amarillentos y musitaba a menudo con rapidez:

-¡Dios me libre del insomnio! ¡Uf!

Antes de ir al cementerio comprábamos onza y media de té, tres onzas de azúcar, pan y un cuartillo de aguardiente para el padre del menudo Yasi.

-¡Ea, miserable aldeano! ¡Prepáranos el samovar! -ordenaba Churka severamente al viejo.

Este se reía y preparaba el samovar, y a la espera del té nos poníamos a conversar muy juiciosamente de nuestros asuntos. El anciano nos daba buenos consejos y advertencias.

-Escuchad: pasado mañana es el banquete fúnebre en casa de Trusov, y va a haber chica con grande ... ¿Y si os llegarais a recoger las sobras?

-En casa de Trusov las recoge la misma cocinera -respondió Churka, que lo sabía todo.

Viajir se quedó mirando pensativo por la ventana hacia e: cementerio y dijo:

-¿Cuándo podremos ir por fin al bosque, Dios mío?

Yasi callaba siempre, posaba atentamente en todos sus ojos tristones y nos enseñaba callando sus juguetes: soldados de plomo rotos, caballos sin patas, pedacitos de latón y una colección de botones de todas clases.

Su padre puso en la mesa diferentes tazas y jarros y trajo el samovar. Kostroma se dedicó a escanciar el té, pero el viejo se bebió el aguardiente, se subió al hogar, tendió desde allí el cuello hacia nosotros, nos miró con sus ojos de lechuza y murmuró:

-¡Uf! ¡Os va a dar un torzón!... ¡Como si ya se hubiera cogido la cosecha! ¡Ah, ladrones! ¡Dios me libre de! insomnio!

-Nosotros no somos ladrones -le reprochó Viajir.

-Ya, pero sois unos granujas.

Cuando el sepulturero nos molestaba demasiado Churka le ordenaba groseramente:

-¡Déjanos en paz, miserable aldeano!

Yo, como Churka y Viajir, me ponía malo cuando el sepulturero empezaba a contar en qué casas había enfermos o cuál de los habitantes del arrabal moriría pronto. Hablaba con verdadera delicia, sin el menor asomo de compasión, de aquel tema, y en cuanto veía que nos incomodaba nos excitaba y provocaba a propósito:

-¡Ah! ¡Ah! Os da miedo, eh ¿eh?, diablillos. ¡Hola! ¡Hola! Está bien.

Queríamos quitarle la palabra, pero él no se dejaba interrumpir.

-También vosotros tendréis que moriros, porque no vais a estar dando guerra continuamente en este mundo.

-Sí, y cuando nos muramos nos iremos como angelitos al cielo -respondía Viajir.

-¿Vosotros... como angelitos? -respondía el sepulturero con la boca abierta de asombro.

Se sabía las biografías de casi todos los arrabaleros a quienes había enterrado en la arena del triste y pelado cementerio. Abría ante nosotros, por decirlo así, las puertas de las casas, y nosotros entrábamos en ellas y veíamos cómo vivían sus moradores. De buena gana se habría pasado toda la noche hablando, pero en cuanto el ocaso empezaba a verse desde la ventana de la choza Churka se levantaba de la mesa y decía:

-Me voy a casa, pues, si no, mi madre tiene miedo. ¿Quién viene conmigo?

Nos íbamos todos. El menudo Yasi nos acompañaba hasta la tapia del cementerio, cerraba la puerta cuando salíamos, nos miraba pegando la oscura y huesosa cara a la reja y nos decía concisamente:

-¡Adiós!

-¡Adiós! -le respondíamos nosotros.

Nos era doloroso tener que dejarlo en el cementerio, y Kostroma dijo una vez cuando nos separamos:

-Cuando nos despertemos mañana acaso se haya muerto ya.

-Si -repuso Churka-. A todos nos va mal, pero a él le va peor que a todos.

-¡A nosotros no nos va mal! -protestó Viajir.

Y debo decir que yo opinaba lo mismo. A mi me agradaba mucho aquella vida independiente en las calles, y también me gustaban mis camaradas, que despertaban en mí un sentimiento nuevo y grande. Yo experimentaba el deseo inquieto y apremiante de hacer por ellos algo especial, algo bueno.

Durante aquella temporada la vida de la escuela no se me hacía nada fácil. Mis compañeros se burlaban de mí, me llamaban trapero, mendigo y vagabundo, y una vez, después de una pelea, se quejaron al maestro de que no se podía estar a mi lado. Recuerdo que esta declaración me sublevó extraordinariamente y que me fue muy duro tener que seguir yendo a la escuela.

Por fin, hice el examen para entrar en la clase tercera. Como recompensa me dieron un Evangelio, un ejemplar encuadernado de las fábulas de Krylov y un libro sin encuadernar con el título, incomprensible para mí, de Fata Morgana. También me dieron una mención honorífica. Cuando me presenté en casa con todo aquello mi abuelo se alegró mucho y declaró conmovido que había que conservarlo con todo cuidado y que él lo guardaría todo en su baúl. Mi abuela llevaba entonces algunos días en la cama, no tenía dinero y mi abuelo gemía y se lamentaba:

-Me comeréis y me beberéis hasta dejarme en la miseria ... ¡Ah, mal rayo!

Llevé los libros a una tienda, los vendí por cincuenta y cinco copeques y di el dinero a mi abuela. La mención honorífica la llené de garabatos, la doblé y se la di al

abuelo, que la guardó sin mirarla y sin reparar en mi travesura. Pero llegó un día en que la tontería me había de costar cara.

Terminados felizmente mis estudios en la escuela pude dedicar todo mi tiempo a rondar por las calles. Por aquella época se estaba muy bien al aire libre, porque la primavera había comenzado y nuestro negocio florecía. Los domingos íbamos todos juntos, por la mañana temprano, a los bosques de pinos, y volvíamos al arrabal al anochecer, con un agradable cansancio y sintiéndonos más encariñados unos con otros.

Pero aquella vida no podía durar mucho. Mi padrastro había vuelto a perder su colocación y desaparecido no sé dónde, y mi madre se trasladó a casa de mi abuelo con mi hermanito Nicolás. Mi abuela se había mudado a la ciudad y vivía en casa de un comerciante rico, que le había encargado encajes para un mantel que había de representar el entierro de Jesús. No me quedó, pues, más remedio que hacer de niñera de mi hermanito.

Mi madre, muda y desmirriada, apenas podía mover las piernas, y todo lo miraba con expresión de espanto. El niño padecía de escrofulismo y estaba tan débil que ni siquiera tenía fuerzas para llorar recio cuando sentía hambre, sino que gemía de un modo espeluznante. Cuando estaba harto dormitaba, y su respiración sonaba como el ronroneo de un gato.

Mi abuelo lo había palpado minuciosamente por todas partes cuando se lo llevaron y dijo:

-Habría que darle bien de comer, pero yo no tengo para manteneros a todos.

Mi madre estaba sentada en el rincón, sobre su cama, y suspiró roncamente:

-Pues el pobrecillo con poco tiene bastante.

-Un poco aquí y otro poco allá ... Entre muchos pocos hacen un mucho.

Se apartó de ella y me dijo:

-El pequeño tiene que estar mucho tiempo al aire libre, al sol. Tiene que sentarse en la arena.

Yo cogía con un saco arena seca y limpia, la echaba en un lugar soleado debajo de la ventana, formando un montón, y enterraba en ella a mi hermanito hasta el cuello, como me había mandado mi abuelo.

Al niño le gustaba estarse así, entre la arena, pues sonreía muy satisfecho y me miraba con sus extraños ojos, cuyo blanco no se veía gracias a las grandes pupilas de azul oscuro en medio de un círculo claro.

Sentí en seguida gran afecto por mi hermanito, que me parecía como si comprendiera todo lo que yo pensaba, cuando estaba a su lado en la arena y cuando la voz de carraca de mi abuelo llegaba hasta nosotros por la ventana abierta: '`

-Para morirse no se necesita gran ciencia. El caso es saber vivir...

Mi madre no hacía más que toser larga y pesadamente.

El pequeño se libertaba los brazos de la arena, los tendía hacia mí y movía la blanca cabecita; sus lacios cabellos tenían un viso gris, y la carita, una expresión sensata y senil.

Si una gallina o un gato se acercaba a nosotros, Kolia miraba largo rato al animal, luego me miraba a mí y sonreía casi imperceptiblemente. A mí me confundía aquella sonrisa. ¿Adivinaría acaso que yo me aburría a su lado y que preferiría dejarlo solo para ir a corretear por las calles?

El patio era estrecho y sucio. Desde el portalón hasta la caseta del baño se extendían pequeñas cocheras de tablas leñeras y bodegas. Los tejados estaban cubiertos de restos de embarcaciones, de troncos, tablas y virutas húmedas, que i la gente menuda de la casa pescaba en la época del deshielo y de la inundación. También

Librodot

en el patio había grandes montones de madera húmeda de todas clases, que se corrompía al sol y exhalaba un olor putrefacto.

Cerca había un matadero, donde casi todas las mañanas se escuchaban el mugir de las terneras y el balar de toscarneros, y del que alegaba un olor a sangre tan fuerte que a veces yo pensaba que lo. veía flotar como una red transparente y purpúrea en el denso polvo del patio.

Cuando los animales mugían bajo los certeros golpes de la maza del matarife, Kolia entornaba los ojos e hinchaba los carriles. Era evidente que quería imitar el sonido, pero no hacía más que expeler el aire:

-F-f-fú ...

A mediodía, mi abuelo sacaba la cabeza por la ventana y exclamaba:

-¡A la mesa!

Cogía en sus rodillas al pequeño y él mismo le daba las papillas, metiéndoselas en la boca con sus encorvados dedos. Cuando llevaba ya un rato dándole de comer, le levantaba la camisilla, le tentaba el vientre con los dedos y decía a media voz:

-¿Basta ya? ¿O habrá que darle más todavía?

En el oscuro rincón de junto a la puerta se oía la voz de mi madre:

-Mire usted cómo estira las manitas hacía el pan.

-Sí, pero un niño nunca sabe lo que tiene que comer.

-Ahora, basta ya -decía, por fin, el abuelo-. Anda, llévaselo a tu madre.

Yo cogía a Kolia, que quería volver a la mesa y gemía. Tosiendo, me salía al encuentro mi madre, que me tendía los brazos secos y descarnados, largos, como un abeto sin ramas.

Había enmudecido del todo, rara vez hablaba una palabra, y cuando lo hacía era con voz estertorante; se estaba el día entero callada en un rincón... y se moría. Que se moría lo sabía y sentía yo, naturalmente; pero el abuelo hablaba con demasiada frecuencia de la muerte en tono agresivo, sobre todo por las noches, cuando afuera caía la oscuridad.

La cama de mi abuelo estaba en el rincón delantero del cuarto, casi debajo de los iconos. El viejo se acostaba con la cabeza vuelta hacia ellos y hacia la ventana. Cuando se tendía se estaba largo tiempo refunfuñando en la oscuridad:

-Sí, ahora hay que morirse. ¿Con qué cara nos presentaremos ante el Señor? ¿Qué le diremos? Toda nuestra vida nos hemos afanado y atormentado, y ¿qué hemos conseguido?

Yo dormía entre el hogar y la ventana, en el suelo; el hueco era demasiado pequeño para mí, y tenía que meter los pies en el agujero del horno, donde me hacían cosquillas las cucarachas. Aquel estrecho rincón junto a! hogar era un manantial de perpetua ira para mi abuelo; a cada momento, cuando guisaba en él, daba con el largo mango del cucharón o con el atizador del fuego, en los cristales de la ventana. Una vez que vertió una ocia empezó a manipular tan apresuradamente en el desdichado rincón, que no sólo tiró la olla y la hizo pedazos, Fino que rompió el listón horizontal de los cristales y dos de estos que el mismo listón sujetaba. Se quedó tan desconsolado que se sentó en el suelo y empezó a llorar y a lamentarse: "¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!". Me maravilló que no se le hubiera ocurrido antes acortar el mango de madera del cucharón, y cuando se fue me dediqué yo mismo a cortarlo con el cuchillo del pan, hasta reducirlo a la cuarta parte. Cuando el viejo vio mi trabajo empezó a reñirme muy enfadado:

-¡Maldito Satanás! ¡La sierra has debido coger! ¡La sieeerra! De ese modo se habría podido aprovechar el otro pedazo, ¡majadero del infierno!

Salió al zaguán tentando con las manos, y mi madre me dijo:

-No has debido meterte en camisa de once varas.

Murió un domingo de agosto al mediodía. Mi padrastro acababa de llegar de su viaje y había encontrado otra colocación; mi abuela se había trasladado ya con Kolia a su pequeña y limpia vivienda cerca de la estación, donde se iban a llevar también a mi madre a los pocos días.

La mañana del día de su muerte me dijo con voz apagada, pero más clara y más suelta que de ordinario:

-Ve a casa de Yevguenii Vasilievich y dile que le llamo yo.

Se incorporó en la cama, apoyándose en la pared, y añadió:

-Anda, ve pronto.

Me pareció que sonreía y que en sus ojos se veía un brillo insólito. Corrí en seguida a casa de Maximov, pero estaba en la misa mayor. Mi abuela me mandó a comprar rape, y como se había acabado y la mujer de! tendero de comestibles estaba haciendo un poco, tuve que esperar. Se lo llevé a mi abuela y volví corriendo a casa. Allí me encontré a mi madre sentada a la mesa, con un vestido limpio de color !¡la, muy bien peinada y ,tan grave y compuesta coreo en sus mejores días.

-¿Estás mejor? -le pregunté, con una extraña sensación de miedo.

Me dirigió una mirada que me produjo intenso desasosiego, y dijo:

-Ven aquí. ¿Dónde te has metido?

Aun no había tenido tiempo de contestarle cuando me agarró por los pelos, cogió con la otra mano de la mesa un cuchillo largo y flexible, que era una sierra vieja afilada, y me dio un par de golpes de plano. El cuchillo se le cayó al suelo.

-Recógelo -me mandó-. ¡Trae acá!

Recogí el cuchillo y lo eché sobre la mesa; mi madre me apartó de sí y fui a sentarme al escalón del hogar, mirándola lleno de espanto.

Se levantó de la silla y se dirigió lentamente a su rincón, donde se tendió en la cama, y con el pañuelo se secó el sudor del rostro. Su mano se movía insegura; dos veces cayó sobre la almohada al lado de la cara y la secó en lugar de secarse el rostro.

-Dame..., agua... -tartamudeó.

Cogí una taza; levantó con esfuerzo un poco la cabeza, sorbió un par de gotas, apartó mi brazo con su yerta mano y exhaló un hondo suspiro. Luego volvió la vista a los iconos del rincón, me echó una mirada, movió los labios como si quisiera sonreír, y lentamente dejó caer sobre los ojos las largas pestañas. Sus codos se pegaron a sus costados, y las manos, cuyos dedos se movían débilmente, treparon por el pecho como si quisieran llegar hasta la garganta. Por su cara cruzó una sombra, la amarilla piel se relajó y la nariz se tornó puntiaguda. Abrió la boca con expresión como de asombro, pero ya no se la oía respirar.

Largo rato estuve con el vaso de agua junto al lecho de mi madre y vi cómo se ponía rígida y cómo iba palideciendo cada vez más su rostro.

Llegó el abuelo y le dije:

-Mi madre se ha muerto.

El viejo miró a la cama y exclamó:

-¿Qué estás charlando ahí?

Se acercó al hogar y sacó el pastel de los domingos, armando un ruido terrible con la lata de bandeja y la sartén. Yo le miré, sabiendo que mi madre estaba muerta, y esperé sin decir palabra que el viejo lo comprendiera.

Entró en el cuarto mi padrastro con su chaqueta de verano clara y ligera y su gorra blanca de uniforme. Cogió una silla y la llevó junto a la cama de mi madre; de pronto la dejó caer, y exclamó con voz tan recia como una trompeta resonante:

-Pero ¡si está muerta! ... ¡Sí, mire usted!

Librodot

Mi abuelo se acercó a la muerta muy despacio, con los ojos muy abiertos; a tientas como un ciego por la estancia, con la lata del pastel en la mano.

Algunos días después del entierro de mi madre me dijo mi abuelo:

-Ahora, Lexei, no eres una medalla que yo me pueda colgar al cuello... Ya no tengo sitio para ti... Sal al mundo.

Y salí al mundo.

FIN